

GIOVANNI

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Saga: «Clanes», vol.10)

JUSTIN ACHILLI

"Clan Novel: Giovanni" © 2000

Traducción: Yolanda del Puerto

PRIMERA PARTE:

«LAS VEGAS»

_____ 1 _____

DOMINGO, 20 DE JUNIO DE 1999, 1:50 AM
CLUB FAUSTO, MANHATTAN, NUEVA YORK

–¿Cuánto es? –Julie llevaba una mano en el bolsillo de sus pantalones Oleg Cassini.

–¿Para ti? –Tony, el portero, lo miró sin mucho interés—. Veinte dólares.

Julie miró hacia la cola de gente que estaba delante de él. Se empujó las gafas de sol sobre el puente de la nariz y se ocultó tras el cuello de su abrigo. Era una noche húmeda, bastante fría. El aliento de Julie lo envolvía, formando efímeras volutas de vaho.

–Te aseguro que odio hacer cola –dijo Julie deliberadamente.

–Claro. A estos tíos les encanta. –Tony señaló bruscamente a la gente de la fila con el pulgar.

Capullo sarcástico, probablemente ya lo había oído todo antes.

–Perdona. ¿Cuánto has dicho que era? ¿Cincuenta dólares?

–Julie extrajo un billete del rollo de dinero que llevaba, sin sacar la mano del bolsillo. No era buena idea hacerse notar demasiado entre aquella panda de paletos.

–Eso es –dijo Tony, dándose cuenta de que el tío no estaba de coña–. El ropero está dentro. –Cogió el billete de cincuenta y abrió la puerta, dando paso a una estruendosa música *house* que sonaba a ciento cincuenta tiempos por minuto.

Una de las chicas de la cola empezó a protestar, pero Julie estaba dentro antes de poder oír lo que decía. Sacando el bulto que formaba su cartera con el carné falso, le entregó el abrigo a la chica del ropero. Ella le sonrió, le entregó el ticket (número 231) y le guiñó un ojo. Julie le lanzó un beso y se dirigió, dando tumbos, hacia la barra.

–*Un destornillador con Absolut* –gritó al camarero, esperando que pudiera oírle a pesar del estruendo.

Aquella noche se había reunido allí lo más de lo más: niñatos de discoteca, adictos a las anfetetas, drag queens espectaculares y todo tipo de gente guapa poblaba la pista y se exhibía en los reservados desperdigados por el entresuelo del club.

Premio. Julie vio a su objetivo.

–*El de las gafas de sol, he dicho siete pavos.*

Julie dejó un billete de diez sobre la barra, cogió la copa y avanzó hacia el final de la bulliciosa sala.

Frankie Gee estaba sentado en una mesa al fondo de la pista, así que Julie tenía que pasar por su lado para llegar al baño. Se fijó en la cabina del DJ, donde un par de seres andróginos, vestidos con brillantes camisetas, revoloteaban de un lado a otro, sujetándose los auriculares a las orejas y girando los botones de las mesas de mezclas. El ambiente estaba muy cargado en esa zona; el humo del tabaco, el hedor del alcohol y los omnipresentes graves del sistema de sonido convertían el oxígeno en un artículo de lujo.

Con la copa en la mano, Julie se abrió paso a empujones hasta el último de los reservados y llegó a los lavabos. Por debajo de la puerta de la primera cabina podían verse un par de piernas de mujer,

de rodillas, encarando unos zapatos decididamente masculinos. La segunda cabina estaba vacía. Dos jovencísimos clientes vestidos con pantalones anchos estaban delante del urinario.

–¿Puedo ayudarle, señor? –dijo el encargado, un mexicano o puertorriqueño que tenía por lo menos cien años.

–Creo que anoche me dejé aquí el sombrero.

–Ah, por supuesto señor. Enseguida se lo traigo.

El encargado abrió el armario situado sobre el lavabo y sacó de él una gorra de béisbol de los Yanquis de Nueva York, que contenía un paquete envuelto en papel marrón y atado con un cordel. Julie le dio un billete de veinte de propina. El viejo lo miró con una sonrisa y un gesto de complicidad. Las gafas de sol ocultaron la repugnancia que se reflejaba en sus ojos.

Entró en la cabina vacía, intentando ignorar los sorbidos y gemidos que provenían de la puerta de al lado. Tirando la gorra al suelo, abrió el paquete y echó el papel de envolver en el váter. Cogió la pistola y se la metió en la parte trasera de los pantalones, palpándola luego para asegurarse de que no abultaba demasiado por debajo de la chaqueta. Para confundir al encargado, esnifó ruidosamente varias veces. *Dejemos que piense que le doy a la coca... qué más da.*

Salió de la cabina; los chicos del urinario ya no estaban. El encargado le sonrió y le alcanzó una toalla después de que se lavara las manos. Julie hizo ademán de marcharse, pero el encargado le espetó:

–¡Mal karma!

–¿Qué?

–¡Mal karma! Deje una propina.

–Que te jodan. Acabo de dártela. –No podía creerlo.

–Eso fue antes. Una propina por la toalla. No hay propina: mala, mala suerte.

–Aquí tienes la propina: cierra la puta boca. –Julie se abrió paso hacia la salida del aseo.

El humo se le metió en los ojos, molestándole.

Frankie Gee aún estaba sentado en el reservado, situado contra una pared de espejo. Dos de sus hombres estaban sentados con él,

cada uno junto a una fulana demasiado maquillada. Había veinte, quizá treinta vasos en la mesa: cócteles, chupitos, vasos de martini. Una buena fiesta. Todo el grupo se reía. Los hombres hacían gestos exagerados con las manos y las mujeres pestañeaban a menudo.

Julie flanqueó la mesa, para poder aproximarse hasta ella sin ser visto. Empujó a la gente para abrirse camino, moviéndose entre los cuerpos como Moisés por el mar.

Cuando estaba a medio metro de la mesa, se paró. Los matones se lo quedaron mirando, igual que las mujeres, todos con una expresión de risa interrumpida en sus rostros. Frankie Gee miró su bebida, un vaso lleno de, ¿vodka?, con una corteza de limón.

–¿Te conocemos, tío? –preguntó uno de los matones.

–Conocéis a mi jefe.

Las chicas se dispersaron. La rubia trepó hacia la parte trasera del reservado para escapar. Sabían que aquello no iba a ser una pelea de puños; aquella mierda se iba a poner seria.

–¿Quién es tu jefe? Tiene pelotas para contratar a un tío que lleva unos zapatos como esos –le espetó el otro matón.

–Gran Paul.

–Vete a la mierda, capullo. Tú no eres Gambino. Gran Paul lleva diez años muerto.

–Llámame sentimental.

–Lo que voy a hacer es llamar a una ambulancia, cabrón –dijo el primer gorila. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo, pero Julie fue más rápido. Asiendo su propia arma, le metió tres balas en el cuerpo antes de que el tío consiguiera sacar la mano. Cuatro disparos más al otro, uno de los cuales le destrozó la cabeza. Quedaban diez balas. Oyó el griterío; por el rabillo del ojo vio cómo la gente pasaba corriendo a su lado, desesperados por salir antes de que una bala les alcanzara a ellos también.

Frankie Gee seguía allí sentado.

–Hijo de puta. Acabas de matar a dos buenos hombres.

–Pues no me parece que hayan hecho nada bueno por ti, Frankie.

–Supongo que no. Que les jodan.

Diez disparos, todos en el pecho de Frankie. La fuerza de los

impactos hizo que el cuerpo se moviera por todo el asiento, hasta que por fin cayó hacia atrás. La sangre se esparció por todo el espejo que había junto al reservado.

Julie se acercó por un lado, para inspeccionar su obra, el trabajo de la llamada de Dios.

Algo no iba bien. Frankie Gee estaba tumbado sobre un costado, encogido sobre sí mismo, mirando a Julie con una sonrisa en los labios. Desde su incómoda posición, se irguió, se puso en pie y se miró el pecho. Diez agujeros, inconfundibles, claros como la luz del día.

–Capullo. ¿Matas a mis hombres y me estropeas la camisa? Bonita colocación, no obstante. –Metió un dedo en uno de los agujeros.

–¿Qué demonios? –balbució Julie, apuntando a Frankie con su arma. Aquello no podía estar pasando. La gente no se levanta así como así cuando le acabas de meter ciento cincuenta gramos de plomo en el cuerpo. Aquello era inconcebible: Julie tenía una pesada sensación de miedo y angustia en el estómago. Iba a morir. Mal karma.

–Qué ingenioso –dijo Frankie, mirándolo a los ojos–. Sin embargo, debo decir que no esperaba mucho más de un recadero de tercera como tú. Joe tenía razón sobre esos zapatos. Eres el segundo esta semana ¿Qué coño pasa con vosotros, tarados? Últimamente no hacéis más que salir de quién sabe dónde...

¿Qué era aquel tipo? Su estupendo traje, bañado con su propia sangre; sus preciosas chicas y sus colegas armados; un Mercedes de cien mil dólares en el aparcamiento. Era todo lo que Julie había esperado, pero más duro, más poderoso. Más *malvado*, pensó. El diablo escoge a los suyos sabiamente. Frankie tenía algo... *pecaminoso*.

Convocando todo su diabólico poder, Frankie golpeó a Julie en plena boca, y su puño parecía impulsado por un doce válvulas de cinco litros. Julie voló, literalmente, más de tres metros y aterrizó sobre una mesa, estrellándose luego contra un montón de sillas volcadas. Levantó los ojos, mientras su propia sangre le nublaba la vista y sentía que las orejas se le hundían en la cabeza. Frankie llegó hasta él, se

inclinó y le agarró del cuello del abrigo, levantándolo del suelo.

–¡Pete! ¡Ven aquí! –gritó Frankie.

–Sí, Frankie, ¿qué pasa? –Julie se sorprendió de que aquel tipo no estuviera asustado, como el resto de la multitud que había huido aterrorizada.

–Dile a Tony que está despedido.

Pete salió corriendo. A Julie se le nubló la vista por completo; lo último que vio fue la hambrienta mirada en los ojos de Frankie Gee, mientras acercaba la boca a su garganta.

Sintió un intenso dolor, como si su alma estuviera ardiendo. Cada uno de los nervios que aún podía sentir se abrasaban debido a la tortura, y supo que su sangre se le escapaba del cuerpo en caudalosos ríos rojos... ¿Frankie estaba bebiéndose su sangre? Ya no importaba. Julie estaba acabado. El diablo había ganado aquella vez.

2

DOMINGO, 20 DE JUNIO DE 1999, 5:00 AM

UN COCHE PARTICULAR, MANHATTAN, NUEVA YORK

Nickolai sonrió. A veces, las mejores tretas son las más sencillas.

–Hola.

Click.

Y así una y otra vez. Nickolai sabía que estaba volviendo loco a Benito Giovanni con aquella incesante e ilocalizable, aunque quizá algo rudimentaria, travesura.

Al final, Benito se hartó. La cuarta (¿o fue la sexta?) vez que Nickolai llamó, el Giovanni contestó al teléfono muy seriamente.

–¿Por qué ahora?

Oh, bien hecho, Benito, pensó Nickolai. Pontéala defensiva esta vez. Pero aún no estoy contento contigo. El perrito tiene que volver a

pasar por el aro.

–He estado esperando. ¿Por qué ahora?

Nickolai se rió.

–¿Cómo podías saber que era yo? –¿De verdad lo sabía? ¿O era sólo que Nickolai había sentido pena por el pobre nigromante, por lo que le iba a pedir que hiciera? – Si hubieras entendido cómo eran las cosas hace un par de años, Benito. –*Si no tuviera que hacer lo que estoy a punto de hacer*, Nickolai se sonrió, intentando borrar el tono de regocijo malicioso de su voz. *Oh, al infierno con ello. Voy a disfrutar este momento.*

–Entonces eras más sutil –contestó Benito, casi con demasiada rapidez–. Ahora no tienes reparos en mostrar tu naturaleza bravucona.

Nickolai estaba muy desconcertado. ¿Sutileza? ¡Esa era la especialidad de los Vástagos! La sutileza tenía tanta importancia en este caso como siempre había tenido. ¿Es que aquel estúpido cabezota no se había dado cuenta aún de que Nickolai había descifrado el código Giovanni? ¿Qué conocía el prefijo de la red de seguridad que usaban los Giovanni para sus teléfonos móviles? *Don Giovanni, estás jugando un juego estúpido, uno que no puedes ganar.* Por supuesto, Benito se daba cuenta de que las noches sin fin eran cada vez más largas y que un hermano de la Estirpe debía procurarse el gozo donde pudiera encontrarlo. La eternidad pesa en las almas de los condenados, o eso le había dicho un anciano a Nickolai durante su brutal aprendizaje Tremere. Sólo los que merecen la pena deciden hacer algo con su tiempo, en lugar de desperdiciarlo. ¿No es la risa la mejor medicina?

Suficiente.

–La fiesta de la señorita Ash... no podrás ir. Te necesito. Cancela tus planes. Haz lo que se te ha dicho. –*Brusco, pero eficaz.* Nickolai colgó el teléfono sin esperar la respuesta de Benito. *Y ahora, pensemos en cosas más importantes. Tengo que coger un avión.*

DOMINGO, 27 DE JUNIO DE 1999, 9:57 PM
IMPORTACIONES Y EXPORTACIONES ROMA CLASSICO,
BROOKLYN, NUEVA YORK

Frankie Gee había dicho Las Vegas, así que iría a Las Vegas. Sus palabras exactas habían sido, "Habla con Milo y encuentra a Benito". Chas Giovanni Tello pensó que sería sencillo.

Chas debía hablar con Annie, la chica que se encargaba de los viajes, y ella se ocuparía de todo.

—Eres una chica muy mona, Annie, pero debes estar un poco mal de la cabeza para juntarte con tipos como el puto Frankie Gee. Hoy en día a un montón de críos os gusta mezclaros con mala gente. Os creéis que así sois más duros. Pero eso no os hace más duros, Annie. Sólo acaba con vosotros. —Chas encendió un cigarrillo alemán (del Hotel Shepherd) y soltó una bocanada de humo por encima de la cabeza de Annie.

—Que te jodan, Chas. Soy capaz de cuidar de mí misma perfectamente. Además, tu pose de gángster no engaña a nadie. Apuesto a que David podría darte una paliza con una mano atada a la espalda, a ti y a tu traje y a tu maletín. —David era el novio de Annie. Chas, con la cabeza hacia arriba para terminar de echar el humo, miró a Annie con los ojos entrecerrados.

—David no es más que un marica de mierda, Annie. Parece una puta escoba, con esas camisetas ajustadas y esos pantalones enormes que lleva siempre. Niñatos y niñatas... vuestras modas no valen una mierda. Una noche, un día, os daréis cuenta de que habéis desperdiciado vuestras energías y vuestra juventud con tanta gilipollez. Si no tienes un traje y un maletín cuando llegas a los treinta, no vales una mierda. —Chas se golpeó la sien para dar más efecto a sus palabras—. Yo solía ser como vosotros. Creía que lo sabía todo; es ese sentimiento de invencibilidad que te dan la juventud y la ignorancia. ¿Y sabes qué? Crecí. No soy mucho mayor que tú, Annie —dijo Chas, sonriendo con suficiencia. Bueno, en realidad no *parecía* mucho mayor que ella—. Aún recuerdo lo que es ser joven.

–Cojonudo, Chas, ¿quieres esos billetes o no? No puedo llamar a la puta agencia de viajes contigo aquí gritándome. Así que cierra la puta boca para que pueda hacerlo. –Annie lo miró con cara de aburrida, masticando el chicle con la boca abierta.

Pero Chas no iba a aguantar las insolencias de aquella zorruta.

–A lo mejor se te ha olvidado. O igual es que estás un poco confundida. Aquí yo soy el puto jefe, al menos en lo que a ti te concierne. Sí, claro, trabajas para Frankie Gee, pero yo también, y tengo algo más de peso que la puta minifaldera que contesta al teléfono este mes. Vuelve a hablarme así y te sacó la gilipollez por la boca de una hostia.

Annie, por muy mona que fuera, no era más que otra cría estúpida. Chas se preguntó cuánto tiempo duraría antes de que tuviera un accidente... provocado por Frankie Gee o por él mismo.

–Y asegúrate de que el vuelo aterriza *al menos* tres horas antes del amanecer, Annie.

Annie hizo un globo con el chicle, puso los ojos en blanco y le hizo señas a Chas para que se apartara.

–Niña, no tienes ni idea de con quién te la estás jugando. Dame el maldito teléfono. Dame el teléfono, Annie. –Chas agarró el auricular y marcó un número.

–¿Jerry? Soy Chas. Necesito un favor. ¿Sabes quién es Annie, la de la oficina? ¿La niña pelirroja? –Chas miraba a Annie, que cruzó los brazos y le hizo una mueca con la boca–. Sí, ¿te acuerdas de su novio? ¿El tío al que mandamos donde Sallie para recoger aquello? Sí, ése. Encuéntralo. Encuéntralo; córtale los meñiques. Mándalos a la oficina, a nombre de Annie. Ponlos en una joyero o algo así. Annie necesita enterarse de que no estoy de coña. Gracias. –Tiró el teléfono sobre la falda de Annie.

»Y ahora encarga esos billetes, Annie. –Apagó el cigarrillo en la mesa y lanzó la colilla a la papelera.

Más tarde, aquella misma noche, llegaron los billetes.

–¿Quién demonios manda entregar billetes por la noche? –se preguntó Chas en voz alta–. Ah, a la mierda. ¿A quién le importa?

Frankie, Victor y Chas compartían una copa de vitae y anisete mientras Frankie se aseguraba de que sabían lo que tenían que hacer.

Victor, un ghoul que trabajaba para Chas, debía encontrarse con el contacto de los Rothstein en Las Vegas y presionar todo lo que fuera necesario para averiguar el paradero de Benito Giovanni, desaparecido desde hacía cinco noches. Si Milo Rothstein se ponía duro, Chas le presionaría también. Si, aún así, no cedía, Milo se marcharía a dormir la gran siesta. Sin armas, sin espectadores y sin policías.

* * *

Las Vegas era como una entrepierna llena de ladillas para los no muertos; los vampiros de la Camarilla reclamaban cierto tipo de derechos sobre la ciudad; los Anarquistas de California la habían convertido en su lugar favorito para las fiestas; los Giovanni tenían allí tantos operativos como en todo Boston; los Seguidores de Set poseían un estrafalario templo más allá de las arenas del desierto.

Las Vegas. Luces brillantes, ciudad brillante. Una población suficiente como para acoger a una docena de vampiros de forma razonable, pero la propia naturaleza del lugar atraía a treinta veces más. A Benedic, príncipe de la ciudad, no le preocupaba aquello mientras los vampiros que llegaban allí de paso actuaran de acuerdo a la tradición. No es que él fuera un partidario incondicional de la Camarilla, al contrario, pero entendía el propósito que se escondía tras todas aquellas antiguas reglas, aparentemente arbitrarias.

En Las Vegas residía "permanentemente" casi una docena de vampiros que tenían allí sus refugios. Sin embargo, para ser una facción tan reducida, los Giovanni eran una constante espina clavada en el costado de Benedic. La rama local de la familia, los Rothstein, había tomada posiciones en la ciudad desde que Bugsy Siegel tuviera la idea de construir un paraíso del juego en mitad del desierto. Claro que Benedic no se quedaba atrás, tenía una gran cantidad de contactos que le mantenían al tanto de los nuevos vientos que soplaban en Las Vegas, pero no parecía capaz de tomarle la delantera a los Giovanni. En su favor, hay que decir que mantenía la "carrera" bastante igualada. De hecho, muchos en Las Vegas sospechaban que, si Benedic no tuviera que preocuparse por los pequeños y

apremiantes detalles del cargo, les habría ganado a los Rothstein por la mano hacía años.

Este escaso conocimiento de la situación era lo único con lo que contaba Chas Tello en su viaje a Las Vegas para "encontrar a Milo y a Benito". Frankie Gee le había pedido a Chas que se ciñera a las reglas: debía presentarse al príncipe a su llegada, exponerle claramente lo que planeaba hacer, hacerlo y volar de vuelta a casa.

–Con un poco de suerte –había dicho Frankie Gee– esos capullos de los Rothstein nunca sabrán que has estado allí, excepto Milo. A no ser que te veas obligado, no hables con ellos. Deja que Victor haga todo el trabajo. Esto no es asunto de ellos.

–Joder, Frankie. ¿Y si las cosas se ponen feas? –preguntó Chas.

–No dejes que eso pase. Sal del puto camino. No dejes que te la jueguen, pero no elimines a nadie a no ser que sea absolutamente inevitable. Milo me importa una mierda, si sale mal parado a nadie le va a importar. Pero no vayas allí pensando que vas a tratar con Milo. Sólo eres el seguro.

–Tú eres el jefe Frankie.

Chas sabía que había gente por encima de Frankie. No estaba muy seguro de cómo funcionaba la jerarquía; aparentemente, el "asunto familiar" que los Giovanni se traían entre manos iba más allá de los límites del crimen organizado. Más de una vez, Chas se había sentido como una pez muy pequeño en un estanque enorme. Después de todo, si vampiros (lo que ya de por sí era suficiente para que uno alucinara, incluso siendo uno de ellos) más ancianos que Frankie lo manejaban como a una marioneta, ¿hasta dónde llegaban los rangos? En el pasado, había hablado con algunos Giovanni que no formaban parte de la *cosa nostra* americana, pero no sabía para quién trabajaban o qué hacían.

El primo de Chas, Robert, le había dicho una vez que cuando superas la parte de la familia que tiene que ver con la Mafia, las reglas son muy distintas. De hecho, la mayor parte de la familia (la que no estaba relacionada con la Mafia) miraba por encima del hombro a los "matones" que se contentaban "malgastando" sus no vidas jugando a ser gánsteres. Los miembros más viejos de la familia tenían sus

propios intereses y aficiones, y la rama de la Mafia sólo parecía generar beneficios. Funcionaba como siempre lo había hecho el antiguo sistema, con los peces gordos Giovanni cobrando su *pizzu* de quienes llevaban los negocios sucios a cambio de protección. Pero Robert le había dicho a Chas que todo aquello era algo así como una compañía inversora, y que "esta cosa nuestra" no era más que una pequeña anotación en alguna parte de un libro de contabilidad. Ni Chas ni Robert sabían cómo los Giovanni habían comenzado a relacionarse con la Mafia, dado que la familia tenía su hogar ancestral al norte de Venecia, mientras que los jefazos seguían centralizados en Sicilia.

Pero ese tipo de problemas no era parte de la lista actual de situaciones a resolver de Chas. Arreglar lo de Benito y hacer que el dinero siga lloviendo. Pan comido.

* * *

El vuelo Delta 2065 a Atlanta se convirtió en el vuelo 893 a Las Vegas, que aterrizó poco antes de la medianoche. Chas y Victor viajaban con poco equipaje, pretendiendo quedarse sólo un par de noches, tres a lo sumo. Milo Rothstein les esperaba la noche del martes 29.

Mientras esperaban, mataron el tiempo charlando. Echado hacia delante, Chas susurró al ghoul.

—Frankie Gee me acojona, Victor. A mí, que he hecho de todo. Verás, lo que pasa con Frankie es que no sólo hace la mierda que sea, sino que todo lo que hace tiene que ser a lo grande. Si uno jode a Frankie Gee, no es sólo que te la devuelva, es que te la devuelve a lo *grande*, delante de tu familia o de tus chicos. Una vez, cuando yo no era más que un ghoul que chupaba sangre de la teta de la familia Giovanni, tuvo un problema con un crío al que le había prestado algo de dinero y que le había escatimado parte de los beneficios en el último pago. No era más que un puto crío, y el dinero no llegaba a los seiscientos pavos. Joder... calderilla, ¿verdad? Pero no para Frankie Gee. Obliga al estúpido hijo de puta a sentarse y yo lo ato a la silla con cinta de embalar. Frankie empieza a hablar y el crío se pone blanco

como una pared, ya sabes lo que quiero decir. Totalmente pálido. Me imagino que habría visto muchas películas de gánsteres, y se creía que Frankie le iba a hacer algo al estilo *Pulp Fiction*. Yo estoy seguro de que sólo le va a dar un buen par de leches, quitarle el dinero que lleve encima, a lo mejor hasta romperle los pulgares, y que después va a soltar al crío. Hasta me parece graciosa la situación. Me río de lo asustado que está el chaval porque sé que lo que le está pasando por la cabeza es jodidamente peor que cualquier cosa que Frankie le vaya a hacer. En mi opinión, funciona bien así. Acojonas al chico que no te ha pagado y luego le dejas irse... el crío piensa que ese día ha vuelto a nacer y nunca vuelve a joderte.

–Pero supongo que Frankie no lo ve de la misma manera.

--"¿Qué es lo que crees que te voy a hacer, chico?" le dice Frankie al crío. "¿Crees que te voy a partir las piernas? ¿Que te voy a meter un tiro en la cabeza?". Frankie sonrío, y yo hasta me río, porque de verdad que está haciendo que el chaval sude la gota gorda. "¿Me debes seiscientos pavos y encima tratas de largarte así? Eso no es lo que se dice muy responsable". Todo el lugar tenía un extraño olor a gasolina. "Mantenle los ojos abiertos, Chas", me dice, y yo lo hago. Tengo que cogerle la cabeza y casi pellizcarle los ojos para que los abra. Supongo que el crío sabía que las cosas se iban a poner feas y por eso trataba de cerrarlos con todas sus fuerzas. Mala idea, porque yo meto los dedos debajo de sus párpados y empujo hacia arriba, como en esa película en la que hacen que un delincuente juvenil vea todas esas películas de nazis... ¿cómo se llama? Como sea, le abro los ojos, ¿vale? Así que estamos en un almacén, y Frankie hace que entren una furgoneta; alguien abre la puerta trasera y saca a la chica de un empujón. Ella está bien, no le han pegado ni nada, pero está atada con un cable de teléfono, o con una cuerda de esas que se usan para subir y bajar las persianas, ¿sabes? Frankie la levanta y la pone delante del crío. Es su novia, o su hermana, no lo sé. Frankie Gee saca su cuchillo de superviviente o lo que fuera y empieza a pasarlo alrededor de la chica, como si realmente fuera a hacerle daño. Y ahora es cuando la cosa se pone verdaderamente jodida. Yo habría parado allí. El crío está absolutamente cagado de miedo porque lo han pillado en medio de todo el jaleo. Entonces lo atrapamos y lo atamos... está dispuesto a

darnos todo el dinero que tiene y a vender su culo como esclavo para pagar lo que falte. *Entonces* aparece la chica... máxima tensión. Su mente va a mil por hora, preguntándose cómo (no si, sino cómo) va Frankie a matarlos a ambos. Yo lo habría dejado en ese momento, hubiera dejado que el crío pensase que un milagro le había salvado la vida. Pero Frankie estaba cabreado porque el chaval le había jodido. Quería pillar al crío, pero bien. Hacer una especie de declaración de intenciones, ¿sabes?

Chas hizo una pausa.

–Victor, Frankie se cargó a la cría con el cuchillo. La apuñaló trece veces en el coño. La primera vez se le salieron los ojos de las órbitas... casi como si fueran a saltársele de la cabeza. Pero aquello no era suficiente... se lo hizo doce veces más. Así que el crío está totalmente fuera de sí cuando aquello empieza. Forcejea en la silla, llora, las mejillas se le hinchan por debajo de la cinta de embalaje que le tapa la boca. Se cae al suelo... yo ni siquiera podía mirar, tuve que irme. Sólo sé lo de las trece veces porque *oí* el ruido que hacía el puto cuchillo. Luego, en cuanto para de dar puñaladas, Frankie acaba con todo aquello. Desata al crío con el mismo chuchillo, nos metemos en la furgoneta y nos vamos de allí. Ni siquiera la tomó con el crío... puso el peso de toda la situación justo entre las piernas de la chica. No estoy tratando de joderte, Victor. Sólo quiero que sepas cómo funciona esto y en lo que te estás metiendo. No voy a ponerme melodramático ni sentimental ni ninguna de esas chorradas, pero tengo que decirte la verdad, una parte de ti muere cuando te involucras en esto. Joder, ayer hice que le cortaran los dedos al novio de Annie sólo porque la chica me contestó de mal modo. ¿Qué mierda es ésa? Ahora desearía no haberlo hecho, Victor. Puedo sentir algo dentro de mí que *disfruta* con esa clase de mierda, como si yo le hiciera feliz cuando hago esas cosas. Sé que aún no eres uno de nosotros Victor, pero puede que sea tu turno cuando volvamos de Las Vegas. Tienes que pensar largo y tendido sobre esta mierda. El mundo no necesita más de esto, pero es probable que Frankie intente que te lo echas todo sobre los hombros. Sólo recuerda que no podrás seguir siendo lo que eres. Serás algo diferente, y tu única esperanza será aferrarte a lo que eras antes. Y eso es jodido de conseguir. Lo sé, lo sé, estoy dando rodeos.

Estoy siendo... ¿cómo se dice?... *críptico*. Pero tenemos secretos que debemos guardar. Sólo recuerda: no quieres saber esos secretos, no importa que el trato suene estupendo. Te lo prometo.

Victor tragó saliva, sin ganas de hablar. Chas hizo señas a la azafata y le pidió un whisky con agua.

*MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 11:43 PM
LA LOGIA DEL MAUSOLEO, VENEZIA, ITALIA*

Isabel observó el vertiginoso pozo, del que no surgía ni una pequeña ráfaga de aire, ni fresco ni rancio. Esa casa, la logia, el hogar ancestral de los vampiros del clan Giovanni, había permanecido en pie durante todo un milenio. Durante los siglos transcurridos la casa había crecido... había ido excavándose, más bien, retorciéndose sobre sí misma y arrastrándose bajo los viejos sótanos y subsótanos en una truculenta parodia del propio árbol genealógico de la familia Giovanni. En el momento en que encontramos a Isabel ante la escalera que descendía hasta las entrañas de la casa, la familia había añadido no menos de treinta pisos y, de hecho, la parte de la mansión situada bajo el suelo era mucho mayor que la que estaba por encima del terreno.

Las excavaciones se habían realizado con el fin de acomodar no sólo a los cada vez más abundantes miembros activos del clan (que habían aumentado su número desde el puñado que lo habían creado durante... ¿el Renacimiento?), sino también los cadáveres, cenizas y otros legados de Giovanni muertos y no muertos que merecían, al menos, una consagración a su memoria. Miembros caídos Giovanni de la Estirpe y descendientes caídos del clan tenían su lugar de reposo final bajo el Mausoleo, el cual poseía un complejo código de catalogación sólo comprendido por los guardianes de la cripta. Las

cenizas de Catherine Giovanni, que había supervisado el inmensamente beneficioso papel de la familia durante el Cautiverio Babilónico y el posterior cisma de los papas de Roma y Aviñón en el siglo XIV, ocupaban una urna en un nicho junto a la lengua y los genitales conservados de Marco Gracchus Giovanni, que había abandonado su decisiva alianza con el Zorro del Desierto y había huido a través del desierto norteafricano. Sólo los guardianes entendían la colocación de los restos, aunque casi todos los Giovanni comprendían las circunstancias de sus antepasados caídos. El culto a los ancestros (y, a menudo, la injuria a los mismos) era una parte muy importante de los asuntos nocturnos de los miembros del clan. Incluso los ghouls y los mortales Giovanni, que bien podían ignorar la naturaleza sangrienta de los más oscuros secretos familiares, conocían al menos una pequeña parte de la historia de la familia. Desde sus humildes orígenes como precursores de la emergente clase media de Europa Occidental tras la Edad Media, gracias al dinero conseguido mediante la especulación durante las Cruzadas, hasta sus tenues relaciones con las Inquisiciones romana y española y la gloria de la Era de la Exploración, la familia Giovanni tenía una historia larga y grandiosa, y muy poca se malgastaba en explicaciones a los más jóvenes.

Esa misma historia era la que preocupaba a Isabel aquella noche. Desde su alzamiento, los Giovanni habían sido acosados, a menudo literalmente, por los fantasmas de su pasado. Pues con la preeminencia de los Giovanni había llegado la depravación, cuyo síntoma más obvio era el estudio de las Artes Negras, la *nigromancia*. Con el transcurso de los años, mientras los Giovanni amasaban una fortuna cada vez mayor, sus gustos se volvieron más y más inmorales. En el camino hacia su vida disoluta, los Giovanni encontraron el placer en actos despreciados por la sociedad. Su historia estaba plagada de letanías de sodomitas, pederastas, entusiastas del incesto, de los excrementos, violadores de cadáveres, sádicos asesinos, esclavistas, secuestradores y practicantes de todo tipo de actividades poco habituales. Estas prácticas habían continuado hasta los tiempos actuales, pues la riqueza de los Giovanni era tan grande, y su hastío estaba tan arraigado, que sólo podían calmarlo rompiendo

abiertamente toda clase de convenciones sociales. La propia Isabel, en vida, había dado a luz al hijo de su hermano, había dado placer a su padre, a sus tías y a sus tíos, había fumado opio oriental con los gigolós de Milán antes de follar con ellos hasta quedar exhausta, y había roto los tendones de aquellos miembros de los Camisas Rojas de Garibaldi que la habían contrariado. Y las crónicas de la familia no registraban todos los actos realizados en nombre de la corrupción o la ambición de los Giovanni... La muerte de la hija de Isabel no había sido debida realmente a un cólico crónico, y cualquiera que inspeccionara los blancos restos del pequeño ataúd encontraría que sólo eran huesos de oveja. Pero ni siquiera estos aberrantes gustos podían aplacar el insaciable apetito de los Giovanni durante demasiado tiempo, hasta que la *nigromancia* arraigó fuertemente entre ellos. Mientras el árbol de familia seguía creciendo sobre sí mismo, así crecía también su habilidad en la Magia de los Muertos. Lo que había empezado con la convocación de simples sombras había pasado a ser una industria artesanal y había florecido hasta convertirse en un verdadero talento.

El clan Giovanni no tenía escrúpulos. Entre sus toscos gustos epicúreos se incluían el manejo de entrañas y las relaciones sexuales con cadáveres. De hecho, la *nigromancia* hasta tenía un propósito más allá de la mera indulgencia: provocando a los fantasmas de los muertos, los Giovanni podían dominarlos. Sus invisibles atormentadores se convirtieron en sirvientes, y resultaron ser un nuevo impulso para sus transacciones. Desde extraer información secreta de oficinas supuestamente seguras, hasta atormentar a sus contactos con pesadillas y otras apariciones más físicas, los espíritus de los muertos ofrecían a los Giovanni una mirada de posibilidades, cosas que aquellos con quienes hacían negocios (o llevaban a cabo otros asuntos) no podían comprender. Cuando alguien tenía tratos con los Giovanni, también se arriesgaba a tratar con gran cantidad de sus invisibles aliados.

Pero dichos aliados se habían vuelto caprichosos en los últimos tiempos, lo que preocupaba a los miembros principales del clan. ¡Y con razón! Sus antes fiables y omnipresentes ases en la manga de pronto se habían vuelto desagradables o, con más frecuencia,

simplemente habían desaparecido. Era como si una asamblea de fantasmas hubiera sido convocada... en algún otro lugar. Mientras que en el pasado los Giovanni podían reunir fácilmente una gran cantidad de espíritus fantasmales, sus poderes sufrían ahora una especie de limitación inexplicable y sólo eran capaces de convocar un espíritu cada vez, como mucho. Los tanatólogos del clan especulaban con la idea de que una enorme convulsión estuviera teniendo lugar en el Inframundo, el mundo espiritual de los muertos. Otros sostenían que en las desenfundadas noches finales, mientras se aproximaba la Gehena, como había sido predicho por otras antiguas familias de la Estirpe, los ancestros de los Giovanni se habían vuelto contra ellos. Aún otros suponían de un modo descabellado que la magia había cambiado y se estaba debilitando, y que los antiguos caminos simplemente eran demasiado caducos o ineficaces para los tiempos modernos: en una época carente de fe, el misticismo pierde su poder.

Fuera como fuera, Isabel Giovanni era uno de aquellos miembros de la Estirpe preocupados por la repentina impotencia de los poderes nigromantes. En menos de un mes, debía servir de enlace entre la rama de Boston del imperio Giovanni y algunos representantes importantes de la Camarilla, una organización vampírica de la que los Giovanni se abstendían cordialmente. Pero aquello no funcionaría si no podía contar con sus recursos. Y así, en busca de respuestas a este misterio en particular, Isabel había llegado al único lugar en el que sabía que podía contar con que la magia de los muertos funcionara. Desde que el mausoleo había sido construido, desde que la primera cripta había sido excavada en el limo y la roca que conformaban el suelo de la inundada Venecia, los espíritus de la familia habían cuidado de la familia, y luego del clan. Y de este modo fue como Isabel Giovanni descendió más de una veintena de tramos de escaleras, para postrarse ante los huesos de su abuela, Giulia. La propia Giulia no había sido un miembro de la Estirpe, que era la razón por la que sus huesos aún existían, pero había sido "sensible" al mundo de los espíritus.

De rodillas, ataviada con un ligero vestido de lana e inclinada ante el nicho en el que se encontraban los restos de Giulia Giovanni Ambruzzina, Isabel susurró el nombre de su abuela.

Y otra vez.

Y otra más. Si los malditos y secretos asuntos de los fantasmas no hubieran sido prioritarios, Giulia habría acudido. Sin embargo, no apareció, pues algo mucho más apremiante la mantenía ocupada. Pero Isabel la necesitaba, y no tenía otra opción.

Cuando el espíritu no prestaba atención a la llamada de un nigromante, la única alternativa era obligarlo a manifestarse. El modo más seguro de hacerlo era enfureciendo al espectro, que más tarde podría ser apaciguado, y con el que se podría tratar de forma constructiva. Isabel tenía algunas reservas, pero como siempre han opinado los Giovanni, el fin justifica los medios.

Cogió los huesos de Giulia del nicho e hizo una pila en el suelo con ellos. Las antorchas del sepulcro crepitaban, dejando rastros momentáneos de humo negro. Encima de la pila, Isabel colocó la mandíbula inferior de la calavera. Dio tres vueltas alrededor del montón en sentido contrario al de las agujas del reloj, hizo la señal de la cruz con la mano izquierda y susurró el nombre de Giulia otras tres veces.

Aún nada.

Cada vez más frustrada, Isabel derribó la pila de huesos, los volvió a juntar y los colocó en un nicho que no era el suyo. Dándole la espalda al nicho, se abrió el vestido para mostrar su cuerpo, esperando así añadir el toque lascivo apropiado para obtener la atención del fantasma con su vulgaridad.

Funcionó.

Una brisa fría recorrió con fuerza la habitación, apagando una antorcha y fusionándose con el humo hasta formar una cara alargada de ojos caídos.

–¡Niña desvergonzada! –gritó la boca de aquella cara, con una voz que parecía provenir del fondo del abismo–. ¡Si he ignorado tu llamada, tengo mis razones! ¿Cómo osas asumir que tus egoístas deseos tienen prioridad sobre mis fríos propósitos?

–Lo siento, Abuela, pero vuestra sabiduría es incomparable.
–Isabel sabía que unos cuantos halagos nunca estaban de más cuando uno debe tratar con las almas impacientes de los fallecidos. Sólo mediante la adulación podía calmarse a un fantasma, pues

muchos aún estaban profundamente apegados al mundo físico de una u otra manera. Aún así, nunca se es demasiado cuidadoso en cuanto a los Muertos sin Reposo... no tienen reparos en contar los secretos que se les haya confiado cuando quieren obtener el favor de alguien.

–¿Qué es lo que quieres? ¡Habla de una vez! –Estaba claro que algo ocurría al otro lado del velo que separa el mundo de los vivos y el de los muertos.

–Es esa misma urgencia lo que me preocupa, Abuela. ¿Qué es lo que sucede en vuestro Inframundo?

–Ah, así que quienes caminan por las tierras de los vivos se han dado cuenta... –comenzó Giulia, callando de pronto, de modo aprensivo.

–Sí Abuela, lo hemos notado. –Isabel dejó el comentario en el aire, esperando que forzara al fantasma a proseguir. Pero no pareció funcionar—. ¿Es que hay algo más allá del sudario de la muerte que impone su poder sobre vos? –se aventuró de nuevo.

–Fuerzas poderosas sacuden el reino de los muertos –susurró Giulia—. No puedo decir más, pues la verdad me elude. Pero puedo decir esto: nuestros ejércitos se mueven cada noche. Las corrientes de la oscuridad giran y se arremolinan de un modo que nunca antes había contemplado. Los rayos nos golpean y los truenos braman. Se aproxima un gran cambio.

–Abuela, ayúdeme. Dice usted cosas sin sentido –suplicó Isabel.

De pronto, Giulia se enfureció de nuevo, y de su rostro de humo desapareció todo temor.

–Ya te he dicho todo lo que puedo, mi maleducada descendiente. ¡Tápate! Los muertos no tienen obligación alguna de explicarte sus asuntos privados. Pero te advierto, puta despreciable, que un antiguo mal ha encontrado un cuerpo nuevo. Aunque las repercusiones de la guerra que se libra bajo el mundo de los vivos no os afecten, os acosarán aquellos que esperan más allá de la tumba. Augustus ha condenado a su prole en más de un sentido: vuestro malsano comercio con aquellos de nosotros que hemos dejado de vivir no es más que la primera de vuestras plagas. El cuchillo de la traición arde, especialmente al atravesar los fríos corazones de los no

muecos...

–Vieja bruja, ¿estás hablando en clave! –Isabel decidió cambiar de táctica. Giulia estaba bajo la influencia de la mitad oscura de su conciencia, o bien intentaba deliberadamente ocultar lo que sabía. Isabel sabía que los lazos que atan a los fantasmas al mundo de los vivos, los objetos que los encadenan y les impiden partir hacia su verdadero descanso tras la muerte, tenían gran importancia. Los huesos de Giulia eran todo lo que quedaba de su abuela, y lo único que sabía que la ataba al mundo de los vivos. La sangre Giovanni que corría por sus venas sin vida poseía un gran potencial para la depravación, e Isabel confiaba en que su propia capacidad para romper todo tipo de tabúes superara a la del espíritu de su abuela –. No me dejas otra opción.

Isabel golpeó los huesos bruscamente y los lanzó al suelo; repiquetearon como las teclas de un macabro xilófono. Se quitó el vestido y se abrió una vena del brazo, esparciendo su fría e inerte sangre sobre los huesos y sobre su propia desnudez.

–¡Zorra lasciva! –gritó el espíritu, a lo que Isabel contestó con una mueca lujuriosa. Lenta y lascivamente, cayó de rodillas y se puso a cuatro patas sobre la dispersa pila de huesos, como una mujer mortal sobre su amante.

–Háblame con franqueza, Abuela, y pararé. –Isabel pasaba sus dedos sobre los huesos, imitando los gestos y las caricias de los vivos durante los actos de pasión. Cada gesto era impuro, las manos acariciando los fállicos restos del esqueleto, la sangre manchándolos. Con cada pasada lujuriosa sobre su cuerpo sin vida, Isabel enfurecía cada vez más a su abuela, profanando las piezas de marfil de su legado. Las lamía, probando su propia vitae; se acariciaba con ellos, pasándolos sobre el profundo corte de su brazo, sobre su pecho, sobre su estéril sexo sin vello. Prefería algunos para sus blasfemos actos y apartaba otros, herramientas rechazadas e inútiles que no le proporcionaban placer. Pero más allá de aquellos actos horribles y desvergonzados, la mente de Isabel seguía clara. Ni siquiera los actos más carnales podían satisfacer la sed de sangre de la Estirpe. El sexo mortal (sin importar cuan insidiosamente se parodiara) no le proporcionaba placer orgásmico. Aquellas vulgaridades sólo servían

para demostrar su superioridad sobre el fantasma. Por cada recuerdo del decadente éxtasis mortal que aquello le hubiera causado cuando estaba viva, el fantasma de Giulia sintió un estremecimiento espasmódico, pues los restos de su cuerpo mortal no servían más que como vehículo de la concupiscencia de otro. Los deseos de venganza del fantasma se desvanecieron cuando su nieta, el fruto de sus una vez vivas entrañas, presionó el hueso pélvico contra su propio pubis, imitando los movimientos de un hombre sobre su desnuda amante.

–¡Ya es suficiente, maldita desvergonzada! Te diré todo lo que quieras saber. ¡Termina con esta farsa!

Isabel se preparó para el sentimiento de culpa que sabía que vendría tras realizar un acto tan horrendo. ¡Jugar de una manera tan reprobable con el cadáver de una mujer que había ayudado a que ella viniera al mundo! ¡Hacer esos gestos tan sucios y carnales con *partes de un cadáver!* ¡Impensable!

Y aún así, la vergüenza no apareció. Se había asegurado la colaboración del fantasma, había conseguido lo que buscaba y no sentía ningún remordimiento. En noches anteriores, se habría sentido inquieta y no habría podido dejar de darle vueltas, pero no aquella vez. Simplemente había aprovechado su superioridad. Y eso era todo.

–Los espíritus de los muertos están en guerra, Nieta –dijo Giulia, mientras Isabel se ponía en pie y se volvía a poner el vestido–. La lucha entre facciones no es un monopolio que posea la Estirpe. Se prepara una tormenta en los reinos de los muertos que amenaza no sólo con inundar este mundo, sino con llegar al que tú habitas también. Muchos de los tuyos se han establecido aquí... han construido una ciudad de piedra que han llamado, de un modo sacrílego, como una de las primeras ciudades de Dios. No son bienvenidos en este mundo, como tampoco lo serían en el tuyo. Parece que ha llegado el momento en el que los señores de este reino de los muertos tendrán que echarlos, expulsarlos del Inframundo. Pero estos señores son demasiado miopes para comprender el efecto que esto tendrá. La tormenta... llegará pronto, su ira ha vagado libre durante demasiado tiempo. Vendrá por nosotros. Y cruzará el velo. Tu mundo conocerá la venganza de aquél que es más poderoso que el hombre o que cualquiera que camine a su lado. Dios juzgará a

muchos antes de la noche en que sintamos todo el peso de Su cólera. Ojalá que Él sienta piedad por seres indignos como tú. Y hasta entonces, debemos prepararnos.

MARTES, 29 DE JUNIO DE 1999, 3:14 AM

HOTEL CAESAR'S PALACE, LAS VEGAS, NEVADA

El avión había llegado sin problemas, dejando a Chas y a Victor sanos y salvos en el Aeropuerto Internacional McCarran; desde allí fueron rápidamente al hotel en taxi.

–Odio esta ciudad –dijo Chas despreocupadamente, sentado en la parte de atrás del taxi.

–¿Por qué? –preguntó Victor.

–Ya lo verás.

El registro en recepción transcurrió sin problemas. Chas había decidido probar suerte en el casino, ganando quizá unos cuantos pavos y comprobando si algún cambio repentino en su suerte le presagiaba malos augurios.

Si las cartas y los dados eran algún tipo de señal, aquél sería un buen viaje, decidió. Había ganado seiscientos dólares en el blackjack, la mitad de los cuales había dado como propina al croupier, y doscientos a los dados, dando también la mitad al otro croupier.

–Sólo lo hago por diversión –explicó, respondiendo a sus miradas interrogadoras.

Después de todo, no era como si realmente necesitara el dinero. Además, sería una buena coartada si pasaba algo grande mientras estaban en la ciudad y se hacían con algo de dinero... podía decir que había ganado mucho, y las propinas abundantes confirmarían su historia.

Aún era la penúltima en la mesa, y las bebidas (que se

intercambiaban furtivamente con las de los compañeros de juego... todos vigilaban sus cartas y sus fichas, pero nunca sus copas) circulaban con fluidez. Sin embargo, pronto llegaría la Mala Hora, cuando todos los aficionados se hubieran ido a la cama y los jugadores desesperados se arrastraran por el casino como cucarachas. Pálidos, demacrados vendedores de seguros y gerentes de Iowa, cuyas esposas echaban monedas en las tragaperras mientras ellos intentaban en vano recuperar la hipoteca del mes siguiente en una buena mano o una tirada con suerte.

Víctimas fáciles para el casino, y aún más fáciles para vampiros como Chas.

No es que tuviera que preocuparse por la comida. La ciudad estaba llena de aquella misma desesperación; era un trasfondo que se encontraba por todas partes, afectando tanto a los magnates del petróleo como a los vagabundos. En cualquier instante uno podía ser el pretendiente favorito de la Dama de la Fortuna, y al momento siguiente podía estar sin blanca, borracho y tirado en una cuneta. Lo único que separaba a ambos tipos de individuo era el lugar del espectro del destino en el que estuvieran situados.

Joder. Un siete. A la mierda. Chas dejó un billete de veinte al croupier y se levantó de la mesa. De todos modos, se estaba haciendo tarde. ¿Dónde estaba Victor?

Cogió el ascensor para volver a la habitación del hotel, mirándose al espejo de la pared y pasándose la mano por el pelo. Resopló, y el ruido sobresaltó a una anciana que estaba en el ascensor. Se bajó en el piso decimonoveno.

Señora, pensó Chas, acaba de ir en ascensor con el diablo y nunca lo sabrá. Tiene suerte de estar viva. Sonrió, haciendo con la boca una pequeña mueca reprobatoria aunque sincera, y se reclinó contra la barandilla.

Piso veintiséis.

Insertó la llave electrónica en la cerradura y oyó el zumbido de la clavija; luego se abrió la puerta.

Victor, desnudo, se irguió en la cama; tenía la polla flácida, los ojos y la nariz enrojecidos y las venas hinchadas. Debajo de él había una niña de unos diecisiete años, a cuatro patas, con gruesas rayas

blancas sobre el culo y una fina nube de polvo blanco que se posaba poco a poco sobre sus muslos y en la cama. Debajo de ella había otra chica, ésta tumbada boca arriba, con el pecho pequeño y las pupilas tan grandes que Chas podía verlas desde la puerta.

–Mierda, Chas, creía que no volverías hasta dentro de otro par de putas horas.

–Victor, capullo estúpido. ¿Para qué coño has traído aquí a estas dos furcias?

–Eh, oiga, no somos putas, somos *señoritas de compañía* –dijo la que estaba encima, intentando erguirse, aunque aún de rodillas y sentada a horcajadas sobre su compañera.

–Zorra, cierra la bocaza si no quieres que te la cierre yo de una hostia. Muy bien señoritas, la fiesta ha terminado. Vestíos. Vamos, vestíos. Recoged. Es hora de irse.

Chas daba palmadas mientras gritaba a las chicas, instándolas a que se movieran. Ellas reaccionaron con lentitud, pero estaban obviamente excitadas, pues la coca o el crack o lo que fuera las hacía actuar con picardía para ver qué pasaba.

–Estoy hablando en serio. Victor, ponte la puta ropa de una vez. Tápate eso, ¿quieres? Dios mío.

–¿Cuál es tu puto problema, Chas? Vamos hombre, estamos en Las Vegas, toda esta mierda es legal. –Victor cogió a la chica de arriba y volvió a ponerla sobre la cama, restregando el polvo blanco que había sobre el culo de la muchacha por sus encías con una mano y trabajándose la polla con la otra, preparándose para penetrarla por detrás. La otra chica, la delgadita de poco pecho (y rubia de bote, por cierto), se reía como una estúpida y lanzaba miradas lascivas a Chas, mientras se restregaba contra la pierna de su amiga.

–Sí, vamos, Chaaas... –dijo, alargando el nombre, transformándolo en una imposible palabra de tres sílabas–. Estás en Las Vegas.

–Cierra la puta boca, zorra. Llevo viniendo a Las Vegas desde antes que tú fueras siquiera un proyecto. –Chas la miró, mientras ella se retorció bajo la otra puta, y se dio cuenta de que tenía los brazos llenos de marcas de agujas.

–Vamos, cariño. ¿Te gustan las cosas duras? –La chica sonrió,

arrastrándose por debajo de la otra chica y avanzando hacia él. Dientes amarillos. Tabaco y heroína. Malas noticias. Éste *no*, pensó Chas.

¿Qué? No lo dices en serio, se dijo a sí mismo. Aún así, no podía negar la verdad... debía haberlo pasado por alto, por culpa de su propia rabia. Podía sentir cómo la sangre de las chicas le llamaba, oía su pulso a través de sus venas. Miró por la ventana: podía ver los relámpagos en el desierto, tras los neones y los halógenos.

Se estremeció.

–No tienes ni puta idea de nada, niña. Ahora recoge tus cosas, llévate a tu hermana contigo y volved a la puta esquina en la que trabajáis.

–Victor –contestó la chica flacucha–, creo que tu amigo es marica. ¿Es eso grandullón? –Ella se inclinó hacia delante, poniendo la mano sobre la entrepierna de Chas–. ¿Te gustan los chicos? Yo parezco un poco un chico... incluso tengo un consolador en el bolso, podría cogerlo y...

Chas la apartó, luchando contra un deseo que sólo podía traerle problemas. Victor ni siquiera estaba prestando atención, no podía confiar en él para que calmara la situación. Estaba demasiado concentrado en el movimiento rítmico de sus caderas detrás de la chica de la cama, que miraba a Chas lascivamente, con la boca abierta, y las pupilas y los iris medio tapados por los párpados. Chas podía sentir el olor a almizcle del sexo, mezclado con el olor penetrante de lo que suponía que era cocaína.

Demasiado. Sintió como la marea roja crecía.

Su garganta estaba seca; tenía que esforzarse para que le salieran las palabras.

–Victor, ¿estas zorras tenían chulo?

Victor aún seguía embistiendo con su entrepierna el culo en pompa de la otra chica.

–Mierda –gruñó– ¿Qué? ¿Qué coño quieres?

–Un chulo, hijo de puta inútil. ¿Qué si contrataste a estas putas con algún chulo? –La presión seguía subiendo... se le estaba yendo la cabeza...

–No. No. Estaban... –gemido–. Estaban solas.

Bien. Nadie que fuera a preocuparse demasiado si las encontraban despedazadas.

–Ya te lo he dicho, Chaaas –saltó la más delgada–, somos acompañantes, no pu...

Chas estalló. Arrancó el teléfono de la pared, asiendo el receptor y la base con una sola mano. El cable se tensó y saltó de la pared, junto con una parte del muro de mampostería. Chas aplastó el aparato contra la cabeza de la chica. Otra vez. Tres veces. Después del cuarto golpe, su cabeza se había abierto como un melón maduro. La sangre manaba de su cráneo destrozado, esparciéndose por la alfombra, manchando la pared, salpicando los bamboleantes pechos de la otra muchacha, mientras su mirada lujuriosa se transformaba en una expresión de terror.

Incluso Victor detuvo sus fervientes embestidas, con los ojos en blanco y la boca abierta por la sorpresa. Se separó de la chica, dejando un leve rastro de lubricante.

–Joder Chas, ¿qué coño estás haciendo?

Chas se giró rápidamente, alzando el teléfono, como si fuera a estampárselo a Victor en la cabeza también. Tenía una mirada salvaje, su cara estaba contraída, su boca era una gruñido de sanguinarios colmillos.

–Vete a tomar por culo, Victor.

Soltó el teléfono mientras el ghoul alzaba débilmente los brazos para defenderse de un ataque que no se produjo.

En un momento, Chas tenía a la otra chica cogida por el cuello, alzándola del suelo y golpeando brutalmente su cabeza contra el techo. Ella se apagó como una tenue luz.

Chas se lanzó hacia su garganta, justo donde el cuello se une a la clavícula. La piel se rasgó y comenzó a manar sangre de la herida, corriendo por su cuerpo desnudo en torrentes, limpiando las pequeñas líneas de polvo blanco que aún se dibujaban en sus caderas. Chas comenzó a beber, dando enormes tragos que la hubieran hecho gritar de agonía si no hubiera estado inconsciente. El sabor lo abrumó, el gusto salado y la rica consistencia, casi como un Borgoña metálico...

...Y entonces paró. Demasiado la mataría, y de todos modos ya iba a pasarlo bastante mal. Lamió la herida descuidadamente y ésta

se cerró. Entonces la soltó, y la chica cayó al suelo como una bolsa de basura.

Victor, desnudo y temblando, estaba encogido en un rincón. Aún tenía la boca abierta por el susto y estaba pálido. Pero no estaba enfadado. Ni siquiera arrepentido. Lo único que sentía era pura incredulidad.

Mientras tanto, Chas se limpiaba la sangre con una toalla. Luego se cambió de traje y echó un vistazo a la esfera de su reloj para comprobar la hora.

–Limpia esto, Victor –dijo lo más tranquilamente que pudo–. Luego baja a buscarme al casino. Tienes cuarenta minutos.

MARTES, 29 DE JUNIO DE 1999, 5:22 AM

HOTEL CAESAR'S PALACE, LAS VEGAS, NEVADA

Chas, en el vestíbulo, se sentía inquieto. Podría decirse que casi era uno más entre las gentes cucaracha. La juerga en las Vegas había ido un poco más allá de los límites establecidos, y ahora debía preocuparse por solucionarlo. Aunque Victor estuviera pringado haciendo el trabajo sucio, seguía siendo su operación. Una muerta, quizá dos... ¡mierda! ¿Por qué? ¡En realidad ni siquiera necesitaba la sangre! Simplemente se había topado con una situación difícil y había perdido el control. Trató de entretenerse un poco pensando que realmente aquellas chicas merecían morir. Probablemente pensaban emborrachar y drogar a Victor y dejarlo en una cuba llena de hielo, atado de pies y manos y con un agujero sangriento en donde solían estar sus riñones. O le habrían robado el equipaje, el dinero y todo lo que hubiera en la habitación, y luego habrían comprado droga con los beneficios.

Pero Chas sabía que en el fondo lo que hacía era agarrarse desesperado a una pequeña esperanza. Sabía que la había cagado y

que aquél no era más que otro paso en el camino hacia el infierno, directo a las garras del diablo. Agachó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. Dios, incluso *parecía* una cucaracha.

A través de sus dedos, más allá de la barra, vio cómo Victor entraba en la sala. Victor bajó de la tarima y se acercó a él, intentando contener la paranoia de la cocaína, porque sabía que si se venía abajo las cosas se pondrían aún peor. Parecía cansado, tenía grandes bolsas bajo los ojos, que estaban rojos debido a las drogas y al cansancio.

–¿Todo listo? –gruñó Chas, mirándolo por el rabillo del ojo.

–Sí, ya está. La habitación está limpia. El teléfono ha desaparecido, las toallas y las sábanas y toda esa mierda va de camino a Long Beach.

–¿Y las chicas?

–He hecho que se llevaran a una en una camilla. Les dije a los de Urgencias que llevaba un chute de alguna clase de anfetaminas, y seguro que un análisis de sangre lo confirmará. Oh, y no hacía más que divagar sobre que alguien había matado a alguien, pero supongo que lo considerarán desvarios provocados por la droga.

–¿Llamaste a Urgencias? ¿Cómo coño te has librado de ellos tan rápido?

–Joder, estamos en Las Vegas. Les di cien dólares a cada uno. Me tomaron por un cocainómano putero que quería deshacerse de su zorra sin demasiados problemas.

–De acuerdo. ¿Y la otra chica?

–Um... Si se te ocurre pasarte por el restaurante del hotel, yo que tú no pediría el menú. Al menos hasta mañana. Haré un par de llamadas y todo estará arreglado para cuando te levantes mañana por la noche.

Chas suspiró y frunció los labios. Gracias al cielo que *aquello* se había acabado de una puta vez. Sólo tenía que aguantar un poco más y hablar con los Rothstein al día siguiente...

–Ésta es la clase de basura por la que odio Las Vegas, Victor.

MARTES, 29 DE JUNIO DE 1999, 5:36 AM

HOTEL CAESAR'S PALACE, LAS VEGAS, NEVADA

–Oh, mierda –gritó Chas sofocadamente, mientras un torrente de sangre recorría su garganta, *hacia arriba*, y manaba a borbotones de su nariz y su boca–. Joder. Victor. Joder, Dios mío, Victor, no me siento muy bien.

Victor lo sabía... aquello no era normal. Pero no tenía idea de lo que había ido mal; mala sangre, suponía.

–¡Cuidado! Este hombre está enfermo. Tiene úlcera estomacal y padece del corazón. Soy su abogado. –Lo que fuera con tal de que la gente se quitara del puto camino.

Chas tropezó, incapaz de sostenerse por su propio pie. Su campo de visión se convirtió en un estrecho túnel, y todo lo que había en él, todos los que estaban allí, parecían estar observándole. Podía sentir cada surco de sus huellas dactilares, cada hilo de su camisa. Podía sentir dónde la sangre que había vomitado era más líquida y dónde era más viscosa y coagulada. Hasta sus oídos llegaban fragmentos de la conversación de los hombres cucaracha, pero era totalmente ajeno a la confusión que existía a su alrededor.

–Qué espanto –decían las voces–. Mira, qué desastre... ¿Le han disparado?... Demasiado alcohol... ¡gángsteres!... Alguien debería hacer algo... Ese hombre ha cogido... No mires, Gladys...

Podía notar los clavos que sujetaban las suelas de sus zapatos, los pequeños altos y bajos donde la alfombra había sido colocada sobre irregularidades de la base del suelo. Otro acceso de vómito sanguinolento se abrió camino por su boca y todo el mundo se le quedó mirando. Una camarera aterrorizada se apartó mientras dos gorilas lo miraban con desaprobación a la vez que le indicaban que saliera del casino (¿quién demonios le estaba sujetando por el brazo?) hacia el vestíbulo.

Victor. Era el puto Victor. Chas trató de fijar la vista, entrecerrando los ojos mientras intentaba enfocar la cara de Victor. El propio Victor empujó a Chas dentro del ascensor (otro acceso de vómito) mientras dos hombres cucaracha de pelo grasiento, vestidos con pantalones baratos y chaquetas de sport, les esquivaban para intentar salir de la cabina.

–Dios, Chas, ¿qué coño te ha pasado? –Cada detalle de la cara de Victor sobresalía cuando Chas lo miraba, los poros, cada uno de los pequeños pelos que formarían la barba cuando crecieran, las líneas a los lados de la boca y bajo los ojos. Los bordes aún rojos de los orificios de la nariz.

–Es el puto crack de la furcia. O la mescalina, o lo que sea. La zorra debía de estar muy colgada. Joder, Victor, llévame a la habitación antes de que... –Más vómito, esparciéndose por la camisa de Victor y el espejo que ocupaba una de las paredes de la cabina del ascensor. Chas agarró a Victor por la camisa... se preguntaba si sería capaz de contar todos los hilos sintiendo cada una de las fibras –. A la puta habitación, Victor. Mierda.

–Cálmate Chas. –Victor lo empujó hacia atrás, tanto para evitar que se golpeará contra la pared como para intentar no perder el control de la situación –. Lo tengo todo bajo control. Victor está a cargo de todo, ¿me oyes? No luches conmigo, porque tendré que intentar detenerte y entonces tu probablemente me matarás.

Entraron a toda prisa en la habitación del hotel, mientras unos pocos rayos de sol trepaban ya por el pliegue de las cortinas. El sudor empapaba la frente de Chas y manchaba su camisa en aquellas partes que no estaban ya cubiertas de sangre y vómito.

–Maldita sea, Victor, ¿estamos ya? –más vómito.

–Un minuto, Chas. Dame sólo un puto minuto. Ya casi estamos.

Victor abrió la puerta del baño de una patada, y se dio cuenta de que el suelo aún estaba húmedo en las zonas que había tenido que limpiar con las toallas un rato antes. Bueno. Tendría que valer. Empujó a Chas hacia el baño, casi empotrándolo contra la bañera. Luego se le ocurrió que lo mejor sería colgar el cartel de "No Molestar" en la puerta de la habitación y correr el pestillo que hacía las veces de cadena de seguridad. *Este sitio es más seguro que el puto Fort Knox*, murmuró

sonriéndose. Después cerró la puerta del baño, asegurándose de colocar la colcha delante de la rendija entre el suelo y la puerta.

Mientras Chas iba cayendo en una temblorosa e intermitente inconsciencia, le vino a la mente la idea del diablo. El diablo, señor de las cucarachas.

*MARTES, 29 DE JUNIO DE 1999, 11:56 PM
HOTEL CAESAR'S PALACE, SALA DE JUNTAS SENADO,
LAS VEGAS, NEVADA*

Milo Rothstein estaba sentado en la cabecera de una enorme mesa de roble, flanqueado por su consejero *de facto*. El Nosferatu esbirro del Príncipe Benedic, Montrose, estaba sentado a su izquierda, y parecía un escuálido y contrahecho prisionero de guerra vestido con ropa de marca. Uno de los Rothstein Giovanni menores, nervioso, estaba a su derecha. Sabía que, en el caso de que las cosas se torciesen, iban a echarlo a los lobos. Sólo estaba allí porque poseía el poder de examinar las auras de otros. Había aprendido este "pequeño truco", como Milo lo llamaba, para ayudar en las cacerías de los casinos y las calles. Sin embargo, había demostrado ser un don provechoso, lo que lo convertía en un artículo muy valorado para solucionar las pequeñas disputas entre la familia y *otros* vampiros, que deseaban convertir Las Vegas en su propio patio de juegos.

En el otro extremo de la mesa, Victor Sforza tamborileaba con un boli sobre el bloc que tenía delante. Chas permanecía tras él, cumpliendo su parte en la pequeña estratagema de portavoz y refuerzo que habían trazado.

El neonato Giovanni se inclinó hacia Milo y le susurró:

—El que está de pie es un vampiro. No estoy muy seguro con respecto al que está sentado. No hay manera de averiguarlo. Supongo

que también es un miembro de la Estirpe, o bien un ghoul.

Milo asintió.

–¿A qué debemos el honor de su visita, señor Sforza?

Victor se levantó, aflojándose el nudo de la corbata.

–Bien, señor Rothstein, parece ser que nuestro patrón, Francis Giovanni, ha descubierto que un conocido suyo ha desaparecido. El señor Giovanni sospecha que pueda haberse escondido aquí, o que usted puede saber dónde ha ido a... Dónde ha ido, quiero decir.

Milo sonrió y contempló sus afilados dedos, colocados sobre su regazo.

–¿Y por qué vendría el amigo de su patrón a verme a mí?

–Porque el señor Giovanni sabe que usted ha tenido tratos con él en el pasado.

–¿De veras? –Milo alzó las cejas–. ¡Qué forma de hablar más comedida! ¿Y se puede saber cuál es exactamente mi conexión con Benito?

Victor respondió antes de que Chas pudiera advertirle con un carraspeo.

–Yo no he mencionado a Benito. Usted debe saber de qué estamos hablando, o el nombre de dicho individuo no se le hubiera venido a la cabeza, ¿verdad? –Chas se puso tenso. La pelota había estado siempre en el tejado de Milo, pero él había preferido ir con mucho cuidado, para averiguar lo que sus invitados podían ofrecerle. Chas sospechaba que todo era un montaje, que existía mala sangre entre Frankie Gee y Rothstein por un asunto que había sido resuelto en el pasado a través de intermediarios. Por la sangre que corría por sus venas sintió el ardor y la fuerza de la maldición de los no muertos.

–No, señor Sforza. Me temo que no lo ha entendido bien. Conozco el motivo exacto de su presencia aquí, y mi *aparente* metedura de pata ha sido intencionada; pretendía indicarle que sé más de lo que usted cree. Si subestimarme fuera su único error, podría usted haber salido bien parado de esta reunión.

El tipo raro, Montrose, observó cómo Chas se enfurecía e hizo ademán de levantarse. Milo extendió su mano, como para calmarlo o indicarle que se mantuviera sentado. Entrecerrando los ojos de manera casi imperceptible, Montrose miró a Milo. Chas aprovechó

aquella momentánea distracción para intentar poner en orden todas las piezas del rompecabezas: Montrose no estaba contento con Rothstein. Puede que Rothstein supiera dónde estaba Benito, pero tenía alguna razón para ocultarlo, lo cual podía ser el motivo de la tensión que existía entre ambos. El tipo silencioso que no les habían presentado era alguien importante, o bien un cebo. Probablemente esto último, dada su visible incomodidad. Pero, también, todo aquello podía ser parte de... Chas interrumpió sus pensamientos, prefiriendo no cuestionarse a sí mismo. Prefería dejar que todo terminara antes que salir mal parado.

Victor dio marcha atrás, lo que fue una buena idea.

–No era mi intención ser irrespetuoso, señor Rothstein. He venido aquí a petición de mi patrón, quien parecía estar seguro de que este asunto podía resolverse de forma amistosa. Quizá lo he juzgado mal, pero me ha parecido que estaba usted a la defensiva. Le pido disculpas por mi presunción. –Aquello pareció calmar a Rothstein, pero Montrose seguía inquieto. Chas se relajó un poco, maldiciéndose por haber invocado tan rápidamente el poder de su vitae. Sabía que el ansia no se había aplacado, pero intentó encogerse de forma visible. Las luces fluorescentes del techo parpadeaban bajo la luz amarilla de las lámparas principales. Montrose alzó una ceja.

–Es a Benito a quien buscamos, pero sólo para que salde su deuda con mi patrón –continuó Victor–. Me temo que si usted le da motivos para pensar que lo está ocultando, no va a considerarlo un acto de camaradería.

Chas se estremeció... Frankie no le había dicho nada de una deuda. O bien le estaba ocultando información, o bien Victor se lo estaba inventando sobre la marcha. Esperaba que fuera lo segundo, porque si Frankie le había enviado allí como hombre de refuerzo de un puto ghoul sin darle todos los datos...

–Lo siento, señor Sforza, pero no puedo ayudarle. –La afirmación de Milo sacó a Chas de sus pensamientos–. Benito Giovanni estuvo aquí hace dos semanas, pero sólo se quedó una noche y luego se marchó.

–Ya veo. Bien, entonces siento haberle hecho perder su tiempo. Mi patrón quedará muy decepcionado, pero quizá el saber que usted

ha visto recientemente a Benito le proporcione una nueva perspectiva del asunto. –Victor se levantó, hizo como si garabateara algo en el bloc, y se dispuso a marcharse.

»Gracias por su hospitalidad señor Rothstein. Mi socio y yo necesitaremos pasar una noche más aquí para terminar nuestros negocios, y poder disponer de tiempo suficiente para poder volver a casa sin temer los rayos del sol.

Buena jugada, pensó Chas; hazles creer que tú también eres miembro de la Estirpe. Verdaderamente, Victor sabía pensar con rapidez.

–Por supuesto. ¿Dónde se alojan?

Chas lanzó una breve mirada a Victor. O Rothstein no estaba al corriente del problema que habían tenido la noche anterior, o bien estaba intentando que se confiaran.

–Nos hospedamos aquí, en el Caesar's Palace. En la torre, piso veintiséis. La vista de la Calle Mayor es espléndida. –Victor hizo este último comentario de pasada, mientras se abrochaba la chaqueta del traje.

Por favor, por favor, por favor, pensó Chas para sí, déjalo ya y larguémonos de aquí. Parecía ser que Montrose tenía allí su refugio, de acuerdo con la información que había obtenido, antes de que las cosas adquirieran su estado actual entre los Rothstein y la facción de Frankie Gee.

Pero no tenía de qué preocuparse. Victor no volvió a abrir la boca.

Al salir, mientras se dirigían hacia el ascensor, Chas dio una palmada a Victor en la espalda.

–No ha estado mal. Por un momento, incluso has conseguido engañarme a mí. Con un poco de suerte, te habrá subestimado. O puede que incluso te haya sobreestimado, lo que apartará la atención de... bueno, de quien quiera que se supone que esté pendiente.

–Maldita sea, Chas, confía un poco en mí –contestó Victor–. Es posible hacer un trato sin tener que cortar el cuello a nadie. Simplemente odio hablar con miembros de la Estirpe que se creen lo que le cuentan a otros sobre sí mismos. La mitad de la conversación consiste en adularles y la otra mitad en intentar que se traguen el

anzuelo. Miembros de la Estirpe como Milo Rothstein hablan en círculos; sólo tienes que marearlos. Me inventé toda esa basura sobre la deuda... no sé por qué Frankie está buscando a Benito, pero no quiero parecer un estúpido recadero ignorante. Cuanto mejor juegue yo mis cartas, más oportunidades hay de que Milo meta la pata.

Una leve y desconcertada sonrisa se dibujó en los labios de Chas. Victor tenía razón, a veces los miembros de la Estirpe se engañaban a sí mismos mejor que nadie con sus propias charadas.

Mientras el ascensor se elevaba hacia el piso veintiséis, Chas deseó que Milo no hubiera abandonado la reunión con aquel mismo pensamiento.

*MIÉRCOLES, 6 DE OCTUBRE DE 1999, 11:47 PM
COMPLEJO HOTELERO SI REDD, MESQUITE, NEVADA*

Dan Nussbaum se arrimó a la barra. El camarero se dio cuenta de que el hombre tenía "esa expresión" en la cara... la expresión que significaba que estaba a punto de escuchar alguna clase de historia. Quizá una sobre un divorcio, o puede que alguna otra historia lacrimógena. O quizá algo *verdaderamente* extraño, algo que a veces cuenta uno de esos tipos raros, demasiado raro para dejarse ver bajo las luces brillantes de las grandes ciudades del juego.

Dan pidió una caña.

—¿Hay algo que le preocupe, amigo? —preguntó el camarero. Cuanto antes se lo quitara de encima, mucho mejor.

—Sí, bueno, supongo que veo muchas cosas. De vez en cuando, sin embargo, hay algo que destaca por encima del resto. En realidad, supongo que estoy cansado; Papá dice que lo estoy. Pero yo creo que se está haciendo viejo. He visto yonquis y drag queens y críos que le habían robado el coche a sus padres. Papá debe de haberlo visto

cientos de veces más que yo, pero aún así le sorprende. Es su generación, supongo. La familia tiene una gasolinera y una pequeña tienda en la U.S. 95, a las afueras de la ciudad, de Las Vegas, cerca del campo de tiro del Ejército del Aire. Cuando digo "*familia*" me refiero a mí y a Papá. Mamá murió de cáncer hará unos seis años. Darlene vive en Los Ángeles, pero nunca llama ni escribe. Pero, como sea, allí es donde veo las cosas que veo... simplemente vienen a mí. En mitad de la noche, antes de que las tragaperras se pongan al rojo vivo, después del desayuno, cuando sea. Viene de todas partes. Como aquella vez... estoy detrás del mostrador, viendo el programa de béisbol... tengo un corredor de apuestas en Las Vegas... cuando aparece un tío rarísimo. Es de noche, pero el tío lleva gafas de sol. Llega hasta la puerta principal, con una melena larguísima agitándose tras él... hasta tiene que agacharse un poco para poder pasar por debajo de la puerta. Apesta a cuero y a marihuana, como si no se hubiera duchado en un par de días. Saluda con la cabeza al entrar; supongo que no hay razón para no ser amable. Le veo pasar y entrar en la tienda, y le sonrió como diciendo "*bienvenido*". Fuera, bajo las luces de neón del toldo metálico, aparcado entre una nube de bichos y polvo de la carretera, hay un Cutlass al que le falta el tapacubos delantero del lado del pasajero. Hay una mujer en el asiento delantero, pero está dormida, o preocupada, no sé, como ausente o puede que durmiendo. El tío da un par de vueltas por la tienda pero no le presto mucha atención. Si necesita algo ya gritará. La mayoría de la gente de la carretera lo único que quiere es arreglar sus asuntos y volver a la autopista. Se acerca al mostrador, desde el pasillo de los aperitivos, y pone encima lo que ha cogido: una caja de bolsas de basura negras, un rollo de cinta adhesiva de embalar y un paquete de Twinkies. "*Ocho con sesenta y tres*", digo yo. "*¿Es que va usted a cargarse a alguien?*", le pregunto, de coña. Saca un par de billetes de una cartera mugrienta y los pone sobre el mostrador. "*Vampiros. Quédese con el cambio. ¿Tiene usted un aseo?*", es lo que me contesta. "*Sí señor, justo a la vuelta de la esquina*". Le alcanzo el llavero, un volante de un Impala del 64 del que cuelga la llave. El tío sale, abre el maletero, mete lo que ha comprado... y grita algo. La chica ni se mueve, así que imagino que no estaba hablando con ella. Cierra el maletero de un golpe, pero rebota

y se abre, así que lo empuja más fuerte para que se cierre. Debía de haber algo allí que no dejaba que se cerrara bien. Igual un vampiro. –Dan Nussbaum soltó una carcajada–. El tío se dirige hacia el baño, como cansado, y vuelve a los dos minutos. Entra, pone el llavero sobre el mostrador y se marcha. En un santiamén ya se ha largado, no se ven más que las luces traseras del coche y el polvo de la carretera. Pero eso no es de mi incumbencia.

El camarero, sin inmutarse, seguía fregando las jarras usadas. Todas las buenas historias tienen al menos una ex novia muerta. Aunque a lo mejor eso era lo que había en el maletero...

*MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 12:52 AM
HOTEL CAESAR'S PALACE, HABITACIÓN 2604,
LAS VEGAS, NEVADA*

Chas y Victor volvieron a la habitación y encontraron que la luz de mensajes del teléfono parpadeaba. Sin duda, era Frankie Gee con una nueva revelación, pidiéndoles que pararan en algún lugar de camino a casa para cumplir algún otro encargo.

Chas vio la nota que estaba sobre el escritorio: *Llamar a Frankie Gee a Nueva York, urgente*. Aquello le inquietó... nada ponía a Frankie tan nervioso como para que necesitara hacer algo inmediatamente. Era de ese tipo de tíos que, si alguien le jodía, se sentaba a rumiarlo, dejando que su tortuosa mente ideara una venganza adecuada mientras se alimentaba de puro odio. Frankie era de esa clase de gente que si ocurre algo y él se lleva la peor parte, te enteras después de mes y medio. Y haciendo un drama de ello... algo que pensabas que era una estupidez o que ya era agua pasada podía haber tenido a Frankie revolviéndose en su propia ira... y entonces te lo haría pagar con creces.

Así que Chas llamó de inmediato a la oficina de Frankie.

–Hey, Frankie. Soy Chas. ¿Cuál es el problema? –Se preguntó,

despreocupadamente, por qué Annie no había contestado el teléfono.

–Esto es más grande de lo que yo creía, Chas. Parece ser que Benito está metido en cosas con gente mucho más importante que yo. Acabo de recibir un aviso de algunos de los italianos más importantes, advirtiéndome que más vale que seamos extremadamente cuidadosos con toda esta mierda.

–¿Qué quieres decir? Está metido en una buena se mire por donde se mire, ¿verdad?

–No, no es eso. Mira, yo no soy nadie comparado con algunos de esos viejos cabrones, ¿sabes lo que quiero decir? No les he dicho que te había mandado para allá, pero si Benito está en algún lugar cerca de Las Vegas, estos tíos van a enviar a alguien a encontrarse con vosotros.

–Vale, ¿qué coño quieres que haga? Rothstein habla como si no supiera una mierda, pero hay alguien más en escena, estoy seguro. Tenía uno de esos hombrecillos con él para impresionarnos, pero también había un tipo muy extraño. Todo un personaje, ese Nosferatu. ¿El nombre Montrose te dice algo? –Chas intentó garabatear algo con el boli del hotel sobre el bloc de notas de la mesilla. No tenía tinta.

–No, nada, pero puede que alguno de los nuestros lo conozca. Mantén los ojos bien abiertos por si te tropiezas con alguien llamado Isabel. Es un pez gordo de la vieja familia de Venecia.

–¿Isabel Giovanni?

–Eso creo. Aparecerá por allí, como te he dicho, si merece la pena investigar algo en Las Vegas.

–Rothstein dijo que Benito vino y se fue. Estaba aquí, pero luego desapareció. Nadie sabe dónde está.

–Pues esos viejos cabrones están furiosos por todo el asunto. Donde quiera que esté, necesitan que se quede allí.

–No necesitas que nos quedemos aquí más tiempo, ¿verdad?

–Chas recordó la noche anterior, la escapada de Victor y su propio encuentro con el tipo de vicio brillante y mediocre exclusivo de Las Vegas.

–Bueno, ahora que lo dices, sí que lo necesito. Quiero que os quedéis allí otro par de noches, por si acaso alguno de ellos aparece.

–Joder, Frankie, esto no me va a hacer meterme en problemas

con ellos, ¿verdad? Quiero decir que...

–Eh, tú harás lo que yo te diga, ¿me oyes? No me vengas ahora a joder, llorando como una niña sólo porque te digo que te quedes unas cuantas noches más. ¿Cuál es tu puto problema, Chas? ¿Te estás ablandando?

Aquella pregunta aceleró a mil la mente de Chas. *La cosa nostra*, en especial la rama Giovanni, no era algo de lo que uno se pudiera retirar. Cuando estabas acabado, o eras un montón de cenizas en la cárcel, o un montón de cenizas en la calle, o bien un montón de cenizas en el puto horno de tu propio refugio. Si Frankie creía que se estaba volviendo blando podía mandar que lo quitaran de en medio antes de que pudiera joder algo. Intentó dejar de pensar en ello.

–No Frankie, no estoy diciendo eso. Lo que digo es que si estos otros tíos van a tomar cartas en el asunto, puede que no nos quieran mariposeando por aquí. Familia o no, su ropa sucia sigue siendo su ropa sucia, y no quiero meter las narices en ello si así voy a joder su operación o la nuestra.

–Bueno, está muy bien que pienses así, Chas, pero deja que yo me ocupe de esa clase de cosas. Victor y tú sólo tenéis que quedaros allí y mantener los ojos bien abiertos. Tengo la impresión de que esto es más grande de lo que ellos quieren que parezca. Tiene que serlo, para que hayan tomado cartas en el asunto, pasando por encima de mí; pero es lo que tú dices, es su problema. Claro que, si no pueden manejarlo, entonces es posible que yo pueda encontrar a alguien que lo resuelva, y al final terminen debiéndome una, ¿*capice*?

–Sí, entiendo.

–Una cosa más, Chas –añadió Frankie, intentando que pareciera natural y casual.

–Sí, dime.

–Ten cuidado.

Aquello era como el beso de la muerte. Una simple frase, espetada de modo tan tajante y con una irreverencia tan forzada. Chas sabía que lo más probable era que no regresara a casa sano y salvo. Lo que en principio había considerado pan comido se había convertido en algo totalmente diferente.

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 1:12 AM

HOTEL CAESAR'S PALACE, HABITACIÓN 2604, LAS VEGAS, NEVADA

Quince minutos después sonó el teléfono.

Victor vagaba por el casino intentando evitar volverse loco, y había pedido un crédito de doce mil dólares para jugar, poniéndolo en la cuenta de la habitación, lo que a Chas le pareció algo sospechoso. Tras la conversación con Frankie no estaba muy dispuesto a confiar en su propia familia, menos aún en un ghoul cocainómano que probablemente en aquel momento se estaba tirando a una de las camareras del casino sobre la mesa de blackjack.

Segundo timbre.

Chas se puso en pie rápidamente y se acercó a la ventana, para observar el aparcamiento desde la torre de habitaciones. Ninguna sirena, ningún Crown Vic o Chevy del gobierno, ni ambulancias, sólo una limusina blanca que estaba seguro de haber visto antes. Ni rastro de soplones tras la puerta. Sólo una película de Bruce Willis en la tele en la que todo parecía explotar o ser derrumbado.

Tercer timbre.

Chas olfateó el aire. Un débil aroma a... ¿almendras...?, pero nada más. No es que él pudiera ser envenenado, al menos no de un modo convencional. Ya había sufrido ataques de paranoia un millón de veces, pero al final siempre terminaba convenciéndose, quizá de modo fatalista, de que si alguien de verdad le quisiera muerto, finalmente muerto, moriría, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Aunque fueran lo bastante sutiles como para usar uno de los asesinos contratados por la Estirpe, o tan tradicionales como para acribillarle a balazos en medio de la calle, o atrevidos hasta el punto de incendiar la habitación del hotel, al final lo cogerían. No, el verdadero secreto de la inmortalidad, e incluso de una vida mortal larga, era evitar llamar la

atención. El Príncipe Benedic de Las Vegas lo hacía... poseía una tranquila y hermosa finca fuera de los límites de la ciudad. Frankie Gee lo hacía, escondido tras cientos de *capos* y *caporegimes*, fingiendo ser un auténtico matón de segunda fila y no un hombre de ciento veinte años de edad que había arribado a la Isla Ellis hacía ya medio siglo. En ocasiones, la gente invisible también resultaba herida, pero era algo aleatorio y sin ninguna intención. Sólo había que quedarse callado y dejar que otro recibiera los balazos.

Cuarto timbre.

Ya es suficiente, basta de basura paranoica, razonó Chas, contestando el teléfono.

–Soy Chas.

–Buenas noches, Chas. Soy tu tía Isabel. ¿Tienes tiempo de bajar y tomarte un café rápido con tu tía favorita?

Una vez más, la mente de Chas comenzó a correr a toda velocidad. Ella contaba con que supiera su nombre, lo que significaba que probablemente se imaginaba que Frankie (o alguna otra persona) le había avisado de que algo estaba ocurriendo. Sin embargo, le había pedido que se vieran, y en un lugar público, bien para cubrirse porque ya había tratado con los chicos de Frankie en el pasado, o bien para *tranquilizarle*. Confiando en su propia valía, se decidió por lo primero, aunque en el fondo sabía que la otra opción era la más probable. Como ella no había preguntado por Victor, prefirió no mencionarlo y ver qué ocurría.

–Por supuesto. Estaré abajo en un momento.

–Maravilloso. Te estaré esperando.

La Tía Isabel tenía una voz decididamente dulce. Tan dulce que Chas decidió no arriesgarse. Comprobó el cargador y la recámara de su enorme automática (con suerte, al menos le daría algo de tiempo si la conversación se ponía tensa) y salió de la habitación, cerrando la puerta tras él.

Sí, desde luego que la habitación olía a almendras.

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 1:19 AM

HOTEL CAESAR'S PALACE, RESTAURANTE NERO, LAS VEGAS, NEVADA

Isabel sólo llevaba unos minutos esperando cuando Chas llegó. Parecía bastante agradable, al estilo americano, un hombre de huesos grandes y facciones toscas. Llevaba un traje negro de líneas sencillas, pero sin corbata y con el cuello de la camisa abierto. ¡Qué mortal! ¿Y es que aquellos gánsteres ordinarios nunca se quitaban los trajes negros? *Cuando alguien ve a un hombre vestido con un traje negro, pensó Isabel, sabe que o es un hombre del gobierno o está en contra de dicho gobierno.*

Isabel supuso que daba igual. Las Vegas estaba infestado de jugadores empedernidos y de sus imitadores, y nada hacía sospechar de Chas. Al fin y al cabo, él no era más que un recurso, y una vez que hubiera terminado era probable que no tuviera que volver a verlo jamás.

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 1:19 AM

HOTEL CAESAR'S PALACE, RESTAURANTE NERO, LAS VEGAS, NEVADA

Chas se imaginó que tendría que representar el papel del típico subordinado en busca de la aprobación de sus superiores. Llevaba la camisa abierta y el pelo un poco alborotado. Al entrar en el ascensor, pensó que sería una buena idea darse primero una vuelta por el casino antes de encontrarse con Isabel en el asador. Mejor comprobar lo que estaba haciendo Victor con un crédito de doce de los grandes a nombre del jefe.

Pero no se veía a Victor por ninguna parte. *Preocúpate por eso*

después, se dijo Chas.

Y así, algo preocupado, entró en Nero y le dijo a la camarera que debía encontrarse con su tía, que le estaba esperando.

–¿Su tía? –había preguntado la camarera.

–Tía política –contestó Chas. ¿Qué demonios significaba todo aquello?

Pronto lo averiguó. Isabel parecía demasiado joven para ser su tía de modo convencional, aparentaba treinta años, como mucho. Tenía un aspecto muy europeo, con la piel de un suave matiz oliva (*así que ésta es la pinta que tienen los europeos no muertos*), el pelo oscuro, casi negro, y los brazos muy delgados, cruzados sobre el pecho. Aún no le había visto y tenía la cabeza girada, lo que proporcionaba a Chas una magnífica vista de su belleza clásica, cuyo interés aumentaba por pequeños detalles que sólo podían conseguirse tras generaciones de cuidadosa endogamia. *La barbilla algo débil*, observó, *y las mejillas peligrosamente altas*. También se fijó en la juvenil curva de su pequeño pecho y el arco de sus hombros, de los que colgaba un vestido de seda de un modo que sólo se podía describir como lascivo. En la mesa, enfrente de ella, había una botella verde de Pellegrino, abierta pero sin servir.

Mierda, pensó Chas, casi en alto, *quiero tirarme a mi tía*.

Ella giró la cabeza mientras Chas se sentaba, y le obsequió con una leve sonrisa.

–¿Es que aquí los caballeros no piden permiso antes de sentarse en la mesa con una dama?

–Um... –respondió Chas ingeniosamente –. Me dijeron que me estabas esperando. –*Zoquete*.

–Bueno, es un placer conocer a un primo tan guapo. O sobrino. O lo que seas. No soy capaz de aclararme con las relaciones familiares –dijo Isabel entre risas.

Chas sintió su perfume.

–Casa Givenchy –dijo ella.

–¿Disculpa?

–Givenchy. Mi perfume.

–Sé perfectamente lo que es Givenchy, pero no sabía...

–Has movido la nariz. Lo he visto. Suelo fijarme en los pequeños

detalles.

–Debes de pensar que soy idiota. Normalmente no estoy tan desconcertado, pero ésta ha sido una noche llena de revelaciones.

–Estoy segura de ello –*Bien*, pensó Isabel, *directo al grano. Buena elección, una que te concede la primera ventaja. Es mi turno*–. ¿Y qué revelaciones son éstas?

–Bueno, he recibido una llamada de mi jefe diciendo que probablemente estarías aquí, y que debía encargarme de que te sintieras como en casa –Chas sonrió–. Parece ser que ambos estamos buscando a un conocido mutuo.

–¿Así que tu jefe sabe que estás aquí?

–¿Disculpa? –repitió Chas. *Mierda, va muy por delante de mí. ¿De que coño está hablando?*

–No estaba informada de que vuestra rama de la familia había enviado a alguien.

–Vale, ¿entonces cómo sabías que me encontrarías aquí?

–Porque, Chas, nuestra familia está llena de mentirosos. Y una omisión no es menos mentira que cualquier otra alteración de la verdad.

–Supongo que es una manera de verlo. Pero Frankie me tiene de un lado para otro buscando a Benito. Pensé que éste era un buen lugar para empezar a buscar. Las Vegas es una de los primeros sitios que se vienen a la cabeza cuando uno piensa en la Maf... en los negocios de mi familia, y Benito no parece ser una persona especialmente original, ni de los que rompen moldes. Al menos eso es lo que he oído.

–Ya veo. Mmm. Sí, bien, "conocido" es una manera algo fuerte de describirlo. Benito no es más que una mercancía para sus superiores. Los de su clase son muy comunes entre nuestras filas.

Chas se sintió desconcertado. No sabía qué pensar de la afirmación de Isabel. Aparentemente, ella ocupaba una posición distinta a la de Benito dentro de la familia, ¿pero al mismo tiempo era más o menos que él? Sus palabras indicaban que ella no estaba "por encima de él", pero que Benito, de alguna manera, era menos valioso que ella.

–Me temo que me he perdido, mi querida tía –Chas esperó que

entendiera la intención de sus palabras—. ¿Podrías darme algo más de información para que yo pueda continuar? No puedo ayudarte si no sé lo que se supone que debo hacer.

—Oh, al contrario, Charles —*Mi nombre completo*, pensó Chas, *debe ser que así es como lo prefiere*—. Si sólo haces lo que se te dice, serás mucho más eficiente y valioso. En el mundo hay dos clases de personas: los que lideran y los que deben seguirles. Tranquilo, no es ninguna vergüenza ser un seguidor. Es simplemente el papel que mejor se ajusta a tus capacidades. Yo misma soy una seguidora desde que perdí mi don especial de percepción. Es parte de la maldición familiar, si sabes a lo que me refiero.

De hecho, Chas lo sabía. Estaba hablando del Abrazo. Aunque convertirse en vampiro proporcionaba muchas ventajas, lo compensaba de sobra con los inconvenientes. Para alguien como Chas, muchos de estos últimos no importaban: no le preocupaba no volver a ver el sol nunca más. En los últimos tiempos, incluso se había entusiasmado con la idea del Beso Giovanni... los miembros de la Estirpe de su clan causaban un gran dolor cuando se alimentaban de sus recipientes, al contrario que los vampiros de otros clanes, cuya mordedura hacía que el recipiente llegara al éxtasis una vez se dejaba llevar. En el fondo, no importaba por donde lo mirara, el Abrazo significaba la condenación, pura y simplemente. Y aunque un vampiro pudiera encontrar un pequeño consuelo en la fuerza de su forma inmortal, aquello no era más que otra muestra del irónico y malicioso sentido del humor de Dios. Como dice la leyenda, la Maldición de Caín había sido lanzada sobre el primer vampiro, el asesino de su hermano, Abel, durante los días de Adán, Eva y un jardín lleno de serpientes. En opinión de Chas, eso sólo quería decir una cosa: el Dios del Antiguo Testamento había creado a los vampiros, cuando no era más que un hijo de puta, enfadado y vengativo. El Antiguo Testamento está lleno de demostraciones de la ira de Dios. Siempre andaba atormentando o maldiciendo a un grupo de gente a causa del libertinaje o la avaricia de otra gente. Fue sólo tras el advenimiento del Nuevo Testamento que Dios se calmó un poco. No encontrarás ninguna terrible maldición bíblica, como vampiros o lluvia de sangre o gente que se vuelve pilares de sal en la actualidad. Y es probable que ésa sea la razón por

la que el mundo se esté yendo a la puta mierda. Dios ya no se preocupa por nada. Adelante, mandadlo todo a tomar por culo... parece que eso es lo que piensa. Yo os he dado la creación y vosotros queréis usarla para destruirlos. Vale, pues que lo paséis bien... Chas se imaginaba a Dios diciendo eso y dándose la vuelta para irse a trabajar en algo que mereciera más la pena.

Sacudió la cabeza. ¿De dónde había venido todo *aquello*?

Miró al otro lado de la mesa y vio a Isabel sonriéndole.

–¿Has hecho tú eso? –preguntó.

–¿Hacer qué? –fue su respuesta.

–Eso que me acaba de pasar. ¿Has llenado tú mi cabeza con todas esas ideas extrañas? Quiero decir, nunca me he considerado un hombre religioso, pero acabo de tener un... um... acceso de conciencia religiosa. Claro que, ahora que lo pienso, todo eso estaba en la línea de la mayoría de mis pensamientos, ¿pero por qué iba a ponerme de repente a pensar en Dios?

–Chas, qué descreído eres... no tengo ni idea. A lo mejor te hace bien pensar un poco más en Dios de vez en cuando. A mí me ayuda.

–Y una mierda, Isabel. Vale, supongo que sí creo en Dios... es un poco estúpido creer en la Estirpe sin Él... pero no es lo que se dice muy importante en mi... um... vida.

–Nadie dice que tenga que serlo, Chas. ¿Pero realmente crees que la existencia poco convencional que lleváis tú y tu rama de la familia es el único y verdadero fin de la vida y de la no vida? –Isabel miró hacia ambos lados, asegurándose de bajar la voz lo suficiente para que, si alguien la estaba escuchando, no pudiera oírla decir algo tan extraño. No vida, de hecho–. ¿Crees que una maldición tan terrible como la que pesa sobre los hombros de nuestra familia, existe sólo para que tú puedas jugar a *El Padrino* y dártelas de importante con otros vampiros durante el resto de la eternidad? ¿Es que eres tan vanidoso? ¿O tan estúpido?

–Bueno, cálmate Isabel. Por el amor de Dios, esta mierda se está poniendo de lo más rara. He venido aquí para hablar sobre el problema de Benito y de repente me doy cuenta de que tengo el puto Génesis 3:16 atravesándome la cabeza. *Fuiste* tú, ¿verdad?

Isabel dio un enorme y teatral suspiro.

–Mi niño, si yo quisiera confundirte, lo haría de un modo que fuera beneficioso para mí. Provocarte un ferviente raptó de autocompasión no es que me sirva de mucho, ¿no? Si de verdad *tienes* que saberlo, puedo decirte lo que te ha pasado, pero me temo que no te va a gustar mucho.

Chas la miró expectante.

–Fantasmas.

–Fantasmas –repitió Chas sarcástico.

–Eso es. Fantasmas.

–Respuesta incorrecta, Isabel. Muy graciosa. Fantasmas.

Ahora, si me disculpas –Comenzó a levantarse, pero a medio camino se encontró con la mirada de Isabel. Entonces se detuvo–. Mierda, estás hablando en serio.

–Modera tu lenguaje, y sí, hablo en serio.

En aquel momento el camarero se paró delante de la mesa.

–¿Han decidido ya lo que quieren para cenar? ¿O quizá desearían un cóctel para empezar? ¿U otra botella de Pellegrino?

–Chas miró al camarero como si fuera a echarlo, pero Isabel puso su mano sobre la de Chas. No tenía sentido discutir con el personal y dejar que se enteraran de que ambos tenían algo entre manos.

–Disculpe. Nos estábamos poniendo al día. Hacía mucho que no nos veíamos. Creo que necesitaremos unos minutos para decidir la cena. Mientras tanto, tomaré un negroni.

Chas miró a Isabel de una manera casi acusadora, como diciendo *esto es lo que pasa cuando quedas en un restaurante*. Luego se dirigió al camarero y pidió un bourbon con agua. El camarero sonrió y asintió, retirándose para traer las bebidas.

Isabel miró a Chas con picardía.

–¿Qué vas a pedir para cenar? –bromeó.

–Jamás comería aquí –respondió Chas, calmándose un poco–. He oído cosas asquerosas sobre el sitio donde guardan la carne.

–Bueno, entonces deberíamos marcharnos en cuanto acabemos las copas. No creo que les guste tenernos aquí ocupando una mesa si no vamos a comer.

–Sí, claro, porque está hasta los topes. –Chas hizo un amplio

gesto con la mano, enfatizando el hecho de que la sala estaba casi vacía.

–Estás perdiendo el tiempo –observó Isabel–, y deberíamos dar por finalizada esta conversación para que puedas seguir con tu trabajo. Aún tienes mucho que hacer esta noche.

Mirándola inquisitivamente, Chas se preguntó de qué estaría hablando Isabel.

–Pero primero –continuó ella–, los fantasmas. Sé que no necesito andarme con demasiados preámbulos en este asunto, pero si estás preparado para creer en vampiros, también deberías estarlo para creer en fantasmas.

Chas sonrió secamente, torciendo la boca, como si todo aquello fuera un truco muy bien preparado.

–Hablo en serio. Estoy segura de que serás el primero en admitir que hay cosas sobre los Giovanni que desconoces. Prefieres que sea así, lo veo en ti. Mientras nada te incumba a ti, como individuo, estarás más que contento dejando hacer al Clan Giovanni lo que quiera. Así es como lo prefiere la mayoría de los Giovanni, Chas, y es la razón por la que aún eres un miembro de la Estirpe en lugar de un montón de cenizas a los pies de la silla de algún anciano. Cumple tu trabajo sin hacer preguntas. Pero la verdad de todo el asunto resulta bastante desagradable, incluso para un tipo duro como tú.

La sonrisa de Chas se había ido desvaneciendo gradualmente de su cara. Según ella iba hablando, comenzó a mirarla como un ciervo observa al lobo, no como a un enemigo, sino como alguien cuya existencia depende del capricho de otro ser. El lobo no mata al ciervo por gusto, sólo por necesidad. El ciervo sólo debe temer al lobo hambriento. ¿Pero estaba Isabel hambrienta, en cualquier contexto o sentido metafórico que implicara la palabra?

–Está bien. Ya soy mayorcito. Podré soportarlo.

–Sí, eso es verdad. Pero en lo que se refiere a esos fantasmas, Chas, eso es algo a lo que los Giovanni se han vinculado inextricablemente ellos mismos... *nosotros mismos*. Sabes bien que muchos de nuestros negocios y asuntos personales están muy relacionados con la muerte. Vale, lo que te estoy diciendo es que, para muchos, la muerte no es el fin. Los espíritus, las almas de los muertos,

continúan sirviéndonos incluso tras haber dejado el plano físico. Éste es uno de los secretos de la familia, guardado durante siglos. Desde el Renacimiento, o puede que antes. Obligamos a los muertos a que hagan lo que se nos antoje. Pero algo ha ocurrido de un tiempo a esta parte. Algo que ha hecho que nuestro poder sobre los muertos sin reposo... en realidad, no sé lo que está pasando. No es que nuestro dominio sobre los espíritus haya empezado a disminuir, pero parece haber menos espíritus últimamente, e incluso los que hay no están en los lugares en los que deberían estar. Para no aburrirte con detalles nimios, creo que eso es lo que acaba de ocurrirte... un fantasma estaba intentando hacerse con el control de tu mente, Chas. Pueden ver nuestro mundo y saben cosas sobre nosotros, que es la razón por la que nos son tan valiosos. Pero es una espada de doble filo. Saben, por ejemplo, que eres un Giovanni, y te odian por ello. No necesariamente por algo que hayas dicho o hecho, aunque podría ser el fantasma de alguna de tus víctimas o recipientes. Les molesta el hecho de que seas un Giovanni porque los Giovanni pueden usar las almas sin reposo cuando quieren.

La expresión de Chas mostraba su tremenda incredulidad.

–Me estás diciendo que los fantasmas tienen prejuicios contra mí. Eso es lo que me estás diciendo. No sólo que la familia Giovanni puede hacer vudú, sino además que esos pequeños demonios nos odian por ello y ése es el motivo por el que a veces la toman con nosotros.

–Bueno, Chas, es un modo algo irreverente de expresarlo, pero supongo que es correcto, a tu manera. Comprendo que es demasiado para creérselo de buenas a primeras, pero harías bien tomándotelo en serio. Después de todo, los muertos lo hacen.

Chas se reclinó hacia atrás en la silla, con las manos sobre el borde de la mesa, asqueado, como si estuviera a punto de levantarse. Trajeron las bebidas e Isabel le pidió otros cinco minutos al camarero, que se dirigió a la cocina muy animado para poder seguir cotilleando con el resto del personal sobre la peculiar pareja de la mesa diecisiete.

–¿Qué es un negroni, por cierto? –preguntó Chas, agradecido por la posibilidad de cambiar de tema y evitar el extraño rumbo que la conversación estaba tomando. Tenía que admitir que, de un modo

retorcido, tenía sentido: si la Estirpe aún caminaba sobre la tierra, bueno, ¿por qué no podían hacerlo los putos fantasmas? Aquel pensamiento le hizo reflexionar sobre algunas historias que había oído a otros miembros de la Estirpe en el pasado. Historias sobre las cosas con las que los no muertos compartían la noche, conscientemente o no; otros monstruos y cosas aún más difíciles de definir. Chas sintió que se le aclaraba la mente y de pronto comprendió que existían otras fuerzas ocultas en el mundo. Y, mientras sentía cómo le caía una sola gota de sangre entre los omoplatos, se dio cuenta de que las temía. No las conocía, no sabía lo que las otras criaturas de la noche (ni siquiera una tan importante para él como Frankie Gee) pensaban. Los mortales eran sencillos. Ni siquiera sospechaban que los monstruos de su inconsciente colectivo caminaban entre ellos. Pero ser uno de esos monstruos, y saber que había otros...

Chas no quería seguir pensando en ello. Mejor volver al asunto que tenía entre manos y ocuparse de aquello que *podía* manejar. Dejar que el mundo siguiera girando.

–¿Qué es? ¿Zumos de arándanos? No les has obligado a que te hagan un cóctel de sangre, ¿verdad? –Incluso antes de terminar la pregunta, Chas se dio cuenta de que bien podía haberlo hecho. Podía ser otro ejemplo de la gran influencia de los seres sobrenaturales en el mundo. Se dio cuenta de que, después de todo, quizá no quería saberlo.

–No es más que ginebra, vermouth y Campari.

De algún modo, Chas se sintió tranquilizado por lo mundano del comentario. Sacudió la cabeza.

–Este lugar me saca de quicio –protestó–. ¿Podemos irnos de aquí?

–Por supuesto.

–Bien. Vayamos al Casino. Allí nadie nos va a dar la brasa para que pidamos la cena, y si no jugamos tampoco nos incordiarán para que pidamos una copa gratis.

Chas dejó un par de billetes de veinte sobre la mesa y salieron del restaurante.

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 2:12 AM

CASINO DEL HOTEL CAESAR'S PALACE, LAS VEGAS, NEVADA

–Dejémonos de rodeos, Isabel. Necesito seguir adelante con el asunto de Benito –dijo Chas en voz baja. Incluso entre el ruido y el jaleo de las tragaperras (las que no habían sido reemplazadas por aquellas estúpidas máquinas de videojuegos), uno debía tener cuidado con el tono de voz que empleaba. Los casinos de Las Vegas estaban llenos de cámaras de vídeo, y algunos, por si fuera poco, también tenían micrófonos.

–¿Has conocido a un Vástago llamado Montrose? –preguntó Isabel, mirando a Chas a los ojos. Aún no lo conocía lo bastante como para confiar en él, y mantenía sus aguzados sentidos alerta, esperando cualquier *tic* que pudiera advertirle que estaba escondiendo algo. Maldita familia.

–¿Ese capullo retorcido? ¿Qué coño tiene él que ver con todo esto? Creía que no era más que el matón de Rothstein. –Chas se tocó brevemente la nariz, como para evitar un picor.

Un tic.

–¿Qué te hizo pensar eso?

–Pues me pareció que estaba deseando ponerse a repartir mamporros en cuanto Victor se puso algo arrogante. Y tampoco parecía muy listo, más bien estaba esperando la menor excusa para darnos un buen meneo.

–Bueno, eso ha sido... muy descriptivo. ¿Podrías hacerme un favor? ¿Podrías moderar el lenguaje callejero? Para ser sincera, no me molestan los tacos, pero el inglés no es mi lengua materna y preferiría no tener que perder el tiempo descifrando lo que quieres decir. Y "un meneo" en argot significa algo totalmente distinto en otras situaciones, algo que estoy segura de que no era lo que querías decir, pero que puede inducir a pensar en imágenes bastante curiosas

–respondió Isabel, inspeccionando la sala con la mirada por encima del hombro de Chas.

–Estás hablando sobre esa mierda del marica de la cárcel. Sí, ya lo he oído antes. Pero si me estás acusando...

–Oh, cálmate. Volvamos a Montrose. Tiene mucha más relación con la desaparición de Benito que Rothstein. Montrose sólo usa a Rothstein como coartada. Claro que Rothstein piensa que él te está usando a ti como un favor a Montrose. Sí, lo sé, es un poco enrevesado. Ten paciencia. Milo Rothstein representa una parte importante de la influencia Giovanni en Las Vegas, y cree que eso le protegerá. Pero no será así: Milo ha hecho muchos enemigos por la manera tan particular que tiene de repartir las ganancias. En realidad, a los Giovanni les está costando caro mantenerlo aquí, pero Las Vegas aún es rentable, dada la cantidad de dinero que generan los otros intereses de la familia en la ciudad. Ya sabes, otros Rothstein. Su familia es casi tan complicada como la nuestra, sólo que algo más pequeña. Como sea, Rothstein sabe que Montrose está involucrado en el secuestro de Benito, así que cree que engañándote a ti el Nosferatu contrae una deuda con él. Lo esencial, es que Milo probablemente no sabe nada de Benito, pero no se lo va a decir a Montrose o Montrose sabrá que Milo le ha estado tomando el pelo y que no merece que le devuelva ningún favor. El problema es que Montrose ya sabe que Milo es un inútil y, a su vez, se lo está ocultando a Milo. Montrose está utilizando a Milo para jugar contigo, y te usa a ti para jugar con Milo.

Chas entrecerró los ojos y la interrumpió.

–Eso no tiene ningún sentido.

–No, no lo tiene. Que es la razón por la que lo hace. Provocar que os enfrentéis entre vosotros, cuando el verdadero problema de ambos es él.

–¿Por qué es él un problema para Milo?

–Piénsalo, Chas. Hay más Giovanni en la ciudad investigando el asunto de Benito. Tú no eres el único. Los escoceses también han mandado a alguien. Y como Milo se está aprovechando demasiado, el tener gente de fuera rondando por aquí le supone que a lo mejor terminen averiguándolo.

–¿Pero cómo sabes todo eso?

–Por Dios, Chas, ¿te crees que no soy al menos igual de inteligente que Montrose? Yo también juego a este juego. Y tú deberías aprender, si tienes intención de seguir metido en esto mucho tiempo.

Chas levantó las cejas.

–De acuerdo, sólo una cosa más.

–Sí, mi querido sobrino, dime. –Isabel esbozó una media sonrisa.

–¿Cómo sabes que es Montrose el que está detrás de todo esto? O al menos detrás de la parte de la que está... detrás... ya sabes a lo que me refiero.

–Porque es muy descuidado. La noche en que Benito fue secuestrado, la seguridad de su edificio informó sobre un intento de entrega por parte de Envíos Interestatales, y que el vehículo de reparto regresó a los cinco minutos pero no trató de dejar su cargamento. Envíos Interestatales es una empresa subsidiaria del Grupo de Arquitectos, que es un consorcio de capital riesgo instalado aquí, en Las Vegas. A su junta directiva pertenece un tal Theodore Benedic, un alias bajo el que se oculta el Príncipe de Las Vegas, Benedic.

–¿Entonces? ¿Montrose es también el príncipe? No, espera, es otro alias.

–No –Isabel sonrió con aire de suficiencia–, Benedic no tiene nada que ver con esto. Benito trató con Montrose hace algunos años por algo relacionado con obras de arte, algo que salió mal. Creo que Benito le había ofrecido a Montrose la oportunidad de invertir en un alijo de originales ocultos que sus ghouls habían hallado en Niza, Francia. Parece ser que alguien los había escondido para impedir que cayeran en manos del estado durante la Revolución Francesa. Había un Millet entre ellos, y creo que también un David. No importa. Benito se deshizo de Montrose antes de finalizar el trato, y desde entonces éste le guardaba rencor. Además, hace poco se descubrió que Montrose tenía un espía dentro del refugio del príncipe, así que obviamente también le guarda rencor a Benedic, o al menos pretende igualar el marcador. A la luz de todo esto, mi opinión es que Montrose

estaba intentando tenderle una trampa a Benedic para que pareciera que era responsable del asunto de Benito, posiblemente provocando que las relaciones entre los Giovanni de Las Vegas se pusieran muy delicadas... o quizá sólo quería colocar otra cortina de humo entre él y sus peones.

Chas se puso en pie, clavando los ojos en Isabel.

–Me estás tomando el pelo... –dijo, disminuyendo gradualmente el volumen de su voz, para dejar claro que estaba seguro de que *estaba* tomándole el pelo.

Isabel bajó la mirada con coquetería.

–No es tan difícil de entender una vez has colocado algunas piezas en su sitio. Entonces empieza a verlo todo claro –dijo Isabel seriamente.

Chas sacudió la cabeza.

–Si, pero hay unas cuantas suposiciones que tú has convertido en piezas. Incluso tras haberlo oído todo, no sé si has conseguido reconstruir el rompecabezas, o juntar un montón de piecitas que forman parte de una pieza aún mayor, o si todo esto no es más que un montón de mierda que no significa nada, a parte de que es muy fácil contar una buena historia con un puñado de especulaciones.

Isabel sonrió.

–Bien, sobrino –concluyó, besándose las puntas de los dedos y rozando luego la frente de Chas–, supongo que ya lo veremos.

Con eso, se despidió, se giró y se mezcló entre la multitud de Las Vegas, dejando a Chas preguntándose si aquel era el segundo beso de la muerte que recibía aquella noche.

–Frankie, ¿cómo puedo localizar a Milo Rothstein? –Chas sabía que sólo faltaban unos minutos para que saliera el sol y Frankie tuviera que esconderse de sus rayos mortíferos. Las zonas horarias son uno de los mayores enemigos de los vampiros en lo que se refiere a los negocios.

–Dios, Chas, ¿sabes que hora es aquí?

–Por supuesto que sé qué hora es, pero esto es una emergencia. ¿Recuerdas lo que me contaste sobre esos Giovanni tan importantes? Bueno, pues están aquí, Isabel está aquí, y está buscando a Milo. Nuestro Benito está mezclado en algo que va mucho más allá de lo que pensábamos y Milo está cubriendo a quien quiera que esté metido en esto.

–¿De qué coño estás hablando, Chas?

–*Vamos*, Frankie, estoy tratando de echarle una mano. Isabel cree que si somos implacables con estos hijos de puta les haremos salir y podremos saber dónde estamos. Y yo estoy de acuerdo con ella. Quiero decir, joder, que tampoco tenemos nada que perder. Milo y los suyos ya están en nuestra contra, tú lo dijiste, y yo he tenido suerte averiguando lo poco que sé. Y esto me va a permitir hacer lo que me ordenaste.

Chas sabía que Frankie no era de los que se tragaban cuentos chinos, pero era todo lo que tenía. Una vez pudiera volver a Nueva York se lo explicaría y pondría las cosas en claro. En aquel momento, su única preocupación era mantenerse un paso por delante en el juego, porque sabía que Milo no iba a dejar que los sabuesos de Frankie Gee dejaran la ciudad con alguna pista sobre el paradero de Benito.

–Chas, me estás jodiendo vivo. Voy a darte el número y a rezar porque sepas lo que estás haciendo. ¿Sabes lo que estás haciendo, verdad? ¿Esta mierda no puede esperar hasta mañana por la noche?

–No, Frankie. Aquí aún faltan tres o cuatro horas para amanecer, y no quiero dar a esos cabrones de los Rothstein la ventaja del primer movimiento. Y aunque no pasara nada esta noche, su gente está por toda la ciudad, ¿sabes? Tendrían unas dieciséis horas más que nosotros antes de que pudiéramos dar un nuevo paso. Victor está bien para una emergencia, pero no conocemos esta ciudad y no

tenemos a nadie de nuestra parte.

–¿Entonces por qué no evitáis una confrontación directa y dejáis que las cosas se calmen un poco?

Chas se detuvo un instante. Frankie no era de los que se paraba en seco cuando se le presentaba una oportunidad de oro. ¿A qué venían todas aquellas dudas?

Frankie no sentía ningún aprecio por los Rothstein... la enemistad entre los Giovanni italianos y los Rothstein judíos provenía de Europa. Aunque los Rothstein formaban parte del *clan* Giovanni, no eran de la familia. Como Frankie solía decir, una cosa son los negocios y otra la familia y la vida privada. Los Giovanni habían hecho mucho dinero gracias a la conexión con los Rothstein, igual que lo habían hecho gracias a los hombres de la Mafia, y a muchos otros asuntos. Al final, todo se reducía a eso.

Así que, ¿cuál era el problema de Frankie? Le había dicho a Chas que quizá necesitara eliminar a Milo. ¿Cuál era la razón de ese cambio? Toda la situación había dado un giro en muy poco tiempo. Lo que se suponía que iba a ser un asunto rápido y fácil de olvidar se había convertido en una crisis en unas pocas horas, y esas pocas horas habían provocado un cambio total en la postura de Frankie.

–Vamos Frankie, me estás dejando tirado como una colilla. Me dijiste que podía ocuparme de Milo si era necesario, y lo es. ¿Cuál es el problema? –Chas sabía que estaba sobrepasando su límite, pero confiaba en la prisa de Frankie y en lo confuso de la situación para lograr su propósito.

Escuchó unos cuantos clicks al otro lado de la línea y luego una breve inhalación.

–De acuerdo, Chas. Escúchame, y escúchame bien –La voz de Frankie se había vuelto ronca, como si estuviera susurrando, presionando el teléfono contra su cuerpo para que nadie más pudiera escuchar lo que decía–. Sólo puedo decirte esto una vez. Habla con Milo, y déjale claro que si no te da toda la información necesaria sobre la situación de Benito le vas a joder bien. Si no te dice dónde está Benito, entonces lo haces... le jodes, de forma dolorosa y permanente... dile que es de mí parte... y luego te aseguras de que no vuelve a ver la salida de la luna nunca más, ¿*capice*? Éste es el

número. –Frankie susurró los diez dígitos (siete, en realidad, pues el código de área era un secreto único, **#, guardado por los miembros Giovanni de la Estirpe, que necesitaban líneas seguras).

Chas pestañeó dos veces y colgó sin despedirse. Había escrito el número, aunque sólo podía verse la mitad. Putos bolígrafos baratos de hotel. Pero había marcado el papel lo suficiente y tenía todo lo que necesitaba. Rompió la hoja, abrió el grifo del lavabo y echó el resto del bloc en el agua. Nadie más necesitaba aquel número... o no lo necesitarían después de aquella noche.

Frankie Gee nunca le había ordenado a Chas que matara a nadie. Siempre había sido un asunto de oportunidad o supervivencia. Si alguien se ponía en su camino y Chas no podía evitarlo, *entonces* puede que ese alguien saliera tan mal parado como para no volver a levantarse. Pero esta vez era distinto. Esta vez era una orden. Frankie tenía asesinos. Chas era más un portavoz de amenazas. Pero Chas era el único que estaba allí, y Frankie no iba a dejar que Victor se ocupase de aquello. Victor ni siquiera era realmente de la familia... algún Giovanni en alguna parte se había casado con su hermana hacía doce o trece años. No, Frankie había confiado en Chas para que se hiciera cargo de todo. ¿Qué era lo que pasaba con Frankie que hacía que todo fuese tan delicado?

A la mierda. Averigua eso después. Ahora mismo, Milo espera.

–Vámonos –dijo Chas a Victor, que había observado toda la situación, pero que respetuosamente había desconectado para no oír lo que no debía oír. Buen chico–. Coge la bolsa.

Victor lo miró sorprendido. La bolsa significaba problemas.

–¿Qué pasa, jefe?

–Vamos al vestíbulo a hacer una llamada y a esperar a nuestro amigo Milo Rothstein. Luego vamos a ir a un sitio tranquilo a discutir el asunto como caballeros. –Chas alzó una ceja.

Ambos cogieron el ascensor hacia el vestíbulo. Justo en la puerta de los aseos públicos había varias cabinas de teléfono. Chas se dirigió hacia la que estaba más separada, se puso de espaldas a la puerta y marcó el número que Frankie le había dado.

–Milo.

–Sí, señor Rothstein, le habla Earl. Soy el ayudante del señor

Sforza, no sé si me recuerda, de la sala de juntas, hace un rato.

–Claro, Earl. Tengo curiosidad por saber cómo ha averiguado este número.

–Bueno, señor Rothstein, ha sido el señor Sforza. Ha tenido algunos problemas con, um, la oficina central y ha dicho que lo mejor sería llamarle e intentar llegar a otro acuerdo.

–¿En serio? Qué raro. Parece que nuestro señor Sforza ha cambiado de opinión.

–Eso no puedo aclarárselo, señor. –*Vamos, cabrón de mierda. Deja las sutilezas y mándanos una puta limusina.*

–Bien, me encantaría oír qué es lo que tiene al señor Sforza tan preocupado a... las tres de la mañana. Les enviaré un coche en un momento. Preparen sus cosas y esperen en el vestíbulo. Ha dicho usted en el Caesar's Palace, ¿cierto?

Gilipollas. ¿Te crees que soy imbécil?

–No, señor. El señor Sforza se lo dijo esta tarde.

–Ah, sí. De cualquier modo, esperen en el vestíbulo. Mi hombre estará allí enseguida.

–Gracias, señor. Estaremos esperando.

Una furgoneta blanca se aproximó a la zona de carga del edificio de oficinas que acogía las oficinas principales de la Compañía Financiera Boston, S.L. El jefe del equipo nocturno de seguridad salió para indicarle al conductor que se apartara e informarle de que debía realizar las entregas por la mañana. Sin embargo, mientras el oficial de seguridad dejaba el edificio, una figura envuelta en negro entraba sigilosamente, sujetando la puerta con sus largos y delgados dedos y

deslizándose, casi como un líquido, a través de la mole de hormigón que formaba el acceso a la zona de carga.

El conductor de la furgoneta asintió, se despidió y se marchó.

Y dio la vuelta a la manzana, volviendo a los dos minutos. A su regreso, detuvo la furgoneta, la aparcó y procedió a sacar un palet de la parte trasera ayudándose de un gato.

El palet contenía seis largas cajas rectangulares cubiertas por una envoltura de plástico. El conductor volvió a meter el gato en la furgoneta, la puso en marcha y se marchó de nuevo, esta vez para no volver.

El silencioso intruso se arrastró entre las sombras, pegándose a las paredes todo lo que podía. Dio una vuelta alrededor de la zona de carga, permaneciendo oculto a la vista y doblando al fin una esquina, desde donde salió silenciosamente del edificio por la puerta de servicio de una de las plataformas de carga. Teniendo cuidado de sujetar la cerradura de la puerta con cinta adhesiva antes de dejar que ésta se cerrara, corrió rápidamente hacia el palet de cajas rectangulares y procedió a abrir las envolturas plásticas con un largo cuchillo. Luego abrió tres de las cajas, de las que emergieron veloces tres figuras vestidas del mismo modo. Parecían murciélagos, con las capas hechas jirones, un grupo de andrajosos y silenciosos esqueletos, al tos y delgados. Casi sin hacer ruido, empujaron la puerta, que estaba abierta gracias a la cinta adhesiva, y se deslizaron hacia el interior del edificio, como basura impulsada por el viento.

Una vez dentro, las figuras fueron derechas al hueco de la escalera. Comenzaron a escalar hacia arriba, a veces saltando como ratas y otras escabullándose como insectos. La tenue luz fosforescente resplandecía de manera terrorífica en su piel, que era en parte pálida, en parte verdosa y en parte moteada y seca. Habían decidido tomar la escalera debido a su falta de tráfico nocturno. Además, el hueco de la escalera no tenía cámaras de seguridad... Aunque no les habría resultado difícil esconderse de los ojos del personal nocturno del edificio, las máquinas hubieran detectado todos sus movimientos: un grupo de esqueletos envueltos en harapos trepando por los muros del edificio. No, una falta de precaución así hubiera provocado la ira de los otros Vástagos, si alguna vez esta

estratagema saliera a la luz. La Mascarada, tan estimada por los no muertos que deseaban permanecer desapercibidos entre los humanos, era mucho más importante que el rapto de Benito Giovanni. Al fin y al cabo, incluso Benito no era más que un peón del juego, mientras que la Mascarada era una regla observada por todos los Cainitas sensatos. Especialmente por los espantosos y retorcidos miembros del clan Nosferatu, cuya apariencia era tan similar a la de los monstruos que otros Vástagos pretendían no ser.

Sus uñas y sus garras arañaban y chirriaban según seguían avanzando inexorablemente hacia arriba, como un enjambre de insectos hambrientos. Formaban una sinuosa, apestosa y horrible forma, rodando amorfa escaleras arriba como una masa de retorcidas extremidades y escuálidos apéndices.

Cuatro pisos antes del ocupado por la oficina de su víctima, los esqueletos salieron del hueco de la escalera y entraron en una oficina vacía, que durante el día era la sala de espera de una compañía consultora de ingeniería civil. Limpiando el escritorio de papeles y basura, los Nosferatu se encaramaron a la mesa y levantaron la rejilla del techo que ocultaba el canal de ventilación. Avanzaron serpenteando por el delgado túnel, usando los hombros y los pies para apoyarse contra los lados del tubo. Ningún hombre normal podía caber en el canal, mucho menos retorcer su cuerpo para abrirse camino hacia arriba. Con un golpe de su pie descalzo y prensil, el último de los monstruos cerró la rejilla, sin dejar otra evidencia de su paso por aquella oficina que el olor a putrefacción en el aire.

Subieron cuatro pisos, contorsionándose, alcanzando su destino como un charco tóxico de partes del cuerpo y piel espinada. Ocultándose bajo una invisibilidad sugestionada mentalmente, pasaron junto al escritorio del asistente de su víctima. Con mucho cuidado abrieron la puerta, entrando en la oficina de al lado sin que Benito Giovanni, que maldecía el teléfono y se debatía en medio de la frustración, se diera cuenta.

Y entonces, cuando llegó el momento de atacar, se mostraron ante su presa. Benito Giovanni, y un poderoso pero aparentemente rencoroso espíritu, opusieron una breve aunque mortal resistencia a la operación de secuestro. Benito consiguió hacer sonar la alarma del

edificio, pero los Nosferatu no pudieron ser detectados, ni siquiera tras la intensa y directa búsqueda del armado equipo de seguridad que acudió a la llamada. No importaba. Se había conseguido el objetivo, aunque les hubiera costado dos bajas.

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 3:50 AM
HOTEL SARDUST, HABITACIÓN 2901, LAS VEGAS, NEVADA

Una limusina blanca Lincoln Continental recogió a Chas y a Victor del vestíbulo del Caesar's Palace. Ninguno pensaba que Milo iba a ser tan estúpido como para hacer que los llevaran a su refugio, y Chas no estaba seguro de si podrían disponer de un coche para regresar, así que le había pedido a Victor que llevara la bolsa.

La bolsa significaba que Chas pretendía vengarse, pues estaba llena de toda clase de instrumentos desagradables. Cinta adhesiva, cable de teléfono y cuerda, todos servían al mismo propósito: atar a quien fuera necesario dominar. Una gran variedad de instrumentos cortantes, desde lo más rudimentario hasta lo más exquisito, podían ser usados para hacer hablar a cualquiera de cualquier cosa, desde el martillo de orejas hasta la cachiporra y la "serpiente de fontanero", que dejaba una horrible marca donde golpeaba la carne desnuda. Normalmente la bolsa también habría contenido un mechero, pero Chas pensó que en los hoteles habría gran cantidad de cajas de cerillas a mano. Y de todas maneras, nada de aquello era muy necesario, al fin y al cabo. Cuando Chas necesitaba hacer hablar a alguien, atarlo y amenazarle con los contenidos de la bolsa solía servir a su propósito. Y tampoco era como si Chas fuera un maestro de la tortura. Normalmente dejaba que la fuerza bruta y el dolor hicieran el trabajo. No, ciertamente no era un artista, pero cuando había que hacer un trabajo, lo hacía. Todo el juego de herramientas había sido

envuelto en toallas robadas de hotel, así que la bolsa parecía una bolsa de noche llena de ropa, en lugar de una cartera llena de instrumentos utilizados para hacer daño.

Cuál era el motivo por el que Chas iba a vengarse, era algo que ni siquiera él tenía claro todavía. Benito Giovanni encajaba en algún lugar, pero ni Chas ni Victor estaban seguros de cuál era su papel en todo aquello. Ambos se esforzaban por encontrar sentido a las pocas piezas del rompecabezas que tenían, pero nada encajaba. Chas permaneció en silencio, asegurándose de continuar la charada que Victor y él habían preparado con anterioridad, en caso de que el conductor tuviera conocimiento de la situación. Simulaba ser el ayudante y guardaespaldas de Victor, dejando que el otro apareciera como el jefe.

Ambos Giovanni quedaron muy sorprendidos cuando fueron conducidos hasta el hotel Casino Sardust. Se figuraban que probablemente Rothstein poseía un escondrijo en algún lugar a las afueras de la ciudad, y que los haría llevar allí para preservar su propia seguridad. Sin embargo, el hecho de que los hubieran conducido hasta un lugar público les tranquilizó.

– Habitación 2901 – les dijo el conductor mientras salían del coche. Chas comprobó rápidamente la matrícula mientras la limusina Continental se alejaba. La placa era legal (al menos a la vista) y no poseía adhesivos de ninguna compañía de alquiler. Aquello también era una buena señal.

Cogieron el ascensor hasta el piso veintinueve. Al salir, Chas efectuó un rápido reconocimiento del piso. No había invitados inesperados acechando en los vestíbulos, sólo una ruidosa máquina de Coca-Cola. El hueco de la escalera estaba vacío, el menos en ese piso, el inferior y el superior.

Chas llamó a la puerta de la habitación 2901.

Milo contestó, y Chas la abrió haciendo un gesto a Victor para que entrara. Rothstein se quedó mirando a Chas.

– ¿Un poco impertinente, quizá? – pero le hizo caso omiso. La habitación no era tan distinta a la que ellos tenían en el Caesar's. El insignificante Rothstein de la reunión anterior también estaba allí, intentando parecer relajado, sentado en una silla demasiado mullida;

pero no había ni rastro del retorcido Nosferatu Montrose. En la televisión, la misma película de Bruce Willis que Chas había visto antes.

Estaba a punto de comenzar una conversación frívola para que todo el mundo se relajara un poco, pero entonces recordó que él sólo era "el hombre de refuerzo", al menos por el momento.

–Confío en que esta habitación sea adecuada –dijo Milo. Aquello debía significar que Rothstein planeaba dejar que Victor se instalara allí, probablemente como un favor, ya que pensaba que Victor se había vuelto contra Frankie Gee. Es decir que, con un poco de suerte, Milo creía que Victor había cambiado de bando. Dentro de la Estirpe, era imposible decir quién sabía exactamente cuánto, incluso cuando te lo decían.

–Está bien, gracias –contestó Victor. Dejó la bolsa al lado de la cama y se sentó sobre ésta.

–Oh, no haga eso. Estas colchas están asquerosas –dijo Milo, quitando la colcha de la cama y metiéndola en el armario–. Nunca lavan estas cosas, y estoy seguro de que saben la clase de inmundicia y exceso que ocurre en estas habitaciones.

Milo sonrió. ¿Lo sabía? A la mierda.

–Bueno, si se refiere a lo que suele pasar en todas las habitaciones de hotel del mundo, supongo que tiene usted razón –dijo Victor.

Bien. Sigue charlando. Aquí somos todos buenos amigos, malditos embusteros, pensó Chas. Espera un momento. ¿Cómo que embusteros? Cálmate vaquero. No hay necesidad de volver a joderlo todo.

–Eso es muy cierto. Sin embargo, me temo que tengo que preguntarle algo. ¿A qué se debe este repentino cambio de lealtad? Su hombre –Milo señaló a Chas (o Earl, como esperaba que le conociera)– dijo que había tenido usted una conversación telefónica desagradable.

–Más o menos –dijo Victor, encogiéndose de hombros. El Rothstein sin nombre apagó el televisor y se levantó de la silla–. Disculpe, no creo que nos presentaran en la reunión anterior.

–Benjamín. O mejor Ben. Ben Rothstein.

–Un placer conocerle, Ben, aunque debo decir que preferiría que fuera en otras circunstancias –Victor miró a Milo–. Parece que mis planes se han ido a pique, pero espero poder corresponder a su generosa y apresurada hospitalidad. Si me disculpa la expresión, hace una hora estaba seguro de que todo se había ido a tomar por culo.

Milo se rió. Una vez que fue obvio que era lo adecuado, Ben siguió su ejemplo y soltó una risita nerviosa. Cómo aquel pequeño monstruito había entrado en el clan por medio del Abrazo (si es que realmente era un vampiro) era algo que Chas no podía comprender.

–Bueno, yo siempre digo que nunca es demasiado tarde para jugar al juego –bromeó Milo.

Apuesto a que sí, pensó Chas.

–Pero volviendo al tema que nos ocupa, aún tengo curiosidad por saber por qué. No necesito que me cuente la historia completa, puede contarme el resto de los detalles mañana por la noche. Bueno, supongo que ya es esta noche, pero ya sabe lo que quiero decir.

–Milo paseaba ausente a los pies de la cama.

–Resumiendo, Frankie quería que os presionara con el asunto del tal Benito. Le dije que era obvio que no lo habíais visto en unas cuantas semanas, y que ya sabíais quiénes éramos y por qué estábamos aquí. Que cualquier mala pasada que os jugáramos iba a cabrearos... de nuevo, perdóneme por ser tan brusco, pero estoy algo cansado... y que básicamente estábamos en su terreno. Sé que los Rothstein y Frankie han tenido problemas en el pasado, pero eso no tiene nada que ver conmigo, y no es mi trabajo solucionarlo. Creo que lo mejor sería que os dierais la mano e hicierais las paces, pero lo que fuera que pasara, fue antes de que yo llegara, y soy consciente de que este negocio hace que la gente se guarde rencor. Pero Frankie es muy insistente, así que le dije que de ningún modo iba a ser yo el tipo que empezara la guerra. Benito va a terminar apareciendo antes o después, e incluso aunque no sea así, *alguien* lo encontrará, y no merece la pena abrir viejas heridas por eso, ¿verdad? Entonces Frankie se cabrea, y ahí es cuando yo empiezo a pensar que sería buena idea mantener abiertas todas mis opciones. No es que esté dejando a Frankie plantado, las cosas no funcionan así en nuestro negocio, pero tampoco voy a quemar todas mis naves si no es

necesario, ¿no?

–Todo esto suena muy razonable, señor Sforza. Admiro su lealtad. Me temo que es algo cada vez más escaso hoy en día.

Chas sonrió interiormente. Una historia lo bastante buena, asumiendo que Milo no fuera uno de esos tipos absolutamente paranoicos bajo la superficie. Y si lo era, entonces de verdad que se merecía un puto Óscar por su actuación, porque no tenía ni uno solo de los tics, nada que descubriera, siquiera sutilmente, una mentira dicha o representada. Victor podía ser muy bueno cuando no estaba colgado y follando con putas.

–¿Puedo confiar entonces en que nos llamará cuando se levante, señor Sforza? Se está haciendo tarde así que por esta noche no deseamos robarle más su tiempo. Benjamín, ¿podrías adelantarte y encargarte de que traigan el coche?

Bang. Así de sencillo. La vanidad de Milo Rothstein le había hecho firmar su propia sentencia de muerte. Estaba tan ocupado tratando de parecer un pez gordo delante de los hombres de su rival, que ni siquiera se había preocupado de que Ben permaneciera en la habitación para mantener el marcador empatado.

Ben fue a ordenar al chofer que trajera el coche. Chas se quitó la chaqueta mientras la puerta se cerraba detrás del Rothstein, al escuchar el mecánico zumbido de la cerradura eléctrica haciendo su trabajo. Colgó la chaqueta, se desabrochó los puños y comenzó a remangarse la camisa. Milo lo vio y su rostro mostró una leve muestra de aprensión.

Eso es, capullo. Llegó tu hora.

–Ahora debo irme, señor Sforza. Es usted libre de disfrutar del casino el resto de la noche... he preparado un pequeño pagaré de juego para hacer su estancia lo más cómoda posible...

–Ni hablar, hijo de puta –dijo Chas con desdén–. Antes de irte a tu puta casa tendrás que contestar a unas cuantas preguntas. –Victor se movió como un profesional. Antes de que Milo pudiera volverse, ya había abierto la bolsa y había sacado el cable de teléfono. Chas prefería el cable del teléfono, se lo había dicho a Victor durante el vuelo. Es tremendamente difícil de romper, e incluso si alguien logra romper la fuerte cobertura de plástico, está lleno de alambre de cobre

que destroza la carne si se intenta partir. El único modo de no cortarse con ello es que el metal también se rompa en el mismo momento en que se consigue partir la cobertura de plástico.

Chas le dio un puñetazo a Milo en la barbilla, golpeando la boca abierta de éste y haciéndole caer hacia atrás. Victor aprovechó el momento para pasar el cable por encima de la cabeza de Milo y alrededor de sus brazos, sujetándolos a los costados. Luego tiró fuerte y volvió a pasar el cable dos veces más alrededor de Milo. Victor sabía que debía ser muy cuidadoso... después de todo, los Rothstein seguían siendo Giovanni, y los Giovanni de la Estirpe poseían una fuerza sobrehumana. No es que él lo hubiera visto antes, pero si Milo era más fuerte de lo que parecía, podía ser capaz de partir el cable y romperle el cuello a Victor antes de que Chas pudiera reducirlo.

Pero aquel no era el caso. Victor rodeó a Milo cinco veces más con el cable mientras Chas arrastraba una silla desde el escritorio hasta donde Milo permanecía atado y de pie.

–Victor, átaló a la silla. Milo, cuéntame lo que quiero saber para que no tenga que romperte nada que no sea estrictamente necesario.

–Chas admiró su trabajo. El puñetazo, aumentado por su propia fuerza Giovanni, había roto la mandíbula de Milo y un puntiagudo trozo de hueso sobresalía a través de la piel de la barbilla. Sin embargo, ante sus ojos, el hueso se hundió bajo la piel y la herida abierta comenzó a cerrarse; Milo se curaba con actitud desafiante.

–Deberías pensar en reservar tu preciosa vitae, capullo. Si sigues portándote así vas a necesitarlo.

–Si me permites mi opinión, *Earl*, éste es un modo detestable de comportarse en los dominios de alguien. –De pronto, Milo no parecía el tipo de persona que se rinde con facilidad. Pensar mientras seguía hablando solía ser el mejor curso de acción para Chas. Si dejaba que Milo lo confundiera, todo aquello sería una auténtica pérdida de tiempo.

–De acuerdo, Milo. Éstas son las reglas. Regla número uno: a no ser que te pregunte algo, cierra la puta boca. Si rompes la regla número uno, obtienes uno de estos. –Una vez más, Chas golpeó a Milo con el puño. Esta vez, le dio en el ojo izquierdo, rompiéndole el hueso y reventándole la pupila. Milo prefirió no curarse

inmediatamente e hizo un gesto de dolor, mientras la pupila se le hinchaba rápidamente; en sus ojos se reflejaba su ira—. Regla número dos: cuando yo hable, no me interrumpas. Si rompes la regla número dos, obtienes uno de estos. –Chas le dio a Milo un golpe similar, sólo que en el otro lado de la cabeza. Sin embargo, esta vez el hueso no se rompió, pero el otro ojo de Milo reaccionó de la misma manera—. La regla número tres es que yo soy el puto jefe aquí, ¿entendido? Rompe la regla número tres y obtendrás uno de estos. –De nuevo, Chas aporreó al maniatado Milo con el puño, pero esta vez en plena cara, rompiéndole la nariz y haciendo salir un río de sangre que le manchó la camisa y la chaqueta—. Ésas son las reglas. ¿Lo has cogido? –Milo no se movió—. Voy a tomar eso como un sí. Bien. Eso me gusta. –Chas se inclinó y lamió un poco de la sangre que corría por la destrozada cara de Milo. Vitae de la Estirpe, mucho más fuerte que la débil sangre de los mortales. Pero Chas tuvo que refrenarse. Necesitaba oír lo que Milo tenía que decir, y si perdía el control jodería todo el plan.

En algún lugar de su subconsciente, Chas se dijo que últimamente se repetía esto último demasiado a menudo. Tenía que esforzarse para controlarlo, igual que debía hacer que Milo estuviera callado hasta que fuera necesario que hablara. O eso pensaba.

–Bueno, vayamos al grano. ¿Dónde está Benito?

–No lo sé –contestó Milo con aires de suficiencia, intentando a la vez enfocar la figura borrosa de Chas.

–Respuesta incorrecta –Esta vez Chas le abofeteó, esparciendo la sangre que manaba de la nariz de Milo por toda la habitación—. Toma dos. ¿Dónde está Benito?

–Ya te lo he dicho, no lo sé. –Milo miró hacia Chas, confuso. Casi parecía como si estuviera retándole, o quizá apremiándole a que le preguntara algo más. Pero Chas no tenía ningún interés en seguirle el juego. Aquella era su propia fiesta infernal. Él estaba al mando; él tenía la última palabra.

–Eso no es lo que quería oír, Milo. –Otra bofetada hizo salir coágulos de sangre de la nariz de Milo, que fueron a parar a la alfombra, como si fueran babosas en descomposición.

–Me parece, Earl, que si quieres una respuesta específica,

deberías hacer la pregunta adecuada. Uno no encuentra las Siete Ciudades de Oro preguntando cómo se va a Detroit. –¿Detroit? ¿Qué coño tenía que ver Detroit con nada de aquello? Probablemente nada. Aún así, reforzaba la idea de que Milo no iba a rendirse sin hacer que Chas se lo trabajara. Atado como estaba, era todo lo que a aquel miembro de la Estirpe le quedaba.

Chas miró su reloj. Habían pasado ocho minutos. Se figuró que le quedaban unos veinte minutos antes de que a Ben le entrara curiosidad y reuniera el valor suficiente para volver a la habitación.

–Tienes razón, Milo. Pero hablar fuera de tu turno es romper la primera regla. Hora de cobrar. –Una vez más, Chas golpeó con fuerza la cabeza de Milo, impactando ahora en pleno cráneo. Pero nada se rompió; Chas aún necesitaba oír lo que Milo tenía que decir, así que no le golpeó con mucha fuerza.

–¡Me cago en Dios! ¡Eres un estúpido! ¿Es que no es evidente que no lo sé? ¿Por qué no le preguntas a Montrose?

–No pronuncies el nombre del Señor en vano –Chas sonrió maliciosamente, acariciando los nudillos de su mano derecha con la palma de la mano izquierda–. Es un pecado, creo. De hecho, estoy seguro de que si lo hace un judío sí que es pecado. Y ya sé lo de Montrose, pero no sabemos cómo localizarlo. Teníamos tu teléfono. Qué suerte la tuya. Oh, y deja de romper la regla número uno para que yo pueda dejar de golpearte.

Otro tremendo golpe en plena cara aplastó el lado izquierdo de la cabeza de Milo como si fuera una calabaza de Halloween. Sus ojos se hundieron, su cabeza se hinchó de manera alarmante, presagiando un trauma masivo, y un manantial de sangre negra comenzó a brotar de su cara en el lugar donde los nudillos de Chas habían abierto la piel. Intentándolo con todas sus fuerzas, Milo se mordió el labio para permanecer en silencio.

–¡Vaya! ¡Eso está bien! Estás aprendiendo. De acuerdo. Ahora vamos a probar un enfoque diferente. Nos has dado el nombre de Montrose, pero eso ya lo sabíamos, así que necesitamos algo más. ¿Dónde está Montrose?

–Que te jodan.

Zas.

–¿Para quien trabaja Montrose?

–Que te jodan.

Zas.

–¿Cómo se hace un Manhattan?

–Tres partes de bourbon, una parte de vermú dulce, cereza al marrasquino.

No está mal, pero demasiado vermú. Zas.

–No lo entiendes, Milo. No voy a parar hasta que estés muerto o me des algo que pueda llevarme a casa, ¿sabes?

¿Para quién coño *trabajas*? ¿Cuál es ese puto secreto tan sagrado por el que vas a dejar que te dé la paliza del siglo hasta que termine matándote con mis propias manos? ¿Me vas a decir de una puta vez qué cojones pasa? –Chas se inclinó para acercar su cara a la de Milo, empujando con la frente la cabeza del prisionero–. ¿Cuál es la respuesta a la pregunta del millón de dólares?

–¿De verdad quieres saberlo?

–No, gilipollas, sólo te estoy jodiendo porque me lo paso de puta madre.

–No, quiero decir que *de verdad* tienes que querer saberlo.

–Qué cojones, Milo, acabo de decirte que me estoy muriendo de ganas de sacudirte hasta matarte, ¿no? ¿No entiendes que un cabrón como yo tiene que hablar bastante en serio para darte una paliza de muerte? ¿Sabes qué cansado voy a estar mañana por la noche cuando me levante si me obligas a pegarte durante tres horas? En este momento soy tan serio como el puto cáncer.

–Vale, entonces ven aquí.

–¿Qué?

–Ya me has oído. Ven aquí. Acércate para que pueda decírtelo al oído.

–Estás como una puta cabra si crees que voy a agacharme para que me arranques la puta oreja de un mordisco.

–No te voy a morder. Si lo hago seguirías pegándome incluso después de que esté muerto.

Tienes razón, pensó Chas para sus adentros.

–Acércate un poco más para que pueda decírtelo.

–Milo, te juro por Dios que si me muerdes...

–No voy a morderte. No, más cerca.

Chas puso la oreja a la altura de la boca de Milo, casi deseando que el imbécil se atreviera a darle un mordisco, para tener así una excusa para darle a aquel Rothstein la paliza del siglo. Desde tan cerca, Milo ya no parecía un miembro de la Estirpe sino un maloliente, suntuoso y húmedo charco de sangre carnosa. *Habla rápido, hijo de puta, antes de que sea yo quien te muerda.*

–El secreto es...

–Vamos, escúpelo.

–El secreto es... que te den por culo.

¡Maldito cabrón! Milo le había... tomado el pelo.

–De acuerdo, saco de mierda, acabas de firmar tu sentencia de muerte. ¡Me cago en la puta! ¡Joder! ¡Victor, no pierdas de vista a este hijo de puta! –Como si pudiera levantarse y largarse a algún sitio–. Que no se mueva de donde está. –Chas recorría furioso la habitación, caminaba enfadado y cada vez que se daba la vuelta sacudía la cabeza con violencia durante unos segundos. Encendió la televisión. La misma película de Bruce Willis, cada vez más violenta. Disparos y helicópteros explotando, o algo así. A las cucarachas les encantaba esa mierda. Subió el volumen hasta que fue más o menos el doble del volumen de una conversación normal. Después de eso, Chas entró en el baño y se lavó las manos y la frente con determinación, se miró la ropa y se aseguró de que no tenía sangre esparcida por toda la camisa.

–Tú espera aquí, Milo –dijo Chas, y abrió bruscamente la puerta.

Milo miró a Victor. Victor miró a Milo y se encogió de hombros, como si no tuviera nada de que preocuparse. Luego oyeron un sordo chirrido entrecortado. Y después otro. Entonces un rápido *bang*. Y luego el sonido de algo inmenso siendo arrastrado por el suelo enmoquetado.

–Señor Sforza, ¿qué es lo que está haciendo su...?

Chas abrió la puerta de una patada, un brillo de sangre y sudor empañando su frente; algo enorme impedía que la luz del pasillo entrara en la habitación.

–Vale, está bien, Milo Tipo-Duro. Eres un cabrón tan... tan duro,

te vas a enterar de qué va todo esto. Ahora estás en primera división.

Mientras hablaba, Chas arrastraba la máquina expendedora de Coca-Cola del recibidor hacia la habitación. La máquina no entraba, y se encajó en el marco metálico de la puerta... así que Chas siguió empujando hasta que consiguió arrancar el marco de la placa de yeso, salpicándose, él y la máquina, con gran cantidad de polvo blanco.

Victor aspiró con fuerza.

–Vamos hombre, esto no es serio –tartamudeó Milo, boquiabierto y con los ojos como platos.

–Puedes apostar a que sí, capullo. Soy el hijo de puta más serio que has conocido en tu puñetera vida. –El marco de la puerta se retorció y Chas consiguió meter toda la máquina en la habitación. Siguió empujando, deteniéndose brevemente para apartar la cama a un lado con el muslo, antes de continuar empujando la máquina con el hombro hacia la ventana.

–Earl, esto es realmente absurdo.

–Me cago en todo, ¿es que no puedes cerrar la puta boca? Estoy intentando trabajar. Cuanto antes pueda poner esto donde... tiene... que... estar... ¡Eso es!... antes podremos zanjar este asunto. Victor, dame la cinta.

Victor rebuscó en la bolsa al tiempo que Chas, con una sola mano, levantaba a Milo y a la silla y los colgaba a ambos sin más ceremonias del lado menos iluminado de la máquina.

Victor encontró un rollo de cinta de embalar sin usar, aún con la envoltura de plástico, y se lo alcanzó a Chas.

–Chas, ¿estás seguro de que esto es una buena idea?

–Cierra la boca, Victor. Soy Earl. Sé lo que me hago. Earl es tu ángel de la muerte particular, Milo.

Milo no sabía qué decir ante esta situación, y se limitaba a mirar de un lado a otro con los ojos desorbitados. Tras siete vueltas de cinta de embalaje, Milo se encontró atado a la máquina, al parecer inseparablemente.

–De acuerdo, Milo. Una última vez. Montrose. Benito. Desaparecido. Ayúdame a que le encuentre algo de sentido, ¿vale? Joder, al menos dame el número de teléfono de Montrose.

–Mira, Earl, ya te lo he dicho...

–Vale, se acabó. Victor, préndele fuego a este gilipollas.

Victor rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar un mechero de plata. Fue hasta el minibar, al tiempo que Chas corría a coger el extintor de la pared del pasillo. Cuando quitó la funda de plástico, sonó un leve *bip bip* y una pequeña lucecita roja parpadeó.

En la habitación, Victor había rociado a Milo con gran cantidad de ron de alta gradación.

–¿Vais a prenderme fuego y luego apagarme? –preguntó Milo, sin saber qué creer o qué pensar.

–¡No, maldito cabezota! –le gritó Chas, y luego lanzó el extintor contra el cristal de la ventana. Los pedazos de cristal, junto con el extintor, cayeron hacia la calle, haciendo un gran estruendo al golpear el suelo, veintinueve pisos más abajo–. Te vamos a tirar por la ventana.

Victor encendió el mechero y Chas levantó con esfuerzo la base de la máquina expendedora. A Milo se le salían los ojos de las órbitas, mientras la cinta adhesiva le mantenía sujeto a la máquina y sus ropas y su cabello ensangrentado ardían.

Con un enérgico esfuerzo final, Chas empujó la máquina por la ventana, enviando a Milo Rothstein en caída libre hacia el suelo, en un llameante descenso hacia la muerte.

Chas y Victor salieron corriendo de la habitación, este último agarrando la bolsa y arrojando el mechero encendido al suelo para quemar cualquier rastro de sangre, y corrieron por el pasillo hacia las escaleras. Bajaron tres pisos en otros tantos segundos, y Victor siguió bajando, con la intención de llamar al ascensor unos cuantos pisos más abajo. Chas hizo saltar la alarma de incendios del piso veintiséis y luego bajó a toda carrera para encontrarse con Victor en el ascensor. Se sintió afortunado de no tener que respirar, porque de otro modo estaría jadeando sin parar... y sospechosamente.

Y luego, con toda la tranquilidad del mundo, entre la confusión y los coches de bomberos y las ambulancias y los gritos de los turistas, salieron del hotel y cruzaron la calle para coger un taxi de vuelta a su hotel. Con un poco de suerte, Milo habría sido lo suficientemente viejo como para haberse convertido en polvo para entonces, y todo el incidente parecería un truco publicitario de una estrella de rock o una

gamberrada de algún grupo de vándalos. Nadie tenía razones para sospechar. Nadie excepto Montrose y los Rothstein de Las Vegas, por supuesto, y eso podían solucionarlo más adelante.

MIÉRCOLES, 30 DE JUNIO DE 1999, 10:57 PM

HOTEL CAESAR'S PALACE, HABITACIÓN 2604, LAS VEGAS, NEVADA

Por la noche, cuando Chas se levantó, vio que Victor todavía estaba en la cama.

Muerto.

La televisión estaba encendida. Estaban echando una serie de avances de la programación de los días siguientes en los diferentes canales. En la mesilla de noche había una taza de café volcada. El *Las Vegas Review-Journal* estaba abierto sobre la cama, y el *Wall Street Journal* estaba tirado en el suelo y manchado de café. Un olor a almendras impregnaba toda la habitación.

Alguien había envenenado el café con cianuro.

–Te dije que odiaba esta ciudad –dijo Chas al cadáver aún rígido de Victor. Para cuando alguien lo encontrara, Victor ya se estaría poniendo de un indefinido color entre verde, rojo y morado debido a la pérdida de sangre.

Pero aquel no era problema de Chas. Tenía un billete en el compartimiento de carga de un avión para volver a Boston. Una rápida llamada a Frankie Gee desde la oficina de embarque de mercancías del aeropuerto sería suficiente para que, quien fuera que se encargara de ese tipo de cosas, se asegurara de que nadie cuya descripción encajara con la de Chas apareciera en los informes policiales.

–Adiós, cucarachas.

Pobre y estúpido Victor. Víctima de la ambición, tanto de la suya como de la de otros.

A Chas nunca se le ocurrió preguntarse por qué alguien había

decidido envenenar el café de Victor, pero a nadie se le había ocurrido clavar una estaca en el corazón del miembro de la Estirpe que dormía en el cuarto de baño. E incluso si lo hubiera pensado, simplemente habría supuesto que tenía una no vida muy afortunada.

SEGUNDA PARTE:
«CAVA TU PROPIO AGUJERO»

19

<<< <<<

NOCHE DESCONOCIDA

PATIO DE MICERINOS, MEMFIS, EGIPTO

La figura encapuchada salió de entre las sombras, como si manara de ellas del mismo modo que el vino sale de la jarra. Inspeccionó los alrededores, husmeando levemente el húmedo aire.

Qué aroma más curioso, pensó para sí mismo. Parece sangre, sólo que... por todas partes. Penetrante. Como si el propio aire...

El sonido de un trueno rasgó la noche, sacudiendo las arenas egipcias e incluso los pilares del mismo palacio. Sin duda el faraón no dormiría bien aquella noche, probablemente despertando a sus concubinas con su agitación. Durante varias noches, un espíritu malvado había inquietado su alma, y ni los placeres carnales ni la comida eran capaces de calmarlo. Desde que su maldito hijo había pronunciado aquellas fatídicas palabras, el rey vivía en la más profunda confusión.

¿Cómo era que decía la maldición? ¿Qué la sangre caería como la lluvia? ¿Qué la lluvia seguiría a la sangre? ¿Quizá algo sobre un reinado sangriento? La figura avanzó silenciosamente por las arenas del templo hasta uno de los edificios menores. *En esta época de milagros, casi*

cualquier profecía puede cumplirse literalmente. Hombres y dioses... imposibles de comprender! Donde un pueblo jura la existencia de un único todopoderoso, sus vecinos derraman sangre en nombre de numerosos señores divinos. Y hasta este sencillito Egipto, con su creencia en un rey que camina entre ellos... ¡qué extraño! ¡Qué un dios pudiera infectar y ensuciar el agua de la que bebe su propia gente! Sí, ¿cómo es que Egipto se extiende tanto como cualquiera de las naciones de los hombres? ¿Aquí, lejos del Jardín del Padre?

Lejos del palacio, escarbado en otra pared de roca, había un portal, guardado solamente por un muchacho. La figura se detuvo delante del muchacho, mostrándole un cetro y un broche de escarabajo, que sostenía con una mano delgada, huesuda, cadavérica. El muchacho sonrió sin comprender y pasó los dedos sobre un bajorrelieve en forma de calavera situado en la cara rocosa de la pared; el portal se abrió.

Un aire húmedo y malsano salió, como la exhalación de un enfermo. La figura entró, aún murmurando para sus adentros. *Cada instante es a la vez algo absurdo y un milagro. La chispa de vida que alimenta a este muchacho, que da vida a mi rebaño... ¿por qué Dios elige otorgarles tan preciado don? ¿Y por qué Él me mortifica a mí, que le reverencio y le temo como desea? ¿Y por qué me obliga a caminar como un muerto entre ellos, mientras los pinta (¡salvajes ignorantes!) con colores llenos de vibrante vida? ¿Por qué debería permitirles contemplar su glorioso amanecer? ¿O saciar sus robustos cuerpos bajo cielos despejados? ¿Me oyes, Dios? ¿Estás conmigo en la muerte, o es que tus oídos se han hecho sordos a las voces de aquellos a los que has rechazado?*

Si Dios estaba escuchando, no dio ninguna señal de ello. Una serpiente solitaria se arrastraba por un escalón, entre las grietas del muro de arenisca, mientras la figura descendía.

Oh, cuan parecido a mi iracundo Dios. Siempre castigando al consejero por los pecados del artesano. O quizá, siempre castigando a los hijos por los pecados del padre. La figura sonrió satisfecha bajo la capucha. *Conozco tus caminos, Dios. Tú me has dado la espalda, pero eso mismo me ha permitido acercarme a Ti sin que lo sepas. Tú no me ves; Te obligas a Ti mismo a no escucharme. Y eso será tu perdición.*

Una noche, sentirás mis colmillos... la propia desgracia con la que me has maldecido a mí, y a mi señor, y al señor de mi señor... en tu garganta. Y entonces, gran Dios, sabrás lo que el miedo puede engendrar en un hombre... incluso en uno muerto. Mi corazón muerto aún late, pero no lo hace con amor ni piedad. No, mi corazón late con la negra sangre de la ira... una ira que tu sabiduría ha dejado allí, como una cicatriz. Mejor hubiera sido terminar conmigo antes que permitir el beso de...

–¿Maestro?

Una voz de niño interrumpió los ensimismamientos cada vez más histriónicos de la extraña figura. Tras bajar el último escalón, el encapuchado entró en una habitación de techo bajo y arqueado que apestaba a sudor, a juventud y a desechos de cuerpos mortales. Una única antorcha ardía con luz parpadeante en la pared más alejada de la entrada, proporcionando escasa luz a la miserable cámara pero dando mucha más luminiscencia de la que la figura necesitaba para ver. Las frías paredes de piedra no tenían señales, aparte de unas cuantas manchas de basura y unos caóticos dibujos rojizos de huellas de manos. Del rincón más apartado surgió un niño, desnudo como el día que había venido al mundo y con la cara obscurecida por la inmundicia.

–¿Maestro? –El infeliz repitió la pregunta sin darse cuenta de que su maestro estaba justo delante de él. La figura movió la cabeza con desaprobación. Puede que aquel niño nunca aprendiera... miraba fija y resueltamente hacia la oscuridad.

–Sí, Nusrat. Soy yo. –La figura se quitó la capucha, y su cabeza emergió, dejando al descubierto un rictus de dientes, como una calavera arrancada de un cuerpo sin vida. Lo que, en realidad, era...

El niño saltó a los fríos brazos del muerto, trepando eufórico por ellos para besar el rostro de su maestro. Éste se giró, escapando de los toscos afectos del muchachito. Miró alrededor, sus ojos sin vida observando maliciosamente desde sus hundidas cuencas, explorando la oscuridad.

–Nusrat, ¿dónde está tu hermana? ¿Elisha? –llamó, pero sin recibir respuesta.

–Está durmiendo, maestro. Todavía está enferma.

–No está enferma, mi querido niño. –Una huesuda mano emergió de la túnica y acarició la cabeza rapada del niño cariñosamente–. No, no está enferma. Está cansada. He tomado tanta de su preciada sangre que ni siquiera tiene fuerzas para caminar. –Mientras hablaba, el hombre muerto tomó a su pupilo de la mano y lo llevó al rincón donde se encontraba Elisha–. ¿Lo ves? Elisha. Elisha...

La muchacha estaba hecha un ovillo en el suelo, y parecía un montón de huesos apilados. Las moscas zumbaban a su alrededor, *¿cómo habrán conseguido entrar?*, se posaban en sus ojos medio cerrados y entraban y salían de su boca abierta.

–¿Elisha? ¿No te sientes bien? –La cadavérica cara del hombre muerto esbozó una sonrisa particularmente malvada–. ¿Necesitas descansar? Sí que lo necesita, ¿verdad Nusrat? Necesita su precioso sueño. –El hombre muerto empujó ligeramente la cabeza de Elisha con el pie, mientras Nusrat lo miraba lastimeramente–. Oh, sí. Está muy cansada. ¿Puedo pedirte algo, mi querido niño? –El hombre muerto acarició la mano del muchacho, y sus dedos huesudos dejaron leves y brillantes surcos en la piel bronceada. Miró hacia abajo, con el rostro lívido y sereno.

–¿Sí, maestro?

–Llévale esto a Djuran, en lo alto de la escalera. –Entregó al niño un pequeño escarabajo con una calavera humana en lugar de cabeza. Era mágico, un elixir alquímico comprimido, hecho con su propia sangre, creado para aumentar los poderes de sus sirvientes y atarlos a su voluntad–. Te daré uno para ti cuando regreses.

Mientras los pies descalzos del muchacho corrían hacia la oscuridad, el hombre muerto volvió de nuevo su atención hacia Elisha.

–Mi querida y dulce niña. Siento haberte dejado sola tanto tiempo.

La levantó (no pesaba más que un haz de juncos de río) y la colocó en el pliegue de su brazo. Apartó la harapienta camisa de su cuerpo y se acercó una de las débiles piernas, dejando a la vista la carne de su muslo y el delicado pliegue rosado que se escondía más arriba. Como un hombre hambriento que observa cómo se asa un ternero, el hombre muerto contempló la pierna de la debilitada

muchacha. Cuidadosamente, con mucha delicadeza, mordió la carne de la pierna, sintiendo como la almizclada piel cedía bajo sus colmillos. Un débil chorro de sangre se abrió paso hasta su boca, muy despacio al principio y después en abundancia. El hombre muerto bebió con desinteresado fervor, permitiéndose ceder a la única pasión que animaba su esqueleto maldito, lamiendo los arroyos de sangre. Tras unos segundos, la sangre cesó de manar, mientras el chico regresaba de cumplir su misión.

El espectro soltó el cuerpo de Elisha, que cayó al suelo haciendo un ruido sordo. Se restregó toscamente un dedo por los labios e hizo señas a Nusrat para que se acercara.

–Y ahora, ¿podrías por favor deshacerte de eso?

–Sí, maestro –contestó el niño.

El hombre muerto se dio la vuelta y se fue. Antes de llegar a lo alto de la escalera, se encontró al sirviente de la puerta, en cuyo rostro se reflejaba el miedo y la confusión.

–Maestro, vos... los cielos se han...

–Escúpelo, niño. Yo no doy trabajo a idiotas –contestó bruscamente el hombre muerto, sin preocuparse por el efecto que aquello que hubiese fuera había provocado en su ayudante. Djuran no era el más brillante de los esclavos, pero era fiel. ¿Podía ser que al fin el faraón se hubiera cansado de los métodos de su cadavérico visir? ¿Habría enviado a la guardia real para arrestarlo y encerrarlo entre las piedras? ¿Había venido un sargento a arrestarlo? Si era así, aquel sería el mayor error de la vida del sargento...

Al ascender las escaleras, con el balbuciente Djuran tras él, el hombre muerto descubrió la razón de la agitación del muchacho.

Los cielos estaban iluminados con breves ráfagas de rojizos relámpagos y el aire húmedo tenía el olor penetrante de la sangre. De hecho, cuando alzó la vista para contemplar las arenas y los muros de Egipto, todo comenzó a mancharse con una gruesa lluvia color cobrizo.

El Señor Dios había hecho que la sangre cayera de los cielos.

>>> >>>

*JUEVES, 15 DE JULIO DE 1999, 1:27 AM
RESTAURANTE LAS ESTACIONES, HOTEL BOSTONIAN,
BOSTON, MASSACHUSETTS*

–Así que, ¿qué es lo que está usted proponiendo exactamente?

–Isabel miró severa al Vástago que estaba ante ella. Había sido enviado desde Baltimore, a instancias de Jan Pieterzoon, para pedir a los Giovanni su apoyo contra el Sabbat. Su nombre era francés, o quizá canadiense, pero su inglés era perfecto y sin ningún acento.

–El reconocimiento de los derechos de los Giovanni sobre Boston –contestó el agente–. La Camarilla reconocerá formalmente la supremacía del clan Giovanni en Boston y sus alrededores. Esto sería, a cambio del apoyo de los miembros actuales del clan contra las incursiones del Sabbat a lo largo de toda la costa este. Es lo mejor para sus intereses, y lo saben.

–No nos trates como si fuéramos idiotas, maldito imbécil –ladró Chas desde el otro lado de la mesa. Aquella reunión había sido convocada a última hora, a petición de Francis Milliner.

Francis era el mayor de la familia Milliner, la rama Giovanni en Boston. Isabel opinaba que estaba bastante paranoico, pero le comprendía y le disculpaba. En los últimos tiempos habían pasado muchas cosas en Boston, incluyendo la ejecución de una de las amenazas más peligrosas que nunca había conocido el clan. Genevra Giovanni había sido simpatizante del Sabbat, habiendo servido a la familia Giovanni sólo en la medida en que era útil para sus necesidades más inmediatas. Y no es que todos los vampiros Giovanni (y probablemente todos los vampiros, punto) no alberguen un egoísmo similar, pero una demostración tan abierta había provocado que se creara poderosos enemigos dentro del clan. Magistralmente, los Milliner habían ocultado su eliminación bajo un velo de violencia criminal organizada. Isabel tenía que reconocerlo... Francis había creado una estratagema a lo largo de todo un siglo, para usarla como cortina de humo en caso de que algún perjuicio amenazara a los

suyos, y no había dudado un segundo en llevarla a cabo para eliminar a Genevra. Como premio a su clarividencia y su inteligencia, los ancianos del clan habían decidido permitirle beber la sangre del corazón de la disidente, lo que le ayudó a acercarse al poder de los propios ancianos. ¿Quién sabía qué otros planes de contingencia tenía Milliner en la manga?

Con este fin, Isabel no tenía mucho interés en discutir los detalles con un lameculos de segunda. Francis era el que tenía el plan, pero ella era la cortina de humo, y lo sabía. Incluso era probable que la Camarilla desconociera que eran los Milliner, y no los Giovanni, los que poseían mayor influencia en Boston. Excepto unos pocos individuos, todo el mundo creía que los Giovanni eran los que tenían el poder allí. Por supuesto, los Milliner *eran* Giovanni, pero ese tipo de juegos semánticos eran moneda corriente en el mundo de la Estirpe. Los malos consejos y los subterfugios podían conducir a un miembro de la Estirpe mucho más lejos que la fuerza bruta... Isabel era una prueba andante y no viviente de ello.

–Chas, por favor. Cálmate –observó Isabel. Seguía siendo muy testarudo, se notaba que estaba allí para intentar solucionar el asunto de Benito Giovanni, y era un lastre para aquella reunión. Chas era la prueba de que a veces la fuerza bruta y la crueldad hacían el trabajo, en especial en América. No es que fuera particularmente fuerte, poderoso o inteligente, pero sí bastante cruel, y cada noche dudaba menos en mostrárselo a sus rivales. Aquello había empezado a traslucir; en las pocas semanas que habían pasado desde que Isabel lo conociera, sus ojos se habían hundido y su boca se había transformado en una mueca despectiva o un gruñido. Siempre tenía las manos crispadas, como si necesitara toda su concentración para mantener a la Bestia controlada. Isabel lo sabía: Chas estaba a punto de explotar.

Sin embargo, ella había planeado el modo de jugar sus cartas, desatando a Chas cuando fuera más conveniente, observando como caía y, sin duda, cómo se llevaba a otros con él. Pero la clave estaba en hacerlo de una manera sutil (de nuevo, la discreción le aconsejaba que no debía actuar con precipitación) y asegurarse de que su inevitable suicidio tuviera lugar sólo a la vista de la Estirpe y no en un

lugar donde ella tuviera que pedir favores para cubrirse ante los medios de comunicación, la policía, etc. Aún así, todavía podía serle útil. El contacto miró con desprecio a Chas, que se irritó visiblemente.

–Pero no se equivoque... disculpe, ¿cómo ha dicho que se llamaba? –Puso al diplomático en su lugar.

El hombre entrecerró los ojos, contemplando a Isabel fríamente.

–Gauthier. Jacques Gauthier. Chiquillo de Paul Levesque, chiquillo de Shlomo Baruch, chiquillo de Christianne Foy, chiquillo de Vidal Jar...

–Sí, sí –interrumpió Isabel–, muy impresionante. Arzobispo de Canterbury, extracto de vainilla, leche de magnesia, la misma historia de siempre. Nos damos cuenta de que usted está aquí representando los intereses de la Camarilla, y que se supone que debe darnos coba y convencernos de que éste es un trato fantástico que nos ha caído del cielo. Pero déjeme que se lo exponga desde mi punto de vista. Su aprobación no significa nada para nosotros. Su prepotente "reconocimiento de soberanía" y todo ese tipo de verborrea cuasi-política no le va a funcionar en esta reunión. No está usted tratando con neonatos. Su Camarilla no es un gobierno, ni tampoco una institución militar. No es más que una simple convención social, un contrato apoyado por sus miembros con la intención de alcanzar sus propios fines. Para serle sincera, es una sinecura civil gracias a la que decadentes y aburridos ancianos se entretienen y se engañan entre ellos. ¿Debería de creer que, en el caso de que no podamos llegar a un acuerdo, antes del próximo anochecer Boston se enfrentará a una falange de tropas de asalto de la Camarilla? Sería mucho más probable que unos cuantos alborotadores insurgentes de su secta se pasearan entre la Estirpe de Boston como una muchedumbre de seguidores de fútbol borrachos durante unas cuantas noches, hasta que fueran expulsados por los mismos miembros de la Estirpe cuyos refugios hubieran perturbado. Su reconocimiento no significa nada. Su apoyo no significa nada. Su secta es incapaz de mantener la discreta influencia que tiene sobre toda la costa de una de las naciones más prósperas del mundo, al igual que ha demostrado su impotencia ante la desconocida Estirpe de Oriente, que se extiende desde la Costa Oeste. No, Jacques Gauthier, no ponga esa cara de sorprendido... me

he informado. No se me ocurriría recibir a un enviado como usted sin conocer todas las ramificaciones del trato que propone. Cuando sopeso todas las opciones, el único beneficio que nos proporciona un acuerdo flexible de apoyo es la esperanza de que los Giovanni de Boston puedan simplemente dar la espalda a todo el asunto y permitir que los fanáticos del Sabbat y de la Camarilla se destrocen mutuamente en las calles. ¿Qué le parece eso? ¿Es una respuesta satisfactoria?

Jacques se había levantado de su asiento, con la boca abierta, la cabeza hacia abajo y los dientes apretados. Al lado de Isabel, Chas se estremecía, con las venas hinchadas, como una epiléptico atado a su silla en pleno ataque.

–No suponga usted que nuestro poder es tan escaso, Isabel Giovanni –replicó Jacques–. La Camarilla, como bien ha dicho usted, no es una organización militar, pero creer que eso nos hace menos poderosos es una locura. Tampoco el Sabbat es una fuerza militar, pero éstas no son batallas que se luchen exclusivamente en las trincheras. Por cada estúpido peleón que ve esto únicamente como un asunto militar, hay tres Vástagos más detrás de él que hacen sus movimientos de un modo mucho más sutil. Esta es una guerra de influencia, y los recursos de la Camarilla son de una magnitud mucho mayor que los del clan Giovanni. Simplemente, estamos interesados en minimizar y localizar la influencia de nuestros enemigos... y los suyos también... el Sabbat.

–¡Los recursos de la Camarilla! Absurdo. ¡La Camarilla no posee recursos! El único poder que tiene es el que voluntariamente proporcionan sus miembros. Su secta es mucho más ingobernable y sus motivaciones son mucho más egoístas de lo que usted nos quiere hacer creer. La Camarilla no actúa nunca como entidad, y usted lo sabe.

–Tampoco lo hace el clan Giovanni, siguiendo esa misma lógica –señaló Gauthier.

–Es verdad, pero en este caso el clan Giovanni es una comunidad de la Estirpe de Boston. Y sin ninguna duda protegeremos nuestros propios intereses, y dejaremos de lado nuestras rencillas personales para enfrentarnos a una oposición mayor. Que dicha

oposición sea por parte del Sabbat o de la Camarilla, o de ambos, es irrelevante. Conozco al hombre que os ha enviado aquí. Conozco a Jan Pieterzoon. Se ha hecho un nombre entre los Vástagos, y supongo que puede que una de estas noches se encuentre entre los... ¿cómo los llaman?... arcontes y justicar de la Camarilla. Pero no lo conseguirá convirtiéndose en un agitador. Al contrario, dominará el juego de la política, prometiendo una cosa, concediendo otra y luego convenciendo a aquellos que están por debajo de él de que lo que querían al principio es lo que él les ha otorgado. Sé que en este momento Boston no es más que parte de un movimiento mayor de Pieterzoon, pero no voy a pretender que conozco las cartas que aún se guarda en la manga. Jan es un estratega mucho más eficaz de lo que yo nunca seré, pero yo soy mucho mejor descubriendo secretos ocultos. Pieterzoon y aquellos como él dependen de miembros de la Estirpe como yo que les proporcionen las piezas con las que jugar. Yo, nosotros, los Giovanni de Boston, podemos ser tan solo peones en ese juego, pero sabemos que somos peones. Y, de hecho, un peón que se vuelve en contra de quien lo maneja es una pieza peligrosa.

–Isabel permaneció de pie, muy erguida, con los brazos cruzados sobre el pecho y mirando a Jacques imperiosamente.

Sin embargo, Gauthier no dio señales de ir a retractarse. Pieterzoon le había puesto al cargo de esta negociación, le había avisado de que los Giovanni eran tan mortíferos como un nido de víboras, y esperaba que no fallara.

–Está usted hablando metafóricamente, Isabel. Y está evitando el asunto. Esto no es un juego, como quiere usted apresurarse a reducirlo a su propia conveniencia. Los peones y las piezas y las alusiones al ajedrez no son más que ficción florida, y nosotros estamos tratando asuntos bastante tangibles. Necesitamos su ayuda. A cambio, estaremos dispuestos a abandonar Boston. No recibirán una oferta tan sencilla o sincera del Sabbat, como demuestra su dominación de la Costa Este. Puede ser que estén ustedes realmente preparados para soportar esta tormenta. Pero no tengo razones para creer que preferirían verse envueltos en este conflicto si les ofrecemos la oportunidad de evitarlo.

–Entonces, Jacques, parece que por el momento estamos en un

punto muerto. Tengo claros los detalles de su proposición de alianza y voy a estudiarlos. Sabe dónde encontrarme. Sugiero que nos reunamos en unas semanas para concretar la naturaleza de nuestra relación... si al final decido que ésta existe.

*JUEVES, 15 DE JULIO DE 1999, 1:48 AM
RESTAURANTE LAS ESTACIONES, HOTEL BOSTONIAN,
BOSTON, MASSACHUSETTS*

–¿Qué cojones estabas haciendo ahí dentro? –preguntó Chas a Isabel mientras dejaban el edificio y se encaminaban al Audi descapotable plateado que ella había pedido prestado para el viaje. Normalmente, el coche sólo poseía cuatro cilindros de uno coma ocho litros, pero Isabel había conseguido como "anticipo" uno de seis cilindros, uno de los prototipos más avanzados, cuyo lanzamiento estaba previsto para el año siguiente.

–Tranquilízate, Chas. Y no vuelvas a hablarme así o te cortaré la lengua. Literalmente.

La pareja subió al coche. Isabel no quería conducir, así que le dio las llaves a Chas. Prefería los coches de lujo, por supuesto, por sus comodidades, pero en una ciudad a punto de ser asolada por las luchas entre tres facciones rivales, la velocidad y la maniobrabilidad eran preferibles a los asientos de cuero de un descapotable.

–Pero de ningún modo vas a hacer un trato con el Sabbat, ¿verdad?

–¿Es que estás mal de la cabeza, Chas?

–No, ¿pero entonces por qué le estabas tocando las pelotas de esa manera?

–¿Quién dice que tengo que pactar con alguien? ¿Y quién dice que los Milliner cumplirían cualquier acuerdo al que yo llegue?

–¿Pero no es por eso por lo que estás aquí, Isabel? ¿Para negociar un trato?

–Estoy aquí porque Francis Milliner me ha llamado. Estoy aquí para sacar el máximo beneficio posible de este pequeño negocio, con la menor inversión posible por mi parte o por la de los Milliner. ¿Por qué estás *tú* aquí, Chas?

–Por lo de Benito.

–Eso es. Así que, ¿por qué no te preocupas por eso y dejas que yo me preocupe de esto, vale? ¿Has hecho algún progreso en la investigación de la desaparición de Benito?

–No –Chas comenzó a fruncir el ceño, asiendo el volante con un nuevo fervor.

–¿Esperabas sacar algo en claro de esta reunión?

–Me figuré que quizá ofrecieran alguna información sobre Benito como parte del trato.

–Y puede que lo hagan, Chas. ¿Lo entiendes ahora? Poniéndole a Jacques tantas trabas como pueda le obligo a que, si realmente quiere llegar a un acuerdo de apoyo, tenga que darme lo que quiero. Pieterzoon no habría sugerido esto si no fuera necesario, así que sé que tengo mucho que ganar. Y Pieterzoon no quiere venir en persona, por eso manda a este pequeño lameculos, para que parezca que esto no tiene demasiada importancia. Así que piensa que yo creo que no es nada. Pero no es eso lo que yo creo, ¿lo pillas? –Isabel sonrió. Chas estaba jugando al mismo juego de *"ella cree que yo creo"* con ella, y ella se lo estaba insinuando, aunque sólo fuera de modo alegórico.

El Audi dobló una esquina mientras los neumáticos se agarraban a la carretera, manteniéndose firmes; el chasis se mantuvo bajo para que el radio de giro siguiera constante.

–Mientras tanto, Chas, tengo un nuevo encargo para ti. Voy a enseñarte unas lecciones básicas de investigación.

–Eh, espera un momento. No estoy aquí para hacer lo que tú me digas. Aún trabajo para Frankie Gee.

–Sí, bueno, necesitas unas clases prácticas. Le pasaré la factura a Frankie más adelante.

Chas suspiró, muy ruidosamente, como para recordarle a Isabel que como no respiraba, aquello significaba algo.

–Éste es mi chico. Así que mañana por la noche, averigua todo lo que puedas sobre Jacques Gauthier. Y también quiero que me digas quién dirige los asuntos del Sabbat en esta ciudad.

–La segunda respuesta ya la sé. Es Max Lowell.

–¿Cómo sabes eso?

–Joder, mi refugio está en Nueva York. Boston está a tiro de piedra. Frankie maneja muchos más asuntos a través de Lowell de los que yo nunca me he parado a pensar. Joder, si esta mierda termina en un tiroteo, probablemente será con las armas de Frankie.

Isabel miró a Chas fijamente.

–Ya ves –dijo él con una sonrisa de complicidad–, no soy tan imbécil como aparento.

* * *

*No, pensó Chas para sí mismo mientras volvía a su hotel, desde luego que no soy tan imbécil. Y cuando llegó, cogió el teléfono y marcó el número de Frankie... el del prefijo **#.*

JUEVES, 6 DE JULIO DE 1999, 9:48 PM

UNA GRUTA SUBTERRÁNEA, CIUDAD DE NUEVA YORK

Calebros dejó sobre su escritorio un informe que trataba sobre el extraño fenómeno de unas ratas inusualmente agresivas. Ratas hostiles... ¡con los Nosferatu! ¿En qué se estaba convirtiendo el mundo?

¿En qué?

Puso el informe en la mesa, encima de uno de los precarios montones de miles de informes similares sobre cientos de temas diferentes. La información iba y venía a gran velocidad en las últimas noches: la resistencia de la Camarilla en Washington D.C. había

terminado desmoronándose la semana anterior, con la excepción de una capilla Tremere que había dado la espalda al problema y no había movido un dedo para salvar la ciudad. Los brujos de las islas habían enviado a una representante de nivel medio en particular, una tal Maria Chin, a Baltimore, donde el príncipe Garlotte intentaba crear alguna clase de orden entre las caóticas riadas de refugiados que estaban inundando su ciudad. Pero esta tarea le resultaba aún más difícil por culpa de los tejemanejes de Victoria Ash, una Toreador tarambana y que figuraba mucho en sociedad.

Pero ahora, bajo la tenue luz de la lámpara de su escritorio, Calebros reflexionaba sobre un asunto mucho más cercano a su corazón.

COPIA DE ARCHIVO

6 de julio de 1999

Re: Benito Giovanni: Las Vegas

Informes de Montrose -- dos Giovanni de poca monta provenientes de la Costa Este (Victor Sforza, Chas Giovanni Tello) haciendo preguntas sobre Benito; reunión con Milo Rothstein 29/6; de nuevo 30/6 AM, liquidan a Rothstein sin miramientos. Tello coge un avión la noche siguiente; Sforza asesinado por atacante(s) desconocido(s).

Repercusiones de la muerte de M.R. -- pocas o ninguna; contactos ya realizados con otros elementos relacionados con los Giovanni de L.V.

~ Recomendar a Emmet % Pistas falsas para el éxito de L.V.

~ Ahora que el jaleo se ha calmado en el Oeste, puede que Las Vegas sea el lugar más seguro para trasladar a Benito. Ya han buscado allí.

*SÁBADO, 17 DE JULIO DE 1999, 9:51 PM
GALERÍA DE LOS MUNDOS OLVIDADOS, BOSTON, MASSACHUSSETS*

Chas Giovanni no estaba contento.

Quien coño quisiera saber dónde narices estaba Benito Giovanni, debería dejarlo donde fuera que estuviese y olvidarse de todo el asunto. Milo Rothstein había muerto por ello. Victor había muerto por ello. Eso por no hablar de la cantidad de cabrones Nosferatu que habían secuestrado a Benito y habían encontrado su Muerte Definitiva por ello. Y aquella noche, más noticias. Mientras Chas estaba en Boston, Frankie había oído que Benito había aparecido en Nueva Orleans. En cuanto lo oyó, Chas supo que no era más que una gilipollez... Benito había desaparecido de Boston y había sido visto en Las Vegas. A no ser que los Nosferatu estuvieran montando una gira con la exhibición del Zoo de Mascotas de Benito Giovanni, no había ningún motivo para que de repente estuviera en Nueva Orleans. Si hubiera escapado de sus secuestradores, habría vuelto a casa o habría llamado a alguien por el camino. Si todavía seguía prisionero, sus captores lo tendrían encerrado en Las Vegas o en Boston hasta que decidieran pedir lo que fuera que querían conseguir. Todo aquello no tenía ningún sentido.

Chas quería saber quién era el que había dado el soplo. Ninguno de los muchachos de Frankie le podía contestar a esa pregunta. Y hablando de no poder contestar, Frankie no había cogido el teléfono en casi veinticuatro horas, a pesar de que Chas y muchos de los muchachos habían estado llamándole sin parar.

Luego habían recibido una llamada de Italia, para Isabel. Frankie Gee estaba muerto. Ella se lo había contado a Chas, le había dicho las palabras de condolencia más apropiadas, y luego había comprado un billete de avión para encontrarse con uno de sus contactos en Atlanta.

–Esto es estupendo, Isabel. ¿Tienes alguna idea de por qué te

han llamado a ti antes que a mí, y de por qué en Italia lo saben pero en Nueva York y en Boston nadie tiene ni idea de lo que ha pasado?
–preguntó Chas.

–No uses ese tono conmigo, Chas. Ni siquiera tenía por qué decírtelo. Y sobre la pregunta de por qué lo he sabido yo antes, tiene que ver con algo en lo que estoy trabajando aquí.

–Estás aquí para llevar a cabo la puta negociación entre la Camarilla y los Milliner. ¿Qué coño tiene eso que ver con ir a Atlanta o con recibir llamadas sobre la muerte de mi *capo*?

Isabel estaba harta de la actitud cada vez más desagradable de Chas.

–¿Sabes qué, Chas? Tienes razón. Yo estaba aquí para hablar con la gente de Pieterzoon. Y lo he hecho. Tú, sin embargo, estás aquí para averiguar dónde está Benito Giovanni, y no lo has hecho. Así que mientras yo he solucionado dos asuntos diferentes para la familia, tú aún no has terminado con el primero, y estás acumulando una impresionante cantidad de cadáveres para acompañar tus fracasos. Victor, Frankie, y estoy segura de que hay más. Así que, por favor, antes de que me montes el numerito de lo indignado que estás, siéntate, tranquilízate y espera a que vuelva. –Isabel era consciente de que Chas estaba cada vez más frustrado debido a la falta de pistas que le llevaran a hallar el paradero de Benito, pero es que se estaba excediendo cada vez más, y no daba muestras de ir a calmarse.

–¡Hay que joderse, Isabel! ¿Se supone que tengo que sentarme aquí a esperar? Me voy contigo a Atlanta para hacer lo que sea que vayas a hacer allí.

–No, ni hablar. Te vas a quedar aquí y vas a acompañar a la persona que he contratado para que se encargue del resto de la negociación con Gauthier.

–¿Quieres que me quede aquí cubriéndole las espaldas a alguien mientras tú te vas de vacaciones? Una mierda. Una puta mierda. Yo no trabajo para ti. De hecho, supongo que ya no trabajo para nadie. De ningún modo voy a hacer de hombre de refuerzo de algún tonto del culo de la Estirpe al que has convencido para que arregle lo de los Milliner...

–Oh, ella no pertenece a la Estirpe –le interrumpió Isabel,

obsequiándole con una encantadora sonrisa que resultó insidiosa debido a las circunstancias –. Está bastante viva. Trabaja para Milliner como ejecutivo de cuentas. Pero lo sabe todo sobre nosotros, le he dado todos los detalles. Vas a ir con ella para asegurarte de que no le pasa nada malo, y para informar a Gauthier y a Pieterzoon de que no nos vamos a poner de su lado, ni del lado del Sabbat.

–¿Qué? ¿Soy la mano derecha de puto *ganado*? –Una cosa era seguirle el juego a Victor en Las Vegas... aquello era para engañar a Rothstein. Pero respaldar a una mortal que no era más que la portavoz de esos estirados Milliner, sin que fuera ningún tipo de estratagema, eso era inexcusable –. Ni de coña voy a hacerlo. Que te jodan, Isabel.

Ella se dio la vuelta y le abofeteó, *muy fuerte*, en plena cara.

–No vuelvas a hablarme de ese modo, ¿lo entiendes? Está bien... si es lo que quieres hacer, eres libre de irte. No me debes nada, no trabajas para mí y tampoco para los Milliner. Así que vuelve arrastrándote a Nueva York y deja que el resto de los Giovanni sepan que no sólo has sido incapaz de cumplir una sencilla misión, sino que además has dejado que maten a tu jefe y a uno de tus hombres. Vamos, vete ya –con una mano en la cadera, Isabel agitó la mano para despedirse desde la puerta.

Ése era el motivo por el que Chas no estaba contento. Sabía que Isabel tenía razón... para poder salir de todo aquello conservando algo de dignidad, tenía que dar fin a todo el asunto. Si eso significaba aliarse con Isabel hasta que ella pudiera juntar el resto de las piezas del rompecabezas, bueno, tendría que hacerlo. Era absurdo que ella esperara que él fuera eficaz ante la empleada diplomática de Milliner, pero Chas no quería ni pensar en lo que podía ocurrir si regresaba a Nueva York sin otra cosa que no fueran notas necrológicas en el bolsillo.

El hecho de que la intermediaria de Milliner fuera una zorra de primera no ayudaba demasiado. Hasta su nombre era pretencioso: *Genevieve Pendleton*. Por supuesto, había ido a la universidad, lo que automáticamente le hacía sentirse superior ante alguien tan tosco como Chas. Aparentemente, había sido miembro del personal directivo de Milliner durante varios años, y le habían permitido ser parte de la operación sin convertirla antes en ghoul. Aquel no era el modo en que

se hacían las cosas en el Viejo Mundo, y tampoco era como Frankie y los suyos habían adaptado el negocio al Nuevo Mundo. Cuando dejabas que la gente supiera lo que eras en realidad, era o bien justo antes de darles una paliza de muerte o inmediatamente antes de convertirlos en ghouls... o en miembros de la Estirpe. De otro modo quedaban demasiados cabos sueltos.

El resultado final: Chas no aprobaba dejarlo todo a cargo de alguien que tenía la oportunidad de desertar si las cosas se ponían feas en toda aquella situación con la "Estirpe", y Genevieve no aprobaba que un matón rompepiernas estuviera presente y pudiera interrumpir su negociación con los otros miembros de la Estirpe interesados.

Empezaron a discutir segundos después de que Isabel los dejara solos. Chas había murmurado un comentario sobre que Pendleton era una mala elección para negociar: no era miembro de la Estirpe y no podía representar a nadie eficazmente, sobre todo si intentaban usar sus poderes místicos. Ella sostenía que conocía perfectamente a la Estirpe, y que era más que capaz de manejarse entre ellos. Chas respondió con un ataque personal, diciendo que si alguien enviaba a su secretaria a hablar de negocios con *él*, tanto la secretaria como el presunto hombre de negocios terminarían muertos. Pendleton, que no estaba dispuesta a soportar los malos humos de un matón con pistola, señaló que estaba segura de que así era como solucionaban sus asuntos los miembros de la Estirpe menos evolucionados.

–Veremos quién es el menos evolucionado cuando cabrees a otro miembro de la Estirpe y me necesites para que salve tu escuálido culo, Guinivere.

–Genevieve.

–Lo que sea. De todos modos, antes o después terminarás siendo la cena de alguien. ¿Crees que los Milliner van a dejar que te hagas vieja y que van a confiar en que guardes su secreto hasta que mueras?

–Está en mi contrato –contestó Pendleton, cruzando los brazos e irguiéndose en la silla, como si pudiera ocultarse detrás del documento, como si éste fuera un escudo.

Chas gruñó.

–Sí, bueno, tu contrato no es más que un montón de mierda. En el momento en que los Milliner te vean más como un lastre que como una empleada valiosa, no dudarán en cancelar tu contrato, y a ti con él. No es como si pudieras ir al Tribunal Supremo y denunciar que trabajas para unos vampiros que no están siendo legales contigo. –Su voz se fue apagando–. Puta ingenua y remilgada.

Genevieve sacudió la cabeza.

–¿Crees que eres mejor que yo sólo porque estás *muerto*? Muy bien. Vale, pues tengo noticias para ti. Por si no lo sabías, no puedes ir por ahí pisoteando a la gente sólo porque eres un horrible *vampiro*.

–Sí que puedo, porque ya no me importa.

Aquella era una respuesta muy extraña. Genevieve ladeó la cabeza.

–¿A qué te refieres?

–Me refiero al código. Las reglas morales que seguís los mortales. No me importan. Soy un miembro de la Estirpe, y toda esa basura de los derechos inalienables que defendéis no significa una puta mierda para mí. ¡Mírame! ¡Joder, yo bebo sangre para sobrevivir! Mato gente para poder seguir... viviendo... o como coño lo quieras llamar.

–Eso no tiene ningún sentido –dijo Pendleton–. Es psicológicamente imposible. No puedo creer que en la sociedad vampírica exista un vacío como ése. Esa es la razón por la que al final siempre se atrapa a un asesino en serie, y la razón por la que uno nunca oye nada sobre ellos hasta que no se descubre algo realmente atroz. El comportamiento degenerado demuestra la veracidad de la ley de la disminución de las sensaciones: cuanto más abominables son los actos que realizas, más necesitas para experimentar la emoción de realizar un acto atroz. Te hartas. Haciendo una analogía, tendrías que matar para experimentar la pequeña respuesta emocional que una vez obtuviste, digamos robando en una tienda. Y no quiero ni pensar en lo que hacéis cuando incluso *matar* se vuelve aburrido.

–No me jodas –contestó Chas–. Tenemos un viejo acertijo que habla de eso: Una Bestia soy para que en una Bestia no me convierta. Todos llevamos al demonio dentro, y tenemos que dejarlo salir de vez

en cuando para que no nos controle por completo. Es como la puta teoría de los gérmenes o de la inmunización o algo de eso.

–Eso no es posible. No se puede sobrevivir así. –Pendleton cruzó las piernas y encendió un cigarrillo.

–Una mierda. *Una mierda*. Después de haber pasado por ello tantas veces, esa rabia, la Bestia, es todo lo que te queda, y si dejas que te gane, entonces estás jodido, acabado. *Acabado*.

–¿Qué cojones quieres, darme pena? –Pendleton miró al vacío, siguiendo con la vista el rastro del humo que exhalaba.

Los ojos de Chas brillaban enrojecidos. En su interior, sentía cómo una sanguinaria cólera le invadía, la visión se le nubló y todo lo veía rojo. Un instante después, estaba de pie, sacudiendo a Genevieve Pendleton por las solapas de su chaqueta de diseño, alzándola del suelo, sus pies colgando, estrujando entre sus puños la tela de la chaqueta. A Pendleton se le salían los ojos de las órbitas.

–*Maldita zorra* –rugió Chas, casi incapaz de pronunciar palabras inteligibles, con los labios paralizados y los colmillos fuera–. *Nunca jamás* te atrevas a volver a acusarme de esa mierda. No necesito tu puta *lástima*. No me hacen falta ni tu maldita preocupación ni tu jodida y mezquina compasión. Cuando tú estés muerta, cuando no seas más que comida para gusanos en una puta caja de pino a tres metros bajo tierra, *yo todavía estaré aquí*. ¿Lo coges? Joder, ¿me entiendes? ¿Puede comprender eso tu estúpida y egocéntrica mente? *No me importas una mierda*. Lo único que me impide arrancarte la puta cabeza en este momento es que Isabel ya te ha pagado para que hagas tu puto trabajo, y no quiero tener problemas con ella. ¿Te parece que eso tiene sentido, furcia estúpida? Nada de lo que puedas decir me importa en absoluto. Para mí, no eres más que otra puta reserva de sangre.

Tras eso, Chas se tranquilizó. Lanzó a Genevieve de nuevo contra la silla, que cayó hacia atrás, dejando a la mujer tirada en el suelo de una forma muy poco elegante.

–Joder. ¿Ves a lo que me refiero? Yo... ¿Estás casada, Pendleton?

Genevieve no estaba segura de a dónde quería llegar a parar Chas.

–¿Qué?

–¿Casada? ¿Un marido? ¿O a lo mejor un "compañero sentimental" o algo así?

–Yo, sí, estoy casada –dijo tragando saliva, mientras se levantaba del suelo y se alisaba la chaqueta.

–¿Quieres a ese tío?

–Sí.

–Él lo es todo para ti, ¿verdad? Es "el único", como dicen por ahí, ¿no? La única persona en el mundo que es perfecta para ti.

–Sí, supongo que sí. Le quiero... no podría vivir sin él.

–Eso es, eso es. Bien, ¿sabes una cosa, Pendleton? Voy a contarte algo. Justo después de ser transformado... hará unos cien años, quizá algo más... conocí a "la única". La chica perfecta. A los pocos meses de conocerla ya estaba enamorado de ella. ¿Ves a dónde quiero llegar? Era un puto vampiro *enamorado de una mujer mortal*. Pero no podía decirle que en realidad yo era de la puta Estirpe. Así que me la jugué... todo eso de la Mascarada. Intenté tener una relación con esa mujer a pesar del hecho de que *aquello no podía ser*. Pero la cosa es que... ella lo sabía. No sabía que yo estaba jodidamente muerto, pero sabía que había... *algo*. Y eso la echaba para atrás. Pero no era como si pudiera decírselo, ¿sabes? Yo no podía romper el maldito secreto, porque eso significaría que antes o después tendría que matarla *y no estaba preparado para hacer eso*. Al menos, no en aquel momento. Y ahí fue donde la jodí del todo. Tenía a la persona *perfecta* con la que compartir mi... vida, *pero no podía tenerla*. No podía decírselo, y cada vez que intentaba "dejarlo estar" ella *sentía* que algo iba mal, y eso la echaba para atrás. Y a pesar de todos los dones que proporciona la Estirpe... puedo golpear más duro que nadie, puedo hacer que la gente haga lo que les diga... simplemente no podía arreglar aquella situación. Yo amaba a esa mujer y jamás podría llegar a tenerla. No podía obligarla a que me amara, no podía hacer que me llegara a querer y tampoco podía estar con ella. Era como estar a miles de kilómetros de distancia incluso cuando estábamos uno junto al otro. Aquello me enfermaba. Literalmente. Una noche me levanté con un enorme, vacío y jodido agujero en medio de mi pecho que nunca podría llenar. Jamás. Y

cuanto peor me sentía, más pensaba en ella, lo que me hacía sentir aún más jodido, lo que me hacía pensar aún más en ella... un círculo vicioso sin fin. Y luego ella envejeció, pero yo no; yo permanezco eternamente joven. Y ella murió. Quizá se casó, quizá no, pero eso no es importante porque nunca pudo estar *conmigo*. Y luego otra mujer. Y luego otra. Y así una y otra vez, cada vez abriéndose las mismas viejas cicatrices que no pueden curarse porque no puedo tener lo que necesito, esa persona, para arreglar las cosas, para que todo sea mejor. Nunca. Claro que hay modos de hacerlo. Puedes convertir a la persona a quien amas, hacerla miembro de la Estirpe, pero cuando lo haces, la matas. Puedes llevarla bajo la sombra: alimentarla con tu sangre, hacerla tu ghoul, pero esa no es una relación equitativa. Puedes obligarla a amarte gracias al poder de la Sangre, pero eso no es *real*. Al final lo único que puedes hacer es ver cómo muere y sentir cómo ese puto agujero dentro de ti crece más y más cada vez. Así, que Genevieve Pendleton, no me jodas más... yo nunca podré tener lo que tú tienes. No puedo tener a alguien a quien amar y con quien volver a casa. No puedo tocar el rostro de una mujer y hacer que sienta algo que no sea la repugnancia natural que se siente al ser tocado por *algo que mata*. No puedo tener nada excepto esta puta oscuridad dentro de mí que crece cada puta noche y que me pide que destruya todo aquello con lo que entro en contacto. Después de un puto siglo de esta mierda, la rabia es lo único que te queda. Es todo lo que puedes utilizar para mantener a esa puta Bestia a raya... combatir el fuego con el fuego. Piensa en ello la próxima vez que le des a tu marido un beso de buenas noches, cuando te despiertes a su lado por la mañana. Piensa en el hecho de que *tenerle*, tener a alguien a quien poder realmente *amar* durante toda tu vida mortal, es algo a lo que alguna gente no puede aspirar. Y por eso, nunca serán hombres completos, personas completas. Y luego piensa en lo único que puede ocupar el lugar del amor. Podemos odiar profundamente, y no tenemos un blanco más apropiado para nuestro odio que nosotros mismos. Así que, cada puta noche, nos levantamos porque no queremos odiarnos a nosotros mismos más de lo que ya lo hacemos. Pero incluso en eso, fracasaremos.

Genevieve apagó el cigarrillo.

-Dimito.

_____ 24 _____

(DOMINGO, 18 DE JULIO DE 1999, 1:27 AM)
LUGAR INDETERMINADO, BOSTON, MASSACHUSSETS

Chas estaba en lo cierto. La noche en que ella se plantó ante los Milliner para presentar su dimisión, Francis Milliner hizo que enterraran a Genevieve en el soporte de cemento del garaje que su compañía estaba construyendo.

_____ 25 _____

SÁBADO, 17 DE JULIO DE 1999, 8:27 PM
VUELO DELTA 2065, AEROPUERTO INTERNACIONAL LOGAN,
BOSTON, MASSACHUSSETS

Toda aquella agitación despertó a Isabel, aunque no podría levantarse en otros tres cuartos de hora por lo menos. En realidad, podría hacerlo si no fuera porque estaba encerrada en un ataúd en la bodega de carga de un avión. Cuando los mejores vuelos partían antes del anochecer, no había encontrado una manera mejor de viajar: hacerlo durante el día era un riesgo ridículo, y siempre estaba grogui antes de que el sol se pusiera por completo.

No es que el viaje en la bodega de carga fuera algo agradable. Viajar como un cadáver era el único modo de hacerlo. Las líneas aéreas pasaban por las máquinas de rayos X todo aquello que iba en las bodegas de carga, en busca de bombas o cualquier otra cosa, y si

algo con forma humana aparecía en cualquier cosa que no fuera un ataúd transportable registrado, alguien podía darse cuenta. Y aunque necesitaran abrir el féretro, un vampiro no tendría ningún problema para hacerse pasar por muerto... sólo hay que quedarse quieto y dejar que te toqueteen. Eso siempre divertía a Isabel. No importaba cuán grotesco pareciera, cada vez que su método de viaje se había visto "interrumpido", al menos una de las personas que habían abierto el ataúd la había *tocado*. Probablemente a alguien que hubiera viajado acompañando a un difunto le hubiera molestado saber que el cadáver había sido importunado, pero Isabel sabía estarse quieta. Sería más problemático si se levantase y llamase a los empleados de la consigna, pero de todos modos pensar en ello la entretenía: un fornido mozo de equipajes desmayándose porque el cadáver al que le estaba poniendo un dedo en la boca se lo había arrancado de un mordisco y luego lo había escupido.

Sin embargo, esa fantasía era la parte más soportable del viaje. Durante todo el vuelo, Isabel debía yacer inmóvil, pues no había espacio para moverse. Aquello no solía ser un problema durante el día, mientras la Estirpe duerme, pero los vuelos que terminaban después de anochecer eran otra cosa; los viajeros tenían que descansar allí. Algunos vampiros, los que solían viajar haciéndose pasar por cadáveres a menudo, se habían hecho construir ataúdes a medida que les proporcionaban un poco de espacio y más comodidad, pero Isabel había desechado esa idea. Sólo era cuestión de tiempo que alguien reconociera un ataúd en particular y sospechara de un mismo muerto que tuviera la costumbre de viajar por todo el país.

Invariablemente, el problema que fuera el causante del viaje del miembro de la Estirpe se le venía encima. Aquel era el caso del viaje de Isabel a Atlanta. Antes de llegar a Las Vegas, ya sabía que había problemas en las fronteras que separan los mundos de los vivos y los muertos. En un principio, los ancianos del clan Giovanni pensaban que sólo los espíritus de los muertos estaban involucrados. Incluso el brujo Ambrogino Giovanni se había visto afectado, retirándose a su sanctum en la logia durante dos semanas con el fin de recuperarse de aquella terrible experiencia.

Luego, empezaron a desaparecer miembros de la familia.

Ancianos, ancillas y neonatos se desvanecían, al igual que un puñado de sus ghouls, familiares cercanos y séquitos. Por todo el planeta, los Giovanni habían luchado durante años para extender su influencia. Por todo el planeta, desaparecían de la noche a la mañana.

Entonces Ambrogino la había llamado. Uno de los Giovanni de la Estirpe de la zona había emprendido un corto viaje, para nunca volver. Era Frankie Gee, Francis Alberto Giovanni del'Agrigento... el jefe de Chas. Isabel creyó que Chas debía saber que Frankie se había ido, pero no sus sospechas de por qué. En su opinión, él no lo habría entendido, y era demasiado grave para molestar con ello a los Milliner.

Ambrogino había mencionado al antiguo clan.

Isabel era demasiado joven para saber quiénes eran exactamente "el antiguo clan", pero sabía que los Giovanni no habían alcanzado su posición actual de manera honesta. En algún momento de su turbio pasado, los Giovanni se habían rebelado contra quien les había convertido en vampiros, destruyendo a su prole y embrujándolo. Por supuesto, muchos de los miembros del antiguo clan habían escapado, y nunca fueron encontrados. Si Ambrogino estaba en lo cierto, los problemas en las tierras de los muertos habían liberado a los miembros del antiguo clan que se habían escondido allí. Sin ninguna duda, estarían furiosos y buscarían vengarse de algún modo. A través de esta investigación, Ambrogino había seguido uno de sus presentimientos, que había resultado ser cierto: todos los Giovanni desaparecidos o muertos habían participado en mayor o menor medida en la eliminación de estos antepasados, o lo habían hecho sus señores. Los dos chiquillos de don Pietro Giovanni habían desaparecido en Praga; Martino della Passaglia había visto cómo su señor era secuestrado por algo que se escondía entre las sombras del techo de su propio refugio. Ludo Giovanni, el Cronista de Bremen, dejó sólo una frase sin terminar en su cuaderno como última huella en el mundo.

Según Ambrogino, los miembros del antiguo clan se hacían llamar los Heraldos de las Calaveras, y no descansarían hasta que el último Giovanni hubiera sido sacrificado.

Bien, desde luego que eran ambiciosos. Los Giovanni, aunque no eran el más numeroso de los clanes de Caín, tampoco eran el más

escaso. Algo así les llevaría décadas, incluso siglos. Pero, como había señalado Ambrogino, habían esperado durante mucho tiempo y tenían éste a su favor.

Apresuradamente, los ancianos Giovanni habían enviado a varios de los mejores agentes del clan para averiguar todo lo que pudieran sobre el asunto. De la información que habían reunido, habían deducido que los Heraldos de las Calaveras eran muy pocos, pero también muy poderosos. Isabel era uno de estos primeros investigadores, y conocía la cruda realidad... el que ella había estado buscando tenía sin duda al menos cinco milenios.

Por supuesto, esta crisis sólo afectaba a los Giovanni... no hacía que el mundo dejara de girar. Isabel estaba ya envuelta en otros dos asuntos importantes: controlar la creciente conquista de la Costa Este americana por parte del Sabbat, y el espinoso asunto del secuestro de Benito Giovanni.

La misión de Isabel en el asunto de la Costa Este era principalmente una consulta. Ella debía servir de enlace entre los miembros del Sabbat y de la Camarilla, haciendo saber a ambos que los Giovanni no estaban interesados en ninguno de los dos grupos. La ciudad de Boston, controlada por los Giovanni, no iba a ser el próximo plato en el menú del Sabbat, pero tampoco se convertiría en un refugio para la Camarilla. Más que nada, Isabel pretendía que ambos bandos siguieran ignorando la verdadera naturaleza de los negocios de los Giovanni en Boston... muy pocos no muertos conocían el hecho de que era la familia Milliner la que mantenía la influencia Giovanni allí, y simplemente asumían que los únicos Giovanni eran aquellos que *llevaban el apellido* Giovanni. La ignorancia de los otros era un arma poderosa dentro del arsenal Giovanni, y los Milliner habían acudido a Isabel para asegurarse de que no perdían esa ventaja.

En cuanto a Benito, en un principio Isabel había achacado su desaparición a los actos del antiguo clan. Sin embargo, tras investigar el linaje de Benito había descubierto que la relación que éste tenía con quienes habían participado en la purga de los progenitores de los Giovanni era muy lejana. Sus contactos dentro de la Estirpe habían informado a Isabel de que Benito se había juntado recientemente con ciertos tipos de dudosa reputación, con motivo de un negocio de obras

de arte. A partir de ahí, un poco de trabajo detectivesco le había llevado a descubrir ciertos detalles sobre el secuestro de Benito que relacionaban todo el asunto con los Nosferatu.

En aquel momento, los tres asuntos preocupan mucho a Isabel, y le resultaba muy difícil conciliar el sueño. Sin duda, uno de los tres tendría que quedar apartado por el momento, y le había tocado al pobre Benito. Después de todo, sólo era un miembro de la Estirpe; los otros problemas afectaban a todos los Giovanni de una ciudad, puede que del mundo. Además, Isabel sospechaba que no había oído hablar de Benito por última vez; no quería darle por perdido, pero tenía que dejar algo de lado, y su secuestro era lo que tenía más posibilidades de resolverse por sí mismo.

De igual modo, la reaparición del antiguo clan tenía preferencia, e Isabel había planeado reunirse en Atlanta con alguien que podía proporcionarle información sobre un supuesto miembro de aquel grupo. En apariencia, aquella cosa tenía su refugio en Nueva Orleans, había conseguido de alguna manera que Frankie Gee fuera hasta él y lo había destruido. Frankie había pertenecido a la Estirpe durante cuatro siglos... había sido uno de los primeros capitalistas sin escrúpulos de la Sicilia de finales del XIX, y se había ido reinventando a sí mismo según dictaban los tiempos. Que alguien de tanta edad pudiera ser engañado para que fuera a encontrarse con su Muerte Definitiva daba fe de la tremenda fuerza que poseía aquello a lo que se enfrentaban. Isabel no tenía claro cómo esperaban exactamente los ancianos que ella tuviera éxito donde otros miembros de la Estirpe más antiguos habían fracasado, pero fuera como fuese, mujer precavida vale por dos. Encontrarse con la criatura en su propio terreno, aunque sólo fuera para observarla y luego poder informar a los otros Giovanni, le daba algo de ventaja.

Ahora, todo lo que tenía que hacer era mantenerla.

El avión vibró y se zarandeó, abandonó la pista de despegue y comenzó a elevarse hacia el cielo.

MIÉRCOLES, 21 DE JULIO DE 1999, 11:18 PM

LAFFITTE'S, NUEVA ORLEÁNS, LUISIANA

Jake se sentó. El local tenía el techo bajo y cristaleras... parecía, como todos los edificios de Nueva Orleáns, como si llevara allí cien años.

Claro, que en la mayoría de los casos era cierto.

Pero Jake no había ido hasta Laffitte's para admirar su arquitectura. Ni tampoco para sorber prodigiosas cantidades de daiquiris para turistas como los "vampiros" de las otras mesas. No, Jake estaba allí por un asunto personal.

Echó un vistazo a la sala, que rebosaba vida... una vida alegre, frívola y malgastada. Parejas de fin de semana en busca de una orgía temprana, habitantes de la localidad que hacían chanchullos con los dueños a la caza de dinero o sexo, camareros hechos polvo y un gordo inmenso apoltronado tras el piano, que hacía lo que podía por cantar canciones que los adormilados borrachos se supieran. La mitad eran canciones de amor cantadas a doble velocidad y la otra mitad eran lo que se conocía como "clásicos". Ese pensamiento hizo sonreír a Jake. Un clásico era una canción que había sido grabada en los años cincuenta o sesenta. Él estaba en el mundo desde unos cuarenta años antes; ¿en qué lo convertía eso?

No importaba. Ninguno de los clientes del bar lo veía o se preocupaba por él. Para ellos, no era más que otro borrachín, uno de esos compañeros de juergas que llenaban los bares buscando una copa barata y pasar un buen rato. Él no suponía ninguna amenaza... ¡Tómate una copa a nuestra salud!

Nadie en todo el bar tenía ni idea de lo que Jake era. Ni de lo que era la mujer con la que se iba a encontrar. Marcia Gibbert, hermana de la Estirpe. Su interés por Nueva Orleáns había ido creciendo en las últimas semanas, habiendo llegado desde... ¿Anaheim?... hacía menos de un mes. Cada vez que Jake y ella se encontraban, la gente pensaba que eran pareja, un par de negros, excéntricos y nuevos ricos. La verdad del asunto era que Marcia

estaba buscando información sobre un viejo asesino de cinco mil años de edad, y que Jake estaba deseando sacar algún beneficio de su desquiciada cruzada. Ni siquiera le importaba saber qué era aquello que le preocupaba; ella había dicho que era un asunto de familia y lo había dejado así. Jake lo entendía. Siendo un Brujah, sabía que algunos Vástagos hacían juicios rápidos basándose en el linaje de uno. La había catalogado como una Seguidora de Set. Quizá una Gangrel o puede que incluso otra Brujah. Hasta podía ser una Caitiff, aunque no parecía tan repugnante como la mayoría de los que él había conocido. Lo que fuera; no importaba. Tenía dinero, y Jake no podía permitirse el lujo de rechazar ningún trabajo. Quizá podría llevar a los turistas más morbosos a dar una vuelta a media noche por el cementerio...

Marcia entró, deteniéndose bajo el dintel de la puerta. Escudriñando a través del humo, vio a Jake, que le hacía señas para que se acercara a la mesa y sostenía un sobre sin marcas en la mano. Intentando controlar la expresión de sorpresa que estaba a punto de asomar a su cara, Marcia Gibbert pidió con calma una copa, para mantener el engaño cara al público, y se sentó en la mesa de Jake.

—¿Has encontrado algo para mí? —sonrió Marcia. Sabía que Jake no había invertido demasiado en ella, pero aún así no había motivo para no ser cordial.

Jake la contempló de arriba abajo. Tenía los rasgos grandes y la piel clara, quizá incluso mulata. Y sus ojos eran azules, lo que era poco común. Aún así, no era asunto suyo. Estaba allí por el dinero, así que era mejor controlar sus paranoias.

—He encontrado algo que puede que te guste, sí. Me temo que no tiene muchos datos concretos... parece como si hubiera sido escrito por un borracho o un adicto al opio, pero puede que le encuentres alguna utilidad.

Empujó el sobre a través de la mesa, esperando a ver la reacción de Marcia. Si lo retiraba rápidamente o intentaba esconderlo, puede que mereciera la pena seguirla más tarde y ver en qué estaba metida. Pero claro, si de verdad era un asunto de familia como ella había dicho, podía ser la localización de uno de los Vástagos más antiguos de su clan; y eso, aunque era interesante, ciertamente no era

algo que Jake quisiera ver en persona.

Marcia abrió el sobre, desenrollando muy despacio la cinta y sacó un fajo de papeles amarillentos y desgastados por los bordes. Habían sido escritos con una letra decorativa y uniforme, y la tinta estaba dañada en partes debido a la humedad de los ácidos del papel.

Supongo que Tom el Ciego no había sido siempre ciego. Parecía que se lo había ganado a pulso. Aquel ojo izquierdo, con su brillo azul lechoso, y el derecho, desaparecido bajo la lívida cicatriz que llegaba hasta la nariz, hacía que diera miedo mirarle. Creo que incluso puedo acordarme de él con ambos ojos (o al menos uno), pero hasta donde me recuerdo llamándole, sé que siempre le llamé Tom el Ciego.

Lo pasábamos tremendamente bien, Tom el Ciego y yo. Antes de que yo naciera, había sido el intendente o el sargento de no sé qué, pero al perder la vista había terminado viviendo en el sótano que había bajo la casa de mi madre. Mamá me dejaba con él (sentía que yo estaba a salvo si él me protegía, supongo) durante el día, cuando iba a tomar el té con sus amigas o a hacer recados. Tom el Ciego y yo jugábamos a los soldados, o explorábamos la parte del bosque cercana a la casa. A veces lanzábamos piedras a los caimanes desde los árboles, aunque Tom el Ciego nunca parecía disfrutarlo tanto como yo. Decía, "No escupas al Diablo cuando está en su propia casa".

Para ser sincero, tengo que decir que fui un niño muy nervioso, siempre enfermo o preocupado o durmiendo, y dado a frecuentes temporadas de prodigiosa hiperactividad. Mamá se reía, "¡Ves fantasmas!. ¡Ves a los niños del bosque bailando bajo la luna!". Cuando lo decía de modo tan descabellado, yo no podía evitar echarme a reír, esperando que nuestra alegría pudiera mantener a las... cosas... que veía a raya, y durante mucho tiempo, así fue.

Tero las risas no podían durar para siempre. Poco después de mi octavo cumpleaños, comenzó a despertarme a veces de madrugada un sonido peculiar bajo mi habitación. Sonaba alternativamente como una cabra escarbando, como una gallina loca o como Tom el Ciego cantando en la iglesia, yo lloraba llamando a mi madre, pero los ruidos siempre paraban antes de que ella llegara.

"Por el amor de Dios, mí niño, ¡parecía como si los caimanes hubieran

venido para llevarte!". Pero yo sabía que aquellos ruidos no los hacían los caimanes; los caimanes sonaban como los cerdos, o como Tom el Ciego cuando había bebido demasiado vino. Pero Mamá siempre hacía que pararan, y yo nunca pensaba en ello cuando me levantaba al día siguiente.

Mientras yo crecía, Tom el Ciego empezó a mostrar señales de cansancio, y también parecía que cada vez se preocupaba menos por sí mismo. "Demasiadas veces veía cortes en su raída cara y sus dedos destrozados y sangrantes.

"¿Por qué eres tan curioso, niño? ¿Es que no sabes que la curiosidad mató al gato?".

"Me corté afeitándome", me contestaba, o "me pillé los dedos con la maldita puerta del sótano".

Mí nerviosismo había despertado mi inteligencia; algunos decían que yo era un niño precoz (aunque muchos otros me llamaban fantasioso). Al poco tiempo, me di cuenta de que los horribles sonidos bajo mi cama siempre precedían un nuevo rasguño o herida en el cuerpo de Tom el Ciego. Mí interés se despertó. Tenía que descubrir la verdad.

"Tom el Ciego, ¿eras tú el que hacía tanto jaleo anoche bajo mi habitación?", pregunté inocentemente.

"Chico, escúchame y escúchame Bien", Tom el Ciego usó un tono de voz conmigo que nunca le había oído antes. Era severo, exigente. Un modo de hablar que yo nunca había oído de mí madre, de quien Tom el Ciego decía que me malcriaba, me adoraba y se reía caprichosamente de todas mis ocurrencias.

"Es el viejo Arañazo el que está bajo tu suelo, y cuando le oigas bailar debes quedarte bien tapado entre tus mantas."

¡Yo no podía creerme algo así! Debo confesar que me asustó terriblemente. Aquella noche, mí madre perdió la paciencia conmigo, pues me negaba a irme a dormir aún después de numerosas advertencias. Al final, me llevó a la cama en brazos y me arropó, advirtiéndome que sí se me ocurría dejar la seguridad de mi cama, tendría que preocuparme por algo más que una simple azotaina: me dejaría en el pantano con los caimanes, o en el bosque con los duendes.

No tenía de qué preocuparse. Ni dos minutos después de que saliera de mi habitación, comenzaron los ruidos, y no había modo alguno de que yo saliera de mi cama. La llamé, pero debió de pensar que era una pataleta de

las mías y me conocía lo suficientemente bien como para no hacer caso de mis llantos.

No sé cuánto tiempo duró aquello, pero tras lo que debieron ser horas de pánico y de mojar la cama, salió el sol. Aquel día, durante el desayuno, no dije una palabra; mi madre me miró extrañada pero luego se fue a hacer sus recados, como todos los días.

"Tom el Ciego", dije sobrecoigido, al notar una pronunciada cojera en su modo de caminar, "¿Qué era toda esa conmoción que escuché anoche bajo mi suelo?"

"Maldita sea, chico, ¿no te dije que te metieras en tus asuntos? ¡ya te he dicho que es el Viejo Rasguño el que está allí abajo, y más vale que lo dejes en paz con su maldad!"

Y de nuevo aquella noche mi madre tuvo que obligarme a meterme en la cama, aunque intenté escabullirme cuanto pude. Cuando por fin me atrapó, estaba tan agotado que caí desplomado en cuanto me depositó sobre la cama.

En el momento en que su sombra desapareció del marco de la puerta, comenzaron aquellos sonidos, y esa vez parecía como si un desquiciado gaitero estuviera tocando una melodía infernal. Helado de miedo, me quedé mirando fijamente al techo, totalmente rígido, porque temía que si me movía demasiado caería directamente en las manos de Lucifer. Aquella noche volvía a mojar la cama, decidido firmemente a no dejar su seguridad hasta que no amaneciese.

A la mañana siguiente, Mamá dijo que parecía enfermo, y que sería mejor que me quedase todo el día descansando en la sala de estar hasta que ella volviera de casa de Madame Poncelucard (a cuya hija, que acababa de comprometerse, iba a visitar aquel mismo día). Me dijo que pediría a Tom el Ciego que se ocupara de mí si necesitaba algo.

Pasé todo el día delirando, viendo duendecillos que se burlaban de mí entre las sombras de la sala de estar. Por la tarde, Tom el Ciego vino a preguntarme cómo me sentía, y pude notar que casi no usaba su brazo derecho. Puede que fuera el reflejo de la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas color burdeos, pero creí ver una oscura mancha de sangre sobre la manga derecha de su abrigo.

"Tom el Ciego", le rogué, y un temblor coloreó mi voz aflautada, "¿sabes quién armó todo ese follón ayer noche bajo las tablas de mi suelo?"

Tom el Ciego suspiró antes de contestarme, cansado y viejo. "Era el

Diablo, mí niño, y nunca más vuelvas a preguntarme por él".

¡El Diablo! ¡Bajo la casa de mí madre! La respuesta de Tom el Ciego resultó impensable, pero a la vez palpablemente real. ¿De verdad esperaba que creyera que, con todas aquellas heridas y su aspecto de agotado, no era él quien estaba allí abajo invocando al maligno?

Ni que decir tiene que me aterrorizaba la llegada de la hora de dormir, que sobrevino cruelmente pronto aquel día, junto a las sospechas de mí madre por mi inminente enfermedad. Durante muchas horas me dediqué a mirar fijamente al techo, esperando así poder ahuyentar los sonidos cuando aparecieran.

Los ruidos llegaron tarde aquella noche, y para cuando lo hicieron yo ya me había armado de valor y había tomado una decisión irreversible. Aterrorizado como estaba, no podía seguir soportando a aquel maligno y misterioso lobo con piel de cordero que realizaba sus maldades bajo mí casa. "Estaba seguro de que estaba allí abajo, preparando algún horrible hechizo para enviarme la tisis o la viruela o... la ceguera. ¿Cuán celoso estaba, que le molestaba el vigor de un niño pequeño y estaba planeando despojarlo de su vista?

Mí terror siguió aumentando, y bastaron sólo unas pocas notas de su maldita gaita para hacerme salir de la cama. Con los faldones de mí camisa de dormir arrastrando por el suelo, agarré una vela de la mesa del recibidor y la encendí con las brasas que quedaban en el hogar de la cocina. Eché a correr hacia la puerta, salí y rodeé la casa hasta llegar a la puerta del sótano donde estaba Tom el Ciego. En verdad, la horrible melodía de la gaita salía de allí, y yo sabía que sí no la interrumpía sufriría su mismo amargo destino.

Abriendo la puerta de un golpe, grité, "¡Tom el Ciego! ¡Rompe tu hechizo!" y avancé hacía las rocosas y mal iluminadas entrañas de la casa de mí madre, con la vela ardiendo y casi prendiendo fuego a mi camisa de dormir.

Allí delante estaba Tom el Ciego, sorprendido por mí llegada. Cuando se volvió hacia mí, un gesto que daba a entender que alguna vez había podido ver, vi sus labios, ensalivados y ensangrentados, alrededor de la boquilla de una espantosa gaita, forzando una melodía, mientras el sudor empapaba su frente y su chaqueta.

Justo en ese momento oí un terrible estruendo, y Tom el Ciego se volvió, demasiado tarde. Una fuerza invisible sacudía su cuerpo y golpeaba

su cabeza violentamente. Tom el Ciego cayó al suelo, soltando la gaita y escupió una última gota de sangre, áspera y pegajosa. "Maldita sea, niño, te dije que no te metieras. Ahora está suelto".

Me quedé mirándolo, sin saber qué hacer; luego levanté la vista al oír cómo del estruendo salía una terrible voz que decía: "Mañana".

Allí, en el rincón más oscuro, vi a un hombre muerto que vestía un hábito negro. Su malévolos boca se curvó, formando una espantosa sonrisa de satisfacción. "Gracias, chico. Tengo trabajo que hacer y hombres a los que ver". Aquella horrible aparición se desvaneció en la nada, dejando la habitación envuelta en sombras.

Fue entonces cuando huí del sótano y empecé a correr hacia el norte, sin detenerme, sin mirar nunca atrás, hasta que me desmayé. Durante días, utilicé todas las energías que pude reunir para alejarme de aquel lugar endemoniado. Incluso después de escapar de mí agotadora y hambrienta obsesión, en cualquier lugar al que fui, nunca volví a pronunciar una sola palabra. Y jamás regresé a la casa de mi madre, donde los muertos caminan y sólo horribles melodías pueden mantenerlos a raya.

–¿Qué es esto? ¿De dónde lo has sacado? –preguntó rápidamente Marcia, que no podía salir de su asombro–. ¿Quién te lo ha dado? ¿Alguien ha visto algo de lo que estos papeles describen?

–Joder, cálmate –Jake se separó un poco de la mesa, como para tranquilizar la conversación poniendo algo de distancia–. Lo más importante ahora es saber si lo quieres, y qué puedes darme a cambio que haga que merezca la pena que te lo dé.

Marcia, que sabía perfectamente lo que era tratar con un Vástago, comenzó la puja a la baja... el dinero no era un problema, especialmente para los Giovanni.

–Te daré seis mil dólares, siempre que respondas al resto de mis preguntas. Lo tengo aquí, en Nueva Orleans, en efectivo, puedo dártelo esta misma noche.

–¿Seis de los grandes por el diario de un muerto? Parece un precio un poco alto. Debe ser que merece la pena. Me pregunto qué más puedes darme. –Haciendo lo que debía para forzar hasta el límite el baile sin fin de la Yihad, aunque el avance fuera lento, Jake se mantuvo firme.

–Mi oferta más inmediata es el dinero. Seis mil quinientos, está noche –contestó Marcia.

–Te diré lo que vamos a hacer, hermana. No necesito el dinero. Te daré los papeles. Incluso te contaré todo lo que sé. Pero me deberás una. Podré acudir a ti una vez, en cualquier momento, para pedirte un pequeño favor. Probablemente ni siquiera necesitarás venir, pero tendrás que ayudarme cuando te lo pida.

Marcia aparentó reflexionar sobre ello durante unos minutos. Jake quería alguna clase de favor, la clase de promesas que ayudaban a la Camarilla a prosperar. Un precio muy pequeño, si ésta resultaba ser una fuente fiable y reciente que demostrara que el antiguo asesino que estaba buscando se había refugiado una vez allí.

–Trato hecho –dijo.

–Genial –bromeó Jake mientras se daban la mano–. ¿Qué más necesitas saber?

–Bueno, lo primero, ¿qué es esto? ¿Es parte de algo más largo?

–No, son anotaciones de un diario que alguien que conozco encontró en el sótano de una de las casas que hay junto a los pantanos. El resto de los papeles que había en la cartera no eran más que documentos legales... finanzas, certificados de nacimiento, escrituras que habían sido invalidadas y cosas así. No me pareció que estuvieras buscando nada de eso.

–No, desde luego que no. Sólo necesito la localización exacta... ¿dónde estaba esto?

–Diría que como a unos cuarenta kilómetros de aquí. Puedo llevarte hasta allí si quieres.

–¿Había algo más en el sótano? ¿Algún tipo de tumba improvisada o algo por el estilo?

–Por Dios, habla más bajo. Esta gente está borracha pero no es estúpida. Y no, el sitio estaba limpio. Ha estado abandonado durante los últimos cuarenta años... alguien compró la propiedad hace poco a muy buen precio.

Marcia le miró incrédula.

–¿Cómo se puede tener un sótano en un pantano? –Alzó las cejas, dejando que Jake supiera que estaba intentando pillarle en una mentira. Era muy sencillo inventar algo así; si ella descubría que era

falso, a él no le pasaba nada por intentarlo, y si nunca lo descubría, le devolvería el favor a cambio de nada.

–La casa fue construida sobre una cueva. El sótano no es más que una caverna natural excavada en la roca que está situada por encima del nivel freático. Simplemente construyeron una contrapuerta en la boca de la cueva y pusieron la casa justo a ella. Creo que en el propio diario se mencionan las paredes rocosas.

–Vale, ¿pero cómo sabemos que esa casa es la misma que la del diario? Dice que nunca volvió.

–Mira en la parte de atrás de la última hoja... esto fue enviado como una carta, de vuelta a la propia casa. Investigando un poco, he descubierto el apellido Poncelucard en un título de propiedad inmobiliaria de una finca situada no muy lejos de allí. El título estaba fechado en 1860, que supongo que fue cuando los Poncelucard compraron su casa. Además, y no es por presumir de listo, la casa donde se encontraron estos papeles tiene un andrajoso juego de cortinas color burdeos en lo que debió ser la sala de estar. No es que eso en sí mismo pruebe nada, pero es un pequeño detalle que encaja.

–¿Así que lo encontraste en la mansión? –prosiguió Marcia.

–No, alguien que conozco lo hizo. Yo sólo corroboré los detalles más tarde. Tengo que verificar mis mercancías, ¿sabes? –Jake sonrió, y Marcia le devolvió la sonrisa recatadamente.

–Bien, respeto tus secretos.

–¿No quieres saber si he hecho alguna copia?

–No me importa que lo hayas hecho.

–¿Y no quieres ver la casa?

–Tengo la dirección –dijo Marcia, señalando la parte de atrás de la última página.

–Así que estamos de acuerdo en que me debes un favor. –Era una afirmación no una pregunta.

–Sí, eso es.

–Entonces buena suerte –concluyó Jake, sin la más leve sonrisa–. Si me necesitas, sabes dónde encontrarme.

–Gracias, Jake. Haré mi salida habitual.

Jake puso los ojos en blanco mientras Marcia se levantaba, tirando "accidentalmente" su copa, para que nadie pudiera notar que ni

la había probado. Ella gritó "¡No quiero volver a verte en mi vida!" y abandonó Laffitte's, no tan alto como para montar un número, pero con el suficiente dramatismo como para convencer a todos los borrachos presentes de que ella y su "novio" habían tenido una pelea.

Un hombre con la cara muy colorada, sentado en la mesa de al lado, le dio un golpecito a Jake en la espalda.

—¿Es que no va a ir tras ella?

Jake negó con la cabeza sin siquiera mirar al hombre.

—No, hemos terminado. No pienso volver a verla. —Se preguntó si sería verdad.

*VIERNES, 23 DE JULIO DE 1999, 12:27 AM
EL TABERNÁCULO, ATLANTA, GEORGIA*

Un aturdido joven, vestido con camiseta naranja y enormes pantalones, obviamente bajo la influencia de algún demonio alucinógeno, pasó junto a la barra tambaleándose. Gritó algo a uno de sus amigos, lo que pilló al otro por sorpresa, y a su vez éste miró con cara de "no me lo puedo creer" a otro de los miembros del grupo, antes de terminarse lo que le quedaba de cerveza de un trago.

Isabel Giovanni y Marcia Gibbert intercambiaron una mirada de complicidad... si alguna de las dos necesitaba vitae antes de que terminara la noche, estaba al alcance de la mano. Por supuesto, estaría llena de un sin fin de drogas de diseño y otro tipo de sustancias más orgánicas.

Ambas se habían vestido imitando el modo de vestir de los asistentes al concierto: pantalones militares rectos y demasiado largos, y minúsculas camisetas que se ceñían a sus torsos. Marcia se había peinado toda la cabeza llena de pequeñas trenzas e Isabel se había recogido su lisa y oscura melena en dos coletas. Las dos pasaban totalmente desapercibidas entre la multitud.

Sin embargo, cualquiera que conociera los secretos de estos dos miembros de la Estirpe lo hubiera encontrado absolutamente inapropiado... un par de Cainitas, cada una de al menos un siglo de edad, vestidas de una manera que los mortales habían adoptado hacía tan solo unos años.

De manera casi irónica, ambas se veían despampanantes, y una incesante procesión de líbidos se les acercaba con la intención de invitarlas a una copa.

–Explícame otra vez por qué estamos aquí –dijo Marcia, medio en broma.

–Porque nadie que conozcamos vendría aquí, y porque ninguna de esta gente va a preocuparse de lo que hagamos, ni lo recordarán si lo hacemos –sonrió Isabel.

Subieron un tramo de escaleras y fueron a parar a una sala situada junto a los baños, lejos de la pista de baile de la planta inferior. La multitud delante del escenario rugía enfervorecida, algunos en estados naturales de exultación, otros sumidos en un frenesí inducido por las drogas. En el escenario, los músicos mezclaban una extraña versión de una de sus sintonías, los acordes de los ritmos típicos del surf y el punk sonaban sobre la melodía y la armonía de un viejo clásico de los Rolling Stones. Isabel y Marcia eran simplemente dos invitadas más en aquella escandalosa fiesta.

Marcia se quitó su mochila, con estilo pero muy funcional, que en aquel momento era el último grito entre la juventud. De allí sacó el diario que había conseguido la noche anterior en Nueva Orleans. Ambas se sentaron en un ajado sofá de cuero, apartándose así de la multitud.

–¿Es eso? –preguntó Isabel.

–Todo esto. Parece que la cosa esa que has estado buscando ha estado escondida en una plantación durante los últimos cien años. Esta es la pista más reciente que he encontrado. Es tan viejo como creías, probablemente volvió a sumirse en el letargo después de aquello, y nadie parece haberlo vuelto a ver. He registrado cualquier lugar posible en dos estados, por toda Luisiana e incluso en algunas de las plataformas petrolíferas submarinas del Golfo de México. Nada. No puedo entender por qué un Matusalén iría a Misisipi o al este de

Texas a no ser que estuviera intentando esconderse, aunque, si nos está cazando como tú crees, no es lo que pretende.

–Probablemente tienes razón... no creo que haya siquiera considerado la posibilidad de que queramos encontrarlo. Pero claro, eso es discutible. Ni siquiera voy a intentar pretender que soy capaz de adivinar sus intenciones. Si es tan viejo como creemos, tiene que ser muy listo para no haber dejado ni rastro de sus movimientos.

–¿De verdad crees que es uno de los del antiguo clan?

–preguntó Marcia.

–No lo sé. Ahora es imposible saberlo, pero parece odiar a los Giovanni lo suficiente como para matarnos específicamente. Frankie Gee sólo ha sido el último, y cuando desapareció de Nueva Orleans yo sabía que no era por el asunto de Milo Rothstein. Probablemente le olió en el momento en que puso un pie en la ciudad. –Isabel se concentró en el documento que tenía delante, buscando cualquier pista que pudiera verificar que el monstruo que vivía bajo la casa del autor del diario era de hecho un vengativo miembro de la Estirpe. El diario era muy extraño... una narración de los acontecimientos mucho más poética de lo que uno esperaría encontrar en un diario. El problema era que no sólo no tenía ninguna pista de la identidad del monstruo, sino que tampoco tenía ni idea de quién era el autor. Aún así, no estaba escrito en hebreo, ni en sánscrito ni en jeroglíficos egipcios, así que esperaba poder descartar la posibilidad de que todo aquello no fuera más que una trampa tendida por la propia criatura.

–¿Fuiste hasta la casa?

–No –contestó Marcia–, pensé que no sería muy inteligente. Si esa cosa todavía está allí, yo no tendría ninguna oportunidad contra ella, y lo único que tendrías para seguir adelante con tu investigación sería mi desaparición –Marcia se estremeció, a pesar del intenso calor de la sala de conciertos, cuya temperatura era más alta de lo habitual en Georgia en aquella época del año, debido al calor de los mortales que bailaban alrededor de ellas–. Espero que estas páginas sirvan de ayuda. Tuve que prometer un favor a cambio.

Isabel levantó la vista, esbozando una pequeña sonrisa.

–¿A Jake Almerson? La próxima vez que hables con él, dile que no le debes ningún favor. Y dile que él no me debe ninguno a mí.

Marcia asintió enigmáticamente y volvió su atención hacia el diario.

–¿Es que hay un examen por la mañana? –Distraídas por el diario y la estruendosa música, ni Marcia ni Isabel habían visto cómo un joven con visera se les acercaba.

–Lárgate –contestó Marcia, casi automáticamente, mientras levantaba la cabeza para mirarlo. Sin embargo, enseguida desistió en su intento de espantarlo, al sentir la fría mano de Isabel sobre su brazo.

–No, espera –dijo Isabel–. Éste está bien. –Marcia se volvió a mirarla y vio cómo le guiñaba el ojo; Isabel esperó que el pretendiente también hubiera visto el guiño.

Apartándolas a ambas con el culo, el recién llegado se hizo un hueco en el sofá entre ellas.

–Soy Scott. ¿Alguna de las dos quiere algo de beber?

Isabel adoptó una actitud de coquetería y comenzó a flirtear.

–Bueno, no sé. Pero creo que tengo un poco de sed.

Al oír esto último, Marcia movió la cabeza y sonrió.

–Chica, no tienes vergüenza. –Luego se volvió hacia Scott–. Soy Patrice. Encantada de conocerte, Scott. Perdona por haberte cortado antes de ese modo, pero tu modo de entrar está muy visto.

Una sonrisita avergonzada se dibujó en la cara de Scott.

–Sí, bueno, en realidad no esperaba ver a nadie con unos apuntes aquí. –Se volvió hacia Isabel–. Perdona preciosa, ¿cómo has dicho que te llamabas?

–Chloe.

–¡Qué nombre más guay! Y sabes otra cosa, me encantan tus...

–Ojos –le interrumpió Isabel.

–¿Cómo sabías que iba a decir eso? –dijo Scott, sonriendo ampliamente.

–Porque eso es lo que dicen todos los gilipollas cuando intentan llevarse a la cama un coño de primera categoría. –Marcia le hizo una mueca a Isabel, cumpliendo con su papel de niña engreída, pero dándole a entender que pensaba que todo aquello era una estupidez.

Isabel, sin embargo, estaba disfrutando de lo lindo en aquel momento. Sabía que no era ni mucho menos tan estúpido como su

objetivo. Le resultaba increíble cómo un recipiente podía caer tan a menudo en manos de la Estirpe, sin saber nunca lo que le tenían preparado.

–*Cierra la boca*, Patrice. Vas a echar a perder mi oportunidad con este encantador caballero sureño.

Oh, así que ése es el juego, ¿no?, pensó Marcia. *Bueno, pues soy tan buena como tú en estos temas. Veamos si tu viejo culo puede competir con alguien joven y que sabe lo que se hace.* Isabel contuvo una sonrisa, como si estuviera leyendo los pensamientos de Marcia. La cacería había comenzado.

Scott, por supuesto, disfrutó de cada minuto. Poco podía imaginar cuando eligió a aquellas dos mujeres como destinatarias de sus deslumbrantes atenciones que ambas serían tan receptivas. Ni siquiera tuvo que recurrir demasiado a su ilimitado encanto personal... lo que supuso era debido al poder de su carisma natural. De hecho, la mayor dificultad en que le estaban poniendo ambas señoritas era decidir con cuál de las dos se quedaría. *Qué demonios*, pensó Scott, decidiendo intentar llevárselas a ambas a la cama. Después de todo, la vida es un coñazo si no arriesgas un poco de vez en cuando. Tal y como se estaban desarrollando las cosas, lo peor que podía pasar es que al final sólo pudiera hacérselo con una.

El espectáculo continuó mientras Isabel y Marcia acosaban a Scott y éste les respondía, dejando absolutamente claro cuál era su objetivo. "Patrice" pasó su brazo por encima del hombro del pretendiente; "Chloe" cruzó una pierna y la colocó sobre las de Scott. El muchacho sonrió y se echó hacia atrás, poniéndose cómodo y permitiendo que las dos mujeres siguieran peleando por su cuerpo. Marcia se inclinó para besar su oreja; Isabel la apartó, tomó la cabeza de Scott y la reclinó en su hombro. Scott abrió las piernas, proporcionando a ambas mayor y mejor acceso a su libidinoso tesoro. Marcia tiró de su camisa y colocó una pierna sobre la de él, asiéndola con fuerza. Isabel atrapó sus labios con la boca, buscando su lengua. Seguro de su inminente victoria carnal, Scott se atrevió a deslizar una mano bajo la camiseta de Isabel, manoseando inexperto la carne de su pequeño pecho (aunque no pareció importarle que estuviera extrañamente frío) al ritmo de la atronadora música de la pista. Isabel

tuvo que reprimir un ataque de risa al notar su torpeza y su ineptitud... pero la sangre era la sangre, así que perseveró, sonriendo burlona a Marcia tras interrumpir su beso.

–¿Por qué no nos vamos al hotel? –sugirió Isabel–. Está justo a la vuelta de la esquina.

Como en un sueño, Scott accedió. Marcia le dio la mano y le ayudó a levantarse del sofá. Parecía que no le importaba que sus ligues no fueran de la zona. De hecho, en lo único que podía pensar era en una sola idea recurrente, *no me lo puedo creer*.

El amoroso trío recorrió rápidamente las cinco manzanas hasta el Westin Peachtree, deteniéndose un instante en el bar del hotel para tomar la última ronda de martinis con vodka, donde se ganaron las miradas desdeñosas de los clientes más sobrios. Sin embargo, las copas sólo les apartaron temporalmente de su objetivo, pues a los diez minutos ya habían pedido la cuenta, cogido el ascensor, y estaban en la puerta de la habitación de Isabel.

"Patrice" hizo como si titubeara para acertar con la llave en la cerradura, aunque sabía que probablemente no era necesario... Scott había dejado de prestar atención a los detalles en el mismo instante en que se había sentado con ellas en el sofá, en el Tabernáculo. Abrió la puerta, entró en la habitación tambaleándose y se tumbó boca arriba sobre la enorme cama.

Y eso era todo lo que Scott necesitaba. Se abalanzó sobre ella, en un torpe intento de parecer sensual, y trató de abrirla las piernas haciendo fuerza con sus rodillas.

Isabel dejó de disimular, cerró la puerta muy despacio y echó el pestillo. Luego apagó la luz, que se había dejado encendida antes de salir.

Mientras tanto, Scott le había quitado bruscamente la mochila a Marcia, dejándola junto a la cama. Después le quitó la camiseta y la tiró sobre la mochila. Marcia dejó escapar una risita. *Por Dios, se está relamiendo*.

Isabel aprovechó la oportunidad para despojar a Scott de su camisa a su modo particular... rompió la camisa a la altura del cuello y luego la rasgó hasta abajo, quitándosela como si fuera una chaqueta puesta al revés. Él se volvió un momento, con los ojos brillando sólo

de pensar en el lujurioso fornicio que sin lugar a dudas iba a tener lugar, y la vio observando su cuerpo. Scott tenía los músculos bien desarrollados, pero no tanto como para hacerle parecer demasiado grande. Un escalofrío de placer le invadió: *Sí, desde luego que estoy bueno.* Pero Marcia volvió a captar su atención con un tirón de la parte delantera de los pantalones, y rápidamente sus dedos encontraron el camino. Isabel comenzó a acariciarle la espalda y los pectorales. No queriendo retrasar ni un segundo a sus dos amantes el acceso a su gran tesoro, Scott se desabrochó el botón y la cremallera de los pantalones, mientras Isabel le quitaba la visera y la tiraba al suelo. Marcia agarró el elástico de los calzoncillos de Scott y se los bajó de un tirón, dejando a la vista su hinchado miembro.

Después de todo, sí que tiene motivos para ser tan engreído, pensó Marcia justo antes de metérselo en la boca. Luego esperó la reacción física...

Marcia sintió cómo el cuerpo de Scott se ponía rígido de repente. Miró hacia arriba justo en el momento en que su horrible alarido se interrumpía, silenciado por la poderosa mano de Isabel, que le había tapado la boca... y roto la mandíbula. Isabel miró a Marcia, mientras mordía al muchacho justo entre el cuello y el hombro, y sus ojos se vidriaban a medida que la insaciable Bestia crecía gracias al vitae del joven. Marcia sacó los colmillos, los clavó en el tumescente pene de Scott y se dispuso a tragar toda la sangre que se había acumulado en éste durante la excitación sexual.

Scott se retorció violentamente, pero no pudo moverse pues Isabel le sujetaba los brazos y le tapaba la boca, mientras que Marcia, que le sostenía las piernas, impedía que éstas se le doblaran o se desplomase. Sentía como si su cuerpo hubiera sido empapado en ácido, su sangre ardía como el fuego al tiempo que salía de su cuerpo hacia las bocas de las brujas que le habían engañado. Pataleó, se revolvió, pero todo fue en vano. Incluso mientras se le acababan las fuerzas, cuando la sangre ya no era capaz de llevar oxígeno a sus extremidades, su agotamiento era angustioso. *Esto es lo que debe de sentir la gente a la que queman viva,* pensó Scott. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, la nariz le sangraba y podía saborear el metal cobrizo de su sangre en la boca, donde Chloe le había

destrozado la mandíbula con el puño. *Esto es lo que debe sentir la gente que muere envenenada. Y estos monstruos son reales.*

Las dos mujeres se tomaron su tiempo en absorber la magnífica vitae de Scott, prolongando así su agonía. Debilitado por la pérdida de sangre, no pudo seguir resistiéndose cuando ambas interrumpieron sus besos y sus bocas se dirigieron a otras partes del cuerpo. Abrieron sus muñecas y la cara interna de sus muslos, bebieron de su lengua y de la tensa carne situada justo bajo su pecho izquierdo. Durante media hora, Isabel y Marcia se alimentaron del desgraciado recipiente, un acto que llevaron a cabo como si se tratara de sexo mortal... tentador, lascivo, orgásmico, sucio y catártico, todo a un tiempo.

Cuando terminaron, Isabel se levantó y se retiró algunos mechones de pelo de la cara.

–No tenía intención de acabar con él.

–Yo tampoco –dijo Marcia mientras volvía a ponerse el top–. Pero una vez que empezamos, no podía parar.

–Ayúdame a ponerle la ropa. Lo sacaremos de aquí como si hubiera perdido el conocimiento por culpa del alcohol y dejaremos su cuerpo en alguna parte.

–¡Se está poniendo azul!

–Sí, eso es lo que pasa cuando no tienes sangre en las venas. Rápido, en el baño está mi maquillaje. Échale un poco de base y colorete mientras llamo a un taxi.

Marcia hizo lo que Isabel le había dicho. Veinte minutos después, las dos vampiras, con su compañero muerto, cogían un taxi hacia el vecindario cercano al Fuerte McPherson, en la zona sur de Atlanta. Entraron en una fábrica de embalaje abandonada, rodearon el cadáver de cartón corrugado, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego.

–Esto es una puta mierda –comento Marcia para sí misma.

–Bueno, es mas un inconveniente que otra cosa. Piensa en el tiempo invertido como si tuvieras que hacerte la cena al estilo de los mortales. Excepto que en la Estirpe, comes *antes* de prepararte la comida. –Isabel se encogió de hombros.

–No, ya lo había hecho antes. Es sólo que no por eso me resulta más fácil –dijo Marcia.

Isabel vio lagrimas de sangre que rodaban por sus mejillas. Resistió el deseo de decirle a su compañera que sí, de hecho, sí que resultaba más fácil. *Demasiado* fácil a veces.

Después de una hora de quemar el cuerpo y volver a prender los restos que quedaban, esparcieron las cenizas por toda la fábrica y amontonaron los huesos. Los golpearon hasta hacerlos trizas y los desparramaron por los alrededores de la fábrica, en la basura, entre la maleza y en las alcantarillas. Una cosa era segura: nadie iba a encontrar a Scott.

Marcia se secó los ojos, tiñendo de sangre su antebrazo. Luego, cogieron un taxi y regresaron al hotel.

*JUEVES, 29 DE JULIO DE 1999, 3:43 AM
RESTAURANTE LAS ESTACIONES, HOTEL BOSTONIAN,
BOSTON, MASSACHUSETTS*

Aquella noche sólo podía terminar en desastre. Hasta ahí llegaba Chas. Isabel pretendía que acompañara a Genevieve Pendleton en su reunión con el diplomático de la Camarilla, Jacques Gauthier. Pendleton estaba muerta, Gauthier era un pedante, Isabel no había hecho sentirse al diplomático muy a gusto en la última reunión, y Chas, para terminar de arreglarlo, se moría de ganas de darle una paliza.

Con el fin de intentar impedir que las cosas se jodieran por completo, Chas había mantenido su participación en el asunto de un modo bastante discreto. Isabel no le había llamado, lo que significaba que los Milliner habían asumido que ella había tomado el control de las cosas tras la dimisión de Pendleton, y no habían querido molestarla. Lo mejor que podía hacer era...

Bueno, ¿qué podía hacer? ¿Ganar tiempo? ¿Improvisar sobre la marcha? ¿Mandar a Gauthier a tomar por culo? Chas tenía que

encontrarse con el tipo aquel, porque no tenía manera de contactar con Gauthier para retrasar la reunión, pero no sabía cuál debía ser la postura de los Giovanni en el asunto. Claro, después de hablar con Isabel tenía una ligera *idea*, pero no conocía los detalles, y "que te jodan, vamos a permanecer neutrales" no parecía el mejor modo de zanjar la cuestión.

Chas había decidido que lo mejor era reunirse con Gauthier y decirle que los Giovanni necesitaban un poco más de tiempo para tomar una decisión. Más tarde, Isabel podría manejarlo. Con un poco de suerte, Chas saldría de aquello con sólo una pequeña reprimenda por haber jodido indirectamente (bueno, vale, directamente) la situación en primer lugar, impidiendo así que fuera a peor.

Pero esta clase de mierda nunca sale como uno espera, y Chas lo sabía. Algo estaba a punto de ocurrir. Aquella noche podía sentir cómo, más allá de su hambre, la preocupación le atormentaba, al levantarse, afeitarse y vestirse. Por su propia seguridad, dejó la pistola y las nudilleras de metal en la casa de invitados de los Milliner donde se hospedaba, y ni siquiera se molestó en sacar la Louisville Slugger recortada del maletero del coche. Después de todo, si no quería pelea no sería buena idea dar la impresión de ir buscando todo lo contrario.

Jacques llegó pronto, lo que era buena señal. Así demostraba que se tomaba el asunto en serio y que se preocupaba más por el contenido de la reunión que por su propio estatus. *Puede que al final no haya ningún problema*, pensó Chas. Pero aún así, Jacques y Chas no habían sido precisamente amables el uno con el otro en su encuentro anterior.

–Buenas tardes, señor Gauthier –saludó Chas al emisario.

–Buenas tardes, señor Giovanni –respondió Gauthier educadamente–. ¿Dónde está la querida señorita Giovanni?

–Ha surgido algo en el último momento que le ha impedido reunirse con usted.

–He estado disponible toda la noche. Todas las noches, de hecho, en las dos últimas semanas. Incluso le expliqué como podía dejarme un mensaje durante el día en el caso de que ocurriera algo fuera de lo habitual.

–Le entiendo, señor Gauthier, y le pido disculpas –Chas quería

volver a la parte de los saludos, que le parecía haber funcionado antes con aquel capullo, pero eso no hubiera hecho las cosas más sencillas—. Isabel ha dejado a otro representante del clan (lo que no estaba demasiado alejado de la verdad) para que asistiera a la reunión, pero también ha sucedido algo que le ha hecho imposible acudir.

—Ya veo. Así que el negociador original, con quien yo había discutido ya nuestras mutuas preocupaciones, se ha marchado, y ha dejado a cargo de todo a alguien que tampoco ha podido asistir a esta cita, dejando sólo a un guardaespaldas que estuvo presente en la primera reunión para manejar la negociación. Me temo que es una solución muy poco delicada.

—Bueno, cálmese; no soy el guardaespaldas de Isabel.

—Entonces, señor Giovanni, ¿qué es usted?

—Estamos trabajando juntos en otro asunto.

—¿Disculpe? —Gauthier lo miró incrédulo. Alzó las cejas de un modo que daba a entender que estaba muy interesado en saber qué podía ser más importante que una consulta con un dignatario de la Camarilla en medio de un conflicto entre sectas.

—Algo diferente, sin ninguna relación con los intereses de la Camarilla en Boston.

—Oh, entiendo. Permítame resumir la situación tal y como yo la veo. Un miembro de su clan me cita y luego decide que hay algo más urgente que atender. En su lugar, envía un representante, que resulta que también tiene cosas mejores que hacer. Y la persona que al final se digna reunirse conmigo para resolver el asunto, en realidad no tiene nada que ver con ello. Me temo que esto no tiene muy buena pinta, señor Giovanni. En el mejor de los casos, aunque yo decidiera que el clan Giovanni no ha elegido aliarse con el Sabbat, desde luego que tampoco tiene intención de llegar a ningún acuerdo con la Camarilla, ya que ni siquiera presta atención a sus portavoces. ¿Estoy en lo cierto?

—Bueno, no, no exactamente —Chas se sintió cada vez más avergonzado, y luego enfadado. Sabía la pinta que tenía todo aquello, y que al final era probable que terminaran a leches. Pero no había ninguna necesidad de adelantarse a los acontecimientos.

–Oh, ¿no *exactamente*? Vale, entonces, señor Giovanni, explíqueme por favor *exactamente* qué clase de impresión es la que debería tener en el estado actual de las cosas.

–Mira, tío, lo que estoy intentando decirte es que...

–No dé usted por sentada una relación tan informal, señor Giovanni. Puedo asegurarle que incluso aunque decidiera pasar por alto su total falta de respeto hacia mí, lo que no he hecho, aún así no podría ignorar el hecho de que el colectivo Giovanni de Boston tiene a la Camarilla en tan poca estima como para no tratarnos en serio, incluso cuando se enfrenta a la posibilidad de sufrir daños importantes de manos de un enemigo común. Respondan o no abiertamente a nuestros intentos de acercamiento, señor Giovanni, ignorar la amenaza que supone el Sabbat no hará que ésta desaparezca.

–Eh, ¿quiere hacer el favor de escucharme? He sido yo quien la ha jodido. Nada de esto es culpa de Isabel y tampoco es lo que el clan pretendía. Accidentalmente, lo eché todo a perder con la mujer que debía hablar con usted, y no sabía cómo localizarle. Y pensé que, antes que no aparecer o salir corriendo, era mejor explicarle lo que había ocurrido.

–¡Qué ineptitud!

–Eh, tío, a veces las cosas salen mal. Esta es una de esas veces. Siento que te haya tocado a ti.

–Desde luego que tiene que sentirlo. Tiene la menor idea de...

–Vamos tío, no me vengas ahora a joder haciéndote el mojigato conmigo. Seguro que no quieres que vuelva a casa y les diga a todos que te has indignado un montón, porque eso podría estropear tu precioso trato o lo que sea por lo que has venido a lloriquear. –Chas no pudo resistir soltarle una pulla. A pesar de que casi había conseguido calmar a Gauthier, su ira le impedía ceder.

Gauthier se mostró de nuevo muy sorprendido. Nadie le había hablado nunca tan claramente, al menos no en su propia cara, y desde luego nadie que, por derecho, debería adoptar una actitud deferente hacia él.

–Será mejor que pare mientras aún está a tiempo, señor Giovanni. Creo que debería contener su lengua, antes de que pueda hacer más daño a una situación que ya es de por sí potencialmente

explosiva.

–A mí no me hables en ese tono, estúpido hijo de puta, si no quieres que te dé la paliza de tu no vida. Me disculparé e Isabel lo arreglará todo, así que cierra la puta boca y deja que las cosas vuelvan a la normalidad. –*¿Qué coño estoy haciendo?* se preguntó Chas. Gauthier lo había llevado al límite... ¡con tan solo unas cuantas palabras! *Joder, Chas, detente. Antes de venir sabías perfectamente que el tío era un remilgado, así que déjalo estar.*

Pero la voz en la mente de Chas no tenía el control... algo más lo tenía. No había dicho nada que en realidad pensara decir; su parte incontrolable había despertado de su sueño y se había hecho con el poder.

–¿Amenazas? –Era más una afirmación que una pregunta. Jacques le miraba fijamente y su voz sonaba terriblemente profunda—. No voy a permitir que me amenaces. *¿Me oyes, niño?* –Esto último lo dijo acompañado de un gruñido y un escupitajo, haciendo salir sus colmillos, revelando el monstruo que realmente era. Las manos de Jacques se convirtieron en garras; su cara se retorció, mostrando su ira.

Chas, abrumado, se acobardó ante la fulminante transformación de Gauthier...

...durante unos breves instantes, antes de que su propia Bestia rompiera la cadena que la mantenía sujeta. Cerrando los puños, cargó contra Gauthier, al tiempo que las visiones de sangre y asesinato se arremolinaban en su mente.

Sin embargo, Jacques resultó ser muy ágil, apartándose rápidamente. Chas pasó de largo y chocó contra una mesa, esparciendo cubiertos, platos y vasos por toda la sala. Gauthier miró a su alrededor, con los ojos entrecerrados, y una aguda carcajada salió de su demoníaca boca. Casi demasiado deprisa para que Chas pudiera verlo, corrió hacia la cocina. De hecho, si Chas no hubiera visto que la puerta se movía, no hubiera sabido que Gauthier había pasado por allí. Como un animal enfurecido, lo siguió, abriendo la puerta de un golpe, con la fuerza suficiente como para haber lanzado por los aires a cualquiera que hubiera estado esperando detrás.

Afortunadamente, para aquel momento hasta el personal había

abandonado el restaurante; de otro modo, el suelo de la cocina hubiera estado poblado de cadáveres. La habitación estaba iluminada con una débil luz blanca... que de repente se apagó. Si Chas hubiera sido capaz de pensar con claridad, habría supuesto que Jacques podía ver en la oscuridad y que había apagado las luces para aprovechar esa ventaja. Sin embargo, en el estado en que se encontraba, la razón le había abandonado, así que corrió ciegamente hacia donde creía que estaba el interruptor. A un lado, había una larga fila de cocinas y hornos; al otro, se levantaban gran cantidad de estantes llenos de enormes latas de comida. Dio un gran empujón a estos últimos, derribándolos uno tras otro como si fueran fichas de dominó. Una a una, todas las estanterías de la cocina cayeron al suelo. Las latas y los tarros también cayeron, unos rompiéndose, otros provocando un gran estruendo. Cuando la última estantería cayó, Chas vio cómo, tras ésta, una sombra borrosa se movía a gran velocidad. Medio segundo después, vio que de su propio pecho sobresalía un enorme tenedor de metal; el shock del momento le hizo doblarse sobre sí mismo; luego se lo sacó de un tirón, esparciendo gran cantidad de sangre por la cocina. De nuevo, las puertas se cerraron... Gauthier había salido corriendo de la habitación.

Chas rugió y lo siguió, quizá estúpidamente, con el tenedor en la mano. Gauthier se había anotado el primer asalto, lo que sólo había conseguido enfurecer a Chas aún más. Al irrumpir de nuevo en el comedor, Chas vio el contorno del cuerpo de Jacques, iluminado por una luz que venía del exterior. Un par de faros.

Jacques Gauthier soltó otra carcajada.

—¡Estúpido ignorante! Sabes que no puedes cogerme.

Pero Chas no necesitaba ser más rápido. Alguien entró en el restaurante. Jacques volvió la cabeza para mirar al intruso, sin dar crédito a lo que veía, y Chas aprovechó aquella oportunidad. Con toda su fuerza se lanzó sobre Gauthier, derribándolo sobre una mesa. Mientras inmovilizaba a Gauthier contra el suelo, se dio cuenta de que había otra persona fuera, además de la que estaba justo en el límite de su visión periférica. Pero ya se las vería con ellos después.

Bajo él, Gauthier forcejeaba, pero Chas era más fuerte. Una y otra vez, clavó el tenedor de cocina en la cara de Jacques,

acompañando cada puñalada con una palabra, descargando su odio.

–¡Estúpido... hijo... de... puta! ¿Qué... pensabas... que... iba... a... pasar...?

Otra voz le interrumpió, en medio de una puñalada y de una frase.

–No te muevas. ¡Jessica! ¡Rocíalo!

Una fría niebla bañó a Chas. Miró hacia arriba, sorprendido, y una horrible mueca se dibujó en su rostro.

–¿Qué cojones os pasa? ¿Es que no veis que estoy intentando matar a este tío? ¡Largo de aquí!

La voz continuó, inquebrantable.

–Apártate de mí, Satanás. ¡No tientes a los Hijos de Set y regresa al infierno donde fuiste engendrado!

Bajo Chas, Gauthier seguía resistiéndose, tomando a su agresor por sorpresa y quitándoselo de encima. Chas cayó hacia atrás y se golpeó la cadera. Como una flecha, Gauthier desapareció en la noche, dejando un viscoso rastro de sangre tras él.

–Maldita sea. *Maldita* sea. ¿Pero qué *coño* os pasa? ¡Ahora sí que estoy jodido!

De nuevo, la cara de Chas se vio empapada por aquella fría niebla.

–¡Criatura de la oscuridad! ¡Ladrón de la sangre de los vivos! ¡Afrenta andante a la rectitud de Dios!

–Me cago en la puta, ¡basta ya! ¡Esa mierda no funciona! Dios, ¿de dónde cojones habéis salido? ¿Primero lo de Frankie en Nueva York y ahora esto? ¿Quién coño sois? –Chas escudriñó en la oscuridad y vio un pálido brillo alrededor de lo que debían ser unas manos. La niebla venía de la izquierda, donde podía ver una pequeña figura que llevaba una enorme mochila a la espalda.

–¡El agua sagrada no hace efecto! ¡Jessica! ¡Cambia al otro tanque!

Chas oyó un click, luego un silbido acompañado por un estallido de niebla y un fuerte olor a gasolina.

–No, joder. Ni hablar –gruñó Chas, saltando hacia la figura negra de las manos brillantes. Haciendo uso de toda su fuerza, alzó el tenedor de cocina. Con un espantoso chapoteo, el tenedor atravesó la

mandíbula del desconocido, la boca y la parte superior de la cabeza, destrozando el cráneo, como una bala atravesando una plancha de metal. El hombre emitió un débil quejido, desplomándose de inmediato en los brazos de Chas. Este lo soltó y se giró para enfrentarse al otro atacante... una mujer bajita y gruesa que sostenía una especie de pistola rociadora. Debía de haberla comprado en una ferretería; parecía una de esas cosas que se usan para echar los pesticidas en los jardines. La mujer se quedó inmóvil, aterrada por la muerte de su compañero, y Chas le arrancó la burda pistola de la mano de un manotazo.

–De acuerdo. ¿De qué coño va todo esto?

La mujer sólo podía balbucir.

–¿Hola? Te estoy hablando, zorra histérica. Vaya, ¿así que puedes rociarme con agua sagrada y prenderme fuego pero eres incapaz de contestarme? –Chas empujó a la mujer hacia atrás, enviándola contra una pequeña mesa. La pistola rociadora quedó colgando a un lado. La mujer seguía boquiabierta, con los ojos como platos. Murmuraba alguna clase de oración simple y repetitiva, probablemente buscando protección, pero no pareció encontrar respuesta—. Estoy hablando muy en serio. ¿Quién coño sois vosotros? Si sois cazadores de vampiros, creo que la próxima vez tendréis que hacer mejor los putos deberes, porque esa mierda del agua sagrada no funciona.

Mientras Chas continuaba avanzando, la mujer pataleó débilmente, pero sus robustas piernas eran incapaces de hacer frente a la fuerza inhumana de Chas. La golpeó en el muslo, haciéndola tambalearse, y luego la agarró de la cabeza.

–Vale, ¿vas a contestarme de una puta vez o voy a tener que comerte?

La mujer siguió resistiéndose débilmente: estaba demasiado aterrorizada para usar su fuerza, debido a la proximidad de aquel horrible monstruo.

–Por Dios, qué estúpida eres. ¿Prefieres morir? De acuerdo. Hagámoslo a tu puta manera.

Chas la mordió tan fuerte como pudo, sin siquiera molestarse en buscar una vena grande o una arteria. Al fin, la mujer recuperó la voz y

emitió un prolongado y estridente gemido que podría haber quebrado el cristal. Cuando le había chupado tanta sangre que ella ya se hubo desmayado, Chas lamió la herida y ésta se cerró. Con un poco de suerte, cuando alguien descubriera todo aquel desastre e intentara sumar dos y dos, pensaría que había sido una pelea entre dos lunáticos, uno de ellos con un tenedor de cocina atravesándole la cabeza y el otro portando un atomizador lleno de líquidos extraños. A la mierda... ¡aquello no parecía cosa de *vampiros!* Y probablemente era lo suficientemente raro como para que la policía decidiera ocultárselo a los medios de comunicación.

Con eso, Chas se tranquilizó lo mejor que pudo, cogió el coche y volvió a la casa de huéspedes de los Milliner. Tendría bastante trabajo tratando de explicarse ante ellos y ante Isabel... pero era mejor dejar eso para otra noche.

Mientras Chas se alejaba, Gauthier salió sigilosamente de entre las sombras y se sació con los restos de la sangre de la mujer. Después, se perdió en la noche.

*DOMINGO, 25 DE JULIO DE 1999, 1:18 AM
EL MALECÓN, LA HABANA, CUBA*

–Tengo una propuesta para usted.

Anastasz di Zagreb, justicar de los Tremere, vampiros hechiceros, inclinó la cabeza, animándola a continuar.

–Sí, dime...

–Usted y yo nos parecemos mucho –comenzó diciendo Isabel. Eso era algo que no hacía que el Tremere se sintiera demasiado cómodo... estaba familiarizado con el corrupto clan Giovanni de la Estirpe, y había sido informado de cierto capricho que éste miembro en particular se permitía cuando se alimentaba. En aquel momento no había nada que quisiese más que parecerse a ella lo menos posible –.

Y nuestras historias poseen una gran afinidad. –Anastasz odiaba esa parte. La Estirpe y todos sus mezquinos juegos le irritaban, pues prefería estar bien "en el campo de batalla", bien en su propio sanctum. Sin duda alguna, lo que seguiría a la disertación de aquella hermosa aunque fría mujer sería alguna petición desagradable expresada en forma de favor. El Tremere conocía esa clase de tramas sociales de doble filo... su propia augusta posición era el resultado de favores ocultos e intercambios provechosos. Su predecesor, el poderoso Karl Schrekt, había sido milagrosamente rechazado para la reelección al título de justicar. En su lugar, en la asamblea del Círculo Interno de la Camarilla de 1998, los Tremere habían propuesto a un sorprendente candidato, di Zagreb. Con toda seguridad, la inminente oferta de Isabel era una artimaña similar, escondida cuidadosamente gracias a la elocuencia y el engaño.

–Nuestros dos clanes se han alzado de las cenizas de otros. Ambos descendemos de largos y distinguidos linajes, señores que vieron la debilidad y eligieron encender una vela en lugar de maldecir la oscuridad. No voy a decir que conozco los secretos de aquellas fatídicas noches –*no me trates con condescendencia, zorra pomposa*, pensó Anastasz –, pero sí sé que nuestros dos clanes surgieron, como el fénix, de la locura de otros. ¿No está de acuerdo?

–Aunque me desagrade reconocerlo, si lo estoy. ¿Adónde quieres ir a parar con todo esto, Isabel? –¡Tamaña insolencia! Momentos como éste eran los que le permitían a Anastasz saborear su posición. ¡Pensar que alguien tan joven como él, un Vástago de sólo un siglo de antigüedad, podía hablar con tanta indiferencia a un descendiente de los Giovanni! Pero luego, Anastasz recordó que era sólo la fuerza de la Camarilla lo que le permitía darse ese lujo. Si el clan Tremere hubiera estado tan alejado de los asuntos de los Vástagos como lo estaban los Giovanni, su título no significaría nada. Isabel podría haberlo aplastado como a un insecto, si no hubiera contado con la omnipresente torre de marfil situada tras él.

–Paciencia, Justicar. No se apresure en hacer juicios rápidos. Déjeme que le explique.

–Entonces ve al grano, Isabel. En esta estación las noches se van haciendo más cortas, y estoy hambriento.

¡Magistral! ¡Desdeñoso pero autoritario! Quizá los juegos políticos tenían sus ventajas, después de todo...

–Muy bien. Estoy segura de que está usted familiarizado con el destino de los Ravnos.

Anastasz asintió. A principios de aquel mismo mes, el mundo de la Estirpe se había visto sacudido desde sus cimientos cuando uno de los primeros Vástagos bíblicos había despertado de su sueño. El fundador de un clan había despertado demasiado pronto para el fin del mundo y había sido destruido, arrastrando a todos sus chiquillos a la Muerte Definitiva con él. O eso se decía. Nadie que estuviera allí estaba ansioso por presentarse voluntario... y la mayoría de los que habían estado allí habían sido destruidos.

–Lo estoy.

–Entonces entiende que se están preparando para recuperar su estatus caído, así como nuestros señores reclamaron el mando de sus clanes. Una vez más, mientras el resto de los Hijos de Caín observa cómo mueren sus hermanos, dan gracias entre dientes porque no ha sido contra ellos contra quien ha conspirado el destino. Pero vosotros, los Tremere, sabéis, tan bien como nosotros, los Giovanni, que aquellos que son desdeñados por su debilidad o su escasez de número pueden hacer que cambien las tornas, y alzarse con la victoria desde las garras de la opresión.

Por el amor de Dios, pensó Anastasz, desde luego que le está dando a todo el asunto un tono de lo más épico.

–Muchos Ravnos escaparon a la Semana de las Pesadillas. Los pocos que quedan pueden aprovecharse de la debilidad que muchos otros les suponen. Otros clanes han caído en el pasado y las repercusiones siempre han sido funestas. Vuestro propio clan, y el mío, nacieron así, y se dice que la formación del Sabbat tuvo lugar en circunstancias parecidas.

–No estarás sugiriendo que los Tremere y el Sabbat...

–Claro que no. Sólo sugiero que actuemos de inmediato. Los Ravnos están heridos. El trabajo está casi hecho; nosotros sólo tenemos que terminarlo.

–¿Destruir a los Ravnos supervivientes? –Anastasz reflexionó sobre ello. Desde luego que tenía cierto sentido. Un linaje de místicos

y sinvergüenzas, los Ravnos causaban problemas por donde pasaban. Muchos príncipes Vástagos, en Europa y en el Nuevo Mundo, les habían negado la entrada a sus dominios. Los Ravnos no tenían aliados, ni tampoco los querían. Prácticamente estaban pidiendo su extinción a gritos. Destruirlos no sólo sería sacar una espina largo tiempo clavada en el costado de la Camarilla, también podría consolidar el poder de la secta y permitirle centrarse en amenazas más importantes. Y si jugaba bien sus cartas, podría probar su valía a un Círculo Interno que aún albergaba dudas sobre su habilidad.

Anastasz se detuvo, sorprendido por aquellos pensamientos. ¿De verdad estaba considerando la posibilidad de un genocidio? ¿Pensaba honestamente que valía la pena la muerte de otros Vástagos para salvaguardar su reputación? ¿En qué clase de criatura ciega e instintiva se había convertido, para que la matanza y el asesinato pudieran ser considerados con tanta facilidad? Incluso siendo un depredador, conservaba el sentido de su propia humanidad... era el único baluarte que tenía para luchar contra los impulsos bestiales que acechaban en el interior de todo Vástago. Si se rendía por completo, dejaría de ser un ser consciente; se convertiría totalmente en un monstruo.

–Sí –respondió Isabel, sacando a Anastasz de sus meditaciones–. No tienen nada que ofrecer y, si aislamos y eliminamos la amenaza que aún pueden suponer, lo haremos en interés de toda la Estirpe. –La luna iluminó el rostro de Isabel, dándole un aspecto macabro, y su sugerencia hizo aumentar el malestar de Anastasz.

–Eso es asesinato, Isabel.

–No, Justicar, es supervivencia. La muerte es parte del ciclo de la vida... y de la no vida. Quizá más de esta última. Se lo aseguro, los Ravnos no dudarían en hacer lo mismo con usted.

–Eso no puedes saberlo, Isabel. Somos Vástagos; nuestros motivos son sólo nuestros. No todos nosotros somos monstruos asesinos.

–¿Eso cree, Justicar? Se está engañando a sí mismo. ¡El progenitor de los Ravnos se alzó de su sueño y destruyó a sus propios hijos! ¿Qué otros argumentos necesita para convencerse?

–Te sugiero que contengas tu lengua, Isabel –la conversación se había vuelto desagradable–. Deseo o no el clan Giovanni pertenecer a la Camarilla –susurró Anastasz–, aún reclamamos nuestro dominio sobre vosotros. Tus palabras muestran muy poco respeto por la Mascarada, y estamos en un lugar público, con mortales alrededor. No dudaré en utilizar todos los recursos necesarios...

–Escuche lo que está diciendo, Anastasz –contestó Isabel, en el mismo tono de voz–. Aplica su Mascarada y su cruzada de modo muy selectivo. Los engañosos Ravnos son una amenaza mucho mayor para la Mascarada de lo que yo nunca podría ser...

–No voy a ordenar un asesinato en masa basándome en tus zalamerías, Isabel. No voy a ponerme en contra de los Ravnos sólo porque a un intolerante miembro de la Estirpe no le gustan. Su hechicería y sus ilusiones son menos peligrosas que tu propio comportamiento... conocemos tus curiosos gustos, querida. Sabemos que sólo bebes el vitae de las cabezas cortadas de tus víctimas. Y puedo asegurarte que no todos los Vástagos están tan hastiados ni son tan crueles como tú. No voy a dejar que me uses, ni tampoco voy a permitir que mi posición sea explotada por un clan que se niega a aceptar las responsabilidades de la no muerte.

–Veo que le he juzgado mal, Justicar. Me condena usted basándose en estúpidos conceptos mortales. Esta actitud políticamente correcta, como suele llamarse, no proviene de la época en que nosotros recibimos el Abrazo. Moderno no significa mejor, y todos vuestros argumentos se desmoronan bajo el peso de la cruda verdad. Conozco miembros de los Tzimisce, con quienes vuestro clan ha luchado desde las primeras noches. Es una guerra de hechiceros, y ambos linajes se aniquilan mutuamente en busca de poder personal. Usted y la Casa de Tremere son mucho *peores* que cualquier curso de acción que yo haya sugerido, porque mis motivos son prácticos. Vuestros clanes se masacran el uno al otro a causa de ojos de tritón y hechizos olvidados, y aún así acudís a vuestro sentido de lo moral cuando yo sugiero eliminar un problema antes de que se vuelva más grave. Su hipocresía me repugna.

Anastasz cerró los ojos y se los restregó, mostrando así a Isabel su fatiga. Luego dejó caer las manos y oteó el Océano Atlántico, como

para animar a Isabel a que expusiera sus argumentos finales o le dejara ir. Ella notó su creciente frustración y jugó con ello.

–Sé perfectamente como están las cosas en Nueva York, Anastasz.

El justicar se volvió, con los ojos brillándole.

–¿Y eso que tiene qué ver con lo que me estás proponiendo?

–Pieterzoon me lo ha contado todo. Bueno, no directamente, sino mediante su contacto, Jacques Gauthier. Me pidieron que convenciera al clan Giovanni para que ayudara. Pero esa es una postura muy peligrosa, Justicar. El Sabbat no es un enemigo agradable. Los Giovanni mantuvimos nuestra independencia porque no tomamos partido (a petición de su Camarilla, si mi información es correcta), y ahora se nos está pidiendo que hagamos lo contrario.

–Pieterzoon está loco por el poder y Gauthier no es más que un payaso.

–Sí, bueno, su opinión personal es secundaria en este caso, Anastasz. Sea cual se la estima en la que tenga a Jan y a sus compatriotas, ustedes tienen intereses comunes en la Camarilla. Y es por eso por lo que me he molestado en hablar con todos ustedes. Estoy segura de que puede comprender el valor que tiene saber todo lo que sea posible sobre una situación antes de actuar, ¿verdad? No deseo arrastrar al resto de los Giovanni en vuestra Yihad sólo para satisfacer el ego de Pieterzoon. Pero sí estoy dispuesta a hacer un pacto con el bando ganador.

–Nueva York es parte de los medios, no el fin, Isabel.

–Lo comprendo, Justicar, pero Jan ha colocado sobre la mesa una oferta muy tentadora. Estoy segura de que conoce usted los problemas derivados de la imposibilidad de controlar Boston. –Isabel no pudo resistir la tentación de soltarle una indirecta. Di Zagreb, como todo el que estaba metido en la política de la Estirpe, sabía que la influencia de Boston estaba estancada en un aparentemente infranqueable punto muerto, entre la Camarilla, el Sabbat y los Giovanni.

–Bien, entonces, ¿qué estás haciendo *aquí*, Isabel?

–Hablar con usted, Justicar.

–No, me refiero a ti como representante de los Giovanni. ¿Qué

estás haciendo aquí?

–Lo que hace todo el mundo en La Habana. Esperar a que Castro muera.

–¿Y eso por qué?

–Simples negocios, mi querido Anastasz. Una vez que el viejo se haya ido al otro barrio, todo el país se convertirá en el mayor mercado libre del hemisferio occidental.

–El triángulo comercial, Isabel.

–¿Qué?

–El triángulo comercial. Es lo que el Viejo quiere hacer, y vosotros vais a apoyarle. Cuando, como tú bien dices, Castro muera, este país será el mayor mercado negro del Nuevo Mundo.

–¿Y? –preguntó Isabel, sonriendo con dulzura–. Cuando llegue el capitalismo, la avaricia ya no será un crimen... será un procedimiento operativo estándar. Ni siquiera *será* un mercado negro, porque Cuba se establecerá internacionalmente como un enorme centro comercial, contando con el respaldo gubernamental. Todo vale.

–Pero ésa es sólo una parte de la ecuación. Cuba aún tendrá que mantener una legislación antidrogas estricta, porque será bueno para sus propios intereses. La mitad del gobierno estará en contra del tráfico de drogas y querrá que siga siendo ilegal, mientras que la otra mitad se dejará sobornar, así que mantenerlo en la ilegalidad les hará ricos. De todos modos, tampoco podrían ser demasiado permisivos en esta cuestión, porque los Estados Unidos los crucificarían políticamente.

–¿Adónde quiere ir a parar con esto, Anastasz?

–Bueno, si os conozco a ti y a tu clan tan bien como creo, estoy seguro de que no os conformaréis con simples inversiones legales. Claro, haréis millones, probablemente billones, gracias al boom turístico, pero eso también es parte del triángulo comercial. Vais a traer la heroína desde Italia hasta Cuba, desde donde la mandaréis a los Estados Unidos vía Boston, o bien la venderéis y transformaréis los beneficios en cocaína y marihuana, y luego moveréis eso a Boston, porque allí es donde tenéis las aduanas bajo control. Después el dinero *volverá* a Italia, para comprar más heroína, que otra vez enviaréis a Cuba, etc.

Isabel alzó las cejas y sus labios se curvaron ligeramente.

–No está mal, Justicar. No está nada mal. Pero todo eso no le afectará a usted, ¿verdad? Boston ya es un refugio Giovanni, como Venecia lo ha sido siempre, y sólo necesitaremos unos pocos miembros de la Estirpe aquí para controlar las operaciones. No importa si Cuba se convierte en territorio del Sabbat o de la Camarilla... ambos grupos harán lo que sea para conseguir nuestro apoyo.

–Pero nosotros no *tenemos* ninguna obligación, Isabel. Ahí es donde yo quería llegar. Sería igualmente beneficioso para nosotros vigilar todas las compañías de importaciones y exportaciones que se establecieran en la zona y cerrar todas aquellas que huelan a Giovanni. De hecho, sería más lucrativo para quien consiga el control del país expulsar a vuestros sepultureros del negocio... porque así podrían pedirnos lo que quisieran para mantener abiertas las rutas comerciales.

–Estoy deseando jugar a ese juego, Anastasz. La Estirpe lleva mucho tiempo ejecutando magistralmente esta clase de maniobras, y ésta es tan solo una más. Quién sabe... puede que Cuba se convierta en la nueva Utopía, un lugar donde la Estirpe pueda hacer sus negocios sin el espantoso y artificial bagaje que vuestra guerra ideológica parece haber desarrollado. Los Giovanni estamos dispuestos a correr ese riesgo, Justicar. Es nuestro pan y nuestro vino, nuestro *vitae*, y llevamos haciéndolo desde hace *más de mil años*, desde las noches de las cruzadas e incluso antes. Tratos como éste son *nuestra razón de ser*. ¿Puede usted decir lo mismo? Cuba es nuestra... es sólo cuestión de tiempo.

Di Zagreb le dio la espalda a Isabel, permaneciendo en silencio.

–Sin embargo, Justicar, como ya le he dicho, estamos dispuestos a pactar con el bando ganador. Sabemos perfectamente que nos superan en número y, para ser sincera, preferiríamos tratar con la Camarilla, pues es casi universalmente más civilizada que esos lunáticos del Sabbat. Pero no crea ni por un momento que tiene usted más influencia que la que le permitimos. La lucha entre nosotros sería amarga, y casi con toda seguridad la Camarilla terminaría ganando. Pero, ¿a qué precio?

»Piense en eso, Justicar. Por el momento, los Giovanni no van a aliarse con nadie, pero nuestras simpatías están con la Camarilla. Y piense también que ofrecemos nuestras simpatías libremente.

Con eso, Isabel se volvió y se alejó. El justicar de los Tremere reflexionó sobre el significado de sus palabras. Después de todo, quizá aún tenía mucho que aprender.

*VIERNES, 23 DE JULIO DE 1999, 8:17 PM
HOTEL WESTIN PEACHTREE, ATLANTA, GEORGIA*

Marcia Gibbert se levantó temprano... sabía que tenía que hacerlo antes que Isabel para poder hacer lo que necesitaba. Fue hasta la mesa, cogió un bloc decorado con el emblema del hotel y un bolígrafo de su bolso, y escribió una nota para Isabel.

I. ~

No puedo seguir con esto. Siento dejarte sin haber podido ayudarte, pero la perspectiva de otra noche así es demasiado para mí.

Supongo que Jake Almeron aún te debe un favor.

~ M.

Tras esto, Marcia se cubrió lo mejor que pudo con el albornoz, cogió el ascensor hasta el último piso, subió las escaleras de acceso al tejado y caminó hacia los últimos rayos del sol.

TERCERA PARTE:

«EN MEDIO DE NINGUNA PARTE»

NOCHE DESCONOCIDALA BODEGA DE CARGA DEL "ORGULLO DE RODRIGO",
EN ALGÚN LUGAR DEL ATLÁNTICO

Una vez más, a pesar de sus deseos, el hombre muerto despertó. Atrapado en aquella sofocante caja, inmovilizado por los cientos de kilos de basura que ocupaban la caja con él, aún así, sintió indicios de conciencia, seguidos por el vaivén del barco, que se escoraba en el mar.

Sobre él, los marineros corrían de un lado a otro por las cubiertas de la nave como monos de feria. Sin duda, el barco también llevaba unos cuantos pasajeros, pero con un hambre tan grande como la del hombre muerto, el número de personas a bordo podía haberse visto reducido a la mitad... por eso había preferido soportar los largos meses de travesía bajo los fríos auspicios del letargo. Pero el hombre muerto nunca consiguió alcanzar del todo dicho estado; se había despertado más de veinte veces, y cada vez estaba más y más cerca del peligroso acto de levantarse, emerger de su rústico camarote y beber hasta saciar su pecaminosa sed de vitae, alimentándose del incauto ganado con quien compartía el navío.

Que vergonzoso, verse reducido a esto, pensó para sí. Huir al bárbaro y odioso Nuevo Mundo. ¡Menudo Nuevo Mundo! ¡Yo he contemplado el surgimiento y la caída de una veintena de nuevos mundos! Éste es tan solo uno mas en una larga lista de surgimientos y caídas de los insectos mortales.

La rabia había estado consumiendo al hombre muerto durante décadas; mientras en otros tiempos había pertenecido a las cortes de los principales reyes, ahora se veía obligado a huir de un círculo asesino de mercaderes usurpadores. Su antiguamente poderoso linaje se había autoinmolado siglos atrás para expiar su desmedido orgullo, y ahora sufría un destino similar, aunque esta vez provocado por la

propia familia que había recibido de ellos el Abrazo.

¡Qué ignominia! Con tan solo una mirada, puedo convertirlos a todos en polvo, y aún así se dedican a cazar en manada incluso a Cainitas tan poderosos como yo, acosándonos como una jauría. El odio bullía en las venas sin vida del hombre muerto, su sangre estaba fría debido a la quietud del éxtasis, pero ardiendo con impotente furia. ¡Haber alcanzado tales alturas! ¡Haber hablado con Dios y con sus Ángeles! ¡Haber tenido las vidas de miles en mis manos! Y ahora, huir de una forma tan abyecta de una banda de pícaros incestuosos armados con la brutalidad de su ambición. Qué vanidoso has sido, Anciano. Tu ambición era demasiado grande y permitiste a tus enemigos infiltrarse en tus filas. ¿Por qué no escucharon? Japheth y Constancia, ambos lo sabían. Pero, por supuesto, el Anciano, con toda su sabiduría de mártir... Hemos sido unos estúpidos.

Sin embargo, el hombre muerto no había sido ningún estúpido a la hora de planear su fuga. De acuerdo, puede que unos pocos miembros de su carnada hubieran caído. La orgullosa Elodie, con su cabello plateado manchado con su propia sangre y la de los malditos Giovanni. Jehovie, Urdra y Abelard, todos reducidos a cenizas por las antorchas Giovanni. Incluso sus propios hermanos de sangre, los otros hijos de la Matrona Constancia, habían encontrado su Muerte Definitiva uno tras otro. Los Giovanni se habían escondido entre la inmundicia de las alcantarillas, atacando cuando incluso los más astutos discípulos de Ashur habían dejado a un lado sus temores nocturnos y habían planeado dormir durante las horas del día. Se habían cubierto con excrementos para ocultar su olor mortal; los no muertos entre ellos se habían tapado con gruesos ropajes de lana y se habían embadurnado con los desagradables fluidos de sus parientes para enmascarar sus propios olores sepulcrales. Habían salido arrastrándose de los túneles de la basura, escondiéndose tras los huesos de sarcófagos nunca antes violados, y se habían escabullido como arañas maliciosas tras los cenotafios y las lápidas. Como depredadores, subieron hasta las logias y los sanctus de sus señores, portando antorchas, blandiendo cuchillos y estacas ennegrecidas. Mientras prendían fuego a los chiquillos de Ashur o los sumían en el letargo, se relamían de placer. Lo hicieron con despiadada resolución, atrapando los espíritus de aquellos que

intentaban desesperadamente escapar de sus cuerpos, y atándolos a los refulgentes huesos de cadáveres frescos, o a los cuerpos diabólicamente abortados que habían arrancado de los vientres de sus hermanas. Infundidos con su propia sangre y con la vitae de sus mayores, los Giovanni devoraron a los Cainitas que les habían acogido... y para colmo, se atrevieron a considerarse miembros de la Estirpe, siguiendo los deseos de aquellos bastardos egoístas que se congregaban en Inglaterra. ¡De todos los lugares que sentaban precedente tenían que elegir una tierra donde los escoceses eran considerados personas y los hombres se relacionaban carnalmente con sus ovejas!

¿Me oyes ahora, Dios? ¿Puedes oírme bajo todas estas cubiertas? ¿Desde debajo de esta capa de pino y mierda de gusanos? ¡Malditos sean todos por no levantar un dedo mientras su adorada Estirpe se sumergía en su propia vitae ante ellos!

Sin embargo, el hombre muerto sabía que la venganza es un plato que se sirve mejor frío. Huir era su única opción... huir, para en una noche futura poder apuñalar a los malvados Giovanni. Con el dinero obtenido con la venta de los dedos de un santo casi cuatro siglos antes, había comprado un "pasaje" en la bodega de carga del *Orgullo de Rodrigo*. Cuando el barco llegara a puerto en Cuba, una familia de descendientes Valdenses exiliados transportaría la preciosa carga al continente norteamericano. Desde allí, la caja de madera viajaría en carro hasta los pantanos de los criollos, que eran lo suficientemente listos como para no hacer preguntas sobre los muertos y aquellos con quienes se relacionaban. Si no ocurría nada, el hombre muerto sería depositado en el pantano, levantándose sólo cuando fuera el momento adecuado y los rayos del sol no pudieran abrasarlo. Desde allí, se mezclaría con los estúpidos habitantes del Nuevo Mundo, tomando su sangre cuando lo deseara y afilando el cuchillo que usaría contra las gargantas de los Giovanni, que una vez habían dado caza al resto de los suyos hasta la extinción. Los planes para el viaje carecían de puntos débiles... había estado en contacto con los Valdenses durante generaciones a través de sus espíritus mensajeros y sabía que podía confiar totalmente en ellos. Los criollos eran católicos franceses, negros o zafios españoles con sus propias costumbres bárbaras, entre

los cuales pocos se atreverían a importunar a un evidente recipiente de la muerte. El propio ataúd había sido cubierto con una gran cantidad de aceite y cera de abejas, para impedir que el aire salado del mar y la humedad de los climas del Nuevo Mundo hicieran que se pudriera. Sí, todo estaba en su sitio. Aunque sucediera alguna fatalidad, siempre y cuando el hombre muerto pudiera pronunciar unas pocas palabras, podría transferir su propia alma hacia la oscuridad secreta del Inframundo, y desde allí planear el modo de regresar al mundo del ganado viviente.

El plan abundaba en medidas de seguridad. Lo único que podía hacer era soportar las noches restantes hasta su llegada. Y desde allí, el hombre muerto podría utilizar todo el peso de eones de odio para aniquilar a los chacales que tan desesperadamente lo merecían. Y para una criatura que había caminado a la sombra de Adán, que había besado el rostro de Dios, ¿qué eran unas cuantas noches más?

Un precio diminuto. Un precio infinitesimal. Unas cuantas noches más parecían un precio minúsculo a pagar por la reivindicación de milenios.

>>> >>>

–Pareces cansada, Isabel.

Isabel se detuvo, a medio quitar la chaqueta.

–¿Es eso lo que tú entiendes por decir algo agradable, Margaret? –Contempló a su anfitriona, con sus enormes ojos castaños, tratando de adivinar las intenciones de la otra mujer. ¿Planeaba distraer a Isabel mediante insultos y sacarla de quicio para que cometiera algún error? ¿O simplemente era tan grosera, tan egoísta y estaba tan retirada de la sociedad educada como la mayor parte de los miembros del Sabbath, que ni siquiera se esforzaba en

parecer civilizada?

Margaret, líder de un grupo de feroces Cainitas, que respondía directamente ante Sascha Vykos, se encogió de hombros.

–No has venido para que te adule.

–No, claro que no, pero desde luego que mostrar algo de decoro sería apropiado.

–De acuerdo. Estás deslumbrante. Si no estuviese ya muerta, me moriría por echarte un polvo.

–Qué dulce. Sin embargo, si no estuvieses muerta no te daría ni la hora, especialmente vestida como vas. Y ahora, ¿quieres seguir intercambiando agudezas o esta extraña invitación tiene algún propósito en concreto?

Isabel se miró en el espejo del vestíbulo del refugio de Margaret. La muy bruja, tenía razón... parecía cansada. Inconscientemente, Isabel suspiró. Los acontecimientos de los últimos meses habían hecho mella en ella, y no tenía intención de dejar que esa negociación se estropeará, como había pasado con la que Chas había echado a perder accidentalmente con el esbirro de Pieterzoon. Con un poco de suerte, Isabel esperaba descubrir que Gauthier había sido expulsado sin más ceremonias del séquito de Pieterzoon, después de su pésima actuación. Aún así, a pesar del hecho de que no tenía intención de forjar ningún tipo de alianza ni con el Sabbat ni con la Camarilla, seguía haciendo lo que podía para que ambos grupos continuaran albergando esperanzas. Si cualquiera de los dos percibía a los Giovanni como una amenaza, podían posponer su lucha contra la otra secta y volver su atención hacia los nigromantes.

–No te va a gustar ese propósito, te lo garantizo. Pero nunca he sido de las que prefieren suavizar el golpe, así que no voy a marearte con consideraciones inútiles. –El estilo diplomático de Margaret era muy diferente al de Gauthier.

De nuevo, Isabel permaneció inmóvil.

–Entonces, ¿para qué molestarse siquiera con la pretensión de una propuesta? Sé perfectamente de qué va todo esto. Es sobre ese asunto del Sabbat y la Camarilla, colocados uno a cada lado de Boston y reivindicando sus derechos sobre la ciudad.

–Chica lista.

–Bueno, no hace falta ser un genio. Pero te estás olvidando de algo.

–¿De qué?

–No todas las ciudades *necesitan* estar dominadas por el Sabbat o por la Camarilla.

–Isabel, me parece que estás siendo un poco ingenua, ¿no? Sabes que esto es una guerra, y si la ciudad no está con nosotros, entonces está contra nosotros.

–¿Y qué significa eso? Te lo voy a decir claramente, los Giovanni no estamos interesados en forjar ningún tipo de alianza con el Sabbat. No, espera; tampoco nos interesa aliarnos con la Camarilla.

–Sí, me he enterado de cómo fueron tus conversaciones con el enviado de Pieterzoon. Y, a propósito, de hecho los Giovanni ya han establecido relaciones con el Sabbat en el pasado, si bien es cierto que sólo de modo individual.

–¿Te refieres a Genevra? Está muerta, lo sabes.

–¿No lo estamos todos?

–No es eso lo que quería decir.

–Yo tampoco –Margaret sonrió siniestramente–. Antes o después, incluso los más ancianos tienen que caer. Genevra no es la única nigromante que ha negociado con el Sabbat.

–Vale, pero es la única nigromante de Boston que ha tenido tratos con el Sabbat. Sé que Francis Giovanni solía vender armas a Max Lowell, pero eso era un acuerdo comercial, no una alianza filosófica arbitraria en vuestra guerra religiosa.

–¡Qué tono tan suficiente! Sabes perfectamente que podríamos centrarnos en los Giovanni y volver nuestra atención hacia la Camarilla más adelante, ¿verdad, Isabel?

–Sé que podríais, pero no lo haréis. La misma noche en que hagáis de la enemistad con los Giovanni una prioridad, la Camarilla aparecerá en Boston, salidos de quién sabe dónde. *Puede*, con énfasis en la posibilidad, que derrotarais de forma aplastante a los Giovanni de Boston, pero haciéndolo os costaría el doble de esfuerzo infestarla por completo.

–¿Infestarla?

–Sí, como las alimañas. Tú y yo sabemos que haríais mejor en

usar vuestros recursos para hacer frente a la Camarilla o bien, más sensatamente (aunque sé que la sensatez es algo de lo que carecéis los fanáticos), para coger lo que queráis de Boston y dejar de preocuparos de una vez de la imprecisa afiliación sectaria de la ciudad que, de todas formas, es imposible de cuantificar. Al menos, los Giovanni lo vemos así. Sabemos que tenéis gente en Boston, y que la Camarilla también. Y no nos afecta en absoluto. Sin embargo, el hecho de tener Vástagos... disculpa, Cainitas peleándose en las calles, no es bueno para ninguno de nosotros. –Isabel tomó asiento en lo que supuso que era una silla de cuero y cruzó las manos sobre su regazo.

Margaret la imitó.

–Moderación no es lo mismo que diplomacia, Isabel. Pero creo que deberíamos tomar un refrigerio antes de continuar. ¡Jonathan!

De entre las sombras de la habitación salió un delgado y pálido joven de unos veinte años. No llevaba nada de ropa, y toda evidencia externa de su sexo había sido borrada... no poseía falo, ni vello púbico, y la única razón por la que Isabel supuso que era un hombre fue por su tono muscular. Tampoco tenía pelo en la cara ni en la cabeza. Pero lo más inquietante de todo era que Margaret había eliminado todo rastro de la boca y la nariz de Jonathan; sus tristes ojos miraban a su alrededor, desde la máscara de porcelana sin rasgos que era su rostro.

Isabel intentó contener su repulsión... de todas las cosas que había hecho en su vida y en su no vida, cosas que otros podían no aprobar, al menos podía decir que eran básicamente de naturaleza humana. Lo que algunos habrían considerado perversiones sexuales, actos de brutalidad o incluso depravada indiferencia, tenía su origen en la humanidad del autor o, más a menudo, en la mortalidad de sus víctimas. Con los miembros del Sabbat, como Margaret, era frecuente que el salvajismo no tuviera nada que ver con la humanidad. Jonathan, por ejemplo, había sido remodelado a imagen de una especie de ideal andrógino que Margaret, en algún momento, había encontrado estéticamente agradable. O quizá sentía tan poca compasión, tan poca empatía con el ganado, que Jonathan existía para satisfacer las necesidades de ella y negar las suyas propias. Sin

embargo, si era un ghoul, necesitaría alimentarse de la sangre de Margaret de alguna manera. Si no lo era, aún así tendría que comer. Puede que fuese alguna clase de "representación" Tzimisce, que Margaret moldeaba una y otra vez según sus necesidades, sólo para revertirlo a su estado actual después. Isabel decidió dejar de lado aquellos pensamientos; con alguien como Margaret, tan alejada de lo que se consideran razonamientos normales, no había manera de saberlo.

–Oh, no seas tan remilgada, Isabel. He sellado su boca para hacerte un favor, para que no tengas que oír sus gritos cuando te bebas su sangre. Sé cuan agonizante resulta el Beso Giovanni para sus víctimas. Debo confesar también que estoy muy interesada en presenciar tu particular modo de alimentarte. Supongo que no te importará, Jonathan, que mi amiga Isabel te arranque la cabeza.

–No me digas que te crees toda esa mierda, Margaret. ¿Qué sólo bebo sangre de cabezas cortadas? Si eso fuera verdad, ¿no me habría hundido hasta llegar a tu nivel de depravación hace mucho tiempo? Después de todo, si tuviéramos que creer todo lo que oímos, yo misma debería pensar que tu Sabbat practica un salvaje y destructivo Satanismo. Y el simple hecho de que esté aquí, discutiendo contigo vuestros planes sobre Boston, prueba que a veces los rumores son infundados, ¿no te parece? ¿Negociaría yo con gente así?

–Me decepcionas, Isabel. Pero sea como sea, adelante. Estaba deseosa de presenciar un espectáculo de locura o exceso, y en su lugar me dices que he dado demasiado crédito a una leyenda urbana.

Isabel aprovechó la oportunidad para alimentarse. Jonathan se dobló bajo ella, cayendo de rodillas mientras Isabel tomaba la sangre de su garganta. Mientras bebía, Isabel oyó un aflautado gemido puntuado por incomprensibles chasquidos. Miró hacia abajo, perdida en la excitación producida por la vitae, para ver dos hendiduras que se abrían y se cerraban en las palmas de las manos de Jonathan. Aparentemente, Margaret no las había dotado de laringes, y el leve gemido era producido por el aire que inhalaban y exhalaban. Los chasquidos provenían de unos diminutos colmillos que rodeaban las hendiduras, rechinando y entrechocando mientras las manos-bocas se

retorcían. Asqueada, empujó al muchacho hacia atrás.

Margaret la miró y esbozó una sonrisa burlona.

–Bueno, el chico tiene que comer de alguna manera, ¿no? Ven aquí, Jonathan, mi pobre niño; recupera un poco de lo que nuestra sentenciosa santa Isabel te ha quitado. –Se abrió la camisa de seda, dejando a la vista un perfecto pecho de marfil, cuya carne había sido moldeada para eliminar el pezón. Jonathan alargó la mano y acarició la piel de su ama, atravesando la carne con mucho cuidado y, sin duda, bebiendo sabrosos tragos de su rica sangre.

–Deberías estar contenta, Isabel. Si le hubiera dado a Jonathan su comida primero, podía haber intentado crear un lazo de sangre.

–Ya he tenido suficiente. –Isabel dio por terminada la conversación. Se levantó, volvió al vestíbulo y cogió su chaqueta. Sin siquiera mirar a Margaret a la cara, le gritó: – Y estoy segura de que entenderás que no tenemos nada en común y que, por lo tanto, no obtendríamos ningún beneficio aliándonos. No seas tan estúpida como para pensar que podéis tomar Boston como se arranca una fruta madura de su árbol. Ninguno de los grupos de la Estirpe que se alzan en contra vuestro os lo permitirían.

–Ah, mi querida y simple Isabel. Tener o no permiso no es parte del problema. En una semana, Búfalo caerá ante nosotros. Hartford será nuestro antes de que termine el año. Una partida de arzobispos ha reunido ya a un grupo de Cainitas para conquistar tu querido Boston, por las buenas o por las malas. Sigue mi consejo, Isabel. Pagad el tributo o caeréis como el resto de la Costa Este.

Pero Isabel nunca oyó esto último, puesto que ya había abandonado el horrible refugio de Margaret y había tomado un taxi en dirección a la Estación Central.

Los rostros de Polonia y Borges tenían una expresión seria, que pronto dio paso a dos taimadas y avariciosas sonrisas. Polonia levantó una ceja y cerró los ojos, concentrándose.

A cientos de kilómetros de allí, una mujer mortal, animada como una marioneta por la formidable voluntad de Polonia, se levantó y alzó los brazos sobre la cabeza. A su alrededor, formando un círculo, se alzaba amenazante un grupo de voraces miembros del Sabbat, esperando aquella señal.

Polonia abandonó el control de su víctima, cuyo último pensamiento consciente fue "¿Qué estoy haciendo aquí?", antes de que los enloquecidos Cainitas se lanzaran sobre ella y la desollaran viva. Un inexpresivo vampiro puso su mano sobre la frente de cada uno de los aullantes Cainitas antes de que éstos se perdieran en la noche.

Como lobos rabiosos, descendieron sobre Boston.

...LUNES, 25 DE OCTUBRE DE 1999, 12:15 AM
LA LOGIA DEL MAUSOLEO, VENEZIA, ITALIA

–Mi Tío Martino le envía recuerdos.

Isabel Giovanni, en camisón, con una leve sonrisa adornando su bello rostro, estaba de pie en la puerta de su dormitorio, que había abierto para recibir a su invitado. El joven Kwei della Passaglia, "sobrino" de uno de los vampiros Giovanni más importantes de aquella familia, estaba ante ella. En sus manos, sostenía una pequeña cajita envuelta: un regalo.

–Bienvenido Kwei. Entra, por favor. ¿Puedo ofrecerte algo?

–Una prueba, pensó Isabel. Si Martino había convertido a su sobrino (¡prácticamente un niño!) en ghoul, puede que le pidiera un poco de vitae. Isabel se cerró el camisón y se puso un grueso chal sobre los

hombros.

Kwei dejó el regalo sobre el tocador y echó un vistazo a la habitación. Como algunas de las habitaciones de la logia que había visto, la de Isabel parecía más un alojamiento temporal o una habitación de invitados que un verdadero dormitorio. Isabel había colocado unos cuantos objetos personales, pero seguía sin parecer habitada. En el otro extremo de la habitación vio un carrito con una licorera.

–Tomaré un brandy, si no le importa. Esta noche hace más frío de lo habitual.

–Sírvelo tú mismo. ¿Y cómo está tu tío? –Isabel sonrió. Martino había formado parte de la Estirpe durante al menos dos siglos, probablemente más. A no ser que Kwei fuera un ghoul muy bien conservado, era mucho más probable que Martino fuera su tío abuelo en décimo grado, si es que de verdad eran familia.

–Bien, muy bien, gracias. Los beneficios proporcionados por la seda han sido pródigos esta temporada –el italiano de Kwei era obviamente más académico que coloquial–. Mi tío sabe que os encanta la seda, así que os envía este presente. Espero no haber estropeado la sorpresa. Perdone mi ignorancia, ¿es usted su hermana?

–Algo así. –Isabel se cepillaba al cabello mientras Kwei se servía un vaso de brandy. En realidad, Martino era un conocido de su señor. Mucho tiempo atrás, había entrado en la familia Giovanni gracias a un matrimonio, y poco después se había convertido en miembro del clan Giovanni. Isabel y él no se tenían mucho aprecio: ella lo consideraba un chulo obsesionado con el dinero, y él pensaba que ella simbolizaba todo lo malo del clan, desde el vicio a la indulgencia, y todo aquello situado entre medias.

–Es... complicado de explicar y de entender. La familia es muy antigua.

Kwei sonrió y tomó un trago de su copa.

–Pero por favor, Kwei, toma asiento –Isabel quitó un vestido del respaldo de una silla y lo colgó, para que su invitado pudiera sentarse y relajarse–. ¿Hay algo más que tu Tío Martino quiera que me comuniqués? He tenido noticias del desgraciado fallecimiento de su

padre. –Prácticamente podía oír los signos de interrogación de esto último. Si Kwei conocía en alguna medida los aspectos sobrenaturales de su familia, ésta sería la oportunidad ideal para demostrarlo con elegancia.

–Es una gran tragedia, gracias por sus condolencias –contestó Kwei. Probablemente ni siquiera es un ghoul, pensó Isabel–. Ése es uno de los peligros de la ocupación de mi tío. Muchos en el este querrían verlo caer.

–Sí, bueno, muchos en el oeste querrían verlo caer también. Tu tío es un hombre muy audaz, como seguro que ya sabes, Kwei.

Kwei alzó una ceja.

–¿Qué quiere decir con eso? –Formuló la pregunta de modo incorrecto, con énfasis en *eso* y no en *quiere decir*.

–Estoy segura de que sabes que las relaciones entre nosotros no son muy cordiales –respondió Isabel–. Imagino que te lo habré explicado antes del viaje.

–No, no lo hizo. Siento oír eso.

–No es culpa tuya. No te castigaré a no ser que me falte el respeto. Ahora déjame ver el regalo. –Isabel sonrió mordazmente.

Con una mirada nerviosa, Kwei alcanzó el paquete a Isabel. Era pesado. Isabel se preguntó si Martino estaba disgustado con Kwei, o si el chico había hecho algo para molestar a su "tío". El regalo le ayudaría a saber la verdad. Desde luego, el viaje en sí debía haber sido muy emocionante para el muchacho, que probablemente nunca antes había salido de Hong Kong. Sin embargo, Martino sabía que había algo pendiente entre Isabel y él. Años atrás, ella había enviado a uno de sus propios ghouls a entregar un regalo de boda a uno de los miembros de su familia mortal. Martino consideró que el regalo, enviado con un mensajero, significaba una falta de respeto... no sólo Isabel se había negado a entregarlo en persona, sino que había enviado un incensario lleno de un tipo de incienso al que la novia era terriblemente alérgica. La pobre muchacha había aspirado profundamente y al momento había caído en un coma reactivo. Martino había enviado de vuelta al avergonzado ghoul, sólo para ordenar que le cortaran la garganta horas después. Una escueta nota escrita de puño y letra de della Passaglia informó a Isabel de su

metedura de pata. De todos modos, a ella nunca le había caído bien él, y tampoco tenía pensado asistir a la boda. Aún así, aquel accidente parecía algo bastante poco profesional por parte de Isabel, o malicioso, dependiendo de por donde se mirara.

Reflexionando sobre aquello, Isabel abrió la caja. Dentro había un pesado objeto cuadrangular, envuelto en papel de seda. Colocada sobre el regalo, había una hoja de papel de arroz doblada. Isabel abrió la nota y leyó:

I. ~

AQUÍ ENCONTRARÁ ALGO QUE ESPERO QUE LE AYUDE EN SU ACTUAL MISIÓN. ESPERO QUE EL ACTO DE PASAR LAS PÁGINAS NO IRRITE SU DELICADA PIEL.

~ H.

Desenvolvió el regalo: un libro encuadernado en tapas de seda. Martino sabía que Isabel odiaba sus sedas. Las considerabas ordinarias y llenas de numerosos defectos, como a él. Esta era la revancha por el asunto del incienso... una sutil pero inequívoca referencia a los gustos de Isabel. En el mundo de la Estirpe, esas sutilezas poseían un gran peso; era así como la raza de los Cainitas compensaba su complicado equilibrio de poderes, como llevaban la cuenta de las numerosas etapas del juego de la Yihad. Desde su punto de vista, Martino había empatado el marcador asesinando al ghoul de Isabel hacía muchos años. Ahora que tenía la oportunidad, la había aprovechado para ponerse en cabeza, no sólo haciendo saber a Isabel que conocía sus gustos, sino obligándola a dejarlos a un lado para poder conseguir su ayuda.

Pero ella tenía sus propios recursos. Sin duda, el "regalo" de Martino estaba relacionado con el antiguo vampiro al que Isabel seguía la pista... quizá era una matriz geomántica que revelaba la localización de su cripta, o un ritual nigromántico oriental que podía contrarrestar alguna de sus poderosas habilidades.

Ése era el riesgo que corría Isabel. El diario que Marcia había encontrado señalaba una posible localización, al menos una localización *reciente*, de la criatura que buscaba. Devolviéndole a

Martino su regalo, impediría que consiguiera una pequeña victoria sobre ella. Aquella era la naturaleza del juego. ¿Podía permitirse rechazar esa información, sabiendo que posiblemente perdería así una ventaja? ¿O debería permitir que Martino se le adelantara en su guerra particular, una guerra que palidecía en comparación con los intereses que estaban en juego concernientes al asunto del regreso del viejo clan?

Pero, al fin y al cabo, la Estirpe está formada por criaturas orgullosas. Isabel había tomado la decisión en el mismo momento en que se le había presentado.

–Lástima, Kwei, pero me temo que el distanciamiento de tu tío de la logia le tiene bastante desconectado. Éste no es el libro que estaba buscando. No podría dejar que me lo regalara... pertenece a su biblioteca, donde estoy segura de que alguien podrá hacer mejor uso de él –le devolvió el libro con mucho cuidado, dejando claro que ni siquiera lo había abierto–. Por favor, devuélveselo y dile que aprecio su gesto, pero que no puedo permitir que sacrifique sus propios recursos de tal manera por mí.

Tras eso, acompañó a Kwei della Passaglia hasta el pasillo, le dio las buenas noches y le sonrió, cerrando luego la puerta del dormitorio.

Kwei, que no era idiota, tenía una ligera idea de lo que acababa de ocurrir. Muchas veces, había sido testigo de las bizantinas y decididamente occidentales nimiedades de estos dramas sociales representados ante él, relacionados con su tío o con algún otro europeo o americano con quien éste tenía negocios. Suspiró aliviado, sabiendo que mientras salía del dormitorio de Isabel, por un breve instante, su vida había corrido peligro. Con otro suspiro, se volvió y se dirigió a su propio cuarto de invitados, sabiendo que cuando regresara y le explicara la situación a su tío, su vida estaría en juego una vez más.

LUNES, 26 DE OCTUBRE DE 1999, 4:02 AM
LA LOGIA DEL MAUSOLEO, VENEZIA, ITALIA

–Esto no tiene ningún sentido. –Chas frunció el ceño y miró a los otros miembros de la Estirpe presentes en la sala.

–Un hecho desafortunado, pero para el que no puedo ofrecer una respuesta mejor. Así es simplemente como son las cosas, y no puedo darte mejores razones sin ahondar en los detalles concretos de nuestra magia espiritual, detalles que no estoy seguro que quieras conocer –respondió Ambrogino Giovanni–. Isabel lo entiende mucho mejor porque posee un sólido conocimiento de nuestra práctica de la nigromancia. Para ser sincero, tampoco debería importarte. Tú eres sólo músculos.

Chas no sabía si aquello era un insulto o una simple opinión. En ocasiones, aquellos viejos vampiros llevaban tanto tiempo alejados de la sociedad, que sus modales se habían atrofiado.

–No te preocupes, Chas. Así es como funciona –Isabel se reclinó en la silla restregándose los ojos, aparentando estar agradecida por la oportunidad de poder dar fin a lo que había sido una intensa conversación con Ambrogino–. Ya hemos hablado antes de los fantasmas, ¿te acuerdas? Bueno, según parece, una enorme onda expansiva de energía espiritual ha devastado su mundo. Piensa en ello como si se tratara de un huracán, atravesando una ciudad y destruyendo todo lo que toca. Tras la tormenta espiritual, los límites entre los mundos de los vivos y los muertos comenzaron a desvanecerse. En algunos lugares eran tan débiles que cualquier espíritu podía abrirse camino a través de ellos. En otros lugares, ni siquiera tenían que esforzarse... la tormenta había dejado enormes agujeros en el velo que separa ambos mundos.

Chas interrumpió, queriendo asegurarse de que lo había entendido.

–Vale, entonces, ¿eso qué significa? ¿Que hay fantasmas rondando por todas partes? ¿Vagando por el mundo? ¿Qué coño quiere decir eso? A no ser que tengamos algo que ver

específicamente con ellos, ¿por qué debería importarnos?

–Nos importa por sus consecuencias –añadió Ambrogino–. En principio, tienes que saber que la nigromancia es una ciencia, no un arte. Cuando se recurre a la magia de los muertos, casi siempre se obtienen resultados cuantificables. Si no ocurre lo que se deseaba, es porque algo ha fallado en la cadena de eventos requerida para ocasionarlo. Esto puede ser algo incontrollable, como una gran fuerza de voluntad por parte de un fantasma en concreto. O puede ser un paso formulaico que el nigromante haya omitido. Incluso puede tratarse de algo como un breve lapsus en su concentración, o la pronunciación incorrecta de una palabra. Sea como sea, alguno de los requerimientos no ha sido satisfecho.

–De acuerdo –dijo Chas, incrédulo, entrecerrando los ojos.

–Todo eso ya lo sabíamos. Sin embargo, en el caso de lo ocurrido tras la tormenta espiritual, algo *más* ha entrado a formar parte de la ecuación... algo imposible de cuantificar. Podría ser un miembro muy poderoso de la Estirpe, o un espíritu de increíble poder –continuó Ambrogino.

–O, como creen algunos dentro de la Estirpe –interrumpió Isabel–, podría ser la mano del mismo Dios.

Chas resopló.

–¿Dios? ¿Crees que Dios ha bajado del cielo y ha empezado a machacar vampiros y fantasmas aquí y allá? ¿No hubiera sido un poco más, no sé, obvio? ¿No hubiera lanzado simplemente sus rayos desde el cielo o hubiera hecho que el sol brillara día y noche?

Ambrogino se puso en pie, señalando a Chas con desprecio.

–No te atrevas a pretender que entiendes a Dios, mocoso. Ante Él, no eres más que una mota de polvo en la nube que rodea el mundo. Lo sabes bien: "*Los caminos del Señor son insondables*". El simple hecho de que no podamos, empíricamente, encontrar la causa de la tormenta o de sus resultados sugiere que es algo mucho más allá de nuestra capacidad de comprenderlo, no digamos ya de manejarlo. Algo más poderoso que nuestra magia o, de hecho, la magia de nadie que haya venido para ofrecer una razón menos mística.

Isabel intervino, intentando calmar la cólera de Ambrogino y

obligándolos a volver sobre el tema principal.

–Pero la situación con los fantasmas no es lo más preocupante, aunque nos cree los inconvenientes más inmediatos. He mencionado a Dios porque parece ser que la tormenta no fue obra suya. En realidad, parece haber tomado medidas para limpiar la basura dejada por ésta. Ahora, los agentes de Dios quieren recuperar la noche, quieren destruir a los fantasmas que se han abierto camino de vuelta desde la muerte. A veces la toman con los vampiros, a quienes también consideran monstruos que es necesario exterminar. Y con eso fue con lo que te topaste tras tu inexperto manejo de la negociación con la Camarilla en Boston.

Chas se ruborizó sin querer y sintió un momentáneo acceso de ira.

–La muerte de tu ayudante, Victor, también encaja con el *modus operandi* de estos nuevos cazadores. Uno de sus equipos se ha establecido en Las Vegas. Creemos que pensaban que *era* un vampiro... tú estabas durmiendo en el baño, para protegerte del sol, y ni siquiera se les ocurrió mirar allí. Como no estaban seguros de cuál era el mejor método para acabar con un "vampiro", probaron a envenenarle. Eso era el olor a almendras que recuerdas... no pongas esa cara de susto; sabes que puedo sentir tus pensamientos. Cianuro.

–Vale –Chas consiguió volver a la conversación–, ¿entonces cual es la relación entre esto y los otros dos asuntos que hemos estado investigando? ¿Qué tiene que ver con el "antiguo clan" o como se llame, y cómo encaja Benito en toda esta historia?

–Bueno, Chas, para serte sincera, Benito no parece encajar directamente en la crisis inmediata. Fue una coincidencia que su desaparición, hace cuatro meses, tuviera lugar en el mismo momento en que descubrimos lo que había pasado en el Inframundo. Pero estoy segura de que Benito *sabía* lo que estaba pasando, al menos tenía una idea, porque él mismo practica el arte negra... pero no es un personaje instrumental en este capítulo en particular del drama Giovanni –reconoció Isabel–. Soy la primera en admitir que no he dedicado toda mi atención a su desaparición, porque un Giovanni perdido no es tan importante para el bienestar de la familia como el regreso del clan que creíamos haber exterminado en el pasado.

–Lo que nos lleva a la segunda parte de tu pregunta: el antiguo clan –agregó Ambrogino–. Cuando los Giovanni reclamamos el derecho a ser un clan, tuvimos que asegurarnos de que nada amenazara nuestra petición. El miembro de la Estirpe de quien habíamos recibido el Abrazo se había convertido en un obstáculo, más que en nuestro benefactor. Así que hicimos todo lo que pudimos para destruir a su prole. Yo mismo cacé al que creíamos que era el último superviviente de aquel linaje en un castillo en el este de Europa, donde debatí sobre la ética del asunto con el legendario Drácula. Sin embargo, parece ser que nuestros esfuerzos no fueron suficientes. Subestimamos a nuestros progenitores... habían aprendido mucho de la nigromancia que les habíamos enseñado. Varios de los más poderosos chiquillos de Ashur consiguieron escapar al Inframundo, donde pudieron esconderse fácilmente de nosotros puesto que no se habían convertido en verdaderos fantasmas... no teníamos ningún poder sobre ellos mientras se ocultaran en las tierras de los muertos. No podíamos obligarles a acudir a nuestra llamada; no podíamos forzarles a que nos sirvieran, pues todavía pertenecían a la Estirpe, si bien atrapados en el mundo de los espíritus. Con el paso de los siglos, nos confiamos demasiado. No habíamos oído nada de ellos desde hacía mucho tiempo, así que asumimos que el Inframundo los había aplastado, ya que es un lugar inhóspito para cualquier miembro de la Estirpe que permanece allí por un periodo de tiempo prolongado. Pero estábamos equivocados. La verdad del asunto es que los miembros del antiguo clan que escaparon se hicieron fuertes en ese reino infernal. Practicaron su *nigromancia* sin el obstáculo que supone el límite entre los mundos. El velo que los había atrapado al otro lado del mundo de los espíritus ya no les separaba del lugar donde se habían originado sus poderes místicos. Aunque los Giovanni crearon la magia que se convirtió en la práctica de la nigromancia de la Estirpe, el viejo clan llegó a dominarla en los cientos de años que pasaron al otro lado del Sudario. Finalmente, cuando la tormenta espiritual rasgó el velo, el viejo clan aprovechó la oportunidad para irrumpir de nuevo en el reino de los vivos... este mundo. Ahora ya no quedan muchos de ellos. He calculado que su número ronda la veintena. Pero los miembros del viejo clan que consiguieron escapar son muy poderosos. El chiquillo

del miembro de la Estirpe que dio su Abrazo a Augustus Giovanni puede estar entre ellos. Sólo los más hábiles pudieron conseguir escapar al Inframundo en la época de la purga, y desde entonces se han hecho muchísimo más fuertes.

–Así que darles una patada en el culo está descartado –comentó Chas.

–Bueno, sí, hablando en plata –respondió Ambrogino–. Con criaturas de su edad y fuerza, la única esperanza que tenemos es conseguir engañarlos. Algo tan antiguo será también muy astuto, pero una confrontación física sería un suicidio. Debe existir algún recurso mágico... eso es lo que han estado buscando los principales nigromantes Giovanni.

–Um, ¿puedo hacer una pregunta? –se aventuró Chas.

–Por supuesto.

–Si no podemos vencer a esa cosa, y es mágicamente mucho más poderosa que nosotros, ¿por qué coño la está buscando Isabel? Sin ánimo de ofender, Isabel, eres muy buena en lo tuyo, pero no eres tan vieja como esas cosas y probablemente también son muchísimo mejores con la magia de los muertos. Me refiero a que no tengo que seguir en esto contigo, aunque haya decidido hacerlo en este momento, pero si lo único que voy a conseguir es que me maten me gustaría saberlo, para poder sopesar todas mis opciones, ¿me entiendes?

Isabel sonrió.

–Ah, Chas; siempre capaz de añadir un toque de frivolidad. Lo que está diciendo Ambrogino no son más que conjeturas. Nadie de nuestro clan ha visto realmente a una de estas criaturas y ha sobrevivido a ello. Incluso Martino, en Hong Kong, sólo vio un fugaz borrón, que podía haber sido cualquier cosa, antes del fallecimiento de su señor. Necesitamos verlo, saber que existe y averiguar todo lo que podamos. Si no me siente como una amenaza, podré volver e informar a todos sobre ello. La inteligencia es un recurso valioso.

–Pero si está matando Giovanni... –prosiguió Chas, incapaz de entender ese razonamiento.

–No a todos los Giovanni... el viejo clan parece haber empezado por aquellos que fueron personalmente responsables de la masacre,

continuando luego con sus descendientes –añadió Isabel.

–¿Entonces por qué ninguno de ellos ha ido a por ti, Ambrogino?

Ambrogino miró a Isabel, luego de nuevo a Chas.

–No estoy seguro. Mis propias habilidades son bastante poderosas, y quizá quieran eliminar a las amenazas menores antes de centrarse en una tan grande como yo.

–Aún así, no lo entiendo –dijo Chas, reflexionando en voz alta.

–Ni tú ni nadie, a excepción del viejo clan –reconoció Isabel–. Hasta que averigüemos qué es exactamente lo que quieren, lo único que podemos hacer es cubrirnos las espaldas.

–Y sé de alguien en la Estirpe que puede ayudaros –añadió Ambrogino.

**JUEVES, 28 DE OCTUBRE DE 1999, 1:17 AM
EL BARRIO FRANCÉS, NUEVA ORLEÁNS, LOUISIANA**

–Señoras y caballeros, es un gran orgullo para mí presentarles a... ¡Natasia!

El sordo pero impresionante estruendo provocado por las conversaciones de los asistentes a la fiesta se transformó por un momento en una ovación, antes de convertirse de nuevo en un monótono barullo. La mayoría de los congregados allí ni siquiera conocían a Natasia, pero habían acudido a la ruinoso casa desde la calle principal porque la fiesta se había celebrando durante la mayor parte del día. La abandonada mansión estaba llena hasta los topes de invitados. Habían acudido gentes de toda clase, porque todos habían oído que Jake Almerson iba a adoptar a una chiquilla o algo así, y bueno, por qué no ayudar al tal Jake a celebrarlo. Por supuesto, algunos sí conocían a Jake... sabían que realmente la fiesta era en

honor de su "chiquilla", pero para ellos la palabra tenía un significado muy diferente al que la mayoría de los invitados interpretaba.

De hecho, Jake Almerson había preparado un fiestón para conmemorar el primer aniversario del Abrazo de su chiquilla a la Estirpe. El señor de Natasia, un Brujah, había corrido la voz de la gran fiesta que se iba a celebrar por entre todos los juerguistas de la ciudad... incluso en aquel mismo momento, algunos de los contactos de Jake merodeaban por la Calle Bourbon, dirigiendo a los borrachos, turistas y locales, hacia la épica orgía que estaba teniendo lugar sólo unas cuantas manzanas más abajo.

Seis horas antes, habían llegado dos coches patrulla de la policía. Una pareja de agentes se había acercado a la casa, moviendo la cabeza con desaprobación y sonriéndose. Tras intentar en vano encontrar a alguien, cualquiera, relacionado con la organización de la fiesta, se rindieron. Era mejor dejar que los vecinos protestaran un poco por el ruido y que la fiesta se fuera apagando por sí misma, antes que convertir aquello en un disturbio policial. Además, ya había preparadas unas cuantas ambulancias, listas para llevarse a los invitados que no fueran capaces de andar por su propio pie. La presencia de uno de esos vehículos solía ser suficiente para bajar el nivel de exceso unos cuantos grados. Encogiéndose de hombros, los policías regresaron a sus coches y siguieron su camino.

En el piso de arriba alguien había caído, atravesando el suelo de lo que solía ser una pequeña biblioteca, pero estaba bien, porque un par de adolescentes que estaban metiéndose mano en el rudimentariamente reconvertido lavadero habían amortiguado su caída. El váter estaba colocado, como si de un trono se tratara, en mitad de la sala de estar, y estaba ocupado en aquel momento por el "Rey Baco", un Ángel del Infierno borracho y de origen desconocido. Una pequeña pelea había tenido lugar, pero el ganador había derrotado a su contrincante estampándole la cabeza contra una ventana y restregándole los cristales rotos por la frente. Pero en general, la fiesta era tan solo eso: una celebración.

Chas escoltó a Isabel por el concurrido camino, pasando por encima del cuerpo inconsciente de un jugador de béisbol de la Universidad de Texas.

–Bonito sitio, pero no creí que esta fuera la clase de gente que te gusta –dijo Chas, sonriendo con suficiencia.

–Conozco a Jake desde hace mucho tiempo –respondió Isabel sin convicción–. Todo el mundo tiene un hobby. El suyo es organizar fiestas.

–Dijiste que no era precisamente la persona más amistosa del mundo.

–Echa un vistazo a tu alrededor. ¿Crees que lo necesita?

Al entrar en la casa, vieron a un pequeño grupo de gente que corría de acá para allá en un rincón. Chas agarró a un aturdido muchacho que pasaba por allí.

–¿Qué cojones ha pasado aquí?

El chico, con los ojos enrojecidos, le miró fijamente.

–Han apagado el maldito fuego. Es el cumpleaños de Natasia. Eh, ¿sabes quién es Natasia?

–No –Chas dejó ir al pobre muchacho–. Fuego, ¿eh? ¡Parece una fiesta cojonuda!

Isabel no hizo ningún comentario, sino que cogió a Chas de la mano y comenzó el arduo proceso de subir las escaleras, para lo que tuvo que apartar del camino al menos a una veintena de personas.

El olor a marihuana flotaba en el aire del recibidor del piso superior, al igual que el aroma, menos fuerte pero mucho más poderoso químicamente, del humo de la cocaína. Ambos se mezclaban con la peste a sudor mortal y a descomposición, sazonados por un ligero toque de vómito.

Isabel siguió adelante, pero Chas se soltó de su mano. Hacía rato que la muchedumbre había empezado a ponerle nervioso. Una cosa era organizar una fiesta y otra muy distinta reunir a todo un circo de monstruitos como aquél. Chas respiró profunda e innecesariamente, irguiéndose y buscando la menor excusa para estamparle un puñetazo en la cara a uno de aquellos borrachos. Para su sorpresa, la multitud parecía evitarlo, apartándose de él cuando pasaba, casi como si sintieran su hostilidad a un nivel subconsciente; y, también subconscientemente, se alejaban de él.

Algunas manos le rozaban, los intentos de acercamiento de mujeres demasiado borrachas para sentir su tangible amenaza,

buscando una rápida relación amorosa con... bueno, con cualquiera, pero Chas las ignoraba. Si iba a meterse en una pelea, no sería con alguna puta borracha a la que pudiera partir en dos de una bofetada. Aunque puede que alguna de aquellas furcias tuviera un novio que quisiera presentarse voluntario para un arreglo dental gratuito...

Al ver a Isabel esperándole en el pasillo se despertó de aquella violenta fantasía. Ella cerró una puerta, se giró y lo vio; luego abrió la puerta situada delante y le hizo señas para que se acercara.

–¿Quieres una puta copa, colega? –El chico con el que Chas había hablado abajo acababa de subir las escaleras y se había parado delante de la primera cara conocida que había encontrado—. No tienes ni que volver abajo. Creo que hay algo de bebida en la... fijo que hay cervezas en la bañera.

–No, gracias –Chas refrenó el impulso de darle a aquel imbécil una buena hostia. Isabel le estaba haciendo señas, lo que probablemente significaba que había encontrado a Jake y que por fin podrían salir de aquel puto sitio.

–No... no me gusta la cerveza.

–Tú mismo, amigo. ¿Estás buscando algo más fuerte? Hay un tío por aquí que tiene pastillas, algunas...

–No, tío, sólo he venido a ver a mi... –Chas dejó atrás a su nuevo conocido y la conversación quedó a medias. De todos modos, no hubiera sabido cómo terminar la frase.

Se reunió con Isabel, que meneó la cabeza con fingida desaprobación y abrió la puerta.

–Maldita sea, la puta puerta está cerrada por una razón –bramó una voz en la oscuridad de la habitación, una sólida voz de barítono, cuyo tono sugería que su propietario ya había sido interrumpido con anterioridad. Un fuerte olor a almizcle flotaba en el aire.

–Siento interrumpir, Jake, pero es importante que hablemos.

Casi una docena de cuerpos acostados poblaban la habitación. Algunos yacían desparramados sobre los brazos de sillas rotas; otros estaban en el suelo o en el desvencijado sofá apoyado contra la pared. Las ventanas de la sala estaban bloqueadas, forradas con cinta aislante y láminas coloreadas de cartón corrugado. Ni un solo rayo de luz de la calle entraba en la habitación; sólo la pálida luz de una vela

iluminaba el lugar. El aire estaba lleno de una espesa neblina.

–¿Quién coño eres? –Una de las formas, la más oscura, se movió como una sombra, convirtiéndose en un hombre sólido–. Oh, joder. Debería haberme imaginado que eras tú.

–Qué lenguaje más ordinario –Isabel se dio cuenta de que todos los otros ocupantes de la habitación eran mujeres–. ¿Qué es esta vez? No huele a drogas. ¿Están borrachas?

–Están jodidas por el ajenjo. Lo he hecho yo mismo.

–¿Es ésta tu idea de una broma?

–Oye Isabel, guapa, esto es Nueva Orleans. Es lo que haría Lestat –dijo Jake, sonriendo. Isabel vio que tenía los ojos inyectados en sangre; deseó que aún fuera lo suficientemente razonable como para ayudarla.

–Eso es encantador, Jake. ¿Alguna de ellas está muerta? No quiero que nadie me recuerde estando aquí cuando la policía descubra una habitación llena de fulanas muertas.

–No son fulanas. Son Zetas de la Universidad Estatal de Georgia, creo. O quizá de la de Sam Houston. No me acuerdo. ¿A quién coño le importa?

–Esa no es la cuestión. Te he preguntado que si están muertas.

–Ésta lo está –interrumpió Chas, levantando a una de las chicas más menudas, que quedó colgando de su brazo como una muñeca rota.

–No están muertas. Al menos no lo creo. Creo que sólo está un poco fría. El ajenjo es muy malo, tío. No te fíes. No bebas esa puta mierda –rió Jake–. Por cierto, ¿habéis conocido a Natasia? Está por aquí, en alguna parte. Mi orgullo y mi alegría, mi pequeña... una chiquilla mía.

–¿También era una Zeta? –preguntó Isabel recatadamente, lo que sonó aún más grotesco, ya que a la vez empujaba a una de las chicas a un lado para hacerse un sitio en el destrozado sofá. Chas caminó hacia la puerta, apoyando su espalda contra ésta.

–No, mierda, Isabel. Creo que era una... era una especie de azafata o algo así. No, espera, era... joder, no me acuerdo. Pero ahora es mía. ¿Qué pasa, hijo de puta? –dijo, volviéndose hacia Chas–, ¿es que crees que alguien va a intentar largarse a alguna parte?

Chas miró de arriba abajo a Jake, que estaba tumbado de lado en el suelo, usando a una de las chicas como almohada, apoyando la cabeza en el estómago descubierto de la muchacha.

–No, me preocupa que alguien más intente entrar. Puedo ocuparme de ti sin problemas, pero no quiero tener que matar a nadie sin un buen motivo.

–Joder, Isabel, ¿para qué narices te has traído a este capullo hijo de puta contigo? ¿Es tu nuevo juguete?

–Está aquí para cuidar de mí, Jake. Me está ayudando con algo. Pero también necesito tu ayuda.

–A la mierda. Ahora no puedo irme. Soy el puto anfitrión de esta pequeña reunión de los cojones. Y de todos modos, no me gusta tu chico. No íbamos a llevarnos bien.

Chas se rió.

–¿No crees que me basto y me sobro para liquidar a un negrata colocado como tú? Pues veámoslo, ¿eh? ¿Qué es lo que decís los negros? A que te parto el morro, hermano.

Jake se giró hacia Isabel.

–Vaya, menuda joyita que te ha tocado, cariño.

–Chas, ¿puedes por favor tranquilizarte un poco? –Isabel miró a Chas, moviendo la cabeza y alzando la mano, esperando a que le hiciera caso y dejase las cosas como estaban.

–Vale, entonces date prisa, Isabel. Haz cantar a este mono de mierda y vámonos de una vez. –Chas cruzó los brazos sobre el pecho.

Jake soltó una carcajada y levantó una mano para restregarse los ojos.

–¿Qué es lo que quieres, Isabel? ¿Qué es lo que tú y el amigo Robert de Niro queréis? Déjame volver con mi harén, ¿vale?

–Necesitamos encontrar a Oliver Prudhomme –dijo Chas. No tenía sentido dejar que Isabel prolongara aquello aún más.

–¿Prudhomme? Ese hijo de puta no está en sus cabales. No puede tener nada que vosotros queráis.

De hecho, Ambrogino ya había advertido a Isabel del precario estado mental de Prudhomme. Aparentemente, el peso de ser un miembro de la Estirpe era demasiado para él. Aún así, Ambrogino era

mejor nigromante que Isabel, y la información que le proporcionaba nunca la había decepcionado. Si Ambrogino decía que Prudhomme era vital, nada de lo que Jake dijera podía convencerla de lo contrario.

–Deja que nosotros decidamos eso, Jake –respondió Isabel.

–Bueno, a la mierda, de todos modos no sé dónde está ese cabrón.

–Oh, vamos, Jake, eso no puede ser cierto. ¿Me estás diciendo que hay algo que el supuesto príncipe de Nueva Orleans no sabe?

–Que te jodan, Isabel. Yo no pedí ser el príncipe. Y que te jodan a ti también, zorra. –Jake hizo un gesto despectivo con la mano, señalando a Chas.

–Entonces *no* lo sabes. Eres un inútil. –Isabel puso las manos sobre los cojines situados a su lado, como para ayudarse a levantarse.

–¿Un inútil? Yo no soy el hijo de puta que va a una fiesta y hace sudar la gota gorda a un hermano que sólo está tratando de pasar un buen rato. Quieres encontrar a Oliver Prudhomme, pues busca en los contenedores de escombros que hay detrás de Emmeril's o en el aparcamiento del Hotel Intercontinental. Ha tenido unos cuantos problemas.

–Eso no está bien, Jake, y lo sabes. Supongo que en algún momento tendrás que devolverme el favor que me debes, pero claro, cuando seas capaz de cumplir tu palabra. Estoy segura de que los Vástagos de Nueva Orleans serán capaces de dormir sin problemas durante el día sabiendo que Jake Almerson no puede encontrarlos. Incluso puede que lo encuentren gracioso.

–Oh, ¿así que así están las cosas? Muy bien –dijo Jake, poniéndose boca arriba–. Sólo quiero oírtelo decir. Esto nos deja en paz, ¿no? Quiero decir, odiaría que pensaras que el viejo Jake es incapaz de mantener su palabra.

Isabel asintió con la cabeza.

–Eso es, Jake. Estamos en paz.

–Bueno, eso es lo que este hermano quería oír. Tu querido Oliver Prudhomme está viviendo en un viejo colegio situado a unos veinte minutos de aquí por la autopista. Es uno de esos antiguos pueblos, abandonado desde hace un tiempo. Lo sabrás cuando llegues.

–Gracias, Jake; has sido un anfitrión muy cortés.

–Oh, el placer ha sido mío. No te olvides de venir a verme alguna vez. Incluso puedes traerte a tu amiguito si quieres.

–Que te jodan, capullo.

–Y ahora, adiós. –Jake los despidió, ayudándose para ello de la mano de la chica que estaba bajo él.

Isabel y Chas se abrieron paso entre la variopinta multitud que se agolpaba en lo alto de la escalera, deteniéndose sólo para apartar a un marinero que intentaba meter una gran cantidad de hierba en una pipa hecha con una manzana.

–¿Queréis una calada de la manzana?

–No, muchas gracias –dijo Chas, apartando al marinero.

Cuando salieron al jardín, vieron un par de coches patrulla de la policía que se detenían en la puerta de la verja.

–Menudo escándalo, ¿eh? –les dijo uno de los policías mientras salía del vehículo y colocaba la porra y la linterna en sus fundas, a ambos lados del cinturón. Como para recalcar la pregunta, algo que se estaba quemando cayó por un agujero en lo que debía haber sido el ático de la casa, y un borracho apoyado en la verja comenzó a vomitar.

–Sí, todo un circo –respondió Chas con brusquedad–. Oh, sí, oficial; una cosa más. No hay ningún tipo de droga en la habitación situada a la izquierda del pasillo en el piso de arriba.

Isabel dio un manotazo a Chas y le lanzó una mirada que el policía y su compañero pudieron ver.

–Mm-hmm. Que tengan ustedes una buena tarde –contestó el oficial, comprobando su pistola y el spray aturdidor.

–Oh, gracias señor. Ustedes también. –Tras eso, Chas condujo el Audi hacia la carretera y a través de la oscuridad que se extendía desde los límites de la ciudad.

VIERNES, 29 DE OCTUBRE DE 1999, 2:02 AM
ESCUELA PONCHARTRAIN, LAGO BLANCO, LOUISIANA

Chas aparcó el Audi junto a la cuneta, donde una decrepita escalera comenzaba su ascensión, recorriendo una distancia de unos seis metros. En lo alto de la escalera se levantaba una escuela abandonada. Como el gobierno local funcionaba de un modo diferente en Luisiana (el estado no estaba dividido en condados, sino en diócesis controladas por la Iglesia), la escuela simplemente había caído en desuso después de que la comunidad que la rodeaba hubiera sido tragada por el pantano, unos sesenta años atrás. El pueblo se había desvanecido, dejando tras él tan solo unos pocos legados de su existencia, que para aquel momento yacían ya bajo capas y capas de parras y depósitos de calcio. Los seis edificios que aún permanecían en pie estaban cubiertos de moho y putrefacción a causa de la lluvia. Toda la zona parecía enferma, como un montón de huesos terrosos que, muy despacio e inevitablemente, se desmoronaban en el suelo sobre el que habían sido colocados. Hasta la carretera estaba llena de maleza, pues la suciedad de su superficie proporcionaba un rico abono para que la maliciosa vegetación echara raíces. Las ruedas del coche habían resbalado unas cuantas veces, en cuanto Chas había conducido el Audi demasiado deprisa por una curva no muy pronunciada.

No ayudaba mucho el hecho de que los árboles hubieran crecido formando una bóveda antinatural, ocultando la mayor parte de la luz de la luna y proyectando sombras esqueléticas donde la iluminación conseguía abrirse camino entre la telaraña de ramas. Incluso el aire estaba quieto, muerto. Pesado y húmedo, como las tranquilas aguas del propio pantano, bajo cuya superficie se deslizaban sin esfuerzo y a través de la oscuridad innumerables horrores.

—¿Cómo coño se supone que va a encontrar alguien este lugar, aquí, en el puto medio de ninguna parte? —se preguntó Chas en voz alta.

—Creo que esa es la idea —respondió Isabel. Cogió la cartera que llevaba, que contenía el manuscrito que Marcia Gibbert le había entregado.

Subieron la escalera, avanzando torpemente en la oscuridad, pero consiguieron llegar hasta arriba sanos y salvos. La pequeña linterna eléctrica de Chas no ayudaba mucho a iluminar los alrededores. Su haz de luz parecía desvanecerse en la oscuridad sólo unos pocos metros delante de ellos, y desapareció por completo en el momento en que llegaron a la puerta principal del edificio.

Isabel oyó un jadeante silbido mientras se aproximaba a la entrada.

–¿Oyes eso, Chas?

–Lo siento. He sido yo –contestó Chas, e Isabel pudo sentir la sonrisa que se dibujaba en su cara por el tono de su voz.

–¿Es que te parece gracioso? –Lo miró tan fijamente como pudo; el color marfil de sus dientes y sus ojos hundidos hacían que su cara semejava una aparición demoníaca flotando ante ella en la oscuridad.

–No tanto gracioso como raro –dijo él–. He hecho esta clase de cosas un millón de veces, pero nunca en este tipo de situación, ¿sabes? He hecho todo lo que Frankie Gee me ha ordenado, he visto mierdas muy raras y he conocido a gente que tenía sus refugios en sitios muy jodidos. He hablado con Nosferatu que habían hecho sus nidos bajo el puto Hotel Chelsea. He visto a miembros de la Estirpe en los sótanos de San Marcos y he pasado el día escondido en los túneles de acceso del metro de Nueva York. Pero nada de aquello es como esto... toda esa mierda estaba pavimentada. Sin árboles. Sin otra cosa que cemento. Hasta Central Park parece, no sé cómo decirlo, *fabricado* en lugar de natural. Pero esta mierda... nunca pensé que fuera a encontrarme en un sitio así. Ni siquiera me importa que no estemos en una ciudad. Lo que me incomoda es que no está bajo control. Básicamente, es sólo una mierda de sitio que algún vampiro encontró y en el que decidió quedarse. Como si el resto del mundo no lo quisiera. Como si el resto de la Estirpe no supiera qué hacer con él, y le hubieran obligado a largarse a otro sitio.

–¿Pero no es eso lo que pasa siempre? –preguntó Isabel, cada vez más inquieta porque algo estuviera perturbando a Chas de aquel modo. Durante meses, ella había observado desapasionadamente su declive; no era su misión encaminarlo hacía algún fin moral. Quizá era

consecuencia de que se estaba convirtiendo en más Bestia que hombre... quizá cada vez se encontraba más en armonía con los estímulos que los animales parecen sentir, a los que hombres y mujeres son ajenos.

»¿No tenemos que ir siempre donde podemos? Tengo la impresión de que nuestro amigo está algo más que un poquito ido, y que esto es todo lo que puede acercarse al resto del mundo sin sentirse completamente superado por lo que es. Vamos, Chas; sabes que somos depredadores. Sabes que sólo podemos permanecer entre las ovejas por un tiempo determinado. Es probable que este pobre no pudiera aguantar ni un instante.

–No pretendo saber qué coño es, Isabel. Es sólo que parece... muerto.

Isabel abrió la puerta, Chas la sostuvo y empujó a su compañera hacia el interior. *Realmente se ha convertido en un animal*, pensó Isabel para sí. *Ni siquiera es que sea poco caballeroso... es sólo que presiente que hay algo horrible dentro y sus instintos le dicen que me haga ir a mí delante.* Instintivamente, usó sus habilidades ocultas para poder ver a través del velo que separa los mundos. Por supuesto, la escuela parecía mucho más espectral en el mundo de los muertos. Finas capas de telaraña flotaban en la enfermiza brisa fantasmal y docenas de diminutas huellas de manos negras manchaban las paredes. Todas las ventanas del fantasmagórico recibidor estaban rotas, y a través de ellas podían verse oficinas vacías llenas de papeles desparramados y clases en las que espectrales chaquetas colgaban de las perchas de las paredes.

Una débil melodía resonaba por los pasillos vacíos. Chas e Isabel se miraron en silencio y avanzaron hacia ella. Al doblar una esquina, la música empezó a oírse más y ambos vieron una parpadeante luz naranja que salía de una de las clases. No debía de tener ventanas que dieran a la fachada principal; de otro modo, hubieran visto incluso la más débil luz desde el exterior.

Mientras se aproximaban, pudieron escuchar una voz entre los acordes de la música, que también se había hecho más clara. Aquella lúgubre canción era de Hank Williams, las notas de su solitaria guitarra viajaban a través del aire quieto y parecían estar sonando a un millón

de kilómetros de allí. Por encima de la canción, una voz recitaba la lección.

—¿Y qué podemos hacer cuando somos incapaces de encontrar la esperanza en nuestro interior, niños? ¿Qué hacemos cuando parece que el mundo estaría mejor sin nosotros? No debemos rendirnos y perder nuestra esperanza... el Señor dice que la desesperación es pecado, pues niega la fe que Él quiere que tengamos en Él. Confiad en el Señor; Él es nuestro pastor y nuestra salvación. Eso es lo que debemos hacer, niños. Debemos pedir a Dios su ayuda. Debemos rezar. Él nos ama, y sólo nos pide lo que cada uno podamos darle. Recordad que su hijo, Jesús, murió por todos nosotros... tomó todos nuestros pecados e hizo posible que Dios nos perdonara. El amor de Dios es infinito; el amor de Dios es incondicional. Pero debemos permitirle que nos lo entregue. Él no quiere que lo aceptemos en contra de nuestra voluntad... Dios nos permite elegir. Vosotros, niños, lo sabéis mejor que yo. Vosotros estáis con Dios. Vosotros *lo sabéis*. Yo aún estoy aquí... aún no sé lo que vosotros sabéis, y todo lo que tengo es mi fe. Él ha oído vuestras oraciones y me ha enviado para ayudaros a reuniros con Él, ¿verdad? No soy un hombre cruel. Aunque los padres de algunos de vosotros dirían que soy una herramienta del Diablo, o que soy el mismo Diablo, vosotros sabéis la verdad. Sabéis que Dios tiene sus propios designios y que yo le sirvo a Él, no a la voluntad del Diablo. ¿Podría decirse que la herramienta del Diablo tiene a Dios en el corazón? ¿Cómo es posible pensar que un hombre como yo, que pone su fe y su destino en las manos de Dios, lleve a cabo la obra del Diablo? ¿Me estoy engañando a mí mismo, niños? No lo creo. Rezo. He hablado con Dios y Él me ha hecho saber que incluso alguien tan apartado de Él como yo, no está fuera de los límites de su amor. Rezad, niños. Rezad para ver otro amanecer. Rezad para que toda la creación de Dios os sea mostrada. Rezad para que Dios os enseñe cómo evitar las mandíbulas del Infierno... el Infierno es este mundo, niños, y yo os he salvado de él. Yo estoy en el Infierno, y os he enviado hacia los aleros de la casa del Señor Dios. ¡Escuchad, niños! ¡No me odiéis! ¡Os he dado el regalo más grande de todos! ¡Os he dado el cielo! Si tuvierais que haberlo hecho por vosotros mismos, aún residiríais aquí, o en un

círculo más bajo. ¡Niños! ¡Contestadme! Decidme que no me odiáis. ¡Decidme que sólo sentís el amor del Señor! ¡Dios! Dios, te he devuelto a estos niños. ¡Los he devuelto a tu mesa! Ellos han muerto donde sus nombres no importan. He cortado la fina cadena de plata que los ataba a este Infierno. ¡Son tuyos de nuevo! ¿Dios? ¿Niños?

Isabel golpeó el marco de la puerta con los nudillos.

–¿Señor Prudhomme?

El hombre no pareció asustarse. Semejaba tener unos cincuenta años mortales, bajito y fuerte, de pelo canoso y con la barba y el bigote muy cuidados. Llevaba pantalones plisados, una camisa blanca y un jersey de punto, todo ello curiosamente limpio de la inmundicia vegetal que cubría el desolado pueblo del pantano.

–¿Sí? Disculpadme, niños; tengo una invitada. Es la señorita Isabel de la oficina del Padre Superior. Saludad a la señorita Isabel, niños. Silencio.

Isabel echó un vistazo a la sala, más allá del hombre que suponía era Oliver Prudhomme, el contacto de Ambrogino. Filas y columnas de pequeños pupitres de madera atestaban el centro de la clase, cada uno ocupado por el quieto cuerpo de un niño pequeño. Era obvio que algunos llevaban allí más tiempo que otros, pues se habían descompuesto hasta el punto de que lo único humano que les quedaba era su vaga forma. Otros se habían unido a la clase recientemente, pues su piel fría y sus labios azules aún no mostraban síntomas de putrefacción. Todos tenían los ojos cerrados, y sus pequeñas manos estaban colocadas en una burda aproximación de la postura de oración. En la clase había tanto niños como niñas, más o menos dos docenas; algunos vestían vaqueros y camisetas como los niños de hoy en día, otros llevaban ropas más formales e incluso uniformes que recordaban a tiempos muy lejanos.

La canción de Hank Williams seguía vibrando suavemente, siendo el único sonido que rompía el silencio.

–Señor Prudhomme, me envía a verle Ambrogino Giovanni
–comenzó Isabel.

–Lo sé, Isabel. Sé quien eres. Sé lo que quieres. –De repente, Prudhomme pareció muy cansado, como si el haber sido interrumpido en medio de su fervor lo hubiera agotado. Se quitó de la nariz el par de

quevedos que llevaba y se restregó los ojos con sus delgados dedos –. Niños, disculpadme. Por favor, comenzad con vuestras oraciones, volveré enseguida. –Prudhomme se dirigió hacia la puerta, indicando a Isabel y a Chas que fueran saliendo.

–¿Pero qué coño es esto? –dijo Chas, extendiendo el brazo y asiendo a Prudhomme por el hombro–. ¿Qué coño ha pasado con estos niños? ¿Qué clase de enfermo mental es usted?

Prudhomme dio un paso atrás, aterrizado, al sentir la mano de Chas.

–Señorita Isabel, ¿este insolente viene con usted? –Se encogió ante el gesto de Chas, como si hubiera sido reprendido en lugar de desafiado.

Por su parte, Isabel también parecía muy sorprendida.

–Chas, ¿qué crees que estás haciendo?

–Es este tío, Isabel. Él es el responsable de que este lugar esté tan jodido. ¿No es así, monstruo? Sabes perfectamente quiénes son esos críos.

–Chas, ¿qué estas...?

–No me jodas, Isabel. Sabes que tengo razón. Tengo razón, ¿a que sí, Prudhomme? Has sacado a estos putos críos de alguna parte y te dedicas a hacer la mierda esa de la magia de los muertos para mantenerlos aquí –Chas dio un paso adelante, agarrando el jersey de Prudhomme y levantándolo hasta la altura de su cara–. Maldito cerdo.

Isabel agarró a Chas por el hombro y le obligó a girarse y a mirarla a la cara.

–*Suéltalo, Chas. Ahora.*

A Chas se le nubló la vista. Siseó algo, se puso bizco y dejó a Prudhomme en el suelo. Prudhomme se arrastró hacia atrás, lejos de su atormentador, mientras Isabel alzaba la vista para mirar a su compañero.

–No intentes esa mierda conmigo. Ni se te ocurra o te parto en dos, zorra. –Chas amenazó a Isabel, pero ella se negó a encogerse, poniendo una mano sobre su esternón para impedir que siguiera inclinándose sobre ella.

–Por favor, modere su lenguaje delante de los niños –protestó Prudhomme.

Isabel se reafirmó en su actitud, empujando con cuidado a Chas hacia atrás y mirándolo a los ojos resueltamente.

–*Retírate.*

Y Chas lo hizo, incapaz de resistirse. Continuó gruñendo, mientras un velo rojo le nublabla la vista. Isabel se dio cuenta de que estaba al borde de la locura y se alejó de él.

–Relájate, Chas –le susurró–. Ni siquiera es uno de nosotros. No es de la familia. No puede hacer eso.

Chas se estremeció, como despertando de un sueño. Se apaciguó, pero aún podía verse la ira reflejada en su rostro.

–Yo... oh, joder. Lo... lo siento. No sé qué me ha pasado.

–No estás bien, Chas. Estás demasiado cerca de la Bestia –dijo Isabel.

–Ella tiene razón. Has pasado demasiado tiempo con tu parte oscura –conjeturó Prudhomme, levantándose del suelo; todavía algo vacilante, se aproximó a Chas –. Déjame ver... mírame –Prudhomme tendió sus brazos hacia Chas para mostrarle que no tenía ninguna mala intención–. Sólo déjame ver. Sí, no estás lejos. El Hombre ha sucumbido.

–¿Qué cojones quiere decir eso, viejo? ¿Que estoy en problemas? Joder, sí, estoy en problemas. Por culpa de gente como tú.

–Chas, te lo advierto. Cálmate –Isabel subió la voz.

Era el turno de Chas de sentirse fatigado. Se dejó caer y se apoyó contra la pared.

–Mierda. ¿Qué demonios me pasa? –se preguntó en voz alta. Se inclinó hacia delante y hundió la cabeza entre las manos. Isabel lo convenció para que se sentara en el suelo.

–¿Qué es lo que está pasando ahí dentro, Prudhomme? ¿Eres el profesor?

–Me temo que soy tanto el profesor como un estudiante más.

–¿Qué era toda esa mierda sobre Dios y sobre devolverle a sus niños?

–Es como he dicho. Todos esos niños han muerto. Es necesario que alguien se haga cargo de ellos.

–¿Los mandaste de vuelta con Dios? ¿Los mataste?

Oliver Prudhomme miró tímidamente a Isabel, la cual intervino.

–Chas, ¿puedes esperar en el coche, por favor? Aquí todo está bien; gracias por asegurarte de que llegaba a salvo.

Chas se levantó, miró a Prudhomme con desconfianza, se giró y se marchó, mascullando algo entre dientes. El sonido de sus zapatos dejó un frío eco por el pasillo, a medida que se alejaba.

–Le pido disculpas por esto. No ha sido el mismo desde que...

–la voz de Isabel se fue apagando. No podía buscar ninguna excusa. No sólo no era asunto suyo, sino que había visto cómo Chas dejaba que poco a poco la Bestia erosionara lo que había quedado de él tras el Abrazo.

–No te preocupes, querida –dijo Oliver Prudhomme, rascándose la frente con el arco formado por sus dedos pulgar e índice–. Por favor, déjame ver esos papeles. Sé que has venido a eso.

Isabel lo miró escéptico.

–¿Se lo dijo Ambrogino?

–¿Ambrogino? No sé de quién me estás hablando. Vi que ibas a venir. Los niños estaban muy emocionados; han estado susurrando cosas sobre ti toda la noche. El joven Cleveland Thibodeaux está chiflado por ti. Me necesitas para algo.

Isabel pensó que era mejor no hacer preguntas innecesarias. Abrió el bolso y le alcanzó el diario a Oliver.

–Necesito sus maravillosos poderes de memoria, señor Prudhomme. Usted ha estado aquí desde que Ambro... desde que el hombre que me pidió que os buscara recuerda. Hace poco tiempo, un conocido mío encontró esto, y yo esperaba que usted pudiera decirme algo sobre ese lugar. Algún acontecimiento extraño, cualquier cosa fuera de lo común que recuerde. Sabemos dónde está el sitio, pero parece ser que una vez acogió algo decididamente desagradable, y pensamos que sería buena idea consultarlo con un experto en la materia antes de acercarnos a comprobarlo en persona.

Prudhomme revisó el fajo de papeles, se colocó los quevedos de nuevo en la nariz y examinó las hojas una a una. Poco a poco, en su cara se dibujó una expresión de reconocimiento, que pronto dio paso al horror. En la oscuridad, se puso aún más pálido de lo que su complexión Cainita le permitía.

–Dios mío –tartamudeó.

–¿Qué? ¿Qué? ¿Recuerda algo de esto? ¿Sabe exactamente de lo que habla?

–Desde luego que sí. Sé exactamente de qué habla. Recuerdo todo esto como si hubiera ocurrido ayer. Habla del monstruo que estableció su refugio no muy lejos de aquí... la cosa muerta que dormía bajo el agua fría y se comía a todo el que podía atraer allí abajo.

–¡Sí, sí! –Isabel se exaltó y un temblor recorrió su cuerpo—. ¡Lo recuerda! ¿Qué es lo que sabe? ¿Qué es lo que sabe seguro sobre esa cosa?

–Bueno, lo sé todo sobre ella. Verás, hace más o menos un siglo y medio, yo escribí esto.

**MIÉRCOLES, 27 DE OCTUBRE DE 1999, 11:24 PM
AUTOPISTA 95, AFUERAS DE LAS VEGAS, NEVADA**

Benito oyó el ruido del motor de un automóvil y sintió cómo el aire vibraba a su alrededor. No podía ver nada; la bolsa negra que llevaba sobre la cabeza había sido atada fuertemente alrededor de su cuello y pronto se encontró tragando a ciegas, involuntariamente. Podía sentir el olor de su sangre seca, endurecida sobre un lado de su cara, incrustada bajo su ojo derecho. También podía oler el hedor que había acompañado a sus captores durante las últimas... sólo Dios sabía durante cuánto tiempo. ¿Noches? ¿Semanas? Señor, ¿meses? No tenía la menor idea. Sus apestosos secuestradores le habían dado la suficiente sangre como para que se mantuviera consciente, pero no bastante para arriesgarse a que pudiera liberarse. Eran tan fuertes como él... quizá eran Brujah, o incluso Nosferatu. Hasta podían ser Giovanni rivales, pero Benito no podía imaginarse que el autoritario Nickolai fuera lo suficientemente inteligente como para conseguir

enfrentar a dos facciones del clan.

No, todo apuntaba a los Nosferatu. Benito se imaginó que Montrose, maldito cobarde, estaba metido en todo aquello de algún modo. Sus captores habían intentado sacarle información, pero ahora parecía que habían terminado con él.

–¿Qué está pasando? –gritó Benito, dirigiéndose a cualquiera que se molestara en contestarle o que fuera tan comprensivo como para darle una respuesta. Nada de eso, sino que su arrebató le costó un guantazo en la cabeza.

–Cierra la puta boca.

Luego la acústica cambió. Benito se vio lanzado de un lado a otro, y el sonido del motor se convirtió en un sordo estruendo... lo habían metido en alguna clase de vehículo. Junto a su cabeza, sintió cómo se cerraba una puerta.

Cálmate viejo, se dijo. Sí te quisieran muerto, no se tomarían la molestia de llevarte a ningún sitio primero.

A partir de ese momento, sus captores permanecieron en silencio. Benito ni siquiera sabía si era adecuado hablar en plural; podía haber una sola persona encargada de transportar aquella pasiva carga a donde quiera que se encaminaran. O el grupo podía simplemente seguir operando con la eficiencia que habían mostrado durante todo el secuestro; eran verdaderos profesionales.

Ahora que estaba cerca del mundo exterior de nuevo, podía sentir la frialdad del aire. Un aire bastante seco... desde luego que aquello no era Boston. No podía notar el más leve rastro de sal en la brisa, ni oír el lejano ruido del tráfico. No, Benito sabía que probablemente estaba en medio de ninguna parte, donde quienes quiera que fuesen aquellos cabrones que lo tenían prisionero podrían hacer con él lo que les viniera en gana, incluso liquidarlo, sin que nadie se enterara de nada.

El vehículo siguió su marcha durante una cantidad indeterminada de tiempo... Benito no había tenido acceso a su reloj o a un calendario durante tanto tiempo que era incapaz de calcular cuánto había durado aquella pequeña excursión por carretera. En su opinión, habían sido unos diez minutos.

Como en respuesta a sus pensamientos, la camioneta aminoró

la marcha, avanzó un poco hacia un lado (se vio lanzado hacia la izquierda y luego, para compensar, hacia la derecha) y finalmente se detuvo. Dos puertas se abrieron y se cerraron, luego se abrió la puerta corrediza. Benito fue lanzado fuera de la parte trasera del vehículo, y pudo sentir de nuevo el aire... muy frío.

Luego, los dos desconocidos secuestradores lo tiraron al suelo. Le propinaron unas cuantas e inevitables patadas en las costillas y se largaron. El ruido del vehículo fue perdiéndose en la lejanía.

Frío, pero aún así aire. Frío, tierra suelta bajo su cuerpo.
¿Arena? Un coyote aullaba en la distancia. ¿Coyotes? ¿Arena?
¿Estaba en el puto desierto?

¡Qué bien! ¡Aquello era genial! Cuando hubo esperado un tiempo prudente para estar seguro de que nadie se había quedado con él, para vigilar, por la razón que fuese, que permanecía atado y sin moverse, Benito Giovanni reunió las últimas fuerzas que le quedaban y rompió las cuerdas que le ataban las manos. Se quitó la bolsa de la cabeza y contempló la vasta extensión del desierto de Nevada.

VIERNES, 29 DE OCTUBRE DE 1999, 11:59 PM

LA LOGIA DEL MAUSOLEO, VENEZIA, ITALIA

Ambrogino Giovanni dispuso todos sus instrumentos ante él: una única vela negra, un trozo de soga atada con un lazo y una cinta de terciopelo granate. Apagó el resto de las luces de la habitación, prendió una cerilla, encendió la vela y espero a que ésta creara una gruesa columna de humo.

Mientras la vela ardía con luz parpadeante y el humo se elevaba, alzó la vela por encima del lazo y vertió unos cuantos goterones de cera negra sobre éste. Luego pasó la llama de la vela por debajo del dedo índice de su mano izquierda, moviéndolo muy despacio hacia

delante y hacia atrás. El dedo se prendió, se puso negro y finalmente se abrió, dejando caer unas gruesas gotas de sangre sobre la soga, que Ambrogino, estremeciéndose por el dolor, secó con la cinta de terciopelo.

Haciendo que su vitae sin vida cerrara la herida, habló en voz alta.

–Por la palabra del barquero, por la canción de Caronte, yo te ordeno, William Burke, que aparezcas ante mí.

Una ráfaga de aire frío atravesó la habitación, apagando la llama de la vela.

–¿Quién demonios es? –dijo una ronca voz sin cuerpo–. ¿Qué? ¿Otro viaje para mí? ¿Tienes algo más que necesitas que sea dicho?

–De hecho, sí, mi malicioso muchacho –respondió Ambrogino–. Al Nuevo Mundo otra vez... todo el camino a través del mar.

–Eso son estupideces. No lo haré, no lo haré. No puedes decirle a Billy Burke lo que debe hacer. Él es su propio dueño, sí señor. Billy Burke hace sólo lo que le viene en gana, eso es, y nada más.

–Ah, señor Burke, me temo que estás en un error. En realidad harás lo que yo te diga. Ya no eres tu propio dueño, como puedes ver, pues yo soy el amo de los muertos de tu calaña.

A Ambrogino le encantaba convocar fantasmas de asesinos, ladrones y gente así. Encontraba muy irónico el hecho de poder enviar a aquellos egoístas fantasmas a hacer sus recados, llevar sus mensajes e intimidar a sus enemigos. En vida, William Burke había sido un desenterrador, un ladrón de tumbas que vendía los cadáveres que robaba a médicos, anatomistas y gente que necesitaba especímenes frescos sobre los que experimentar o estudiar. Burke había hecho un trabajo tan eficaz en Escocia que pronto había acabado con la reserva natural de cadáveres y había tenido que empezar a cometer asesinatos para poder seguir en el negocio.

–¡Maldito seas! ¡Que la estirpe del Diablo te lleve! He hecho mi último trabajo para ti.

Ambrogino sonrió y luego comenzó a cantar a su fantasmal invitado.

–Sobre el sótano, bajo la escalera; en el cuarto y en la sala con Burke y Hare; Burke es el carnicero, Hare es el mangante; Knox es el

tipo que compra el fiambre.

–¡Deja esa estupidez! –rugió el fantasma de Burke. Su compañero, William Hare, había cometido los robos de las tumbas y los asesinatos con él, para mantener el suministro de especímenes requerido por un médico llamado Knox, durante la primera mitad del siglo XIX. Al poco tiempo, la policía había interrogado a Hare, que confesó todo el asunto y delató a su cómplice. Burke fue ahorcado y diseccionado públicamente, pero su vengativo espíritu se negó a marcharse al lugar de su descanso final. Todo aquel incidente fue inmortalizado en una morbosa canción infantil, lo que causaba al espectro de Burke una angustia interminable.

–De acuerdo, capullo, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué? ¡Lo haré aunque sólo sea para librarme de ti!

–Buen chico, Burke. Quiero que hables con el mismo miembro de la Estirpe que la última vez. Está en el mismo lugar. Dile que aquella que va a ir a visitarle, Isabel, debe sobrevivir al encuentro y volver conmigo. Hazle saber que en el caso de que le ocurra algo, yo me disgustaré mucho. ¿Lo has entendido, William Burke? ¿Lo tienes claro?

–Te refieres al de la corona de calaveras, ¿no?

–Sí, a ése me refiero, William Burke.

–Oh, ése es un tipo muy desagradable. No sé qué es lo que os traéis entre manos, pero si sirve para librarme de vosotros dos, lo haré y me largaré.

–Eso es, William Burke, buen chico. Bien por ti.

Benito había pasado los dos últimos días escondido bajo un afloramiento rocoso. Había dormido a ratos, sin estar nunca seguro de

si el movimiento del sol a través del cielo haría cambiar la sombra de su improvisado refugio, dejándolo expuesto a sus rayos. Se despertó muchas veces durante el día, sudando su preciada sangre, que se lamía de los dedos, y cambiando cuidadosamente de posición, fuera del alcance de la creciente luz.

Para cuando llegó el viernes por la noche, se había recuperado todo lo posible, dadas las circunstancias. En aquellos dos días se había alimentado subrepticamente en todas las oportunidades que se le habían presentado, de un lagarto una vez y con la fría y espesa sangre de una serpiente en otra ocasión. Recordaba al lagarto, aterrado, agitando su cola; su pequeño cuerpo no contenía siquiera el equivalente de un trago de sangre mortal. Insuficiente para subsistir, eso seguro, pero bastante para evitar que muriera de hambre. Estaba hambriento, eso era verdad, pero no tanto como para necesitar centrar toda su voluntad y su atención en luchar contra la Bestia. Sin embargo, sabía sin ninguna duda que la situación sería muy distinta la noche siguiente. Necesitaba alimentarse lo antes posible.

Caminó un rato, y finalmente consiguió orientarse. Los Nosferatu (suponía) lo habían abandonado a unos cincuenta y cinco kilómetros de Las Vegas, o eso decían las señales. El tráfico en la autopista, la U.S.95, era aún bastante abundante, pero aún no quería intentar hacer autostop. Sabía que debía tener un aspecto horrible, y no quería aterrorizar a ningún dentista de vacaciones y terminar enfrentándose a una patrulla de carreteras que hubiera recibido la orden de buscar al "loco del desierto". Sin duda, antes o después encontraría una gasolinera donde podría usar el baño para ponerse presentable, e incluso puede que coger un autobús para la ciudad. Benito sabía que a los Rothstein de las Vegas no les caía muy bien, pero no era como si planease quedarse allí y abrir una tienda. Sólo una noche, quizá dos, y podría organizarse y volver a Boston, el lugar al que pertenecía.

En efecto, tras subir la siguiente duna, pudo ver las luces blancas de una gasolinera. Empezó a correr tan deprisa como pudo pero sin esforzarse al límite. No era una buena idea aparecerse allí, habiendo sudado sus últimas reservas de vitae, y descontrolarse, y de nuevo toparse con la misma patrulla de carreteras, esta vez buscando al "loco del desierto empapado en sangre". Más o menos doscientos

metros antes de llegar a la gasolinera, aminoró la marcha y caminó el resto del trecho.

Era uno de esos lugares destartados, un negocio familiar que tendría que haber desaparecido en los años cincuenta cuando los conglomerados petrolíferos compraron todas aquellas gasolineras o las condujeron a la bancarrota. Probablemente el tipo que llevaba el negocio, la placa decía "Dan", vivía allí, durmiendo en la oficina y viendo el programa de Springer por el día mientras no había mucho movimiento de clientes.

Dio una vuelta rápida por la tienda, cogió una pastilla de jabón, una maquinilla de afeitar (su Abrazo había tenido lugar bajo la sombra de las cinco en punto y se afeitaba cada noche al levantarse... bueno, cada noche al levantarse cuando no estaba retenido por una banda de matones Nosferatu) y una camiseta típica de turista, que tenía la cualidad de no haber estado cubierta de mugre del desierto y sangre durante quién sabe cuánto tiempo. Luego llevó su tesoro hasta el cajero, que le echó una mirada de cauteloso regocijo.

–¿Es usted vampiro o asesino a sueldo? –preguntó "Dan" desde detrás del mostrador.

–¿Discúlpeme? –Benito miró incrédulo al dependiente.

–¿Vampiro o asesino a sueldo?

–Me temo que no entiendo lo que quiere decir.

–Déjelo, no importa. Es sólo que a veces pasa por aquí una gente muy rara. No se puede usted ni imaginar las locuras que algunos me cuentan.

–Bueno, le puedo asegurar que no soy ni un vampiro ni un asesino a sueldo. Me he juntado con malas compañías y me han dejado tirado en medio del desierto, pero con un poco de atención a mi higiene estaré de vuelta en casa, y desde luego que mucho mejor sin ellos.

–Eh, oiga, ¿quiere que llame a la poli?

Oh, no, ni se te ocurra. No soy el loco del desierto.

–No, no será necesario. No quiero forzar mi suerte. –Benito no pudo evitar sonreír, sin embargo, irónicamente.

–De acuerdo. Son veinticuatro con noventa y siete.

Mierda.

–Um... –Benito rebuscó entre su ropa. ¡Dinero! No permita el cielo que los malditos Nosferatu le hubieran dejado en medio del desierto con una pizca de dignidad.

–Veinticuatro con noventa y siete –repitió "Dan".

–Sí, le he oído. Es sólo que... –Benito se contuvo. No tenía sentido joder las cosas más de lo que ya lo estaban.

–Oh, claro; las "malas compañías". Se me había olvidado.

Benito se estremeció.

–Mire, amigo. Tiene usted cara de buena persona. Le diré lo que vamos a hacer. Me deja usted su carné de conducir como señal y vuelve mañana por la mañana a pagarme.

–Yo, eh... Ni siquiera me han dejado el carné de conducir.

–¿Quiere llamar por teléfono? ¿Para que su esposa o sus amigos vengan a echarle una mano?

Desde luego que "Dan" quería hacer aquella venta. Usar el teléfono no era mala idea. No es que tuviera el número de alguien de Las Vegas, pero podía llamar a Francis Giovanni a Nueva York o incluso a su secretaria, la señora Windham, para que averiguara el número de alguno de los Rothstein.

–Er... de acuerdo. –"Dan" le alcanzó el teléfono y Benito marcó el número de su oficina de Boston.

–Buenas tardes; Compañía Financiera Boston; ¿en qué puedo ayudarle? –la señora Windham, gracias a Dios.

–¡Señora Windham! ¡Qué alegría oír su voz!

–¿Señor Giovanni?

–¡El mismo! Le pido disculpas por haberme ausentado así. Las cosas deben de haberse puesto de lo más extrañas por allí, ¿me equivoco? –Benito se volvió hacia "Dan", cuyo rostro reflejaba una sonrisa burlona endulzada con una mirada de compasión. Se apartó el teléfono de la boca y le preguntó:

–¿Puedo recibir un giro postal aquí? –"Dan" asintió.

–¡Todo ha sido una locura desde que usted se marchó, señor! El señor Lorenzo ha estado fuera de sí estos últimos cuatro meses, y ninguno de nosotros sabía si usted iba a regresar alguna vez

–¿Cuatro meses? Jesús–. ¿Va todo bien?

–Supongo que sí, señora Windham, que todo va tan bien como

es posible, dadas las circunstancias. Ahora, ¿puede usted hacerme un favor?

–Sí, señor Giovanni. ¿De qué se trata?

–Necesito que me envíe algo de dinero. Estoy en... dime, "Dan", ¿cómo se llama este sitio?

–Estación de Servicio Nussbaum –dijo "Dan" con orgullo.

–¿Ha oído eso, señora Windham? Estación de Servicio Nussbaum, a las afueras de Las Vegas. Por favor, envíeme ciento veinticuatro dólares y noventa y siete centavos. Gracias.

–Sí, señor Giovanni. Lo cogeré del dinero reservado para gastos extras y lo tendrá allí en media hora.

–Muchas gracias de nuevo, señora Windham. –Con eso Benito podría asearse, coger un taxi e ir a la ciudad, donde podría apelar a la hospitalidad local, o bien ponerse en contacto con la compañía de su tarjeta de crédito, para procurarse un alojamiento.

Fiel a su palabra, la señora Windham envió el dinero a los treinta minutos. Benito pagó a "Dan" y le pidió la llave del aseo.

>>> SÁBADO, 30 DE OCTUBRE DE 1999, 10:54 PM
AFUERAS DE NUEVA ORLEÁNS, NUEVA ORLEÁNS, Luisiana

–Tengo una pregunta para ti –dijo Isabel en el momento menos esperado. Durante casi tres cuartos de hora, ni ella ni Chas habían dicho una palabra, preocupados como estaban por la monumental tarea a la que se enfrentaban. Había pasado el tiempo de hacer planes... ambos, muy agobiados por si el asunto se volvía tal que necesitaran algo más que observar y hablar, se encaminaban conscientemente y a sabiendas hacia la guarida de lo que bien podría ser un Matusalén. Pocos vampiros emprenderían algo asía la ligera, y la gravedad de la situación empañaba la atmósfera del coche. Era muy posible que se estuvieran dirigiendo hacia sus Muertes Definitivas.

También era bastante probable que el anciano miembro de la Estirpe, que se había ocultado secretamente en el fantasmal Inframundo situado en los desolados pantanos de Luisiana (que bien podían ser aún territorio sin explorar en el momento de su exilio voluntario), tuviera en mente algo absolutamente incomprensible para ellos. ¿Los destrozaría como si fueran juguetes? ¿Les convertiría en peones para usarlos en alguna de sus próximas maniobras en la Yihad? ¿Destruiría sus cuerpos y esclavizaría sus almas? No podían saberlo... hasta que llegaran.

–Supongo que entonces será mejor que la hagas. Nunca se sabe si vas a tener otra oportunidad –respondió Chas, cuyo tono de voz evidenciaba el fatalismo que le invadía.

–Has estado teniendo problemas últimamente, ¿verdad?

–¿Ésa es tu puta pregunta? –Echó a Isabel una mirada de reojo por encima del hombro. Ella se dio cuenta de que sus manos se habían tensado sobre el volante, sus nudillos estaban blancos y los brazos le temblaban bajo la chaqueta.

–No seas capullo. Sabes que no tienes que acompañarme si no quieres. En realidad, no estoy muy segura de *por qué* vienes conmigo. No me malinterpretes, desde luego que aprecio que estés aquí... ¿pero por qué?

–Vale, ¿es ésa tu pregunta?

–No, pero contéstame de todas formas. Puede que tu respuesta me ayude un poco cuando finalmente me decida a preguntarte.

–Isabel sonrió, deseando que eso tranquilizara a su compañero.

–Bueno, si esto fuera una película, ahora vendría la parte en la que te digo que estoy enamorado de ti.

–Oh, Chas, no...

–Relájate, relájate; estaba de coña. Es todo lo que puedo hacer ahora, fliparme y hacer un poco el idiota.

–Bien, esa es mi segunda pregunta. O mi primera, en realidad. ¿Qué fue lo que te hizo perder el control en la escuela de Prudhomme?

–Oh, eso. Nada. Me acordé de una mierda muy jodida que me pasó siendo joven.

–¿Sí...?

Chas se humedeció los labios e hizo una pausa antes de continuar.

–Es esta puta familia. Cuando formas parte de los Giovanni, algunas decisiones se toman sin ti. No siempre tienes la posibilidad de controlar tu propio destino. Una noche, a uno de esos italianos locos de las altas esferas (sin ánimo de ofender) se le cruza un cable y alguien que no tiene absolutamente nada que ver termina pagándolo.

–No sé de que estás hablando. O sea, tengo una ligera idea, ¿pero qué es lo que quieres decir específicamente?

–Vale, pero no vayas pregonándolo por ahí. No hay mucha gente que lo sepa.

–Por favor –Isabel puso los ojos en blanco.

–Está bien. Aquí va. Antes de que decidieran darme el Abrazo, yo ya tenía mi propia familia mortal. Una bonita esposa, una casa en Jersey, todo lo que poseía registrado a nombre de otra persona, misa los domingos, un par de críos... el paquete completo de un chico de la Mafia, ¿sabes? Entonces, de repente, aparece Frankie Gee... había trabajado para él alguna que otra vez, más que nada en plan independiente, no es que fuera mi *capo*. Dice que me quiere a tiempo completo, que quiere hacerme de la banda. Claro, yo sabía que nunca sería uno de los suyos, porque mi tatarabuelo era español o algo así, y los Lagos sólo querían tíos que sean cien por cien italianos, pero pertenecer a la banda era acercarse bastante. Significaba que ya no tendría que hacer esa mierda de trabajo diario nunca más... me tocaría una tajada de todo lo que surgiera y sería más que un pringado. La gente vendría a mí cuando tuviera asuntos sucios que solucionar y yo se los solucionaría. Significaba estar con alguien, estar protegido de los otros hijos de puta que se dedicaban a explotar a los tipos poco importantes como yo, ¿sabes? O sea, yo trabajaba a veces como corredor de apuestas, durante el día, y si alguno de aquellos tipos decidía no pagarme los seis de los grandes que me debía, me jodía. El tipo era parte de una banda, y Frankie Gee le daría una paliza a cualquiera que se le pusiera chulo... tenía que proteger a sus chicos ¿no? Así que parte de la proposición de Frankie Gee implicaba un sacrificio por mi parte. Dejar la seguridad del trabajo diario para pasar a cosas más grandes. Dejar los seguros de vida, los sindicatos, los

fondos de pensiones y toda esa mierda de la vieja escuela... ni siquiera sé si hoy en día la gente sigue haciendo eso, hace mucho tiempo. Te sacrificabas, y a cambio vivías una vida mejor, o conseguías una no vida mejor; lo que sea. En mi caso, como yo era parte de la familia, querían convertirme en ghoul. Ponerme a prueba para averiguar si valía la pena, y entonces convertirme en miembro de la Estirpe. Así que pasé la prueba, sin ningún problema. Era algo muy fácil, robar una mierda de camión y llevarlo a algún sitio, asegurarme de que la mercancía llegaba a donde no pudiera causar ningún problema a los que la habían comprado, y hacer que me pagaran. El atraco fue mi prueba tanto para entrar en toda esa mierda de la mafia como para ver si merecía ser parte de la Estirpe. Tirado, en mi opinión.

»Me convirtieron ese mismo año. No sé cómo sería tu Abrazo, pero la primera parte del mío fue bastante normalita. Hicieron que uno de los chicos se alimentara de mí, lo que fue la parte dura de la prueba, porque supongo que sabes lo jodido que es y cómo duele cuando nos alimentamos de un pobre imbécil; luego terminaron el trabajo esparciendo un poco de sangre por mis labios. Recuerdo que pensé que era una situación bastante rara, porque estábamos en el sótano de una carnicería, en Nueva York. Esto paso hace como cien años, y todo era muy nuevo para mí... ya sabes a qué me refiero. No es como ahora, cuando cualquier capullo que alguna vez ha visto una película sabe qué esperar. Quiero decir que a nuestra familia le gusta que las cosas estén siempre bastante jodidas, ¿no? O sea, todo el tiempo que fui un ghoul y bebí sangre pensaba que todo aquello era una especie de comunión italiana Católica y Romana, y que así era como lo hacía todo el mundo. Nunca leí *Drácula* y nunca tuve a mano ningún libro de Anne Rice que me explicara de qué iba toda esa mierda de los vampiros, ¿sabes? A los putos vampiros les encanta toda esa basura de las inclinaciones psicológicas... tenerte a oscuras, no dejarte nunca saber lo que planean hacerte. También es culpa mía. Supongo que evita que uno se aburra de vivir para siempre. Es un juego asqueroso.

–Te estás yendo un poco del tema, ¿no te parece Chas? –le interrumpió Isabel.

Eso le hizo permanecer en silencio por un momento.

–Sí, supongo que sí.

–¿Qué paso luego? Te habías quedado justo después de tu Abrazo.

–Vale, eso es, ya lo ves. El puto Frankie y toda su mierda sobre el sacrificio. Pero no se refería a que yo tuviera que sacrificar algún compromiso de mierda. Quería que yo hiciera un puto sacrificio, que probara que en lo que me estaba convirtiendo era más importante que lo que había sido. Aquellos cabrones... una vez me convirtieron, me dejaron en el sótano y cerraron la puerta con llave. Yo estaba delirando por el hambre, corriendo de un lado a otro, buscando algo. Pensaba que a lo mejor se había filtrado algo de sangre desde arriba, a través del suelo de la carnicería, o que encontraría alguna rata o algún perro y podría apañármelas con algo así. Luego oí ruidos en la nevera. No olvides que te estoy hablando de Nueva York a principios de siglo. No existían los grandes almacenes metálicos de carne con controlador de temperatura... lo que había eran enormes almacenes metálicos de carne que mantenían el frío mediante capas y capas de aislante térmico y montañas de *hielo* para mantener toda aquella mierda fría. Yo estaba fuera de mí, y de pronto se me ocurrió que lo que fuera que estaba armando todo ese jaleo debía estar vivo, así que me lancé allí dentro como un poseso. Eran mis putas hijas. Mis putas niñas, Ruth y Amanda. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? –Lágrimas de sangre se deslizaban por el rostro de Chas. Miraba fijamente a la oscuridad de la carretera, como si intentara escapar de todo lo que había visto en el pasado.

–Lo siento, Chas.

–Oh, no termina ahí. Verás, lo que hicieron fue, específicamente, *no* meter allí a mi esposa, para que cuando me calmara y me dejaran salir tuviera que volver con ella. Vale, no es que *tuviera* que hacerlo, pero no querían ponérmelo fácil. Si mataba a mi esposa también, entonces no podría hacer otra cosa que seguir adelante con mi no vida. Pero la dejaron fuera, deliberadamente, para que fuera yo el que tomara la puta decisión.

Se hizo el silencio en el coche.

Tras unos minutos, Isabel habló.

–¿Y?

Chas sacudió la cabeza y suspiró.

–Tuve que matarla, a ella también. No podía dejarla así, porque algo tan jodido le hubiera cambiado la puta vida por completo. Quiero decir, ¿cómo coño *reaccionas* ante algo así? Yo tenía que aceptarlo y seguir adelante, pero eso es porque yo lo había hecho. Cuando te pasa algo así, ¿qué haces? ¿Cómo cojones puedes ni siquiera levantarte de la cama, sabiendo que algo igual de jodido o incluso peor puede pasarte al día siguiente? Mi puta esposa no se merecía aquello... se había casado con un tío de la Mafia. Lo peor que podía pasarle era que yo terminara muerto y que ella siguiera con su vida o volviera a casarse. Las malditas niñas... ni siquiera eligieron ser hijas mías y de Anna. Simplemente tuvieron la puta mala suerte de nacer del tío equivocado en el momento equivocado, y los putos colegas de su padre las colocaron justo en medio de toda aquella mierda horrible. Yo, por mi parte, tengo que levantarme con eso cada puta noche... tengo que intentar superarlo, ¿sabes? –Más lágrimas rodaron por las mejillas de Chas.

–Sí, pero no puedes...

–Y ése es, básicamente, el motivo por el que estoy contigo en esto. Quizá no sea la causa más altruista del mundo, ya sabes, ayudar a un puñado de putos vampiros a encontrar aquello que los está matando, pero es un comienzo, ¿no? Marca una especie de diferencia positiva. Frankie está muerto. El puto Victor está muerto. No es que tenga nada a lo que regresar, excepto a quién sabe cuántas noches más haciendo daño a la gente y cogiendo su mierda cuando me dé la gana... y esto hace que, de alguna manera, sienta que estoy contribuyendo algo. Y por eso me puse así la otra noche... al ver a todos aquellos malditos críos colocados en sus pupitres en la puta escuela de Prudhomme. Porque él eligió hacerlo. Perdió la cabeza, *seleccionó a esos putos niños uno a uno*, y bebió de ellos hasta dejarlos secos. Cuando yo me voy a dormir, al final de cada noche, es todo lo que puedo hacer para no enfrentarme al puto amanecer por una mierda que ocurrió hace cien putos años, que yo no tenía poder para controlar; y es algo que él puede hacer y racionalizar y levantarse tan contento, como si no hubiera nada en el mundo que le preocupara. Mis hijos y mi esposa... yo hubiera destruido a cualquiera que les

hubiera tocado un pelo. Pero no fue suficiente. En su caso, ni siquiera le da la menor importancia. El muy hijo de puta.

Isabel sabía que no había nada que ella pudiera decir para cambiar el estado de ánimo de Chas. Aquel era su demonio nocturno. Sin duda, cuando veía a la Bestia tenía la cara de su esposa, retorcida con la máscara de la traición. Hablaba con las voces de sus hijas, preguntándole: *¿Por qué, papá, por qué? ¿Qué hicimos?*

En ese preciso instante, sonó el teléfono móvil de Isabel. El sonido de la señal digital hizo que Chas diera un brinco en el asiento y lo sacó de sus desagradables pensamientos. Isabel respondió rápidamente.

–¿Sí? ¿Dónde? ¿Estuvo allí todo el tiempo? ¿De Las Vegas?

–Isabel dirigió una mirada significativa a Chas—. De acuerdo. Ayer por la noche. No, ¿esta mañana? Muy bien. Gracias.

Apagó el teléfono y volvió a mirar a Chas.

–Bueno, tengo otra razón para que sigas conmigo.

–Oh, ¿en serio? Genial, ¿qué es? –podía sentirse el sarcasmo en la voz de Chas.

–Nuestro hombre, Benito... está muerto.

Benito se dirigió hacia el baño, llevando con él todas sus compras. Todo el camino desde la fachada de la tienda hasta los aseos, en el lateral del edificio, fue complicado y prolongado: la llave iba sujeta a un enorme y antiguo volante y las manos de Benito ya estaban ocupadas llevando todos los artículos de aseo personal que acababa de adquirir. Tras entrar, inspeccionó la única y abollada cabina para asegurarse de que estaba solo.

Mientras llenaba el mugriento lavabo con agua tibia, se miró al espejo. Estaba hecho un asco. *Lo primero es lo primero*. Se quitó la

camisa y la lanzó al cubo de la basura. Se enjabonó las manos y se quitó la suciedad de la cara, el cuello y los brazos. Se echó un poco de agua por el pelo, para quitarse la sangre y la porquería del desierto que se le había quedado pegada.

Jesús, si yo trabajara en una gasolinera en medio del desierto, ni siquiera me hubiera dejado entrar a mí mismo con esta pinta.

Antes de comenzar el ritual de afeitado, puso las manos a ambos lados del lavabo y agitó la cabeza. ¿Qué le había conducido allí? Recordaba vagamente haber hablado con los apestosos desconocidos que le habían secuestrado, pero no le habían dado muchas pistas sobre sí mismos. En aquel momento, ni siquiera estaba seguro de que fueran Nosferatu.

Obligándose a volver al presente, contempló la miseria a su alrededor. La puerta del baño tenía toda la pinta de haber sido echada abajo y luego atornillada al marco de nuevo. Alguien había garabateado unas iniciales en la superficie interior de la puerta.

P.O.E.

O.P.E.

Una grasienta lata casi vacía de pomada estaba colocada en el saliente donde el lavabo se unía a la pared. En el suelo había un cigarrillo a medio fumar, tan seco que debía de tener al menos diez o doce años.

Incluso las luces aumentaban la sensación de miseria y desesperación: dos de las seis bombillas que iluminaban la habitación de linóleo se habían fundido, y el resto estaban tan amarillentas que hacían que la pálida tez de Benito pareciera icterica. Costras sin lavar de mugre de viajeros y gasolina se acumulaban en los rincones, trepaban por las paredes de la cabina y se incrustaban en las juntas de los azulejos. La encimera de fórmica del lavabo había sido rayada, quemada con cigarrillos, manchada con porquerías de origen desconocido y decorada con vagos rastros de limpiador de azulejos.

Benito tenía aún media hora antes de que llegara su taxi, y prefería pasarla intentando conseguir parecer civilizado, no escuchando cualquier película o historia lacrimógena que "Dan" le tuviera preparada. Se enjabonó la cara y metió la cuchilla de afeitar en el agua, preparándose para rasurar la barba que adornaba su cara esa

y todas las noches desde el momento de su Abrazo.

–...Un sitio horrible para morir...

Benito miró a su alrededor. No había oído que la puerta se abriera, ni había visto nadie dentro al entrar. *Debe de venir de fuera.* Sin embargo, era muy raro oír algo así por casualidad.

–...Elodie, Hazimel, Nickolai...

Aquella retahíla de incoherencias puso al medio vestido Giovanni muy nervioso, aunque reconoció el último de los nombres, que le resultaba incómodamente familiar. Se giró, esperando ser capaz de "ver" de dónde provenía la voz, bien notando alguna sombra que se moviera bajo la puerta o, menos probablemente, dándose cuenta de que había alguien escondido tras algo en el propio aseo. ¿Pero dónde?

–...Como el beso de la araña...

Tras esta extraña declaración, Benito oyó un *pop* y una de las cuatro bombillas encendidas del baño estalló, llenando el suelo, el lavabo y al propio Benito de cientos de diminutos cristales.

¿Qué demonios está pasando aquí?

Pop. Otra bombilla se rompió, dejando la habitación medio iluminada por una luz enfermiza.

Y entonces la puerta de la cabina se abrió de un golpe, haciendo chirriar sus oxidados goznes. Benito se dio la vuelta sin poder creerlo: había *comprobado* la cabina para estar seguro de que no había nadie dentro.

Del diminuto vestíbulo salió una figura familiar, pero de algún modo diferente a como Benito la recordaba. Lo que una vez había sido piel suave y morena estaba ahora adornada por un entramado de lívidas cicatrices costrosas. Sus ojos no encajaban... uno era el mismo que Benito había visto antes, pero el otro parecía haber sido arrancado y luego vuelto a poner bruscamente en su cuenca. El ojo extraño tenía un brillo rojizo que resplandecía y se apagaba a intervalos aparentemente aleatorios. Las ropas de la figura estaban hechas jirones, sucias, como si desde que el propietario hubiera hecho la transición desde la persona que había sido hasta aquella nueva... cosa, se hubiera olvidado por completo de su aseo personal. Tenía el pelo enmarañado, los dedos largos y pronunciados.

–¿Leopold? –preguntó Benito, aterrado.

–El mismo... el mismo ahora y siempre. Leopold te conoce. Leopold... Tantas noches perdidas por ti, Benito. Tanto tiempo... tu sangre ya no grita como solía hacerlo. Perdido entre la basura, Leopold... ¡no! ¡Benito! ¿Comercias con esas apestosas ratas?

–Obviamente, Leopold estaba divagando, probablemente enloquecido por lo que fuera que había causado aquel espantoso cambio en él.

Benito dio un paso hacia atrás, por completo consciente de lo extraño de la situación. Allí estaba, en medio de ninguna parte, en el cuarto de baño de una estación de servicio que creía (¡sabía!) que estaba vacío, sin camisa, a medio afeitado, y un retorcido vampiro aparecía en un sitio en el que era imposible que hubiera estado tan solo unos segundos antes.

–Leopold, ¿de qué estás hablando? –preguntó Benito, muy despacio, esperando no incitar al destrozado Cainita a que hiciera nada precipitado.

–Te lo he dicho, ¡éste es un sitio horrible para *morir!* –escupió Leopold, cerrando con fuerza su ojo bueno (si se le podía llamar así), angustiado—. ¿Es que no escuchas? ¡Los nombres de los malditos caídos salen de mi boca como un torrente!

–Esto no tiene sentido, Leopold. ¿Qué me estás diciendo? ¿Necesitas que te comprenda?

–¡Yo no necesito nada!

–De acuerdo; de acuerdo. No necesitas nada.

–¿Entonces qué es lo que quieres?

–¿Lo que quiero? Quiero que mueras, pero éste es un sitio horrible.

Benito sabía que no había hecho aquella última pregunta en voz alta... ¿o sí? Leopold podía escuchar los pensamientos que se arremolinaban en su mente, acercándose a él cada vez con peores intenciones. Lo que momentos antes le había parecido un ser desgraciado y vencido se mostraba ahora amenazador y maligno, un monstruo que se alimentaba del miedo y la preocupación que manaban del propio Benito.

–¿Un sitio horrible? ¿Por qué tengo que m...?

Antes de que Benito pudiera reaccionar, Leopold le agarró el

brazo, retorciéndoselo y convirtiéndolo en una carnosa media luna coronada por una afilada corteza de hueso. El cartílago atravesó el plexo solar de Benito, abriendo la carne de su abdomen y esparciendo los atrofiados restos de sus tripas. La sangre salió a raudales de la herida, cubriendo el suelo con un brillo pringoso. El terrible dolor y el shock se reflejaban en los ojos de Benito, que tropezó al retroceder, mientras intentaba que la escasa vitae que quedaba en su sistema cerrara la herida. Si Leopold pretendía realmente matarlo, tendría muy pocas posibilidades de vencer al desquiciado Cainita.

Su instinto de supervivencia se hizo con el control. Sin importar la relativamente avanzada edad de Benito, su hambre impelía a la Bestia a huir. Se giró, reunió toda su fuerza sobrehumana y se lanzó contra la puerta, arrancándola de sus goznes y haciéndola volar hasta el aparcamiento. Y luego echó a correr...

...pero resbaló en el charco de su propio y preciado fluido, que manchaba el suelo del baño.

Leopold no perdió un segundo y se abalanzó sobre su presa. Sus costillas emergieron del torso, se extendieron y atravesaron el cuerpo de Benito, rajándolo y desgarrándolo. Un cuarto del pecho de Benito, la parte unida a su cuello, se separó truculenta del resto de su cuerpo. Un brazo rodó por el suelo, arrancado del hombro por el hueso de Leopold y roto, mientras el gusano-costilla se curvaba sobre sí mismo para volver a entrar en el cuerpo. Tras unos segundos, lo que había sido Benito Giovanni no era más que charcos desperdigados de sangre que manchaban el suelo de un aseo en Nevada. En un momento, después de que su Muerte Definitiva lo alcanzara, los restos de Benito se convirtieron en grasientas cenizas.

Para cuando las cenizas cubrieron el suelo, Leopold se había desvanecido, pero si se perdió en la noche o si volvió al reino de la inconsciencia del que había salido para sorprender a Benito, nadie puede decirlo, puesto que nadie lo vio.

Al cabo de una hora, llegó el taxi de Benito. El conductor, un ghoul de la rama escocesa de la familia Giovanni, supo exactamente lo que significaba todo aquello. Con mucho cuidado, recogió suficiente ceniza como para permitir que, con un poco de suerte, alguno de los nigromantes de mayor talento pudiera averiguar la causa de la muerte

de su pariente, y luego se perdió en la noche a toda velocidad.

Dan Nussbaum se rascó la cabeza y maldijo a quien fuera que había arrancado la puerta de sus goznes. Maldito asesino a sueldo de vampiros.

... DOMINGO, 31 DE OCTUBRE DE 1999, 12:21 AM
FINCA BOURBON, AFUERAS DE NUEVA ORLEÁNS, LUISIANA

Los restos de la casa de la finca Bourbon, el hogar donde Oliver Prudhomme había sufrido su terrible experiencia con Tom el Ciego y lo que fuera que habitaba allí, habían caído en desuso hacía más de un siglo. Aterrorizada por el monstruo que tenía su refugio en el sótano, la viuda y los criados de la casa habían seguido el ejemplo de Oliver poco después, abandonando la finca.

Desde entonces, el pantano había hecho grandes esfuerzos para reclamar la tierra de la que en el pasado había sido el único propietario. Las parras trepadoras se alzaban por la cenagosa colina hacia la casa, envolviéndola en una orgánica jaula de oscuridad vegetal. El tiempo y los elementos habían erosionado los cimientos del antiguamente orgulloso edificio, dejando a su paso ramas, putrefacción y decrepitud. Aunque a la altura del suelo el aire se negaba a moverse, una trémula brisa atravesaba las destrozadas ventanas y cristalerías del piso superior de la casa, agitando las pesadas cortinas color burdeos y haciéndolas parecer aletargados fantasmas en la oscuridad de la noche.

Isabel y Chas rodearon el enorme edificio, buscando cualquier cosa que pareciera el sótano que Prudhomme había descrito en su carta o diario. Al poco tiempo lo encontraron, una construcción de madera, tosca y podrida, colocada sobre la enorme cueva que sin duda formaba el sótano en sí. En cuanto encontraron la entrada, el aire pareció cobrar vida con el sonido de un agudo lamento. Frías ráfagas de viento se levantaron a la altura del suelo.

–Los espíritus de los muertos sin reposo –explicó Isabel a Chas–. Esta cosa que hay aquí dentro los ha atado a la casa, para que le sirvan de centinelas o algo así. Probablemente están enfadados con él... puedo sentir que no le sirven por voluntad propia.

–¿Pueden ayudarnos? –preguntó Chas, con un tono de esperanza muy poco característico en él. La última mitad del viaje había estado retraído y encerrado en sí mismo, afectado por los fantasmas que poblaban su pasado y por la muerte del vampiro que le había sido encargado encontrar, al principio, antes de que todos a los que conocía y que estaban involucrados en el asunto hubieran aparecido muertos.

–Lo dudo –admitió Isabel–. Es probable que el miembro de la Estirpe que reside bajo esta casa sea más viejo que todos estos espíritus juntos, y mucho más poderoso. Incluso si actuaran al unísono, creo que el monstruo podría disiparlos de un manotazo o desterrarlos a otros reinos. No, me temo que vamos a tener que enfrentarnos a esta cosa solos, y en sus propios términos.

–Vaya puta mierda –añadió Chas. Isabel se dio cuenta de que al menos eso estaba más en consonancia con su personalidad.

Avanzando con cuidado en la oscuridad, ambos llegaron hasta la puerta de madera que débilmente protegía al mundo de la criatura que se encontraba en el interior. Chas abrió la puerta, cuyos goznes oxidados emitieron un metálico chirrido, no muy distinto a las voces de los inquietos fantasmas que aullaban a su alrededor.

Bajo la casa, los sedimentos rocosos de los pantanos de Luisiana habían formado una estriada caverna. Por todas partes, grandes vigas y troncos de ciprés se extendían desde el suelo hasta el techo de la cueva, soportando el enorme edificio situado sobre ellos. La húmeda vegetación se abría paso a través de las numerosas fisuras del techo, tejiendo finas redes sobre las pequeñas protuberancias que endurecían su superficie. El suelo irregular estaba cubierto de charcos de agua estancada que se habían formado en las depresiones, y en el aire podía sentirse el sutil pero empalagoso olor de la podredumbre. La linterna de Chas iluminaba débilmente la oscuridad, y a través de su luz la niebla parecía dar forma a los efímeros cuerpos de los fantasmas que sin duda bloqueaban la

entrada al verdadero refugio del monstruo.

Entonces una voz golpeó a Isabel, resonando en su cabeza como la campana de una iglesia. No era de hombre ni de mujer, sino un monocorde bramido que atravesaba su mente. El Vástago que descansaba allí sabía que ella y Chas habían llegado, y extendía un gancho telepático hacia su mente.

¿Por qué habéis venido? preguntó.

Isabel respondió en alto, esperando que Chas pudiera hacerse una idea de lo que estaba sucediendo.

–Hemos venido a preguntaros vuestros motivos. Queremos saber por qué habéis dado caza a tantos de los nuestros.

Chiquilla insolente. Sus asuntos son sólo suyos. Ello no necesita explicarte nada. Tú y los tuyos, que lo expulsasteis a los abismos de la noche... ello hace lo que desea.

–Pero, ¿por qué? ¿Es por venganza? ¿Contra aquellos que os dieron caza en el pasado?

Chas, desgraciadamente, no había comprendido lo que estaba ocurriendo.

–¿Con quién coño estás hablando, Isabel?

–Es el monst... el antiguo Vástago. Está hablando conmigo a través de un don místico.

¿Quién está contigo? Ello siente la ira del otro. Ve una aureola escarlata. ¡No traigas a un invitado enfadado a su hogar! Ya has transgredido; has violado la santidad de su refugio. ¡Presuntuosa e insolente!

–Éste es mi compañero, Chas. Chas me protege. No somos una amenaza para vos, Anciano; sabemos que podríais destruirnos con tan solo un parpadeo. Ambos venimos buscando conocimiento. Sin conocer la causa de vuestra ira, no podemos calmarla.

–Esta mierda me está poniendo los pelos de punta, Isabel.

–Por favor, Chas. Necesito concentrarme. Ya has tratado con esta clase de cosas antes. Simplemente déjame hablar con nuestro anfitrión.

¡Tu protector es impetuoso! ¿Cómo puede mantenerte a salvo? Ello esperaba sólo a uno...

–¿Qué queréis decir con que esperabais a uno? ¿Sabíais que

íbamos a venir?

Ello lo sabe. Lo sabe. Conoce el final y la oscuridad. Pero algunas cosas aún lo sorprenden. Ni siquiera las voces de los muertos fueron capaces de anunciar la llegada de otro. Ello no puede garantizar la misma inmunidad que reclamó el hombre encapuchado. ¡William Burke! ¡Vuelve con tu amo y dile que ello complacerá su petición al pie de la letra!

–¿William Burke? ¿Qué queréis decir, Venerable Anciano?

–Isabel estaba desconcertada por las palabras de la invisible presencia–. William Burke no viaja conmigo...

–¿Quién cojones es William Burke? –preguntó Chas, gruñendo–. Oh, vamos, ¿qué demonios es esto?

Isabel vio como el aire alrededor de Chas se volvía brumoso... oscuro y denso, un torbellino negro giraba en torno a él. Una legión de voces de otro mundo aullaba al unísono, con la fuerza de un vendaval. Sin embargo, el aire de la cámara seguía terroríficamente calmado, lo que inquietaba aún más a ambos; la tormenta que se alzaba sobre Chas no era natural, sino que estaba formada por un torrente de fantasmas que no inquietaban el mundo de los vivos en ningún sentido temporal.

Parecía que el anciano miembro de la Estirpe había sentido la debilidad de Chas, su proximidad a la Bestia. Isabel podía ver la ira y la angustia de Chas reflejadas en su rostro. Sus ojos se hundieron, oscureciéndose, y se quedó boquiabierto, como un pez fuera del agua, con los colmillos a la vista. Abría y cerraba las manos sin parar, como si estuviera intentando atrapar a sus fantasmales atormentadores, que lo esquivaban sin problemas.

La incorpórea voz resonó de nuevo en la mente de Isabel, empleando un tono malicioso, con un ligero matiz de regocijo.

El otro tiene el genio muy vivo. Le hemos enviado una ofrenda para ver cómo reacciona.

Mientras transcurrían aquellos interminables segundos, Chas se sintió sobrecogido por la corriente emocional que descargaban sus atacantes sobre él. Aquella frustración encendió su ira, pero la pasión de los fantasmas que daban vueltas a su alrededor le condujo al límite de la locura, una resaca de agitación espectral y furia desatada.

Alejaos de una puta vez de mí, pensó, arremetiendo contra ellos con los puños, pero sin conseguir golpear nada más que el gélido aire.

–Cálmate, Chas. *Cálmate* –le advirtió Isabel.

¿Qué coño sabía ella? La tormenta se negaba a estallar... Chas podía ver muchas caras en la fantasmal tempestad, sonriendo, haciéndole burla y diciendo obscenidades. Aquellos gemidos resonaban en su mente más alto que sus propios pensamientos. De nuevo, intentó golpearlos, y de nuevo le fue imposible. Espeluznantes garras le revolvió el cabello, le asían de la chaqueta, le tiraban de los brazos y lo golpeaban desde el otro lado del velo de oscuridad que separa los mundos. Un torrente de palabras y maldiciones se alzó entre aquella cacofonía... *frío, tan frío, ven, tócanos, únete a nosotros, entra a formar parte de algo tan cálido, tanto odio, tan lejos de un hombre, nunca puede realmente, ¡perdido!, tan negro y a la vez tan alejado, ardiente centro negro.*

El remolino de cuerpos se unió, formando una especie de... *algo*. Una cara. Chas agitó los brazos, tratando de dispersar el rostro que se estaba formando, pero de nuevo, sus manos pasaron a través de las apariciones. El rostro se hizo más claro, un rictus esquelético de huesos prominentes. Se hizo más definido, y entonces la calavera se resquebrajó, estallando en una carcajada, llenando el aire con su histérico alborozo...

...y luego se desvaneció. Sin embargo, las risas siguieron escuchándose, haciéndose audibles para Isabel, que se tapó los oídos para que no la ensordecieran. Las risas transformaron, pasando del rugido de dispersos fantasmas hasta convertirse en reales y presentes carcajadas producidas por algo que se encontraba en la propia cámara. Chas entrecerró los ojos, enfurecido.

–¿Qué coño es tan gracioso? ¿De qué cojones te estás riendo? Maldito... *¡cobarde!* ¿Dónde demonios estás? –Luego se agachó, como si estuviera a punto de abalanzarse sobre algo.

–¡Chas! –gritó Isabel–. ¡Mantén la cal...!

Demasiado tarde, demasiado poco.

Chas saltó hacia el enorme vacío de la caverna, seguido de cerca por Isabel. Unos pocos metros más adelante, giraba un torbellino de oscuridad, y las carcajadas adquirieron un timbre que

sugería que había amainado. Chas estaba furioso; Isabel intentó detenerlo, pero él la golpeó y la lanzó al suelo, perdido en las garras de su locura. Desde el suelo, Isabel miró a Chas... los músculos de su grueso cuello se hincharon, los colmillos sobresalían de sus fauces... estaba condenado. Entonces, Chas saltó hacia delante.

Y se detuvo en el aire, cayendo al suelo.

Del torbellino emergió una escuálida figura, que parecía poco más que un espantajo animado, el doble de alto que un hombre. No tenía dedos, sólo unas enormes garras, y vestía una mortaja harapienta, como el hábito de la misma Parca. La figura ocultaba su cara con un velo negro de telaraña acoplado a un aro perfecto, formado por pequeños cráneos humanos a los que les faltaba la mandíbula inferior. Mientras avanzaba, el torbellino se cerró, desvaneciéndose en la indefinida oscuridad de la propia caverna.

Aquella cosa agitó la cabeza y siguió riéndose. Señaló a Chas con un huesudo dedo, mientras agitaba la otra mano caprichosamente.

Ello ha caminado junto a Dios. Ha visto cómo llovía sangre del cielo. Ha escapado a una cacería de mil años y luego a otra. Ha yacido bajo la carne de los faraones y más tarde bajo sus huesos sin vida. Y uno tan joven, éste, cree que puede destruirlo. Esta noche no. Más risas. Esta noche no.

Chas se levantó del suelo de un salto, rugiendo, estirando los brazos...

...y se convirtió en una nube de ceniza polvorienta. Unos segundos más tarde, la ceniza cayó al suelo de la caverna formando un pequeño montón a los pies de la figura, que continuó riendo.

Cenizas a las cenizas, polvo al polvo.

La angustia se reflejó en el rostro de Isabel. Desesperada, cayó de rodillas, hundiendo las manos en los restos del cuerpo de Chas.

Éste es el poder de ello. Es lo que puede hacer, y lo que hará. No puedes pararlo; nadie puede. Sin embargo, ello te deja ir. Quiere que lo sepas, que vuelvas a los otros y les cuentes lo que has visto. El hombre encapuchado te tendrá de vuelta con él, porque así lo quiere ello.

La figura avanzó hacia delante y se paró ante Isabel,

agarrándola por su delgado cuello y apretándola con su fuerza infernal. La levantó, izándola hasta la altura donde debería estar su cara, ladeando la cabeza como si estuviera examinándola. Luego la dejó caer al suelo.

Ello ha pasado siglos aquí y nadie lo ha encontrado excepto unos cuantos malditos. ¿Y ves lo que les ha ocurrido? Enloquecidos, merodeando por los pantanos. Muertos, nada más que un puñado de polvo. Idos, aplacando su sed durante unas cuantas noches. Ello hace lo que desea. Como siempre ha sido y siempre será. Ello está más allá del tiempo. Pero su memoria es larga.

Dile eso a tus amos.

–Pero... –protestó Isabel.

No. Sin preguntas. No intentes convencerlo para probar la debilidad del encapuchado, porque entonces ello acabará contigo. Regresa.

Isabel se giró para mirar atrás, hacia la entrada de la caverna. Cuando volvió la vista al frente la figura había desaparecido, y todo lo que quedaba era un aire quieto y negro y una débil cascada de polvo.

**JUEVES, 4 DE NOVIEMBRE DE 1999, 1:37 AM
VUELO BRITISH AIRWAYS 2226,
EN ALGÚN LUGAR SOBRE EL OCÉANO ATLÁNTICO**

Dentro de su rústica caja de pino, Isabel abrió los ojos y contempló la chapa de madera que la protegía de la atención del mundo exterior.

Fracaso.

Fracaso total.

Fracaso a la hora de averiguar el destino de Benito Giovanni.
Fracaso al intentar llevar alguna esperanza a los Giovanni en lo

concerniente al impío poder de la cabala de antiguos miembros de la Estirpe que sin duda los cazarían en las noches venideras. Fracaso en su misión de impedir la guerra entre sectas que tendría lugar en las calles de Boston. A pesar de que los Giovanni mantendrían su supremacía sobre la ciudad, el conflicto entre los vampiros de la Camarilla y del Sabbat les obligaría a pasar a la clandestinidad durante algún tiempo, y sería necesario que cualquier acción por su parte fuera emprendida con *mucho* cuidado.

Sin embargo, Isabel se reconfortaba pensando que probablemente todo aquello hubiera sucedido con o sin su intervención. ¿No podía Benito ser reemplazado? ¿Esperaba realmente Ambrogino que ella echara por tierra los planes de un Vástago que bien podía haber caminado al lado del mítico Caín (asumiendo que de verdad Caín hubiera existido)? ¿No era la supervivencia el verdadero sentido de la Yihad? ¿No era verdad que tragedias como aquella ocurrían cada noche, envolviendo las no vidas de la Estirpe como las líneas de incestuosa ascendencia de su propio árbol de familia?

Después de todo, ¿no era toda aquella larguísima guerra una simple desviación del acto antinatural de levantarse, en solitario, tras el descanso diario, para alimentarse de los mortales que la Estirpe encontrara?

Isabel derramó una única lágrima de sangre, que manchó la blanda madera sobre la que reposaba.

**JUEVES, 4 DE NOVIEMBRE DE 1999, 1:37 AM
LA LOGIA DEL MAUSOLEO, VENEZIA, ITALIA**

Ambrogino se retiró la capucha de la cabeza y encendió una vela.

Con una débil mano gris, sacó dos cartas del mazo.

El Bufón.

Muerte.

Y luego se miró al espejo. Sin duda, alguien (o algo) más veía el mismo reflejo desde el otro lado del cristal pulido.

La noche siguiente, se encontraría con Isabel en Londres.

{Final vol.10}